

# Nos acostumbraremos **ZOYÂ PIRZÂD**

Nuevos Tiempos **Siruela**



Zoyâ Pirzâd

**Nos acostumbraremos**

Traducción del francés de  
Isabel González-Gallarza

 Siruela  
Nuevos Tiempos

# Índice

Advertencia

NOS ACOSTUMBRAREMOS

Glosario

Notas

Créditos

## Advertencia

En persa, cuando se quiere expresar deferencia o cercanía afectiva, se acostumbra posponer al nombre los términos *janom* (señora), *jan* (señor), generalmente en el caso de hombres jóvenes, y *aga* (señor), para hombres de mayor edad. Este uso denota respeto o familiaridad, según el caso. En un registro coloquial, de superior a subalterno, *aga* también puede preceder al nombre. *Aga* y *janom*, asimismo, anteceden en ocasiones al apellido: es la forma habitual de decir «señor Fulano, señora Mengana». La palabra *yan* (*yun* en un registro no culto) pospuesta al nombre equivale a «querido/-a». Si se reitera, indica una gran intimidad (por ejemplo: Nosrat *yun yun*). Mah-Monir («Luna resplandeciente»), el nombre de la abuela de Aye y madre de Arezu, no es un título ni un apodo, sino un nombre femenino compuesto. Obsérvese que en el texto de Zoyâ Pirzâd algunos nombres, masculinos y femeninos, provienen de *El libro de los reyes* de Ferdusi. Sin duda no es simple casualidad. Culturalmente ello puede marcar o bien el entorno social, o bien las ideas de una familia (su relación con la historia de la nación iraní). Muchos de esos nombres volvieron a ponerse de moda en tiempos de la dinastía Pahlavi (1925-1979), en un contexto ideológico nacionalista. Por último, algunos nombres de lugares sitúan la novela en su época, como la avenida Sepah, conocida hoy en día como Imán Jomeini. Otros nombres, sin embargo, se han conservado sin cambios una vez concluido el periodo revolucionario, y corresponden a antiguos barrios, o pueblos, de Teherán, tales como Tayrish, Sar-Cheshmeh, Golhak, etc., o a lugares históricos como Tup-Janeh (la plaza de la Artillería).

Las notas a pie de página son de Christophe Balaÿ, traductor al francés de esta obra, titulada en persa: *Adat Mikonim*. Y la mayoría de los términos que aparecen en *cursiva* en el texto se explican en un Glosario incluido al final de la novela.

# **NOS ACOSTUMBRAREMOS**

Arezu observó el Xantia blanco que trataba de aparcar delante de la tienda de alimentación.

–Apuesto a que no lo consigues, chavalín –masculló con el codo apoyado en la puerta de su coche y una mano en el volante.

El conductor, un joven con barba de chivo, realizó algunas maniobras, sin éxito.

Arezu metió la marcha atrás y se apoyó en el respaldo del asiento del copiloto para mirar por la ventanilla trasera. El joven barbudo la observaba, así como un hombre que estaba tomando un chocolate con un trozo de bizcocho en la puerta de la tienda. Los neumáticos rechinaron, y el R5 consiguió introducirse en el hueco.

–¡Bravo! –exclamó el hombre del bizcocho–. ¡Qué maestría! –y, dirigiéndose al conductor del Xantia, añadió–: ¡Aprende, chaval!

El joven bajó la ventanilla, pisó el acelerador, se apartó de la acera y le espetó:

–¡Un R5 se aparca hasta en una caja de cerillas!

Arezu bajó del coche. En una mano llevaba un maletín negro de cuero cuyas correas de cierre estaban a punto de romperse, y en la otra un registro de vencimientos, también de cuero, y un móvil.

De estatura media, vestida con un abrigo gris de corte recto, se dirigía a un prestigioso negocio con doble puerta de entrada<sup>1</sup> en cuyo rótulo de madera podía leerse, en letras caligrafiadas de colores desvaídos: «Agencia inmobiliaria Sarem & Hijo».

Un hombre de abundante cabellera blanca y gafas con fina montura metálica se precipitó a abrir la puerta acristalada. Cogió el pesado maletín y el registro de manos de la mujer.

–¡Buenos días, Arezu *janom!*

Su pelo cano y las arrugas de su rostro no casaban bien con sus andares vivos y ágiles.

–Buenos días, *aga* Naim. ¡Felicitaciones por las gafas!

–La señora es muy generosa –dijo Naim riendo–. Tiene muy buen gusto.

Arezu miró el traje marrón que vestía Naim. Otro regalo más de su madre, proveniente del guardarropa de su padre.

Detrás de los cuatro escritorios que ocupaban la sala se pusieron en pie dos muchachas y dos hombres, y saludaron casi al unísono:

–Buenos días, señora Sarem.

–¡Buenos días a todos!

Pasando por delante de los escritorios, se dirigió a una de las dos puertas del fondo.

–¿Qué tenemos hoy?

El joven del primer escritorio se apartó un mechón lacio de cabello negro que le caía

sobre la frente.

–Esta mañana tengo tres visitas: tres alquileres, uno de ellos de hipoteca<sup>2</sup>.

Vestía un jersey negro de cuello cisne y un vaquero negro.

–¡Fantástico! Mohsen *jan*, ya te desenvuelves muy bien.

Desde detrás del segundo escritorio, un hombre bajito y grueso declaró:

–Hoy firmamos el contrato de arras de la calle Raffi. Si todo va bien.

Se subió el pantalón, que se le caía.

–¡Si todo va bien, señor Amini!

La muchacha del tercer escritorio sonrió. Al hacerlo, se le formaron hoyuelos en las mejillas.

–El señor Zaryu ha llamado dos veces. Le he pasado las llamadas a la señora Mosavat.

–Y ¿cómo está la sonriente Nahid?

La muchacha del cuarto escritorio no sonreía.

–He enviado los anuncios a los periódicos.

Era una joven delgada de tez mate. Parecía que fuera a echarse a llorar de un momento a otro.

–Tahmineh *janom*, ¡una sonrisa, por favor!

Naim abrió la puerta del fondo y se apartó para dejarla pasar.

El suelo era de baldosas marrones. Una cristalera que daba a un pequeño jardín ocupaba una pared entera de la habitación. En otra había una fotografía, con un marco de madera, de un hombre de fino bigote, vestido con un traje de rayas, que posaba con el codo apoyado sobre el pedestal de una jardinera en la que crecía un helecho muy frondoso. Delante de la ventana había dos escritorios, uno frente a otro.

Sentada ante uno de ellos, una mujer con la cabeza cubierta por un velo blanco hablaba por teléfono:

–Seguramente habrá llevado a Ayeh a la facultad, y luego tenía que hacer unas compras.

Miró a Arezu quitarse el abrigo. Le guiñó el ojo, llevándose el dedo a los labios para indicarle que no dijera nada, y prosiguió la conversación:

–Sabe usted, Monir *yan*, el móvil no sirve en realidad para llamar, ¡es más bien un adorno!

Se echó a reír.

–¡De acuerdo! Le devolveré la llamada en cuanto llegue.

Colgó el teléfono. Tenía los ojos pequeños y verdes, y las cejas finas. Durante un instante, Naim miró fijamente a la mujer de los ojos verdes y dejó sobre la mesa de Arezu el maletín y el registro.

–La señora la ha llamado tres veces esta mañana. ¿Agua o té?

–Agua.

Naim se volvió hacia la mujer de las cejas finas:

–¿Y para usted, Shirine *janom*?

Esta le indicó con un gesto que no quería nada. Se levantó y se acercó a Arezu.

–¿Cómo estás?

Naim salió del despacho.

–Bastante bien, ¡pese a esa víbora de Ayeh!

Con una mueca de mal humor, pugnó por abrir las correas del maletín. Por fin lo consiguió, y su rostro se iluminó. Cuando miró a Shirine, sus grandes ojos castaños brillaron.

–He ido a ver la casa de la calle Rezayeh.

Cerró un instante los párpados.

–¡Ah! ¡Qué casa!

Los abrió y añadió:

–Persianas verdes de madera, fachada de ladrillos *bahmani*. Me he quedado extasiada ante el jardín. Me hubiera gustado que lo vieras, estaba lleno de calicantos de Japón.

Levantó la cabeza, cerró otra vez los ojos y dejó escapar un largo suspiro.

–¡Qué aroma!

Sacó varias carpetas de su maletín.

–Había una montaña de caquis. He llamado inmediatamente a Granito. Ha dicho que sí sin verla siquiera.

Shirine se sentó de un salto sobre su mesa.

–¿A quién dices que has llamado?

–A ese constructor que no hace más que fachadas de granito. Por eso Mohsen y Amini le han puesto ese apodo.

Se quedó inmóvil, con la carpeta en la mano. Dirigió la mirada al jardín.

–Había también un estanque. La propietaria me ha dicho que había plantado nenúfares. ¡Qué lástima!

Sacudiendo la cabeza en un gesto afligido, sacó una hoja de la carpeta.

–Tengo las llaves para enseñarle la casa a Granito hoy o mañana.

Y, mirando una fotografía que había sobre su mesa, añadió con una risa amarga:

–De aquí a una semana habrá destruido tan hermosa casa, y de aquí a seis meses habrá construido una torre con columnas griegas. ¡Dios sabe de qué color será el granito esta vez! ¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

En la fotografía salía ella misma abrazando a una muchacha con grandes ojos castaños. Bruscamente, se remitió con una mueca un mechón de pelo debajo del velo.

–Pero ¿a mí qué más me da, después de todo? Lo que es una lástima es que mi padre haya muerto.

Observó el documento.

–Luego he ido a ver al geómetra, pero no estaba. Su hijo tiene rubeola.

Le tendió el documento a Shirine.

–El niño ha cogido la rubeola, ¡por eso el padre no ha ido a trabajar...! Para ganar tiempo he calculado los porcentajes. Y luego ya veremos.

Shirine echó un vistazo a los números.

–¡Bueno! Este al menos sí se implica como padre, ¿de qué te quejas?

–Tienes razón, es que no estoy acostumbrada...

Arezu descolgó el teléfono.

–Antes de que vuelva a llamar la Princesa, ¿puedes decirme qué quería?

Tenía el auricular en la mano y no apartaba los ojos del teléfono.

–Al fondo del patio hay dos habitaciones con baño, cocina y una entrada independiente que da a una calle cercana. La propietaria me ha dicho que construyó ese apartamento para su hijo. Es una señora bajita muy divertida.

Marcó un número.

–Si tuviera el dinero me la compraría yo.

Shirine cogió el teléfono de manos de Arezu.

–Sosiegate un poco antes de llamar. ¿Qué pasa con Ayeh?

–Pues lo de siempre. Habló con Hamid la semana pasada y, desde entonces, echa de menos París. Ayer su abuela y ella me dieron la tabarra con eso, y esta mañana no ha parado de refunfuñar durante todo el trayecto desde casa hasta la facultad.

Llamaron a la puerta con dos golpes. Naim entró con una bandeja en la mano y un folleto bajo el brazo. Le ofreció un vaso de agua a Arezu a la vez que dejaba el folleto en su mesa.

–Viene de la fábrica que hace ventanas bipartidistas<sup>3</sup>. Nos piden que se lo enviemos a...

Arezu se bebió el vaso de agua asintiendo con la cabeza y lanzó una mirada cómplice a Shirine, que hacía esfuerzos por contener la risa. Naim, con la bandeja bajo el brazo, limpió con un trapo el archivador. Encima del mueble estaba colgada la fotografía del hombre del bigote sobre fondo de helecho frondoso.

–La señora ha pedido que la llame inmediatamente.

Se subió las gafas sobre la nariz.

–No entiendo por qué Shirine janom no le ha pasado la llamada.

Arezu dejó el vaso sobre su mesa.

–Muy bien, ya lo he oído, no hace falta que me lo repitas.

Naim masculló algo mientras se dirigía a la puerta.

–La señora ha dicho que era urgente.

La puerta quedó entreabierta. Arezu descolgó el teléfono.

–Tengo que zanjar esto ahora mismo, si no, no podremos librarnos de Mah-Monir ni de su agente doble.

Shirine se echó a reír, saltando de la mesa para volver a su sitio. De estatura media, delgada, por no decir flaca, llevaba una blusa blanca con finas rayas azules. Cogió la hoja con los porcentajes y los tecleó a toda velocidad en su calculadora.

–Buenos días, Monir yan –dijo Arezu–. Acabo de llegar. Tenía varios recados que hacer. ¡Sí! La he llevado a la universidad... ¿Estuvo bien la velada?... ¡Fantástico!...

Mientras hablaba, Arezu jugueteaba con unos papeles sobre su mesa.

–¿Qué? ¡No hablará en serio! ¡No me lo puedo creer...!

Se apartó el auricular del oído, sacudiendo la cabeza, y miró a Shirine. Tapándolo con una mano, le dijo en voz baja:

–La señora Nurai ha encargado un guiso votivo para el séptimo día de duelo<sup>4</sup>, pero ha hecho creer que había contratado a un cocinero.

Shirine se llevó la mano a la mejilla.

–¡Qué tragedia!

Las dos mujeres reprimieron una carcajada.

–Monir yan, ahora estoy ocupada –prosiguió Arezu–, luego la llamo... Shirine está bien. Está haciendo las cuentas ahora mismo. Vamos a ver si somos ricas. De acuerdo... Tal vez el jueves... De acuerdo, dele la lista a Naim esta noche. Mañana lo mando a la compra... Yo misma me encargo de la carne... De acuerdo... Se la compraré a Samir... Aparte del tinte, ¿no necesita a Naim para nada más? Bien, bien... Adiós.

Colgó el teléfono y se reclinó sobre el respaldo de su silla, suspirando: «Pufff...».

Shirine hizo girar su silla de izquierda a derecha.

–¡Bueno! Ahora que la ceremonia matinal ha concluido, tengo que decirlo: el señor Zaryu ha llamado dos veces para preguntar...

En ese momento sonó el teléfono de Arezu.

–¡Diga...! No... ¿Por qué tengo que estar yo? Habla con el notario. Por favor, estate atento, no tenemos talones. El pago en metálico o con cheque bancario... Sí... ¡Ánimo!

Colgó el teléfono.

–Amini está en la notaría por la casa de tres pisos de la calle Raffi. Espero que el tipo no nos la vuelva a jugar...

Shirine la interrumpió.

–¿Me estás escuchando, sí o no?

–Sí, te estoy escuchando.

Abrió el cajón de su mesa y se puso a rebuscar en su interior.

–El señor Zaryu pierde el tiempo llamándome. ¿Dónde quiere que encuentre en este caos un piso de techos altos, y encima en un edificio de ladrillo, luminoso, amplio, con habitaciones grandes, un salón que dé a la montaña, y que si esto, y que si lo otro...? Pero ¿dónde se cree que vivimos, en los Alpes? ¡Ah! ¿Dónde está la maldita factura?

Gritó en dirección a la puerta:

–¡Naim!

Este entró.

–¿El *tinto* de la señora?

Tenía en la mano la factura del tinte.

–¿La señora quiere que hagamos hoy mismo la compra para la cena del jueves?

Arezu lo miró un instante.

–¡El tinto no, el tinte! Para lo de la compra ya te llamaré después. Cierra bien cuando salgas.

Naim se dirigió a la puerta.

–Para los frutos secos, nos han dicho que vayamos a *Tavazon*<sup>5</sup>... Pero con tanto tráfico...

En cuanto oyó cerrarse la puerta, Shirine se echó a reír.

–¿Qué pasa, es que tu madre no puede comprar frutos secos si no es en Tavazo?

Arezu bebió dos sorbos de agua.

–¿Tú qué crees? Si, para su cena, la Princesa no tiene los frutos secos de Tavazo, los

pasteles de Bibi y las galletas de no sé quién, ¡se hunde el mundo!

–¡Pobre Naim! Siempre corriendo de una punta a otra de la ciudad...

–Tú por él no te preocupes. Por la Princesa, Naim correría hasta el fin del mundo sin detenerse un momento.

Arezu abrió el registro de vencimientos. Shirine le tendió una carpeta.

–Eso es amor. Oye, pero ¿tu padre no estaba celoso?

Arezu miró la fotografía del señor de bigote.

–¿Celoso? –repitió con una risita burlona–. ¡Competían el uno con el otro al servicio de la Princesa!

Volvió la cabeza hacia la cristalera y contempló el jardín. Había flores plantadas en más de la mitad de su superficie. Su mirada se detuvo en los arbustos sin hojas y en las ramas desnudas de la parra virgen que trepaban por las paredes.

–Si de verdad fuera una princesa –murmuró–, no se habrían mostrado tan solícitos con ella.

El teléfono sonaba, Arezu contestaba. El teléfono volvía a sonar, Arezu volvía a contestar. Shirine se encargaba de la contabilidad, tecleando en su calculadora. Sonreía, hacía muecas y se aplicaba en las sumas, las restas, las multiplicaciones y las divisiones. Arezu llamaba por teléfono, pedía explicaciones, las daba ella, y firmaba las cartas que le traía la flaca y melancólica Tahmineh.

Le dijo a la sonriente Nahid:

–¡Otra vez la misma errata, has puesto «apta» en lugar de «acta»!

Le pidió a Naim que extendiera la ropa de su madre en el asiento de atrás de su R5, con cuidado de no arrugarla.

Naim se ofendió.

–¡Pues claro que no la voy a arrugar! Después de tantos años a su servicio, no sé qu...

Shirine lo interrumpió:

–Ya son las once. ¿Qué hay de ese café?

Empujó hacia atrás la silla, apoyó ambos pies sobre la mesa y se puso a mirar el jardín, saboreando su café.

–¡Hum! Cada vez que felicito a Naim por su café, me contesta, con los ojos brillantes, que le enseñó a prepararlo la señora. Y a tu madre ¿quién la enseñó?

Shirine llevaba zapatillas de deporte y calcetines cortos blancos. Arezu empujó hacia atrás la silla a su vez y apoyó también los pies en la mesa. Cogió su taza de café y se puso a mirar el jardín.

–Supongo que alguna de sus amigas armenias... Esta vez, si Hamid me llama, le cantaré las cuarenta, no pienso callarme nada. Desde que volvimos a Irán, todos los años, todos los meses, bueno, y siempre que puede llamar gratis por teléfono y que se acuerda de que su hija existe, le llena la cabeza a Ayezh con ideas de viajar a Francia. ¡Me pregunto si no debería llamarlo yo directamente! ¿Tú qué opinas?

Arezu llevaba zapatos planos de cordones y tupidas medias negras.

Shirine volcó su taza de café sobre el platillo.

–Si tu madre estuviera aquí, me leería los posos del café.

–¿De verdad crees que tengo que llamar a Hamid?

–No. Y si te llama él, no le digas nada. ¿Acaso ha servido de algo todo lo que le has dicho ya?

Shirine puso ambos pies en el suelo y se arrellanó en su silla de oficina.

–No serviría de nada, si acaso solo para que fuera otra vez a quejarse a tu madre de que Arezu es una pesada. Tu madre te reprocharía el haber destruido la vida de su sobrino, ¡y a ti te tocaría soportar los lloriqueos de AyeH porque la han separado de su adorable padre!

Dejó la taza de café sobre un pañuelo de papel doblado en cuatro, la quitó, la volvió a dejar y luego la quitó de nuevo, y repitió esos gestos varias veces más.

–En lugar de llamar a tu ex, si quieres mi opinión, llama mejor a Zaryu.

Arezu se irritó, y Shirine más todavía.

–Hay que ocuparse de los clientes, de este como de cualquier otro.

Apartó su taza, cogió un lápiz y se puso a sacarle punta.

–A los demás clientes los llamas al menos cien veces, les enseñas las casas doscientas veces. Consiguen de ti todo lo que quieren.

Los grandes ojos castaños de Arezu se empequeñecieron de desconfianza. ¿Por qué insistía tanto Shirine? ¿En qué estaría pensando ahora? Encendió un cigarrillo.

–A alguien que sabe lo que quiere y que no cree estar en Suiza, me esfuerzo por contentarlo. Amini ya le ha enseñado tres pisos, y yo, cuatro o cinco. Y siempre nos pone pegas...

Se puso a imitarlo:

–«No me gustan estos pisos posmodernos. Lo mío es la sencillez, no me gusta la ostentación, lo que me gusta es que una casa tenga carácter...»

Dio una calada a su cigarrillo.

–¿Carácter? ¡Venga ya!

Shirine soltó un grito cuando la mina del lápiz se le rompió, y acto seguido volvió a afilarlo.

–Por fin uno que comparte nuestros gustos. ¿Dónde está el problema?...

De pronto se quedó inmóvil. Sus ojos verdes lanzaban chispas. Entonces, como una niña traviesa que roba discretamente un trozo de pastel, tendió la mano hacia el teléfono, descolgó el auricular y pulsó una tecla:

–Marca el número de Zaryu y pásale la llamada a la señora Sarem.

Se dio la vuelta riendo y le guiñó un ojo a Arezu, que se quedó boquiabierta y con los ojos como platos.

–Enséñale la vieja casa de la calle Rezayeh.

Shirine se encogió de hombros con una mueca extraña. Se había comido el pastel que acababa de robar, no había nada que hacer, el teléfono de Arezu sonó.

El sonido de dos pares de zapatos resonó en la casa vacía. A través de las persianas, la luz del mediodía formaba rayas sobre las baldosas grises, hasta la repisa de la chimenea, compuesta por un rectángulo de ladrillos rojos.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Arezu se detuvo en mitad del salón:

–Me había dicho un piso, pero he pensado..., bueno, más bien ha sido la señora Mosavat, que podía gustarle este lugar.

Con las manos en los bolsillos de su pantalón de pana, Zaryu examinaba la altura del techo. Su mirada recorrió toda la pared hasta el zócalo de madera:

–Sí, eso me ha dicho por teléfono y luego en la agencia. Pero quería ver la casa yo mismo. ¡Qué hermoso zócalo!

Arezu se apartó el flequillo y observó a Zaryu. Tenía entradas pero, por detrás, el cabello le rebasaba la nuca. El hombre tenía razón, ya se lo había explicado todo. ¿Por qué se dejaba el pelo largo? ¿Lo hacía a propósito o porque le daba pereza ir a la peluquería? Se metió el móvil en el bolsillo del abrigo y se dirigió a la ventana que daba al jardín. «¿Y qué más me da a mí?», pensó. Abrió la ventana. «En el peor de los casos, como dice Amini, dirá que no.» Abrió también las persianas. «¡Bravo, Shirine! Me has hecho perder la mitad del día.» El perfume de los calicantos de Japón penetró en la habitación a la vez que la pálida luz del sol invernal. Contempló el jardín. Las ramas del arbusto estriaban el suelo, en lo que parecían dibujos infantiles. El estanque era un óvalo perfecto. Algunos caquis colgaban aún de la punta de las ramas. «¡Poco importa que quiera la casa o no!», pensó, en cualquier caso, para ella era una ocasión de volverla a ver. Aun vacía daba la impresión de estar amueblada, como si cada cosa siguiera en su lugar, como si no faltara nada ni sobrara nada... Intentó resaltar las ventajas de la vivienda: sencilla y sin pretensiones. Miró a Zaryu de reojo, estaba al pie de la escalera. Subieron juntos los peldaños de ladrillo hasta el rellano, desde el cual, a través de un ojo de buey, se divisaba la fachada del gran edificio vecino, en el que cada planta era de un estilo diferente: ladrillos pequeños, mármol verde, cemento liso pintado de rosa y piedras blancas veteadas de negro. Las ventanas tenían cristales tintados y persianas doradas. Vio a una mujer que parecía haber tomado prestados el bolso, los zapatos y la ropa a personas distintas; lucía mucha bisutería, y seguramente tendría carreras en las medias. Las habitaciones de ese edificio parecían muy oscuras. Las cocinas seguramente no tendrían ventilación. Arezu volvió a concentrarse en la vieja casa, situada al fondo de un gran jardín. El ojo de buey estaba encuadrado en un marco de yeso en forma de parra.

Zaryu abrió en silencio las persianas del dormitorio. «Tengo que decir algo», pensó Arezu.

–Hace un mes aún vivía aquí la dueña. Es una construcción sólida, como en los viejos tiempos...

–¡En los viejos tiempos sí que se tenía buen gusto!

Por la ventana se veían las montañas.

–¿Es usted arquitecto? –quiso saber Arezu.

–No. ¿Por qué quiere la dueña venderla?

El hombre abrió la puerta del armario. «No le gusta», pensó Arezu. «¡Estás perdiendo el tiempo, hija mía! Pero bueno, por ahora, calma, y a contestar a sus estúpidas preguntas.» Luego se puso a pensar en la propietaria, esa mujer de pelo blanco y expresión alegre que le había enseñado la casa apoyada en su bastón. Había repetido

varias veces: «¡Es que dejo aquí tantos recuerdos...!».

Con una mano en el pomo de la puerta del armario, Zaryu parecía esperar una respuesta.

–Porque ha decidido trasladarse a Estados Unidos, donde viven sus hijos.

Arezu miró el interior del armario. ¡Cuánto espacio!

–Esta casa era su dote –añadió sin saber muy bien por qué–. Plantó los caquis del patio con su padre. Aquí casó a su hija.

Y, al darse cuenta de que, de nuevo, estaba dando demasiadas explicaciones, su mirada se cruzó con la de Zaryu, que la escuchaba atentamente. Volvieron a la planta baja.

–Por supuesto, una casa da más trabajo que un piso, pero, en mi opinión, lo que la propietaria pide por ella es del todo razonable. Y seguro que podremos conseguir que baje un poco el precio... Por supuesto, imagino que querrá usted hacer algunos cambios.

Arezu miró a su alrededor.

–Por supuesto, yo en su lugar no cambiaría nada, solo la pintura...

Añadió con viveza:

–Si le gusta la casa, por supuesto.

Zaryu la miraba fijamente con aire burlón.

–¡Por supuesto, por supuesto! ¿Podemos recorrerla otra vez?

Estaba a punto de contestar «por supuesto», pero se contuvo a tiempo.

–¿No quiere ver el jardín? A este lado de la casa hay dos habitaciones más con una entrada independiente que da a un callejón. Y también...

–Sí, ya me lo ha dicho. Después.

Se dirigió a la cocina silbando, con las manos en los bolsillos de su pantalón gris.

Arezu lo miró alejarse, hizo una mueca y volvió junto a la ventana. Admiró las cimas de las montañas que se erguían sobre la tapia del jardín, los calicantos, los caquis y el estanque. Se dio cuenta de pronto de que estaba cansada, contrariada y nerviosa. La noche anterior Ayeh había tenido una nueva pataleta: todos sus amigos se habían marchado. Solo había quedado ella en esa universidad tan cutre. Su padre le había dicho que no reparase en gastos. No tenía más que reunirse con él. Se volvió hacia su abuela: «¡Abuela, diga usted algo!», y esta se puso categóricamente de su lado. El «pobre Hamid» se lo había asegurado: «Tía, no repare en gastos». Y luego le espetó a su hija, furiosa: «¿Por qué no te muestras más razonable?». Arezu replicó: «En cuanto Hamid obtenga la preinscripción universitaria, envíe el billete de avión y nos proporcione el acta notarial que garantice que él corre con todos los gastos...». Mah-Monir se sulfuró: «¡El acta notarial! ¡El acta notarial!», repitió con tono irónico. «Ya se ve lo que has aprendido en esa birria de agencia en la que trabajas.» Ayeh refunfuñó, apoyó la cabeza en el hombro de su abuela y se echó a llorar.

Con la mirada perdida en las montañas, Arezu pensaba: «Vale que Ayeh sea una niña que no se entera de nada. Pero ¡mi madre! ¿Es que aún no ha entendido, después de tantos años, que lo que dice Hamid es puro viento?». Contempló los calicantos de Japón y se hizo esta reflexión: «Desde que era un niño, Hamid seduce a todo el mundo con su labia».

–¡Hay nenúfares en el estanque!  
Arezu se sobresaltó. Zaryu se sacó la mano del bolsillo.  
–¡Perdone, la he asustado!  
–Sí, bueno, no. Estaba distraída. Pero no pasa nada. ¿Ya lo ha visto todo?  
–Sí, pero... El caso es que no sé bien.  
Se frotó el lóbulo de la oreja.  
–Lo entiendo, usted andaba buscando un piso. Pero es que encontrar un piso con las características que me ha dado...  
Arezu se encogió de hombros.  
–En su opinión, ¿dos dormitorios son de verdad suficientes?  
Miró por la ventana.  
«¡Eso tienes que decidirlo tú, tío!», pensó Arezu, y dijo en voz alta:  
–También están los otros dos al fondo del patio.  
Intentó recordar cuántas habitaciones había especificado Zaryu que quería en el formulario que había rellenado para la agencia, pero no le vino a la memoria. Añadió:  
–Por supuesto, eso depende de cuántas personas vayan a vivir en la casa.  
«He vuelto a decir “por supuesto”», pensó.  
–Solo una, quizá dos... o tres. En su opinión, ¿de qué color debería pintar las paredes?  
Fue hasta la chimenea, se apoyó en la repisa y examinó las paredes. Los ladrillos jugaban al escondite con el sol.  
«No va a comprarla», se dijo Arezu.  
–Elija el color que más le guste –contestó consultando su reloj.  
–¿Llega usted tarde a algún sitio? –quiso saber Zaryu.  
Antes de que pudiera abrir la boca para contar una mentira, el hombre se volvió hacia la ventana, con las manos en los bolsillos.  
–¿Por cuánto se podrían alquilar las dos habitaciones del fondo? ¿Qué color elegiría usted para las paredes?  
Arezu apretó los labios recordando los consejos que daba a los empleados de la agencia: «Siempre hay que darle la razón al cliente, aunque no vaya a comprar».  
–Por un buen precio. En cuanto a las paredes, quedaría bien pintarlas de blanco. Eso facilita la elección de los colores de las cortinas así como de los muebles.  
–Tiene razón –dijo el hombre, volviéndose hacia ella–. ¿Ha dicho las cortinas y los muebles? Pero ¿dónde se compra todo eso?  
«Este tío es tonto o ¿qué le pasa?», se dijo Arezu, y olvidando lo de «darle la razón al cliente» soltó una risita burlona y replicó:  
–¡En las tiendas de cortinas y de muebles!  
Zaryu se la quedó mirando fijamente.  
–¡Anda, tiene los cordones desatados!  
Cuando Arezu se inclinó para comprobarlo, se le salió el móvil del bolsillo del abrigo y cayó al suelo.  
–¡Huy! –exclamó, disponiéndose a recogerlo.  
Pero Zaryu fue más rápido. Cogió el móvil sin prestar atención a Arezu, que seguía

inclinada con la mano tendida. Examinó el teléfono y declaró:

–Se ha apagado.

Pulsó la tecla OK, hizo un gesto negativo con la cabeza y la pulsó de nuevo:

–Me parece que se ha roto –declaró, devolviéndoselo a Arezu.

Con las manos en los bolsillos, volvió a bajar la escalera hasta la ventana del rellano y allí se detuvo. Luego se dirigió a la puerta de entrada.

–Las puertas son bonitas, pero los pomos no.

Arezu trató varias veces de encender el móvil, repitiendo para sus adentros: «¡Cabronazo estúpido y chalado!».

–La compro –declaró Zaryu desde el umbral.

El restaurante estaba situado en un parquecito cercano a la agencia. El maître se precipitó a su encuentro:

–Buenos días, señora Sarem, buenos días, señora Mosavat, bienvenidas, por favor.

Shirine y Arezu se sentaron en su mesa habitual, junto a la ventana que daba al parque, frente a la pequeña glorieta. El maître retiró los cubiertos que sobraban.

–¿Lo de costumbre, o les traigo la carta?

Shirine dejó el móvil y las llaves sobre la mesa.

–Para mí lo de costumbre.

Arezu dejó el bolso sobre el alféizar, entre dos grandes macetas de azaleas.

–Yo igual: pollo asado deshuesado.

–También tenemos truchas frescas –añadió el maître.

–Dos pollos asados... muy... –añadió Shirine.

–Muy asados –la interrumpió el maître, riendo.

–Y dos ensaladas sin...

–Sin aliño, con limón –completó el maître sin dejar de sonreír–. ¿Y de beber?

–Cerveza sin alcohol –contestaron los tres a coro.

El maître se inclinó ligeramente y se retiró.

Shirine apoyó los dos codos sobre la mesa, cruzando los dedos.

–¡Perfecto!

Se había pintado las uñas de beis. Arezu quitó del centro el jarroncito con su gladiolo y lo colocó en una esquina de la mesa.

–Por cierto –dijo, ahogando una carcajada–, al principio pensaba que no iba a comprar y no paraba de maldecirte mentalmente por haberme impuesto esa visita.

Sus uñas eran cortas, y las llevaba sin pintar.

–Por supuesto, cuando me anunció que sí compraba, ¡inmediatamente te pedí perdón!

Volvió a reír bajito, abriendo el bolso.

–Pero aun así me ha hecho un montón de preguntas tontas, de qué color pintar las paredes, dónde comprar los muebles...

Sacó el móvil del bolso.

–Pero bueno, gracias a Dios nos hemos librado de Zaryu, y la casa no ha ido a parar a manos de los promotores.

Comprobó si su móvil funcionaba.

–...También me ha destrozado el dichoso móvil.

–Pero si tú misma has dicho que se te había caído del bolsillo.

–¡Sí! Pero ha sido porque ese imbécil me ha dicho que tenía el cordón desatado, y, al inclinarme, se me ha caído del bolsillo.

Volvió a guardar el móvil en el bolso.

–¡Y ni siquiera tenía el cordón desatado!

El camarero dejó en la mesa un cestito con pan y un plato de queso a las finas hierbas. Los pequeños ojos de Shirine empequeñecieron más aún:

–¿Qué me dices, no tenías el cordón desatado?

–¡No! Supongo que quería hacerse el interesante.

Alargó la mano hacia el cestito. Shirine le dio una palmada:

–¡Habías decidido dejar el pan!

Cogió un rábano del plato.

–Anda, toma, cómete mejor un rábano.

–Hoy olvídate de eso. No tengo humor para hacer dieta.

Se reclinó en el respaldo de su silla y se puso a mirar el parque. La pequeña glorieta estaba rodeada por una hilera de sauces llorones. En medio se dibujaba un estanque redondo, en cuyo centro se erguía la estatua de un cisne o quizá un pato.

–¡Las protestas de mi madre y de Ayeh, la inconsciencia de Hamid...!

Un joven pintaba de rojo uno de los bancos colocados alrededor del estanque.

–¡Y hoy todo lo que ese imbécil me ha obligado a soportar!

Volvió a coger el móvil y pulsó la tecla OK, imitando a Zaryu:

–En su opinión, ¿de verdad son suficientes dos dormitorios?

Quitó la batería.

–En su opinión, ¿dónde se compran las cortinas?

Sacó la tarjeta SIM y trató de volver a encender el teléfono.

–¡Era como si estuviera contratando a una decoradora!

Miró el móvil con expresión sombría.

–No, decididamente, ya no funciona.

Shirine observaba a Arezu mientras mordisqueaba un trocito de puerro. Cuando el camarero les sirvió las cervezas y se retiró, declaró:

–¡Le gustas!

–¿A quién?

Bebió un sorbo de cerveza.

–A Zaryu.

–¡Sí, seguro!

Shirine esperó a que el camarero dejara en la mesa la ensalada y los limones cortados en mitades.

–¿Y por qué no? Es un hombre educado y cortés, no puedes negarlo. Parece tener pasta. Y no es feo.

–¡No es feo, qué va, con ese pelo largo en la nuca!

Se sirvió ensalada. Shirine roció la lechuga, los pepinos y los tomates con zumo de limón.

–¡Anda! ¡Pero si te has fijado en su pelo!

Arezu cogió un trozo de pan mirando a Shirine a los ojos.

–¡Deja de refunfuñar! Tengo razones para comer pan. Y no estoy tan ciega como para no fijarme en su pelo.

El maître les sirvió el pollo asado.

–¿Desean algo más?... ¡Pues que disfruten del almuerzo!

Dicho esto, se retiró.

Shirine exprimió otro limón sobre su plato de pollo.

–¡No empecemos, por favor! No estoy de humor.

–¿Por qué?

Se lamió el jugo de limón de los dedos.

–¿Quieres dejarme en paz? Mi madre ha montado una agencia matrimonial para casar a Ayeh. ¡Así que ahora no empieces tú también con lo mismo!

Volvió a lamerse los dedos.

–Ayeh puede defenderse muy bien de Mah-Monir, pero yo contra ti no puedo nada.

Shirine levantó la cabeza. Sus ojos verdes parecían los de una pantera.

–¿Quién habla de casarse? ¡Una aspirina, querida, lo que tú necesitas es una aspirina!

–¿Quién ha dicho que yo necesite una aspirina?

–Yo.

–¿Y tú no la necesitas o qué?

–No, yo no padezco migraña. Quiero decir que no tengo que ocuparme a la vez de mi madre y de mi hija, no tengo que mantener dos casas y soportar encima los problemas de mi ex...

Su mirada se dulcificó.

–Pero ¿por qué no lo entiendes? Necesitas a alguien que te dé paz con atenciones, con «te quiero», con flores, con mentirijillas, con mimos... Nada más. Y algo me dice que ese señor es una aspirina excepcional.

–¡Qué tontería! ¿No te vas a comer esas patatas?

–No, ya no las quiero, ni tú tampoco. Te has comido todas las tuyas, ya es suficiente.

Vació su plato en la maceta de azaleas. Arezu miró a su alrededor y ahogó una carcajada.

–¡Estás loca!

Cruzó los cubiertos sobre el plato y lo apartó.

–Bueno, y ya que te has encariñado con esa maravilla, ¿por qué no te la quedas para ti?

–Yo me he quedado empachada con la sopa que me preparó mi propia maravilla. ¡En cuanto esté mejor y vuelva a tener ganas de sopa, me la quedo encantada!

Cruzó a su vez sus cubiertos sobre el plato y lo apartó. Arezu encendió un cigarrillo, dio una calada y expiró el humo.

–¡No me vengas con historias, sigues enamorada de *Esfandiyar* y estás esperando que

vuelva del fin del mundo! ¡Cabritilla, no te mueras, que pronto llegará la primavera! Pásame tu móvil para que compruebe si la sinvergüenza ha vuelto a casa.

–¿Quién te ha dicho a ti que lo estoy esperando?

Le pasó el móvil y, con la barbilla apoyada en la mano, se puso a mirar el parque. El joven seguía ocupado pintando el banco.

–Todavía hay sobrecarga en la red; a no ser que Ayeh esté conectada a Internet.

Dejó el móvil en la mesa y miró a Shirine, que seguía absorta en la contemplación del parque. El banco rojo formaba una mancha viva sobre el gris del cielo y el marrón de los árboles desnudos. El cisne –o el pato– que se erguía en mitad del estanque era de un malva intenso. Dejó escapar un profundo suspiro.

–¡Bueno, está bien! Deja de poner esa cara. Retiro lo que he dicho. ¡A lo mejor vuelve, después de todo!

Antes de que Shirine se transformara en pantera, Arezu le dijo en voz baja:

–¿Quieres que hagamos algo importante? ¡Al cuerno los hombres! ¡Vamos a tomarnos cada una un enorme helado de vainilla con tutti-frutti! –susurró, acercando la cabeza a su amiga.

Shirine se volvió y frotó la mejilla contra su hombro, como una gatita.

Naim abrió la puerta de la agencia. Solo estaba sentada a su mesa Tahmineh, la morenita malhumorada, pero se levantó apartando bruscamente su silla. Naim se puso a refunfuñar:

–¡Nadie ha vuelto todavía, les dejan hacer lo que les da la gana!

–No se están retrasando –replicó Shirine–. Son las tres menos cuarto. Y tú, Tahmineh, ¿por qué no te has ido a comer?

Tahmineh bajó la mirada. Naim fue a abrir la puerta del fondo.

–La señora ha llamado para encargar unas frutas. He ido a comprarlas. Ha llegado un paquete para usted. Lo he dejado en su mesa. No sé de dónde viene. Ha llegado por correo experto.

–¿Qué? –se extrañó Shirine.

–Por correo exprés –corrigió Arezu.

Un paquete rectangular, envuelto en papel de regalo, la esperaba sobre la mesa. Arezu lo cogió y lo examinó por todos lados, mientras Naim oscilaba de un pie a otro en el umbral de la puerta, repitiendo:

–¿No sabe quién ha podido enviarlo?

Las dos mujeres se miraron.

–¡Naim, tráenos agua! –exclamó Shirine.

–¡A sus órdenes! –contestó Naim sin moverse de su sitio.

–¡Agua, aga Naim! –repitió Arezu.

–¿No piensa abrirlo? –insistió Naim–. ¿Y si fuera una bomba o algo así...?

Arezu se arrellanó en su sillón, dejando delicadamente el paquete en medio de la mesa.

–Tienes razón. ¿Y si fuera una bomba o algo así...? Anda, ve a traernos el agua que te hemos pedido. Te esperamos para abrirlo.

En cuanto salió Naim, Arezu y Shirine se precipitaron sobre el paquete y rompieron el papel que lo envolvía. Era la caja de un teléfono portátil, y en ella se veía la foto de la marca, el modelo, el número y la descripción, todo ello acompañado de una tarjetita. Fuera se oyó ruido de pasos. Las dos mujeres se miraron un momento. Shirine arrugó el papel de envolver y lo tiró a la papelería que había debajo de su mesa. Arezu guardó la caja y la tarjeta en el cajón de la suya, y lo cerró.

Llamaron a la puerta con dos golpecitos. Naim entró con dos vasos de agua. Shirine abrió una carpeta, mientras Arezu le daba las gracias a Naim y cogía su vaso de agua. La mirada de este se posó por turnos en cada una de las mujeres, y luego preguntó:

–¿Qué era, Arezu janom?

–¿El qué?

El hombre frunció sus blancas cejas.

–¡Pues el paquete!

–¿Qué paquete? –preguntó Shirine extrañada.

–¿Qué paquete? –repitió Arezu.

El hombre alisó el ceño, pero puso cara de pocos amigos. Las gafas se le resbalaron sobre la nariz. Se dirigió a la puerta refunfuñando:

–¡Muy amable por su parte! ¡Después de tantos años de servicio, da gusto ver la confianza que tienen en mí! ¡Muchas gracias, sí, muchas gracias!

Y salió dando un portazo. Las dos mujeres se echaron a reír. Cogieron la tarjeta y la leyeron juntas:

De parte del responsable del destrozo del teléfono.  
Atentamente,  
*Sohrab Zaryu*

Se miraron, enarcaron las cejas las dos a la vez e inclinaron la cabeza hacia el mismo lado, exclamando: «¡Vaya, vaya, vaya...!».

La verja estaba abierta de par en par.

El R5 azul marino entró en el jardín y se detuvo al pie de la escalinata. Desde el porche, una mujer delgada y esbelta exclamó:

–¡En el jardín no, que molesta! Aparca en la calle.

Tenía el pelo recogido en un moño y llevaba unos pendientes de oro y rubíes.

Arezu, Shirine y una joven bajaron del coche.

–¡Vale, Monir yan! –dijo Arezu–. ¿Al menos nos da permiso para sacar las bolsas de la compra? ¿Dónde está Naim? Dígale que venga a ayudarnos.

–No hace falta molestar a Naim –intervino Shirine–, podemos llevarlas entre las tres.

–Buenos días, abuela –dijo la joven, reuniéndose con su abuela en el porche.

–Oye, oye, señorita Ayeh –exclamó Arezu–, no te vayas con las manos vacías, haz el favor. Coge un par de bolsas.

–¿Yo? –preguntó Ayeh, que ya estaba en la escalinata.

–Sí, tú. Ven aquí, he dicho.

La madre de Arezu abrió los brazos para besar a su nieta.

–Pero llama a Naim y a Nosrat. ¡Con esta cintura de avispa, mi nieta no está hecha para cargar peso! ¿Cómo está mi niña querida?

Le apartó el velo unos centímetros para acariciarle el cabello lacio. Un mechón se escapó de la tela y le cayó a la joven sobre el hombro, y otro, detrás de la oreja.

–Nuevo peinado, por lo que veo. ¡Bravo! ¡Estás preciosa!

Abuela y nieta entraron en casa, abrazadas por la cintura.

Naim bajó la escalinata, seguido de una gruesa mujer vestida con una falda plisada y una blusa de flores. Arezu avanzó hacia ella, presentándole la mejilla para que se la besara.

–Hola, Nosrat, ¿cómo estás?

La mujer le tomó el rostro entre las manos y le dio dos besos en cada mejilla.

–Hola, preciosa. ¡No toques nada! Usted tampoco, Shirine janom.

Y, volviéndose hacia Naim, exclamó:

–Pero ¿qué haces ahí parado? Lleva todo esto a la cocina. ¡Y rapidito!

Se volvió después hacia Arezu y Shirine y les dijo:

–Por favor, adelante.

Subieron las tres la escalinata.

En el salón había una hilera de sillones de madera dorada tapizados con telas estampadas en azul celeste y azul marino. En la chimenea chisporroteaba el fuego, y encima de la repisa había un retrato de una mujer de ojos azules sentada en un sillón de

madera dorada. Cada vez que se hablaba de ese cuadro, la madre de Arezu se acariciaba el cabello castaño claro, y en su boca de labios rosas se dibujaba una sonrisa.

«Le dije a Kazarian: “Maestro, ¡pínteme ojos azules, a juego con los colores de mi salón!”.»»

Contenía una risita antes de añadir: «Azul y dorado: ¡los colores reales!».

Arezu arrojó su bolso sobre el primer sillón que le pilló a mano.

–¡Bienvenida al castillo de Versalles! Pero ¿dónde está María Antonieta?

Su madre entró por la puerta del vestíbulo.

–Ayeh ha ido a leer sus correos electrónicos.

Volviéndose hacia Arezu, le dijo:

–Quita el bolso del sillón, no seas desordenada.

Y, dirigiéndose a Shirine, añadió:

–¿Cómo estás, preciosa? Te veo más delgada.

Miró a Arezu de reojo.

–Tu amiga, en cambio, ha vuelto a engordar. ¿No es ese el vestido que te compraste el año pasado para Nauruz<sup>6</sup>? Te queda muy apretado.

Se sentó en un sillón.

–Shirine, siéntate aquí, anda. ¡Qué vestido más espléndido llevas! ¿Es de Yasi Abrahi? ¡Qué elegante estás!

Shirine se sentó, desplegando sobre el sillón su larga falda rojo vivo con bordados malva. Cruzó las piernas riendo.

–¡Aún no me puedo permitir los vestidos de Yasi Abrahi, mi querida Monir!

Mah-Monir frunció el ceño:

–¿Qué dices? ¡Pero si los trajes de Yasi Abrahi no son tan caros! Además, ¡algo hay que pagar por la elegancia y la belleza, no hay más remedio! No conozco ropa de mejor gusto, tan elegante ni tan bonita como la que hace esa muchacha.

Arezu se enderezó el vestido negro y metió tripa.

–¡Mah-Monir está ensayando su papel para la función!

Quitó su bolso del sillón y lo dejó junto a la mesa de madera dorada, sobre la que había dispuestos varios cuencos de cristal y de plata, de todos los tamaños, que contenían frutos secos, dulces, *baklavas* y bombones extranjeros.

Sonó el timbre de la puerta, y minutos después se oyó la voz de Mah-Monir:

–¡Hola, Nasrine! Hola, querida. Muchas gracias por venir, qué ilusión me hace verte. Naim, el abrigo del doctor. ¡Maliheh, qué precioso pañuelo llevas!

Los invitados eran, en su mayoría, las mismas personas a las que Arezu llevaba viendo todos los primeros jueves de cada mes en casa de su madre desde hacía muchos años. Cuando era niña, todos le parecían altos o viejos. Pero hoy faltaban algunos de los más ancianos, y los demás habían envejecido o al menos no parecían tan altos. Cuando estaba en primero de primaria tenía que levantar muy alto la cabeza para ver a Nasrine, que iba al instituto. Ahora esta, vestida con un traje sastre de rayas, estaba de pie al lado de la chimenea, contando la boda de su hija en Los Ángeles:

–Había una orquesta tradicional iraní y otra occidental, pagadas ambas por el novio.

Nosotros tampoco escatimamos: un Rolex de oro macizo para el novio...

Uno de esos jueves, Arezu le preguntó a Shirine: «¿Tú crees que Nasrine se ha hecho una *lifting*?». Shirine se echó a reír y replicó: «Y el papa, ¿se ha vuelto católico?». Mah-Monir soltó una risita burlona y añadió: «¡Mi pobre Arezu, mira que eres boba, hija mía!».

Se oyó una carcajada en un rincón de la habitación. Arezu no necesitó mirar para saber que se trataba de Hesam, el hermano de Hamid. La madre de los dos hermanos era la hermana mayor de Mah-Monir. De joven había sido comadrona. Tras su muerte, esta siempre se había referido a ella como «mi querida hermana la doctora».

Hesam vestía un traje azul marino y un pañuelo de seda. Se acercó a Nasrine para susurrarle algo al oído.

–¡Tú y tus bromas maliciosas! –contestó ella riendo.

«Es igualito que Hamid», pensó Arezu mirándolo. Justo acababa de terminar el bachillerato cuando Hamid y Hesam volvieron de Francia, una vez concluidos sus estudios. Unos días después, Mah-Monir le dijo a Arezu: «Hesam y Hamid tienen intención de casarse... Tu tía y yo hemos pensado que...». Siguió hablando durante media hora y, al final, le preguntó: «¿Cuál de los dos? ¿Hamid o Hesam?». Sin apartar los ojos de las flores de la alfombra, Arezu había hecho sus cálculos. Hesam se quedaría en Irán, y Hamid volvería a marcharse a Francia. Así que contestó: «¡Hamid!».

Con una taza de té en la mano, Shirine fue a sentarse a su lado.

–¿Otra vez en la luna, como de costumbre?

Arezu cruzó las piernas. Se tiró de la falda para taparse las rodillas. Su madre tenía razón: había vuelto a engordar.

–Estaba pensando que si hubiera sido Hesam el que quería volver a Francia... –con un gesto de la cabeza señaló a Hesam, que estaba diciéndole algo al oído a una mujer de cabello teñido–, probablemente me habría casado con él y no con Hamid...

–¡De modo que te casaste con Francia! –contestó Shirine riendo.

Arezu ahogó una carcajada. Le presentó a Mahbubeh, la mujer del cabello teñido, hija del señor Yalali, un amigo de su padre. Había estado enfadada con Mah-Monir durante años, pero acababan de reconciliarse. La madre de Mahbubeh odiaba a la de Arezu. Hasta su muerte, había repetido mil veces a todos sus amigos que Mah-Monir le tiraba los tejos a su marido. Shirine tomó un sorbito de té abriendo unos ojos como platos.

–¿Y era cierto?

–¡Pues claro que no! –contestó Arezu riendo–. ¡La madre de Mahbubeh nunca entendió que el encanto de mi madre no era nada peligroso!

Se volvió para observar a Mah-Monir, que estaba saludando a una señora bajita y menuda.

–Mi madre es una seductora nata. Seduce a los hombres, a las mujeres, y, probablemente, cuando está sola delante del espejo, también a sí misma.

Se volvió hacia Shirine para seguir hablándole de Mahbubeh. Su primer marido era inversor inmobiliario, pero ella y toda su familia lo llamaban «ingeniero». Su segundo marido era un comerciante del bazar al que todos apodaban Hayyi aga<sup>7</sup>, lo cual irritaba

sobremanera a Mahbubeh. Su tercer marido se dedicaba a la importación de material médico, y Mahbubeh, como todo el mundo, lo llamaba «doctor». Vivieron juntos muy felices hasta que el doctor la repudió para casarse con una veinteañera.

Shirine adoptó una expresión de asombro.

–¿Una veinteañera?

–¡No, gracias! –le dijo Arezu a Naim, que le presentaba la bandeja del té.

Le lanzó una mirada dubitativa a Shirine, como si quisiera decirle «¿De qué te extrañas?». Esta dejó su taza al pie de la estatuilla de porcelana, sobre la mesita baja que había junto al sillón en el que estaba sentada. Ella también indicó con un gesto que no quería más té.

Ayeh la llamó desde el otro extremo de la habitación.

–¡Tía Shirine!

Blandiendo un CD, gritó:

–¡Jacques Brel!

Shirine se levantó y fue hacia ella, abriéndose paso a través de los invitados que estaban sentados, de pie o moviéndose de un punto a otro del salón.

Arezu examinó la estatuilla de porcelana. Representaba a una joven vestida con un traje azul y un sombrero rosa con un lazo. A sus pies yacía un perro con el pelaje moteado de marrón, y la muchacha lo acariciaba con una mano. La madre de Arezu repetía a quien quisiera escucharla –y a quien no quisiera, también–: «Es porcelana francesa, de Limoges». Su amado le había traído ese regalo de Francia durante su noviazgo. Su amado era el padre de Arezu, pero esta sabía muy bien que sus padres no habían tenido noviazgo, pues apenas habían transcurrido quince días entre la petición de mano y la boda. Su primer viaje a París lo habían hecho cuando ella estaba en tercero de primaria, y se había quedado en casa con Nosrat y Naim. Al regresar sus padres, había preguntado: «Papá, ¿cómo era París?». Y este le había contestado: «¡No había más que cacas de perro por todas partes!».

Ayeh y Shirine charlaban con Hesam. Arezu se levantó y se acercó a una señora muy gruesa. Su marido y ella eran descendientes de la dinastía qayar, parientes lejanos de Mah-Monir. A Arezu le gustaba esa señora que bromeaba todo el rato, decía lo que se le pasaba por la cabeza y no se amilanaba ante nadie. En su presencia, la madre de Arezu la llamaba princesa o Sorurosaltaneh<sup>8</sup>, pero en cuanto se alejaba, solo la llamaba Sorur, con un gesto de exasperación.

La gruesa mujer dejó el plato de frutos secos sobre la mesa, exclamando:

–¡Mírala, aquí está! Ayu, bonita, ven por aquí que te vea, corazón.

Se esforzó por hacerle hueco en el sofá.

–¿Cómo estás, preciosa?

–No estoy mal –contestó, acomodándose como pudo en un sofá pensado para tres personas.

–¿Que no estás mal? –le dijo la mujer al oído–. ¡Embustera como su padre!

Estalló en una carcajada, pero enseguida recuperó la seriedad.

–Nosrat me ha contado lo ocupada que estás.

Ella asintió con la cabeza.

–Cuando estabas en el vientre de tu madre, tu pobre padre llamó a su agencia Sarem & Hijo. Y cuando naciste dijo: «¿Qué más da?», y no cambió el nombre.

Dejó escapar un profundo suspiro.

–Y tenía razón, ¿qué más da?

Abrió un pistacho.

–Pero ¡qué lástima que no esté aquí para ver que, efectivamente, daba lo mismo!

Le ofreció el pistacho a Arezu y volvió a susurrarle al oído:

–Dime una cosa, ¿quién es ese señor importante que está charlando con Mah-Monir?

Señaló hacia la chimenea.

El señor que conversaba con su madre era un hombre calvo con corbata y camisa blanca. Las «finas» piernas de Mah-Monir aparecían de vez en cuando entre los pliegues de su falda roja, a la luz del fuego artificial.

–¡Parece Marlene Dietrich, pero en peor! –masculló Arezu. Sorur janom tendió la mano hacia el plato.

–El señor ¿qué?

Shirine le hacía señas desde el otro extremo del salón.

–No tengo ni idea, querida Sorur, no lo conozco. Enseguida vuelvo.

Se levantó. La voz de Jacques Brel se imponía apenas sobre el jaleo y las risas. Fue a sentarse junto a Shirine.

–¿Otra vez se ha puesto pesado Hesam?

–Me ha invitado a Francia, al sur –contestó ella riendo–, a su chalé de diez habitaciones en...

–¡Juan-les-Pins! –exclamaron las dos a coro con una carcajada.

–¿De qué se ríen ahora esas dos?

La mano derecha de Mah-Monir se encontraba a un centímetro del hombro del señor calvo mientras con la izquierda se acariciaba un colgante con un rubí. La mano derecha describió un lento arco hacia las dos mujeres:

–Mi hija Arezu, y Shirine, su amiga, que es como una hija para mí.

La mano izquierda se volvió hacia el calvo.

–El señor Josravi, nuestro nuevo vecino. Anteayer fue tan amable de enviarnos a su mayordomo para que nos cambiara las bombillas de los focos de la piscina. Es dueño de varias propiedades en los alrededores. Le he dicho que mis dos hermosas hijas eran grandes profesionales del sector inmobiliario. Os dejo en compañía de nuestro querido señor Josravi.

Consultó su reloj. Arezu no alcanzó a ver si era el Cartier o el Rolex que su padre le había regalado.

–¡Oh, qué pésima anfitriona soy! Ya son las diez. Vamos a ver si la cena está lista.

Arezu se puso a imitar a su madre en silencio: «¡Oh, qué falsa soy! He encontrado a un primo al que engañar y le hago la pelota para exprimirle todo lo que pueda». Y, pensando unos segundos, añadió: «Los focos de la piscina funcionaban bien». Ante la mirada insistente del señor Josravi, Mah-Monir se dirigió hacia la cristalera del comedor,

que comunicaba con la cocina. Se contoneaba como alguien que se sabe observado. El hombre se volvió hacia Arezu.

–¡Ah, su madre, qué gran señora!

Se echó a reír. Su cabeza calva brillaba. Inclinandose ante Shirine, le tendió la mano derecha, con los dedos crispados:

–¡Tanto gusto!

Se oyó entonces la voz de Ayeh.

–Por favor, tío Hesam, ¡deje de chincharme! Prometió usted dar una gran fiesta para el cumpleaños de Sami.

Vestía un vaquero ceñido que resaltaba su cuerpo esbelto. Cogía del brazo a un joven de cabello rizado que llevaba unas gafas redondas con cristales ahumados.

Hesam dio una calada a su puro.

–Cumpliré mi promesa. ¡Pero con la condición de que el padre de Sami esté entre los invitados!

Se volvió hacia Mahbubeh, Nasrine y dos hombres de cierta edad.

–¿Voy a correr con todos los gastos y no voy a estar entre los invitados? ¿No les parece injusto?

Mahbubeh sacudió su cigarrillo.

–Olvídalo, Hesam. Pongamos que te invitaran, esa música que escuchan ellos te destrozaría los tímpanos. Cuando mis hijos dan fiestas, me pongo tapones en los oídos.

Sami le susurró algo al oído a Ayeh, y ambos se echaron a reír. Bajo los pies de Mahbubeh, Arezu observó la alfombra de Tabriz con su dibujo de peces, temerosa de que le cayera ceniza.

La puerta doble del comedor se abrió; Mah-Monir anunció en voz alta:

–¡La cena está servida!

Los aromas de perfumes y colonias, los olores a pipa, cigarrillo y puro se mezclaron entonces con los de las parrilladas, las lasañas, el *pilaf* de habas y el *soufflé* de espárragos.

Arezu se subió el bajo del abrigo y saltó por encima del charco, mascullando:

–¿Por qué siempre te hago caso? No dejo de preguntármelo. Con este tiempo de perros, ¿de verdad teníamos que venir hoy a Tayrish<sup>9</sup>?

Shirine iba delante.

–Camina y piensa en el calor del verano en lugar de quejarte. Nadie se ha muerto nunca por unos pocos gramos de nieve derretida. Empezaremos por comprar guantes de crin<sup>10</sup>, goma tragacanto y extracto de hojas de plátano.

–Nosrat me ha pedido también que le compremos a Sabzeh Bayi finas hierbas para la sopa.

–Las compraremos en el camino de vuelta.

Un joven de cabello negro engominado seguía a Arezu repitiendo en voz baja:

–¡Cupones, cupones! Arroz, azucarillos, azúcar glas, aceite. Compro y vendo.

Tenía el rostro marcado de viruela. Arezu negó varias veces con la cabeza para indicarle que no tenía intención de comprar ni de vender. El hombre insistió:

–Cintas extranjeras, cintas iraníes...

Arezu se volvió hacia el joven y gritó:

–¡Que te he dicho que no!

Entró en el bazar con Shirine. El hombre le lanzó una mirada furiosa.

–¿Por qué gritas? ¡Dime con educación que no te interesa y ya está!

Arezu se volvió bruscamente.

–¿Qué has dicho?

El joven se echó a reír.

–¡Nada!

Shirine le tiró de la manga.

–¡Anda, ven! ¡Olvídalo!

El bazar estaba abarrotado de gente. Pasaron por delante de todo tipo de comercios: orfebres, pañeros, perfumistas, tiendas donde vendían vaqueros y zapatillas de deporte, rosarios, alfombras de oración, brújulas para encontrar la dirección de La Meca y productos de belleza.

Arezu se aflojó el nudo del velo negro.

–¡Me asfixio!

–Pues tampoco hace tanto calor. ¿Qué te pasa? Será la menopausia, supongo...

–¡Mira tú con qué cosas me vienes! A los cuarenta y dos años, ¿la menopausia?...

–¡Cuarenta y uno!

Un hombre empujó a Arezu.

–¡Cuidado, *hayy janom!*

Arezu rechinó los dientes.

–Hayy janom, ¡lo que hay que oír!

–Anda, ven –le dijo Shirine tirándole de la manga–. Hoy desde luego estás un poco rarita, ¿eh?

Arezu miró el techo del bazar suspirando. Su mirada se detuvo en las chapas onduladas torcidas y volvió a bajar hacia una larga tela negra que colgaba entre dos entreplantas. Llevaba una inscripción en la que se leía: «Cruel fallecimiento de...». Un poco más abajo divisó un cartel torcido de colores desvaídos que anunciaba: «Parrilladas Salehieh, *halim* y sopa de fideos». Se apretó el nudo del velo y volvió a suspirar.

–No me encuentro muy allá. ¡Bueno! Aquí están los guantes de crin. Compra lo que tengas que comprar y vámonos. Olvidemos las finas hierbas.

–Se los voy a comprar al viejo ciego, en el tekieh<sup>11</sup>.

Pasaron por delante del pañero, el puesto de parrilladas y el relojero. El tekieh estaba rodeado de tiendas. Shirine se dirigió hacia un ciego que vendía guantes de crin. Mientras tanto, Arezu observaba el centro del tekieh con sus montones de coles, apio, berenjenas, coles de Bruselas y calabacines que se erguían bajo la luz de grandes bombillas. «En primavera», pensó, «en un rincón vendían gusanos de seda». ¿Cuántas primaveras habían venido, su padre y ella, a comprar gusanos de seda? Su padre le había enseñado a criarlos. Recorrían todas las calles de Shemiran en busca de hojas de morera. La primavera que siguió a su regreso de Francia, Arezu llevó a Ayeh. Le compró gusanos de seda y le enseñó a su vez a criarlos. Pero Ayeh no tenía paciencia para ir de calle en calle buscando hojas de morera, así que Arezu tuvo que ocuparse ella misma. Encontró los árboles y cogió las hojas. Y los gusanos crecieron. Ayeh le dijo: «¡Qué feos son! Yo prefería unos huevos Kinder». Arezu corrió a casa de su padre para decirle: «¡Ven a ver lo bonitos que son!».

Miró las cajas de rábanos, junto a los abonos para finas hierbas. «¡A lo mejor es que en mi época no había huevos Kinder!»

Shirine le tiró de la manga.

–¿En qué estás pensando?

–¡En nada! ¿Has encontrado los guantes? ¿Podemos irnos ya?

Consultó su reloj.

–Es más de mediodía, me muero de hambre. Tengo una cita a las dos y media. ¿Volvemos ya?

Shirine metió los guantes de crin en una gran bolsa negra.

–¿Te apetece un pincho de hígado?

Le indicó con la barbilla un restaurante modesto situado en una esquina del tekieh. Una chispa brilló en los ojos de Arezu. Cogidas del brazo, se dirigieron hacia la tasca, que solo tenía dos mesas. Una de ellas estaba ocupada por un hombre vestido con una parka militar y un pañuelo de cuadros. Tenía entradas y el cabello largo en la nuca. Arezu cogió una silla de la mesa de al lado.

–Yo guardo la mesa, tú ve a pedir. Solo voy a tomar hígado. Bien hecho. No quiero ni

riñones ni corazones.

Shirine abrió unos ojos como platos.

–¡Pues menos mal que me lo has dicho!

Se dirigió hacia el joven que estaba detrás del mostrador, ocupado en avivar el brasero. La silla de hierro se movió. ¿Por qué debía dar explicaciones todo el rato? Desde que conocía a Shirine, ¿cuántas veces habían comido juntas pinchos de hígado? Innumerables veces. Con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en las manos, observaba la fina silueta y los ojos verdes de la joven que hablaba con el chico del mostrador. «¡Qué suerte tiene Shirine!», pensó. «Siempre está de buen humor, nunca refunfuña ni se queja de nadie. Nunca hace ni el más mínimo comentario inútil. Nunca habla de sí misma, a no ser que le pregunten. ¿Será a causa del yoga, de la meditación trascendental...? ¡Qué idiota este Esfandyar! ¡Mira que pasar de una chica tan maravillosa! Shirine tiene razón: ¡los hombres son todos iguales, unos idiotas!»

–¿Tiene cerillas? –preguntó el hombre de la mesa de al lado.

Arezu lo miró un momento y luego rebuscó en su bolso. Encontró las cerillas y se las dio. «¡Qué desarrapado!», pensó. «Seguramente será un drogadicto o un ladrón, o las dos cosas.» Cambió su bolso de sitio y lo dejó contra la pared.

–Gracias –dijo el hombre, devolviéndole las cerillas.

Al guardarlas en el bolso, vio el móvil. Lo cogió y lo miró. ¿Por qué lo había aceptado? ¿Para no tener que comprarse otro? Su situación económica no era mala en ese momento. ¿Temía algo en concreto? O bien...

Shirine se sentó y señaló el móvil con la cabeza.

–¿Le has llamado para darle las gracias?

Arezu se quedó mirando fijamente el salero: era un viejo tarro de mayonesa con la tapa agujereada.

–Debería haberlo devuelto nada más recibirlo.

El camarero dejó la fuente con la parrillada en la mesa y añadió:

–¿Quieren bebidas?

–Sí, dos –contestó Shirine.

–No hay, tienen que comprarlas en la tienda de al lado.

Las dos mujeres se miraron mientras el chico volvía a su mostrador. Shirine cogió un trozo de pan, metió dentro el hígado y tiró del pincho para sacarlo.

–Devolver ¿qué? –preguntó, echándose sal.

Arezu puso el hígado en el pan, mordió un bocado y señaló el móvil. Con la boca llena, Shirine la miró con aire interrogador.

–¿Es que acaso se ha creído que necesito esta birria de móvil? No sé ni por qué he abierto la caja. La culpa es tuya. No has dicho nada.

–¡Come más despacio, que te va a entrar hipo!

Se volvió hacia el chico para preguntarle:

–¿Tampoco tienen agua?

Este le indicó con un gesto que no.

–¿Qué se cree? Que con cien mil tomanes...

–¡Trescientos mil! Ese modelo vale...

–¡Lo que sea! Debería habérselo devuelto inmediatamente. ¿Qué se imagina? ¿Que necesito dinero? ¿Se cree que puede comprarme con un regalo? ¿O que conseguirá un descuento en el precio de la casa?

–A lo mejor no ha pensado nada de todo eso que dices.

Shirine cogió un trocito de hígado con la punta de los dedos y lo mordió. Arezu se tragó lo que tenía en la boca.

–¡Ay! ¡Tengo hipo!

Respiró bien hondo.

–Entonces, ¿qué ha pensado, según tú?

–Pues que ha hecho una buena acción, ¡y yo también lo pienso!

–¡Ay! ¡El hipo!

–Te he dicho que comieras más despacio. Voy a comprar algo de beber en esa tienda – dijo levantándose.

El hombre de la mesa de al lado se puso en pie a la vez. Dejó delante de Arezu una botellita de agua mineral.

–Aquí tiene, no la he tocado.

Se dirigió al camarero y le pidió la cuenta. Arezu se lo quedó mirando, estupefacta.

–Muy amable –dijo el camarero.

Arezu miraba fijamente al hombre. Este dio una calada a su cigarrillo. Se volvió hacia el camarero, que dijo:

–Muy amable, setecientos cincuenta.

El hombre pagó, se enrolló al cuello el pañuelo de cuadros y salió de la taberna con las manos en los bolsillos.

–¡Muy amable! –repitió el camarero desde el mostrador.

Arezu hipó.

–Entonces, ¿lo ha oído todo? ¿Qué habrá pensado?

Otro hipido.

–Bebe dos sorbos de agua –dijo Shirine– y aguanta la respiración. Habrá pensado que ha hecho una buena acción, nada más.

Salieron. Shirine le propuso a Arezu:

–Ocúpate tú de las finas hierbas. ¿No necesitas nada de la droguería?

–¡No! ¡Ah, sí! Semillas para el sirope *tojm-e sharbati* de Nosrat.

Se dirigió a la frutería.

La gruesa mujer de mejillas coloradas llevaba un pañuelo atado a la nuca. Con la mano enfundada en un guante de plástico rosa, cogió un manojo de cilantro que puso en la balanza junto a los puerros y el perejil.

–¿Espinacas?

–Hum... ¿Se ponen en la sopa?

–Sí, en el norte sí.

La vendedora añadió unas hojas de espinacas. Lo envolvió todo en papel de periódico y ató el paquete con un hilo de nailon.

–Son trescientos.

Arezu le tendió dos billetes de doscientos.

–¿Qué noticias tienes de tu hija?

Sabzeh Bayi cogió un billete de cien de la caja que había junto a la balanza y le quitó el polvo.

–¡Ninguna!

La hoja de cilantro pegada al billete cayó al suelo.

–¡Todo les debe de ir muy bien a ella y al vago de su marido, puesto que no tenemos noticias! Pero, descuida, para la fiesta de Nauruz los tendré encima. ¿No quieres bolsa?

–Sí, dame una. Pero aún falta mucho para la fiesta...

–En cuanto te descuides, ya está aquí la fiesta de Nauruz. La bolsa no te la cobro, faltaría más. Dale recuerdos de mi parte a Nosrat janom.

Arezu estaba al teléfono.

–¿Cómo que «no sabemos dónde está»? Tenemos cita con el notario a fin de mes.

Consultó su agenda un momento mientras seguía escuchando.

–Qué bien que me lo digas, porque, si no, no habría sabido que aún teníamos tiempo. ¡Bueno! Dile a su secretaria que ha llamado la señora Sarem por lo del móvil... ¡No! No es necesario. Dile solo que ha llamado la señora Sarem. ¡Bueno, mejor no! No digas que has llamado de mi parte. Di solo que me avise en cuanto vuelva.

Giró su silla hacia el patio.

–¿Cómo que «no tiene secretaria»? Entonces, ¿tú con quién has hablado?

En el jardín, unos gorriones revoloteaban entre los rosales desnudos. Colgó el teléfono, diciendo:

–¡Me pregunto qué estará haciendo ese hombre!

Llamaron a la puerta, y de nuevo hizo girar la silla para ver quién entraba.

Apenas había dicho «¡Adelante!» cuando la puerta se abrió y entraron Ayeh y Naim. La muchacha se quitó el velo, y cargó a Naim con sus carpetas y su mochila. El velo aterrizó en el escritorio, y su dueña, en el sofá de dos plazas.

–¡Buf! Estoy muerta de cansancio.

–¡Hola, hola! –la saludó Arezu.

Ayeh se repantingó en el sofá, apoyando los pies en la mesa baja y reclinando la cabeza sobre los cojines.

–Me he tragado cuatro horas de estupideces.

Naim dejó la mochila junto al sofá, y las carpetas, sobre la mesa.

–La señorita Ayeh está cansada por un buen motivo. Ir a la universidad y estudiar no está al alcance de cualquiera.

Colgó el velo en el perchero.

–La pequeña es como su madre... –le lanzó una miradita a Arezu–. Usted también era muy estudiosa.

Y, volviéndose hacia Ayeh, preguntó:

–¿Qué le apetece, señorita Ayeh? ¿Un zumo de naranja? ¿Un té? ¿Un café?

Ayeh se pasó la mano por el pelo.

–Hum... ¿Me compras una hamburguesa? No he almorzado.

–¡A sus órdenes! –contestó Naim riendo. Y, mirando a Arezu, añadió–: A la señorita Ayeh le gustan las hamburguesas desde que era muy pequeña, exactamente como a usted. ¿Se acuerda de cuando íbamos a comprarlas donde Yekta?

Arezu abrió el cajón riendo.

–¡Sí! Claro que me acuerdo, aga Naim.

Sacó su monedero y le dio el dinero.

–No tardes. Tienes todos estos anuncios que repartir. Y también tienes que ir a la imprenta. Ya están listas las pruebas.

Miró a Naim pensando: «¡En los tiempos en que íbamos donde Yekta no tenías el pelo tan blanco!».

–¡Cómprame también patatas! –gritó Ayeh.

Cuando la puerta se cerró, la muchacha se quedó un momento con los ojos cerrados. Luego volvió a abrirlos y bostezó, mirando la puerta del despacho.

–¿Dónde está la tía Shirine?

Se volvió hacia un lado y metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros para sacar un paquete de chicles.

–Ha ido a hacer una gestión –contestó Arezu, firmando el correo–. ¿Qué noticias traes de la universidad?

–Ninguna.

Se puso a mascar un chicle y bostezó mirando el azucarero sobre la mesa baja. Luego se levantó, estirándose. Se relajó y se puso a tararear una canción francesa. Se colocó detrás de Arezu.

–Desde la cena en casa de la abuela estoy enganchada a esta canción de Jacques Brel. Rodeó el cuello de Arezu con los brazos.

–Es de cuando tú eras joven, ¿no?

Ayeh apoyó la barbilla en el hombro de su madre.

–Por una vez no me parece una horterada. Sobre todo la letra.

Soltó una risita y añadió:

–Ya han abierto las pistas. ¿Me compras ropa de esquí? He quedado con Maryane en Dizine.

–Tienes la del año pasado –respondió Arezu, frotando la mejilla contra la mano de su hija.

Ayeh retrocedió. Se apoyó en la pared y golpeó el suelo con el pie, haciendo una mueca.

–Me queda pequeña. Y ya no está de moda. Además, Maryane se ha comprado un mono de esquí italiano superbonito.

–¿Y tus exámenes?

–¿Mis exámenes? ¡Vaya una cosa! ¡No hace falta hablar de los de primero, y los del último curso ya casi me los sé!

–¿Los del último curso?

Arezu cerró su monedero y lo guardó en el cajón de su mesa.

–Sí, los del máster.  
Antes de que a Arezu le diera tiempo a cerrar el cajón, su hija exclamó:  
–¡Espera! No cierres.  
Se precipitó hacia el cajón y cogió el paquete que contenía el móvil.  
–¡Guau! ¿Y esto de dónde ha salido?  
–Es de uno de mis clientes –contestó Arezu tendiendo la mano–. Devuélvemelo.  
Ayeh apartó la mano y se dirigió al sofá.  
–¡Es fan-tás-ti-co! Anteayer, sin ir más lejos, Babak Azimi nos soltó un discurso sobre el móvil que le había comprado su padre por su cumpleaños. ¡Y es igualito que este!  
Se sentó con la caja en la mano y miró a Arezu.  
–¿Puedo verlo? Solo un segundo, anda, por favor.  
Inclinó la cabeza, haciendo mohínes.  
–¡Yo ni siquiera tengo móvil, déjame al menos que lo vea!  
–¡Bueno... pero ten cuidado de no rayarlo! Tengo que devolvérselo a su dueño.  
Cerró la carpeta del correo.  
Llamaron a la puerta. Mohsen entró con una carpeta roja en la mano. Tenía el cabello moreno y ralo, y vestía un vaquero azul claro y un grueso jersey azul marino. Se apartó el mechón que le caía sobre la frente.  
–Disculpe, quería preguntarle...  
Al ver a Ayeh, añadió:  
–Disculpe, no la había visto. Hola.  
–¡Hola! –dijo Ayeh–. ¿Qué tal?  
La joven se puso a toquetear el móvil. La mirada de Arezu fue de uno a otro, hasta que por fin el joven abrió la carpeta sobre la mesa.  
–Quería saber si es usted quien lleva este tema o si es la señora Mosavat.  
Miró de reojo a Ayeh. Arezu examinó la ficha técnica, y observó a Mohsen, que miraba a Ayeh, y luego a su hija, que había dejado el teléfono en su regazo mientras se peinaba. Cerró la carpeta y la apartó, empujándola hacia Mohsen.  
–¿Cuánto hace que trabajas con nosotros? ¿Seis meses?  
–Sí, señora Sarem, seis meses y una semana.  
–¿Y en seis meses y una semana no te has enterado de que la señora Mosavat solo se ocupa de cuestiones financieras? ¿Ni de que yo conservo en mi despacho las carpetas en las que estoy trabajando?  
El joven enrojeció hasta la raíz del cabello y volvió a apartarse el mechón de la frente.  
–Sí, claro... Pero he pensado que, a lo mejor...  
–Tiene gracia –dijo Ayeh–, ¡Mohsen y yo llevamos vaqueros de la marca Jackie O!  
Mohsen se inclinó hacia atrás para leer la marca de su vaquero.  
–¡Es un Jackie O!  
–¡Lo que te decía! Como el mío. ¡Mira!  
Se puso en pie de un salto para enseñarle su pantalón. El móvil cayó al suelo de baldosas y resbaló hasta Arezu.

Ayeh estaba sentada con las piernas dobladas en el sillón de los cojines verdes, con la cabeza escondida entre las rodillas. Lloraba. Con los codos apoyados en el reposabrazos del sillón, y las manos bajo la barbilla, Shirine miraba por turnos a Ayeh y a Arezu, que recorría descalza la habitación de un extremo a otro, regañando a su hija:

–O sea que rompes los móviles de los demás, coqueteas con ese chico, ¿y qué más?

Ayeh se secó los ojos con un pañuelo de papel y luego se sonó la nariz, mirando a Shirine.

–¡Tía Shirine! Te juro que no he coqueteado con él. Es que me ha dado lástima. ¡Si hubieras visto su cara! Mamá lo estaba ridiculizando delante de mí. Solo quería cambiar de tema. El pobre chico estaba como un tomate. La mandona de mi madre, como toda vuestra generación, espera de los jóvenes que se pongan firmes en cuanto entráis por la puerta. Y como la mandona de mi madre es la jefa, se otorga el derecho de hacer sufrir a sus empleados como le dé la gana.

Arezu se apoyó en la mesa del comedor.

–¡Voy a tener que pedir cita con el sindicato para que vayas allí a soltar tus discursitos!

Ayeh hizo una bola con el *kleenex* y lo arrojó sobre la mesa, mirando a su madre.

–Y no creas que no sé por qué te pones así: ¡el teléfono era un regalo! De quién y por qué, no es asunto mío. Yo no soy una cotilla como tú.

–¡Siempre las mismas historias! Primero, Mohsen puede esperar sentado. Segundo, no eres la más indicada para darme lecciones en materia de moral social. Y tercero, ¿quién ha dicho que el móvil era un regalo?

Ayeh entornó los párpados, murmurando:

–¡Vaya, vaya!

Arezu miró a Shirine.

–¡Estos jovencitos se creen que porque ya no tenemos veinte años somos tontas! Para venir a hacerle la corte a la señorita, el señor Mohsen se ha buscado la primera excusa que se le ha pasado por la cabeza.

Miró a Ayeh.

–Supongo que tendría que haber sonreído y haberle rogado a tu enamorado que tuviera a bien sentarse, solo para que no me toméis por una hortera, como soléis decir. ¡Bien os gustaría que fuera como la madre de Maryane!

Shirine sacó una cajetilla de cigarrillos del bolso.

–¿La madre de Maryane?

–Sí, tú la conoces. Habrá venido más de cien veces a la agencia. Esa que nos dio tanto la tabarra con la compra de su piso.

Cogió el cenicero de la mesa y volvió a sentarse. Shirine encendió el mechero, y Arezu le dio una calada a su cigarrillo.

–Se pasa el día de acá para allá con su hija, que si a la peluquería, que si a la modista, ahora a esta tienda, ahora a esta otra, y lo único que le importa en la vida es...

El cigarrillo describió un arco en lo que se suponía era una imitación de la actitud de la madre de Maryane.

–¡Marmar, pero si tenemos la misma talla!

Dobló las piernas y se abrazó las rodillas.

–¡Como si no tuviera ya bastantes gastos como para encima añadir trescientos mil tomanes por un teléfono!

–¡Cuatrocientos mil! Babak me dijo que a su padre le costó cuatrocientos –dijo Ayeh, mordiéndose las uñas.

Furiosa, Arezu dio otra calada a su cigarrillo. Ayeh se sacó los dedos de la boca y adoptó una actitud molesta:

–Por su cumpleaños, a mis amigos les compran un teléfono, un coche, o les pagan un viaje al extranjero, ¿y a mí...?

–¿Tienes clase mañana?

–A las ocho –dijo la muchacha, sorbiéndose la nariz.

–Pues vete a la cama, mañana será otro día.

Ayeh espío a su madre. Con una mano en la frente, Arezu examinaba la vitrina situada en un rincón del salón. Dentro se veían dos tazas de porcelana pintada. Se las había comprado con ocasión de uno de sus cumpleaños en un anticuario, en la esquina de la calle Manuchehri, un regalo que se había hecho a sí misma. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Diez años? ¿Veinte? ¿Mil?

Ayeh replicó:

–¿Me das permiso para pasar el fin de semana con mis amigos en...?

–¡Pero será posible, qué frescura! ¡No! No te doy permiso.

Ayeh se echó a llorar y corrió hacia la escalera. Gritó mientras bajaba:

–¡Ojalá me muriera, para librarme de ti y de esta vida tan perra!

En el piso de abajo se oyó cerrarse con estrépito la puerta de su habitación. Shirine se levantó para ir a la cocina. Abrió la nevera.

–¡Vaya un ama de casa estás hecha! ¿Cuándo has preparado este tojm-e sharbati?

La voz de Arezu resultaba apenas audible.

–Lo ha hecho Nosrat, no yo.

Dieron unos sorbos de sirope. Durante un momento no se oyó más que el ruido de los cubitos de hielo en los vasos, y ese otro, sordo, de los coches en la calle.

–¿Te encuentras mejor? –le preguntó Shirine.

Arezu asintió con la cabeza.

–¡Reconoce que no te has portado muy bien!

Arezu volvió a asentir.

–Sabes perfectamente que al final le comprarás ese mono de esquí y que la dejarás irse a Dizine. Entonces, ¿por qué te obstinas en vano y por qué te rebajas ante ella?

Arezu miraba fijamente los hielos de su vaso.

–Y, además, no critiques tanto a sus amigas y a sus familias.

Arezu tenía lágrimas en los ojos cuando dejó el vaso sobre la mesa.

–No sé qué me pasa. No puedo más. Ya no soporto a nadie, ni a mi madre ni a mi hija. Se lo doy todo, y todavía piden más, nunca están satisfechas. Y ese asqueroso que llama cuando le da la gana...

Se echó a llorar, escondiendo la cabeza entre las rodillas.

Shirine fue a sentarse en el reposabrazos y le puso una mano en el hombro. Una lámpara situada en un rincón del salón iluminaba la zapatilla que Ayeh había dejado abandonada en la alfombra. Shirine exclamó de pronto:

–Hoy estamos a 15, ¿no?

Ella misma contestó a su pregunta:

–Sí. ¿Y sabes lo que pasa el 20?

Su mirada se cruzó con los ojos enrojecidos de Arezu.

–Es el aniversario del día en que nos conocimos.

Se levantó y se colocó delante de ella.

–Se me ocurre una idea genial. ¿Por qué no vamos al mar Caspio? ¿Que hace frío? ¡Al cuerno el frío! ¿Que va a llover, que va a nevar? ¡Mejor que mejor! Vamos a celebrar nuestro aniversario. ¿No te parece una idea fantástica?

Arezu miró los ojos verdes de su amiga, semejantes a dos granos de uva. Guiñó un ojo para admirar su cadena de oro y su colgante de esmeralda. Volvió a guiñar el ojo y vio el vestido cerrado de arriba abajo por botoncitos de nácar. Con otro guiño llegó hasta los botines negros y planos con hebillas de plata. Levantó la cabeza y volvió a posar la mirada en los granos de uva verdes.

–¿Y la agencia?

Shirine volvió a la cocina a lavar los vasos, llenó el recipiente de los hielos y limpió el pasaplatos con una bayeta.

–Nos iremos el jueves por la mañana, que es fiesta, y volveremos el viernes. ¡El mundo no va a dejar de girar porque nos ausentemos veinticuatro horas!

–Ayeh quería ir con Maryane a...

–Yo me encargo de convencer a Ayeh de que se quede en Teherán para hacer compañía a su querida Princesa.

Cogió su abrigo y su velo del perchero. Recorrieron el pasillo hasta el ascensor. Arezu quería decir algo, pero no se atrevía. Cuando llegó el ascensor, le dijo a Shirine mientras esta entraba en la cabina:

–Escucha...

Shirine se volvió hacia ella.

–No sé qué haría sin ti...

Shirine pulsó el botón de la planta baja, riendo.

–¡Vivir a lo grande!

Y, cuando ya se cerraba la puerta, añadió:

–Ve a hablar con ella.

Arezu volvió despacio a su piso chupándose el pulgar. Sin apartar la mirada de la moqueta roja del largo pasillo, empujó la puerta, fue a recoger la zapatilla de Ayeh, apagó las luces y bajó la escalera. No se oía ruido en la habitación. Pegó el oído a la puerta y llamó en voz baja:

–¿Ayeh? ¿Estás dormida?

La puerta se abrió. Ayeh la miró, con los ojos empañados en lágrimas y el cabello revuelto. Arezu habría sido incapaz de decir si fue ella quien la abrazó o su hija quien se

precipitó a sus brazos.

El R5 azul marino aparcó delante de la facultad. Ayeh se disponía a abrir la puerta del coche cuando Arezu le dijo:

–Oye...

Su hija se volvió hacia ella. El velo negro que le enmarcaba el rostro redondo acentuaba su palidez.

–Por favor, sobre todo no le cuentes nada del teléfono a Monir yan.

–¡Enhorabuena! –dijo Ayeh con una sonrisita cómplice antes de apartar la mano de la puerta.

–El teléfono se me cayó. Se rompió mientras visitaba una casa con un cliente.

Metió la mano en el bolso y sacó una barra de carmín. Inclinando hacia sí el retrovisor, estiró los labios.

–El cliente quiso arreglarlo...

Se aplicó el carmín.

–¿Por qué das tantas explicaciones? –preguntó Ayeh, bajando la cabeza para besar a su madre–. ¡Eres guapísima! Anteayer, sin ir más lejos, Babak me dijo que tengo una madre muy bonita.

Arezu se miró en el retrovisor. ¿Era solo una impresión o se había puesto colorada?

–¡Bueno! –zanjó–. Entonces ni una palabra sobre el teléfono, ¿de acuerdo? No tengo paciencia para discutir con tu abuela. Y ahora baja, que vas a llegar tarde a clase.

Su hija no se movió. Seguía mirándola con la misma sonrisa burlona.

–Vale, no diré nada, pero con una condición.

Arezu levantó los ojos al cielo, dejando escapar un profundo suspiro.

–¡Vale, está bien! Te compraré ese mono de esquí. Y ahora date prisa. Llegas tarde.

Ayeh negó despacio con la cabeza.

–Lo del mono de esquí es una cosa, pero...

Abrió la puerta del coche, puso un pie en el suelo y añadió muy rápido:

–¡No le diré nada a la abuela sobre un teléfono móvil que un señor le ha regalado a mamá con la condición de que me dejes ir a Dazine con mis amigos!

Y antes de que Arezu cayera en la cuenta de que esa semana... Shirine..., el mar Caspio..., su hija ya había saltado a la acera.

Volviéndose hacia ella, le gritó:

–Ha llamado la tía Shirine esta mañana. Estabas duchándote. He anulado la cita de esta semana en Dazine. Lo dejo para la próxima. No se te olvide, me lo has prometido.

Y corrió hacia la verja de la universidad.

Arezu la miró riendo con el pintalabios en la mano. Le parecía que era ayer cuando

llevaba a su hija de la mano a la guardería. Arrojó la barra de labios al interior de su bolso y arrancó el motor, tarareando una cancioncilla que se había inventado para Ayeh y que solían cantar juntas camino del jardín de infancia:

Lluvia, lluvia, no caigas más  
porque si no Ayeh se empapará.

El coche que iba detrás hizo sonar el claxon, y Arezu echó una ojeada por el retrovisor. No vio ningún vehículo, tan solo unos labios rojos.

El R5 azul marino se detuvo delante del porche. Nosrat bajó la gran escalinata, vestida con su traje de flores. Parecía una gruesa gallina de plumas multicolores contoneándose detrás de la reja del gallinero. Hasta donde su memoria alcanzaba, Arezu no recordaba haber visto a Nosrat ataviada con algo que no fuera ese vestido plisado con estampado de flores y cuello de encaje, confeccionado por ella misma.

Cuando se conocieron, Arezu estaba en la escuela primaria. Su padre le dijo a Mah-Monir: «Es del pueblo del dueño de la panadería que hay al lado de la agencia. No tiene hijos, su marido la ha repudiado. No tiene familia. Se quedará a trabajar con nosotros. Nos ayudará en la casa. Además, es una buena acción». «¡Pobre!», contestó Mah-Monir. «Pues que se quede.» Y se volvió hacia la muchacha, que llevaba un pañuelo en la cabeza, y le preguntó cómo se llamaba. Desde ese día, Arezu empezó a llamarla Nosrat yun yun. La muchacha del pañuelo abrió los brazos y la estrechó contra su pecho diciendo: «¡Nosrat lo hará todo por ti!».

–¿Está mejor? –preguntó Arezu.

–Ha venido el médico a ponerle una inyección para la tensión.

Le tomó de las manos el maletín y el paquete de dulces.

–¿Por qué han discutido?

–Por lo de la pared del invernadero. La señora ha pedido que la alineen con el seto de boj, y ese estúpido, ese bribón ha dicho que el ingeniero le había dado orden de construirla a la misma altura que la fuente. Por más que la señora ha protestado, ese miserable no le ha hecho ni caso. Supongo que ya habrá levantado la pared hasta aquí.

Se llevó la mano a la rodilla para evaluar la altura.

Arezu observó las dos vasijas de piedra que coronaban la escalinata.

–¡Pues el pobre hombre tiene razón! Desde el principio se decidió alinear la pared del invernadero con la fuente. Era lo que quería mi madre, precisamente. ¿Por qué demonios habrá cambiado de idea de repente?

–La señora ha pedido que se construya esa pared un poco más atrás para poder plantar violetas en Nauruz, en el tramo que va desde el invernadero hasta la fuente... Y ha venido el cristalero a cambiar los cristales del invernadero.

Se remitió bajo el velo blanco un mechón teñido con henna que se le escapaba.

–La señora se irritó y rompió dos cristales de una patada.

Al ver la mirada de incredulidad de Arezu y su aire estupefacto, se precipitó a añadir:

–¡No te preocupes! No se ha hecho daño.

Arezu se dirigió al jardín trasero asintiendo con la cabeza.

–Entra en casa, te vas a resfriar. Voy a echar un vistazo.

La mirada inquieta de Nosrat la siguió.

–Nada de pelearte tú también, ¿eh? El albañil es un bruto, y el obrero que lo ayuda, también...

–Entra. Te vas a enfriar.

Arezu pasó delante de un montón de hojas de plátano y se dirigió al rincón donde Mah-Monir había decidido instalar su invernadero. Mientras, pensaba: «¡Y ahora resulta que quiere plantar violetas!».

El albañil era un hombre alto y corpulento, de ojos pequeños y barba rala. Apilaba hileras de ladrillos canturreando.

–¡Salud, *usta*! –dijo Arezu.

El hombre se volvió. Miró a la mujer de arriba abajo con cierto desprecio y masculló:

–Lo mismo digo.

Tomó un ladrillo de manos de su aprendiz y lo colocó sobre la pared que se erguía junto a la fuente.

–Escucha, *usta* –dijo Arezu–, sé muy bien en qué habíamos quedado, pero la señora ha cambiado de opinión. Echa abajo esa pared y vuelve a levantarla aquí.

Le enseñó el lugar poniendo la palma de la mano en el suelo, justo al lado del seto de boj. El hombre cogió otro ladrillo y dijo:

–Haremos lo que ha ordenado el ingeniero.

–Tú no te preocupes por el ingeniero. Yo hablaré con él.

El maestro albañil le gritó a su aprendiz:

–Espabila, muchacho, deja de pensar en las musarañas. Dame medio ladrillo.

Arezu se mordió el labio inferior.

–¿Has oído lo que he dicho? Te he dicho que queremos...

El albañil le lanzó una mirada furiosa. Tenía un tic nervioso en la mejilla izquierda que ponía de manifiesto que le faltaban varios dientes.

–No estoy sordo –dijo–, te he oído. ¿Y tú me has oído a mí? Te he dicho que haremos lo que ha pedido el ingeniero.

Arezu avanzó un paso.

–Mira, querido amigo, yo te digo que levantes esta pared aquí, y tú me vas a decir que muy bien, ¿entendido?

El hombre le lanzó una mirada asesina.

–¡Tú sí que no has entendido nada! El ingeniero ha dicho que la levantemos aquí, ¡y eso es lo que voy a hacer! ¿Qué sabrás tú de esto?

Volvió a reñir a su aprendiz.

–¡Pues sí que estamos apañados! ¡A nuestra edad tener que recibir órdenes de dos hembras!

Arezu miró primero el grueso cuello del albañil y luego al aprendiz, que se reía sin disimulo. Entonces descubrió el pico, apoyado contra la pared a medio construir.

Una bandada de gorriones hizo caer las hojas secas del plátano, mientras el albañil y su aprendiz observaban estupefactos a Arezu dar violentos golpes con el pico. No paró

hasta que se quedó sin aliento y empapada en sudor. Cuando hubo destruido la mitad de la pared, arrojó el pico junto a la fuente y se ajustó el velo. Se volvió hacia el albañil blandiendo el índice y le gritó:

–¡O la levantas donde te he dicho, o recoges tus cosas y te largas de aquí! ¿Entendido, señor Rostam<sup>12</sup>?

Volvió la espalda al albañil, a su aprendiz y al montón de ladrillos y se dirigió al porche, dando patadas a todas las hojas de plátano que encontraba a su paso.

Nosrat le abrió la puerta.

–¿Qué pasa? ¿Por qué estás sudando? Vas a coger frío. ¿Qué ha ocurrido?

Arezu se quitó el abrigo y el velo y se los dio a Nosrat. Fue a lavarse las manos al aseo de invitados.

–No ha ocurrido nada. En Nauruz plantaremos violetas.

Nosrat le tendió una toalla.

–La señora está descansando. Ve a verla mientras yo preparo el té.

La mujer se dirigió a la cocina.

–Está muy abatida. ¡Ni que te fueras a marchar a Kandahar, a la otra punta del mundo!

Con una mano en el picaporte, añadió en voz más baja:

–Me da a mí que todo el numerito de hoy tiene algo que ver con tu viaje al mar Caspio.

Y, en voz aún más baja, prosiguió:

–No le hagas caso. Vete y descansa unos días.

En el velador, situado en el centro del vestíbulo, había un gran jarrón de cristal lleno de calas blancas. Arezu abrió una puerta a la derecha y entró en un pasillo que llevaba a las habitaciones. Pasó delante de tres puertas cerradas: el cuarto de la televisión, la que había sido su habitación de niña y el despacho de su padre. Cuando mandaron construir la casa, su padre había dicho: «¿Un despacho? Pero ¿para qué, si yo trabajo en la agencia?». Mah-Monir, que estaba hojeando una revista, levantó la cabeza y miró fijamente a su marido: «¡Todas las casas nobles tienen despacho! Nosotros también tendremos uno». Su padre se echó a reír: «¡Vaya, de modo que somos nobles! ¡Bueno, de acuerdo, pues un despacho entonces!». Mah-Monir arrojó su revista de decoración sobre la mesa y declaró: «Tú te has convertido en noble; yo lo soy de nacimiento».

Arezu llamó a la puerta de doble hoja situada al final del pasillo.

–Entra –contestó una voz débil.

A la cabecera de la cama de matrimonio había un retrato de Mah-Monir de pie, con un vestido hasta los pies y una larga melena. Tenía los ojos marrones. Su madre yacía apoyada sobre cuatro o cinco almohadones. Se enjugó las mejillas con un pañuelo de papel.

–¡Qué sorpresa! Qué, ¿te has decidido a hacerle una visita a tu pobre madre?

Mah-Monir solo era «madre» cuando se trataba de atormentar la conciencia de su hija. Cuando Arezu era muy pequeña y empezaba a hablar, exclamó un día: «¡Mamá!», pero Mah-Monir la reprendió con estas palabras: «No, “mamá” no, tienes que decir “Monir yan”».

Arezu pasó por delante del armario, que ocupaba toda una pared de la habitación, y se acercó a la cama esforzándose por sonreír.

–Te he dicho antes por teléfono que tenía que ir al notario. Alégrate, hemos vendido dos pisos; el primero, en la calle Kashef, y el otro, en la avenida Darband.

Se inclinó para besar a su madre.

–He hablado con el doctor Ashrafi, dice que no es grave. Como siempre, tienes la tensión un poco baja.

Se sentó en el borde de la cama y tomó entre las suyas la mano descarnada de Mah-Monir. Esta la retiró y se tocó la frente.

–Siempre la misma historia: «Estás débil. Tienes que recuperar fuerzas. Estás cansada. No tengas tanto ajeteo. No te lles disgustos». Le he dicho al médico: «¿Qué voy a hacer? Si como demasiado, me pondré como Nosrat». ¿Quién va a ocuparse de esta inmensa casa? Llevo desde por la mañana intentando hacerle comprender a ese terco dónde tiene que levantar la pared del invernadero.

Se secó los ojos con un pañuelo de papel.

–Cuando una mujer se queda sola, sin nadie que...

Arezu se observó las manos. Se le había roto una uña.

–Les he dicho que levanten la pared donde tú querías.

Mah-Monir se hizo la sorda.

–Y todo eso, ¿acaso no es trabajo, acaso no son preocupaciones y disgustos?

Cogió otro pañuelo de papel de la mesita de noche.

–Esperaba que tú, al menos...

Volvió a enjugarse los ojos.

Arezu trató de arrancarse el pedacito de uña con los dientes.

–¿Qué problema hay? Solo estaré fuera unos días. Como dice Nosrat, ¡ni que me fuera a Kandahar!

El pañuelo aterrizó sobre la cama, y la voz de su madre sonó más firme.

–¡Como dice Nosrat! ¡Como dice Nosrat! ¡Ahora va a ser más importante lo que diga una campesina que lo que diga tu madre! ¡Más importante que yo!

Mah-Monir se echó a llorar.

–En realidad, siempre la has querido a ella más que a mí.

Arezu miró la mesita colocada frente a la cama, entre dos butacas.

–¡Qué preciosas primulas! ¿Te las ha traído el doctor?

En cuestión de un segundo, el llanto de Mah-Monir se transformó en sonrisa.

–Sí, sabe lo mucho que me gustan. Y ¿has visto las calas del vestíbulo? Son un regalo de Josravi en agradecimiento por la cena. ¡Qué hombre más galante! ¿No se ha puesto en contacto contigo?

Se abrió la puerta, y entró Nosrat con la bandeja del té. Mah-Monir alzó la voz:

–¡Te he dicho mil veces que llames antes de entrar!

Nosrat dejó la bandeja junto al ramo de primulas.

–¡Sí, señora! ¿La señora tomará el té en la cama o aquí? Ayu yan le ha traído los pasteles que le gustan.

Arezu se puso en pie.

–Pasteles de almendra comprados en Karun. Levántate y sal de la cama. Cuanto más duermes, más te deprimes.

Cogió a su madre del brazo, y juntas fueron a sentarse en las butacas. Arezu retuvo a Nosrat, que ya se retiraba.

–Lleva té y pasteles a los albañiles.

–¡No se lo merecen! –protestó Mah-Monir.

Arezu indicó a Nosrat con un gesto que se los llevara de todos modos.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Mah-Monir dijo:

–Mañana estoy invitada en casa de Malek janom. Organiza un almuerzo votivo en honor del imán Hassan. Todo tiene que ser verde, desde el color del mantel y la vajilla hasta los platos cocinados: *sabzi polo*, *gormeh sabzi*, *kuku sabzi* y gelatina verde. Estaba afligida por que no existían flores verdes. Pero el florista la ha salvado. ¿Sabes cómo?

Con el codo apoyado en el brazo de la butaca y la mano bajo la barbilla, Arezu fingía escuchar mientras repasaba mentalmente la lista de tareas pendientes antes de marcharse al mar Caspio: enviar los formularios del seguro del personal, pagar las tasas universitarias e ir al notario con Zaryu y Granito. Mah-Monir mordisqueó un pastel de almendras:

–Se vierte tinta verde en el agua de los gladiolos blancos. En dos días, las flores se vuelven verdes. ¿No te parece ingeniosísimo?

Se rio mirando hacia el armario con puertas de espejo.

–Vamos a ver si tengo algo verde que ponerme.

Encontró sitio para aparcar justo delante de la notaría. Pugnó por cerrar su maletín negro, lleno hasta reventar, y bajó del coche diciendo: «¡Este hueco para aparcar es un buen augurio! ¡Por ahora!». Consultó su reloj. Si Granito era capaz de ser puntual, tendrían tiempo de zanjar el asunto de la venta del piso antes de que llegara Zaryu. Cerró el coche con llave. ¿Cómo se le había ocurrido concertar dos citas seguidas? Hundió las manos en los bolsillos de su abrigo. «No hay más remedio, si no, no me da tiempo.» Asegurándose de que tenía el paquetito en el bolsillo, subió la escalera, calculando mentalmente la comisión del apartamento, más la de la casa de Zaryu. La suma de ambas cubría los gastos del traje de esquí, del invernadero y de la cena que Mah-Monir daba el mes siguiente.

Arezu entró en la notaría. Zaryu estaba sentado junto a la puerta. Se levantó para saludarla, antes de que a ella le diera tiempo a hacerlo mientras pensaba: «¿Por qué habrá llegado tan pronto?». Las empleadas, dos muchachas jóvenes, llevaban unas blusas y unos velos con aspecto de recién planchados. Los varones, por el contrario, parecía que durmieran con la misma ropa desde hacía una semana.

–¡Buenos días, señora Sarem! –dijeron casi todos al unísono.

Cosa extraña en él, Granito llegó puntual. Y más extraño aún fue que no perdió tiempo en chácharas inútiles con el comprador.

El señor Moradi, el pasante de más edad de la notaría, era también tío del notario. Su tarea consistía en verificar los documentos de las transacciones y asegurarse de que no faltara nada. Sacó unas gafas de una funda gastada:

–¿Por qué asunto empezamos?

–Era a las diez y media cuando teníamos cita, ¿verdad? –le preguntó Arezu a Zaryu.

–Señora Sarem, habíamos quedado a las nueve y media –dijo Granito consultando su reloj.

–Haga lo que tenga que hacer –contestó Zaryu–, el que ha llegado pronto soy yo.

Llevaba mal puesto el cuello de la chaqueta.

El señor Moradi cogió un papel de la pila de documentos que tenía delante, lo examinó atentamente y leyó con voz firme:

–El inmueble número 490, sito en la avenida Pol-e Rumi, número...

Dio la vuelta a la hoja varias veces.

–¿Dónde está el sello de la solicitud?

Granito empezaba a ponerse nervioso. Arezu se acercó a la mesa de Moradi y le preguntó:

–¿Qué ocurre, Hayyi aga?

El anciano se quitó las gafas, asintió con la cabeza y dio unos golpecitos sobre la mesa con la funda de las gafas.

–Señora, sabe usted tan bien como yo que tenemos el deber de...

Arezu le arrebató el documento para estudiarlo. Moradi se enredó en una larga explicación:

–Es responsabilidad nuestra comprometernos a...

–¿Por qué dice usted que falta un sello? –lo interrumpió Arezu–. Si fui yo misma a solicitarlo. ¡Mire! Aquí lo tiene.

Moradi volvió a ponerse las gafas. Miró atentamente el documento, examinó el sello de color claro y explicó que no estaba en el lugar habitual, que las leyes cambiaban constantemente, que él no podía adivinar, etc. Arezu lo interrumpió de nuevo.

–Hayyi aga, lo importante es que el sello figure. Ahí o en otra parte, qué más da. Por favor, como dice mi hija, no se enrolle.

Las jóvenes secretarias, que hasta entonces se habían contenido, se echaron a reír. Inquieta, Arezu vio que Zaryu la observaba con una sonrisita. «¡Ojalá no me haya puesto el velo al revés!»<sup>13</sup>, pensó.

Firmaron los documentos, se felicitaron, y Arezu recibió de cada una de las partes el cheque con su comisión. El promotor inmobiliario le preguntó qué había sido al final de la vieja casa de la calle Rezayeh. Arezu contestó:

–Aquello no siguió adelante. Además, no era casa para usted... No le habría sacado mucho beneficio.

Evitó cruzarse con la mirada de Zaryu.

–Mis colaboradores han encontrado una ganga en la zona de *Farmanieh*. Le he pedido a Amini que se ponga en contacto con usted. Me voy a ocupar del proyecto personalmente.

Arezu casi tuvo que empujarlo hacia la puerta, mientras le decía en voz baja:

–Yo me encargo de la propina de las secretarias. Ya puede irse, seguro que tiene mil cosas que hacer.

El joven promotor contestó con una sonrisa de oreja a oreja, se metió dentro de la camisa la pesada cadena de oro y, mientras bajaba la escalera, dijo precipitadamente que estaba impaciente por marcharse a su obra, un inmueble de diez plantas que estaba construyendo en *Elahieh*, «rodeado de una columnata griega, ¡el no va más de la elegancia!». La señora Sarem tenía que ir a verlo para darle su opinión y preparar la venta sobre los planos y...

Por fin se fue. Arezu soltó un profundo suspiro de alivio y volvió a entrar en la notaría. Zaryu seguía sentado en el mismo sitio, con los brazos cruzados, mirándola. Por más que Moradi lo intentó, no encontró pega alguna a los documentos de la casa de la calle Rezayeh.

Cuando ya se marchaban, Arezu le dijo a Zaryu:

–Espéreme un momento abajo, por favor. Tengo algo que decirle.

Se dirigió a una de las secretarias y, llevándose la mano al bolsillo del abrigo, sacó un paquetito que le entregó a la muchacha disimuladamente, diciéndole:

–¡Enhorabuena por tu boda!

La joven se quedó un instante boquiabierta, y luego se le iluminó la mirada.

–¿Cómo lo sabe, señora Sarem?

Arezu le dio un beso, bajó la escalera y se quedó parada un momento en la puerta del edificio. ¿Qué podía uno comprarse con una moneda de oro? ¿Unos metros de tela para unas cortinas, quizá? Pensó en el mono de esquiar que le había pedido Ayeh. Sin duda eso sería más caro.

–¿Cómo se ha enterado de que acaba de casarse?

Arezu se volvió deprisa. Su mirada se cruzó con la de Zaryu. Pensó: «¡El experto en sustos! ¿Y a ti qué te importa cómo me he enterado?». En lugar de decirle eso, se cambió de mano el pesado maletín y contestó:

–Hace unos días llamé a su despacho. Al parecer estaba usted de viaje.

Zaryu se contentó con mirarla.

–Quería darle las gracias por el teléfono, pero...

Se enredó en una larga serie de explicaciones para decir que no hacía falta. Había sido un accidente, no era culpa suya... Le rogaba que la disculpara, pero...

–¿Cómo puede usted soportar a toda esa gente? –le preguntó él–. Nadie sospecha hasta qué punto la aburre todo eso, salvo quizá la recién casada.

Observó un instante la expresión estupefacta de Arezu y luego se echó a reír.

–¿El teléfono?

Se encogió de hombros y miró fijamente la boca medio abierta de Arezu. Pero esta salió por fin de su sorpresa y se dirigió a su coche, seguida de Zaryu. Iba pensando: «Tengo que decir algo», pero no se le ocurría nada. La puerta del maletero estaba bloqueada; no había manera de abrirla. Zaryu cogió el llavero.

–¿Me permite?

Él sí consiguió abrir el maletero.

–A veces, pedir ayuda a alguien no significa rebajarse. ¿Cuántos kilos de llaves ha enganchado a esta llave de contacto?

Arezu sacó la caja que contenía el teléfono. El día anterior se lo había dado a Mohsen, diciéndole: «Encuétrame uno igual». Zaryu cogió la caja y la examinó de arriba abajo.

–Este teléfono no es el que yo le envié.

Y luego alzó la cabeza sonriendo y añadió:

–¡Adiós, hasta pronto!

Se alejó por la acera, silbando. Pero de pronto se volvió y, casi gritando, le dijo:

–¿Ha oído hablar del descubrimiento de los hombrecitos? Si yo mismo hubiera encontrado uno no me sentiría más feliz de lo que me siento hoy.

Se puso a silbar de nuevo mientras se alejaba, con su caja bajo el brazo. «Como diría Ayeh», pensó Arezu, «¡jeste tío está de la olla!».

El apartamento de Shirine, situado en un edificio de cinco plantas, estaba casi adosado a la montaña. Subieron las tres la escalera exterior hasta el tercer piso. Tanto al subir como al bajar, se veía a un lado la montaña y, al otro, un jardín lleno de árboles.

–Es como si la casa de la tía Shirine estuviera fuera de Teherán –dijo Ayeh.

Shirine hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta.

–Por lo que yo sé, este lugar fue un hallazgo de tu madre.

–Es también el punto de partida de una amistad –añadió Arezu.

Cargadas con un montón de bolsas, las dos mujeres se echaron a reír. Ayeh se dirigió al salón, separado de la cocina por un mostrador. En una de las paredes de ladrillo pintadas de blanco había una acuarela con unos árboles de color rojizo anaranjado<sup>14</sup>. Entre ellos serpenteaba una calle gris bajo un cielo amarillo pálido. Ayeh se dejó caer sobre un sofá de cuero, del mismo color que los árboles de la acuarela.

–¡Contadme cómo os conocisteis!

Shirine dejó la bolsa de plástico sobre el mostrador. Arezu sacó el fiambre, los pepinillos, el queso y la barra de pan.

–¡Pero si esa historia ya la has escuchado mil veces!

–¡Contádmela otra vez! Me encanta cómo imitáis al agente inmobiliario.

Alargó la mano hacia la mesa, donde había tres cuencos con almendras y cacahuètes. Cogió un cacahuete. Shirine hizo rollitos con las lonchas de fiambre y los colocó en un plato.

–Había visitado más de veinte apartamentos, todos iguales: un dormitorio enano y cutre, un salón inmenso lleno de estucos y de espejos...

Puso los pepinillos en un cuenco esmaltado de color turquesa.

–Según la agencia, eran...

Miró a Arezu, que estaba cortando la lechuga sobre una tabla de madera.

–¡...incomparables!

Mientras cortaba el pan, Shirine se puso a imitar al agente inmobiliario:

–«Suelo de cerámica italiana con juntas de bronce.»

Ayeh se echó a reír. Arezu tomó el relevo:

–«Sistema de calefacción y de refrigeración de altísima calidad.»

Shirine puso el pan en el cestito.

–«Chimenea de cobre.»

Arezu añadió:

–«*Flower box*, piscina, sauna y jacuzzi.»

Ayeh se apoyó en un reposabrazos del sillón, mirando a las dos mujeres. Bajo los focos que iluminaban el mostrador, parecían actuar, en parte para Ayeh, en parte para sí mismas. Shirine puso la mesa.

–Estaba a punto de comprar una de esas maravillas, con todas esas comodidades que costaban un ojo de la cara y de las que luego me tendría que deshacer...

Arezu volvió del fregadero con los pepinos y los tomates.

–...cuando tu tía Shirine pasó por delante de nuestra agencia y se le ocurrió...

Shirine observaba la ensaladera de barro decorada con *zorshid janoms*<sup>15</sup> sonrientes.

–En aquella época solo estaba Naim –prosiguió–. Tu madre y yo aún vestíamos de luto...

Se volvió hacia Arezu:

–Ayu yun pesaba entonces diez kilos menos.

–¡Vete a la porra!

Shirine se echó a reír.

–Cuando le dije que no quería ni junturas de bronce, ni estucos, ni espejos, ni lavabos en forma de concha ni grifos con siete cabezas de dragón, y que odiaba el chapado en oro, tu madre me dijo: «Ya lo he entendido», y se puso a buscar algo para mí. Vinimos aquí, y desde que pisé el primer peldaño de la escalera, me enamoré de este lugar.

Sacó del cajón unas servilletas de papel azul que colocó junto a unos platos blancos ribeteados de azul.

–Luego volvimos a la agencia, tomamos un café y...

Se sentó en un taburete y se volvió hacia Arezu, que hizo lo mismo. Ambas se miraron, entornaron los párpados y arrugaron la nariz, echándose a reír. Cuando se les pasó la risa, Shirine declaró:

–Por cierto, he comprado champán.

–¿Champán? –exclamaron Ayeh y Arezu.

–¡No echéis las campanas al vuelo! –contestó Shirine riendo–. ¡Es sin alcohol!

Ayeh se acercó al mostrador.

–¿Sin alcohol?

–Zumos de fruta con gas –dijeron a coro Arezu y Shirine.

Ayeh se sentó en el tercer taburete.

–Una baguette, fiambre, queso, ¡es como estar en París!

Le lanzó una mirada de reojo a su madre, que fingió no haberla oído. Shirine sirvió el zumo de fruta en tres copas de cristal cincelado.

–¡El champán será falso, pero las copas son de cristal de verdad!

Alzó la suya para hacer un brindis.

–A nuestra salud, y brindemos también porque hemos conseguido salvar una hermosa casa de persianas verdes, y hemos vendido el piso de la fachada de granito.

Rio con Arezu, y luego recuperó la seriedad.

–Ahora te toca a ti contarnos. ¿No te ha preguntado por qué le devolvías el teléfono? ¿No ha insistido para que te lo quedaras?

–¡No! Lo ha cogido y se ha marchado silbando. Pero...

–Pero ¿qué?

–Pues... el caso es que no sé cómo, pero se ha dado cuenta de que no era el mismo teléfono.

Miró una de las jorshid janoms de la ensaladera. Ayeh atacó el queso.

–Pero, mamá, eso lo sabe hasta un niño de cinco años.

Clavó el cuchillo en el queso.

–Se ha dado cuenta por el número de serie del teléfono. ¡Ay! –gritó soltando el cuchillo. Se llevó un dedo a la boca.

–¿Qué pasa? –preguntó Shirine.

–¿Qué pasa? –preguntó a su vez Arezu.

–¡Nada! –contestó Ayeh, sacándose el dedo de la boca–. Bueno, y entonces, ¿cómo es

ese tal Zaryu?

Shirine cogió un poco de fiambre.

–Pregúntale a tu madre. Te dirá que es «un tipo raro», pero yo te digo que no está nada mal.

Arezu aderezó la ensalada con aceite y vinagre, y la removió.

–¡Vaya! ¿Desde cuándo hablas tú bien de los hombres?

Le sirvió un poco de ensalada a su hija.

–Es guapo. Se ha cortado el pelo –añadió.

Shirine tomó un pedazo de pan y miró a Ayeh, encogiéndose de hombros. Arezu le sirvió ensalada a ella también.

–Justo antes de irse me ha contado no sé qué de unos hombreritos, pero no lo he entendido bien.

Ayeh se echó a reír.

–Vosotras dos, en lugar de leer solo los anuncios inmobiliarios, deberíais hojear también el resto del periódico.

Les contó la noticia de la que se había hecho eco la prensa: en las obras de excavación para una nueva estación de metro, los trabajadores habían descubierto cerca de cuarenta estatuillas enterradas.

Shirine esbozó una sonrisa irónica. Ayeh se encogió de hombros, y Arezu se sirvió ensalada, pensando: «Pero ¿por qué habrá dicho que estaba tan feliz?». Mordió un buen trozo de su bocadillo de fiambre y queso.

–¡Pobre tía Shirine! ¡Tan encantadora pero tan sola! ¿No hay noticias de Esfandiyar?

–No, y después de tanto tiempo ya es demasiado tarde para dar noticias.

Cambió de marcha.

–¿Por qué desapareció Esfandiyar así, con la relación tan buena que tenían? No fue culpa de la tía Shirine, ¿verdad?

Ayeh se mordía las uñas.

–No fue culpa de nadie. Fue un accidente. No te muerdas las uñas.

Arezu rodeó la plaza.

Ayeh se sacó el dedo de la boca.

–¡Qué historia más horrorosa! Justo una semana antes de la boda. Las dos madres juntas, como en las novelas de Danielle Steel.

–¿Desde cuándo lees tú las novelas de Danielle Steel?

Le hizo un gesto al vigilante del aparcamiento y esperó a que se levantara la barrera. Ayeh prosiguió:

–Maryane me contó una de sus novelas. Es la historia de una chica que pierde a toda su familia en un accidente, pero, como dice Nosrat yun yun, «al final todo termina bien».

Arezu observó la barrera, que se levantaba despacio.

–¡Ah! ¡Ojalá todas las vidas terminaran tan bien como en las novelas de Danielle Steel!

En el ascensor, Ayeh le dijo con voz mimosa:

–Prométeme que no te morirás justo antes de mi boda, ¿eh?

Y se echó a reír.

–¡Sí, tú ríete! Con los disgustos que me dais tú y tu abuela, ¡tengo tiempo de morirme siete veces de aquí a que te cases!

Cuando llegaron a la puerta de su casa, Ayeh dijo:

–Bueno, al final parece que ese Zaryu no está tan mal, ¿eh?

–¡Buf! ¡No empieces otra vez con eso! –exclamó Arezu, introduciendo la llave en la cerradura.

Arezu volvió a marcar el número y dijo:

–Por fin hay tono. Pero ¿qué pasa ahora? Tú también tienes que comprarte un teléfono nuevo. Como dice Naim, ¡este está hecho polvo! Bueno, mejor vamos a comprar dos a cargo de la agencia, ¿vale? Porque últimamente las cosas nos van bastante bien, ¿no te parece?

Volvió a marcar el número riendo.

Shirine estaba al volante y conducía muy concentrada.

–Ya has llamado en Karay. Espera hasta que lleguemos al hotel.

–Le he dicho que llamaríamos en cuanto llegáramos a Chalus.

Volvió a marcar.

–Aún no hemos llegado.

De pronto Shirine dio un volantazo y entró en una gran finca cuya verja de hierro estaba abierta. Arezu se agarró con fuerza al salpicadero.

–¿Qué haces? ¿Por qué entramos aquí?

–Escucha –dijo Shirine, apagando el motor–, si tu intención es llamar a tu madre y a Ayeh cada cinco minutos para saber si Ayeh ha comido bien, si tu madre se encuentra mal o si la agencia ha sido destruida, dímelo porque cojo y me vuelvo a Teherán ahora mismo.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Arezu se mordió el labio inferior mirando el perrito de peluche que asomaba del salpicadero. Era un regalo que Ayeh le había hecho a Shirine cuando se compró el Peugeot. Al dárselo, le dijo con voz infantil: «¡Un lindo *pedito pada ciudad* de mi linda tía!». Arezu observó a Shirine de reojo. No se había movido ni un milímetro.

Ante ella, en el centro del jardín, se erguía una gran casa de piedra blanca rodeada de un amplio porche sostenido por finas columnas entorchadas. El tejado de zinc pintado de rojo estaba oxidado en algunos puntos. Arezu se volvió hacia Shirine.

–¡Bueno, está bien! Te prometo que solo llamaré una vez al día. ¿Te vale con eso? Y ahora da marcha atrás antes de que llegue el dueño con su jauría de perros.

Shirine abrió los ojos, riendo.

–Baja. Habré pasado lo menos veinte veces delante de esta casa y nunca he tenido ocasión de pararme.

Bajó del coche y se alejó. Arezu miró la puerta abierta del vehículo. Junto a la manilla vio el amuleto, prendido con chinchetas, que Shirine se había comprado nada más subir a su nuevo coche. Lo había enganchado en la tapicería gris, diciendo: «¡Para los buenos amigos, contra el mal de ojo!».

Una niña de unos diez años salió a su encuentro, acompañada de su hermano pequeño. Ambos calzaban sandalias de plástico. El niño llevaba en la mano un ramo de flores.

–¿Queréis comprarme estas flores?

–¿No tenéis perro? –le preguntó Arezu.

–¿No hay nadie en vuestra casa? –quiso saber Shirine.

–¡No! –contestó la niña.

Tenía unos grandes ojos grises y el pelo largo y despeinado. Su hermano llevaba la cabeza rapada al cero. Se dirigieron los cuatro a la casa.

–¿Sabéis cómo se llaman estas flores? –les preguntó Shirine.

–Las cultiva mamá en el invernadero –contestó el niño.

Al pasar junto al estanque, situado en mitad del jardín, la niña tropezó con una piedra.

–Y nosotros las vendemos en la carretera.

El jardín estaba rodeado de cipreses, entre los cuales se divisaban a lo lejos las verdes montañas.

–Con el frío que hace –dijo Arezu–, ¿por qué no os ponéis zapatos?

Shirine le dio un codazo y, dirigiéndose a los niños, dijo:

–Primero vamos a visitar vuestra casa y luego os compraremos las flores.

Las habitaciones no eran muy amplias, pero todas tenían chimenea y grandes ventanales que daban al porche, a la montaña o al río. Se fijaron en los techos, negros de humo, y en las paredes cubiertas de grafitis. El suelo estaba lleno de papeles viejos, de bolsas de plástico y de botellas vacías.

–Tengo entendido que aquí se han rodado películas –comentó Shirine.

–No –contestó la niña–. Antes esta casa era la sede del Comité, y después pasó a ser no sé qué, una palabra muy complicada. Y luego se marcharon todos. Ahora ya no queda nadie.

–¡Aquí jugamos nosotros al escondite! –el niño señaló a su hermana riendo.

Arezu miró el pijama de algodón que llevaba el niño; le llegaba hasta la rodilla.

–Entonces, ¿dónde dormís vosotros y vuestra familia?

Por una de las ventanas, la niña le indicó un lugar detrás de la casa. Era una caseta construida con bloques de hormigón. Delante de la puerta había varios montones de cazuelas, ollas, cubos y palanganas de plástico, y hasta un camping-gas. Junto a la caseta se erguía un pequeño invernadero: le faltaban siete u ocho ventanas, y habían sustituido el cristal por papel de periódico o cartones.

–Aquí solo estamos ella –dijo el niño, señalando a su hermana–, mi madre y yo. Papá murió el año pasado en un accidente.

–También tenemos pepinos, tomates y finas hierbas –añadió la niña.

Antes de marcharse, Arezu cogió el ramo de flores de manos del niño, y Shirine le dio el dinero a su hermana. A la salida del jardín, cuando ya se reincorporaban a la carretera, Arezu exclamó:

–¡Espero que la madre les compre zapatos!



Shirine se dirigió al camarero:

–Mantequilla, queso y mermelada de naranja. Los huevos muy hechos, por favor.

Y a Arezu, que la estaba mirando, le dijo:

–El Caspio, sin un buen desayuno, no es el Caspio. Ya nos saltaremos el almuerzo.

El comedor del hotel estaba casi vacío. Una docena de turistas japoneses ocupaba una gran mesa. Las mujeres llevaban pañuelos de flores, y los hombres, gorras de cuadros. En una mesa al fondo de la sala había cuatro hombres vestidos con traje gris y camisa de cuello *ajundi*<sup>16</sup>. Antes incluso de que a Shirine y a Arezu les diera tiempo a comentarlo, el camarero se los señaló con un gesto.

–Son funcionarios –susurró, dejando en la mesa los huevos fritos.

Shirine sirvió el té.

–¿Te apetece dar un paseo por la playa después de desayunar?

Arezu asintió con la cabeza, tragando un bocado de pan con mantequilla y mermelada. Shirine cogió un trozo de pan *barbari*.

–¡Los del norte siguen sin aprender a cocer el barbari! Bueno, cuéntame el resto.

–¡Oh, déjame en paz! Anteanoche ya os lo conté todo. Y te lo volví a contar ayer en el coche. Qué pesada estás con eso.

–No me has contado todos los detalles. Lo importante son los detalles.

Entornó los párpados, por lo que sus ojos parecieron aún más pequeños que de costumbre.

–¿De verdad no te preguntó por qué le devolvías el teléfono?

Arezu se comió su huevo frito y negó con la cabeza. Cortó un trozo de queso y cogió un poco de pan.

–¡No! Se limitó a mirarme fijamente riendo.

–¿Cómo te miró?

–¿Qué quieres decir con eso de «¿Cómo te miró?»? Ya te lo he dicho: se reía como un tonto, silbaba y se alejaba caminando hacia atrás.

Le mostró el cestito vacío al camarero para indicarle que les trajera más pan.

–¡Bueno, y ahora hazme el favor de aparcar el tema Zaryu! Hablemos mejor de Ayeh y de su viaje a Francia. No sé por qué, pero estoy preocupada. ¡Al cuerno los gastos! Lo que me da miedo es confiarla al cuidado de Hamid. Si...

–Si ¿qué? Ayeh ya no es una niña. Y supongamos que no pueda, o no quiera, quedarse o lo que sea, ¡no se acaba el mundo! Volverá a Teherán, y punto.

Arezu cogió la tetera de porcelana blanca.

–Tienes razón, tengo que mandarla a Francia.

Acarició con el dedo la inscripción casi ilegible de la taza, pensando: «¿Cuántos miles de personas habrán bebido ya en esta taza? ¡La mandaré a Francia!».

La playa estaba tranquila. Había unos jóvenes de pie junto a una barca. Los paseantes iban y venían. Arezu miró el mar:

–Cuando era pequeña, me daba miedo.

Se subió el cuello del abrigo gris y metió las manos en los bolsillos.

–Y, de hecho, todavía me da miedo. Es tan inmenso, ¿verdad? Y cambia sin cesar. Nunca sabe uno cómo será dentro de unos segundos.

Shirine se subió hasta la nariz el ancho cuello de su grueso jersey.

–Uno nunca sabe cómo será nada dentro de unos segundos.

–La culpa es mía –dijo Arezu–, no debería haberle hablado de Francia.

–Cuando era pequeña –comentó Shirine–, me encantaba el café con leche. Pero mi madre decía que el café no era bueno para los niños.

Miró el mar.

–La primera vez que fui al Caspio, ¡pensaba que el mar estaba lleno de café con leche!

Llegaron hasta la barca. Los jóvenes observaron a las dos mujeres de reojo, mientras daban una calada a sus cigarrillos.

–¿Cuánto falta para Nauruz? –preguntó el primero.

–Es como si ya fuera Nauruz –dijo otro.

–Convendría ir pensando en ello –dijo un tercero–. El año pasado, los cuadros de conchas se vendieron bien.

–¡Venga ya! –dijo otro de los muchachos–. En lugar de pensar en las conchas, mejor sería que almacenáramos uvas pasas y cerveza. No es que ahora escasee –dijo, mirando de reojo a las dos mujeres–, no, no escasea la turca, ni la holandesa ni la local siquiera, tenemos toda la que necesitamos.

Las dos mujeres se alejaron de la barca y de los jóvenes. Arezu dijo:

–Si Hamid y mi madre estuvieran aquí, ¡acabarían con todas sus reservas de cerveza turca y holandesa!

–¿Mah-Monir? ¡Pero si no bebe!

–Hamid tampoco bebía, y sigue sin beber, sin embargo...

Se agachó para recoger algo del suelo.

–La primera concha de este viaje.

Se miró la palma de la mano y luego le dio una patada a una caja de Coca-Cola llena de arena.

–Pocas veces he visto una tía y un sobrino tan similares en carácter. Se entendían a las mil maravillas, incluso cuando se trataba de ver a quién endilgarle todos sus gastos. Mi madre pensaba que era mi padre quien tenía que pagar, y Hamid también.

–¡Pobre hombre!

Arezu se encogió de hombros.

–¡No tan pobre! Algunos nacen para obedecer órdenes, y otros, para darlas. Mi padre pertenecía a la primera categoría, ¡y mi madre, a la segunda!

–¡El marido ideal! –comentó Shirine riendo.

–¿Ideal? –preguntó Arezu con ironía–. No lo dirás en serio. Hasta su muerte, Mah-Monir creía que la engañaba, y lo sigue creyendo. Pensaba que debería haberse casado con tal o cual príncipe, que papá no pertenecía a su entorno.

Se volvió hacia Shirine.

–Y tú, ¿te acuerdas de tu padre, verdad?

Shirine se subió al tronco de un árbol seco que parecía un hombre tumbado en la arena con la cabeza apoyada en el brazo. Durante un instante trató de conservar el equilibrio a la pata coja, y luego saltó a la arena.

–Mi madre decía que era una persona buena de verdad, lo que, para ella, era lo mejor que se puede decir de alguien, hombre o mujer.

Le dio la vuelta a una piedra con el pie, y varios bichos se escaparon de debajo, dispersándose alrededor, asustados, hasta que desaparecieron entre la arena.

–De mi padre apenas conservo vagos recuerdos.

Miró la piedra dada la vuelta.

–Recuerdo que un día entró una avispa muy grande en el salón. Yo me puse a chillar y a sollozar, y mi padre la ahuyentó. Recuerdo también que una noche mi padre me estaba contando un cuento, probablemente un cuento terrible, pues me eché a llorar.

Shirine reemprendió el camino. Pero Arezu se detuvo, y su amiga se volvió hacia ella.

–¿Qué pasa?

–De modo que ¿eras capaz de llorar?

–¡Venga ya!

–¡No, no te lo digo en broma! Nunca te he visto llorar.

Se agachó para coger algo de la arena.

–¡Anda, una concha! Eres todo lo contrario que yo, que lloriqueo por todo. ¡Oh...!

Hizo rebotar un guijarro plano sobre el agua.

–Tú lloras, exteriorizas tus emociones, por lo que nunca tendrás cáncer, mientras que yo...

Cogió a Arezu del brazo.

–Yo no lloro, todo me lo guardo dentro, seguramente desarrollaré un cáncer y...

–Cállate –le dijo Arezu, dándole un empujón.

–Créeme –contestó Shirine, riendo muy fuerte–, no me invento nada. Anteayer, el profesor de yoga me decía...

–¡Tú y tus maravillosos profesores! Si quieres que te dé mi opinión... –alzó el brazo–. ¡Perdón! Había prometido no burlarme de tus clases ni de tus profesores. ¿Qué estábamos diciendo?

–Ya no me acuerdo. No tiene importancia. Me estabas contando no sé qué de la tía y el sobrino...

–Olvidalo. Me ponen nerviosa los dos.

Avanzaron un paso. Abandonada en la arena había una vieja sandalia. Arezu se detuvo a mirarla.

–¿Me dejas que te haga una pregunta estúpida?

Una ola cubrió la sandalia.

–¿Tu madre te quería?

Una nueva ola cubrió la sandalia. Shirine asintió con la cabeza, luego miró al mar y añadió con un hilo de voz:

–Yo también debería haberla...

Miró a Arezu.

–¿Puedo sugerirte algo muy tonto?

Una bandada de gaviotas sobrevolaba el mar.

–Por tu madre...

Las gaviotas se zambulleron graznando entre las olas.

–Por tu madre tienes que hacer todo lo que puedas.

Arezu guiñó los ojos un instante, quizá por el mechón que le caía sobre los ojos, o porque no había entendido del todo lo que le había dicho Shirine. Esta tiró la sandalia al mar de una patada.

–Porque así, cuando ya no esté, no te remorderá la conciencia como a nosotros.

–¿Nosotros? –preguntó Arezu, apartándose el pelo de la cara.

Un mechón de cabello corto se irguió en lo alto de su cabeza.

–Esfandiyar y yo. ¿Por qué crees que se fue?

Con los labios crispados, Shirine miró la sandalia, zarandeada por las olas.

Arezu hundió la punta de su zapato en la arena. Unos granos húmedos se levantaron. Se agachó para recoger un largo palo de madera. Había que cambiar de tema. A lo lejos se acercaban ya los japoneses con sus gorras de cuadros, seguidos de sus mujeres, tocadas con pañuelos de flores.

–Si fuéramos japonesas, ¿recorreríamos tantos kilómetros para conocer Irán?

Shirine las miró con disimulo y luego se dirigió a las casas situadas en primera línea de playa.

–Esfandiyar y yo teníamos cada uno nuestras actividades: lecturas, películas, festivales de todas clases, viajes...

Bordeó una hilera de árboles secos. El mar se había llevado la mitad de una de las casas. Un balancín de hierro, retorcido y oxidado, había quedado en mitad del patio, medio enterrado en la arena. Shirine se acercó a la casa, hablando como para sí misma.

–La solución era que Esfandiyar se marchara y yo me volcara en mis maravillosos cursos.

Pasó por lo que, en tiempos, debía de haber sido la verja del jardín, y se detuvo ante el balancín.

–¿Por qué el mar nos vuelve tan locuaces?

Alzó la cabeza y miró el cielo cubierto, el mar revuelto y las altas olas color café con leche. Inspiró el aire marino.

–¿Quizá por este olor, o por el ruido de las olas?

Apoyó un pie en el balancín, que chirrió.

–Cuando éramos niños, veníamos todos los veranos al Caspio. Unas veces a nuestra casa, otras, a la suya.

Empujó el balancín, que chirrió de nuevo.

–Por la noche, cuando todos dormían, salíamos los dos a charlar al jardín y nos sentábamos en un balancín como este.

«Ahora que se ha lanzado a contarme, ¿debo pedirle que entre en detalles, o no?», pensó Arezu.

–¿Y de qué hablabais?

–¡Pues de todo lo que hablan los niños! –contestó Shirine dirigiéndose a la puerta de la casa, abierta de par en par–: «¿Cuántos habitantes hay en la Luna? ¿Cuánto se tarda en cruzar el mar nadando?...». Nos contábamos las películas que habíamos visto dos veces, o diez, o los libros que habíamos leído. Juntos escribimos varias obras de teatro, que representamos después para nuestras madres.

El suelo de la cocina abandonada estaba cubierto de arena, y la ventana había perdido los cristales. Los armarios estaban oxidados. En el fregadero había un guante podrido. «¿Quién habrá lavado los platos aquí por última vez?», se preguntó Arezu.

–¿Cuándo crees que estuvieron aquí los dueños por última vez? –preguntó Shirine–. ¿Crees que lo pasaron bien?, ¿o que se aburrieron? Los hombres sin duda disfrutaron. En cuanto a las mujeres, seguro que fueron a la compra, cocinaron y fregaron los platos; ¡y creerían que se estaban divirtiendo!

Deambularon por las habitaciones vacías. Un gato muy flaco salió corriendo de debajo de una cama rota con el colchón destripado. Saltó por la ventana sin marco hasta el patio trasero, dejando escapar un largo maullido. Arezu miró hacia el jardín. Los arbustos se habían secado en la arena. Un armazón oxidado era todo lo que quedaba de una cocina de gas. Salieron de la casa, dejaron atrás el balancín retorcido y volvieron a la playa. Arezu se sacudió la arena de los zapatos. Shirine estaba de pie frente al mar.

–Cuando crecimos, seguimos teniendo las mismas conversaciones; ligeramente diferentes, sin duda: qué queríamos estudiar, si queríamos hacerlo en el extranjero o aquí. Nos atiborrábamos de cine. Hacía tiempo que ya no creíamos que hubiera habitantes en la Luna –soltó una carcajada–. Recuerdo que una noche ponían una de Bergman. Era tarde. Esfandyar estaba agobiado porque íbamos a llegar al cine con la película empezada. Impaciente, apremiaba al taxista: «Más rápido», insistía. Tanto, que tuvimos un accidente. El taxista gritaba: «¡Me has metido mucha prisa...! Todo esto ¿para qué? ¿Qué es tan importante?». «¡Bergman, caballero, Bergman! ¡Bergman! ¿Es que no lo entiende?», repetía Esfandyar. ¡Tendrías que haber visto la cara del taxista! ¡No sabía si Bergman era algo de comer o qué!

Volvieron hacia el árbol seco que seguía tumbado en la arena contemplando el mar, con la cabeza apoyada en un brazo.

–¿Y tú, mientras, qué decías?

–¡Nada! Yo me moría de risa.

Dibujó una larga raya en la arena con la punta del zapato.

–Al día siguiente interpreté la escena para nuestras madres.

Encima de la larga raya dibujó otra.

–Las pobres no sabían de Bergman más que el taxista. Si se reían era solo porque yo

hacía tonterías. Esfandyar dijo: «No le veo la gracia. ¡Bergman es algo muy serio!».

Dibujó una tercera raya bajo las otras dos. «Perfecto», pensó Arezu, «está reflexionando en voz alta». Shirine prosiguió:

–¿Por qué tuvieron que venir al Caspio ellas dos solas? ¿Y en taxi, con un conductor que se durmió al volante? ¿Dónde estábamos nosotros? ¿Qué estábamos haciendo? Seguramente estaríamos en ese festival cuyo nombre siempre se me olvida –ironizó–. Prefiero olvidarlo.

Se levantó y dio unos pasos.

Arezu se puso en pie a su vez y la siguió, pensando: «Es la primera vez que habla tanto, quizá por los aromas, como ella dice, o por el ruido del mar...». La barca alrededor de la cual estaban reunidos los jóvenes había despertado el interés de los turistas japoneses, que la estaban fotografiando. Algunos consultaban un mapa, mientras otros escuchaban a la guía, que les hablaba en inglés, moviendo mucho las manos y la cabeza. Uno de los japoneses las saludó en persa. Los demás miraron sonrientes a las dos mujeres y entablaron conversación con ellas. La guía parecía dar gracias al cielo por ese pequeño paréntesis en su tarea. Se ajustó el velo, que se le había caído un poco por los hombros, y, pese al frío, se puso a abanicarse con uno de los picos, mirando hacia el mar. Los japoneses insistían en hablar en persa. Les dijeron que llevaban dos semanas en Irán: «Viaje bonito, Persépolis, Isfahán, ¡muy bonito! ¡Desierto! ¡Ah...! Cocina iraní muy buena. Iraníes muy amables. ¡Hoteles muy viejos! ¡Nada de cerveza, muy mal! ¡Ah, ah!».

Shirine le dijo a Arezu al oído:

–¿Dónde están las turcas, las holandesas y las locales? ¡Esos chicos les podrían haber vendido sus productos artesanales!

La guía había dejado de abanicarse. Les dijo que estudiaba Turismo en la universidad. Observaba a los japoneses, que se hacían fotos con la playa y el mar de fondo. Y, como si hablara para sí, hizo el siguiente comentario:

–¡Espero que la basura tirada en la arena no salga en la foto!

Y, al cruzarse con la mirada de Shirine y Arezu, añadió:

–¡En Persépolis he tenido que recoger un montón de bidones y de sillas rotas por miedo a que la gente, al ver las fotos, pensara que todo eso formaba parte del palacio de Darío!

Soltó una risita que no era tal en realidad, y se reunió con su grupo, diciendo:

–*Shall we go?*

Shirine se dirigió a los turistas en su lengua:

–*Sayonara!*

Estos estallaron en carcajadas y siguieron a la guía, no sin antes despedirse de las dos mujeres con grandes aspavientos. Shirine miró alejarse todas esas gorras de cuadros y esos pañuelos de colores, y dijo en voz baja:

–¿Qué había aquí que ver para ellos?

Arezu volvió a inclinarse para recoger algo del suelo:

–¡Vaya, por fin, otra concha!



–¿Volvemos por la carretera de Racht? –propuso Shirine.

–Vale, pero hay que comprar *koluchehs* –dijo Arezu riendo–. ¡A Nosrat yun yun le encantan!

–Los habrá en *Manyil*. Y en Rudbar compraremos aceite de oliva.

–¿Dónde paramos a almorzar?

–En Manyil.

Shirine puso una cinta de música.

–¿Manyil?

A Arezu le llamó la atención la voz de la cantante, semejante al ronroneo de un gatito.

–Hace años que no oigo esta canción. Hubo una época en que Hamid ponía siempre discos de Melanie o de Joan Baez. No me gustaba Joan Baez, pero la voz de Melanie, en cambio, sí. Sin duda porque me parecía muy natural.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y unió su voz a la de la cantante.

...desde que mi madre me dijo:  
Junta las rodillas al sentarte.  
¡Oh, yeah! ¡La, la, la!...

El cielo estaba cubierto. En la carretera, los coches se cruzaban como rebaños de vacas. Llegaron a Manyil, y Shirine aparcó en un gran bulevar.

En el escaparate de un restaurante se leía: «Sa'id Kebab», y justo debajo: «*Chelow kebab, shishlik, cheneyeh*». La tienda de al lado era una librería. Arezu bajó del coche y escudriñó el bulevar hasta donde alcanzaba su vista. En lo alto de unas colinas, en el horizonte, giraban las aspas de unos molinos de viento. Una familia cruzaba el bulevar. El padre iba el primero y cargaba en brazos a un niño de tres años. Le seguía la madre, que llevaba un velo blanco bajo el chador negro, y tres niñas, ataviadas todas de la misma manera, con un vestido y un velo de cuadros.

Solo había unas cuantas tiendas abiertas. Shirine se dirigió al restaurante. Arezu la llamó:

–¿Aquí es donde vamos a almorzar? Como diría Ayeh, este plan no mola nada.

Se detuvo ante la puerta cerrada de la librería. Shirine le indicó con un gesto que la siguiera.

–Apuesto a que en tu vida has comido un kebab tan delicioso como el que sirven aquí.

Arezu miró el escaparate de la librería y después entró a regañadientes en el restaurante.

Tras la segunda brocheta, exclamó:  
–¡Absolutamente deliciosas! ¿Cómo has descubierto este sitio?  
–Fue Esfandyar, y de casualidad –cogió de su plato un trozo de pollo y lo dejó en el de su amiga–. Cada vez que íbamos al Caspio, nos las apañábamos para almorzar en Manyil en el camino de vuelta. A nuestras madres les encantaban las brochetas cheneyeh.  
Miró el papel de la pared, verde con grandes flores rojas.  
–No sabía que seguía abierto.  
Arezu dejó en el plato de Shirine un pedazo de shishlik, pensando: «¡Vamos! ¡Habla! Eso es lo que debería haber hecho el bobo de Esfandyar: hablar».  
–Después de que...  
Carraspeó, removiendo sus guisantes con la punta del tenedor.  
–...¿no habías vuelto al Caspio?  
–No –contestó Shirine.  
Llevó la mano a su bolso y le pidió la cuenta al cajero del restaurante.  
Arezu la miró pensando: «¡Pobrecita! ¡Cuánto has sufrido!».  
Bebió un sorbo de agua y cogió su bolso. La librería seguía cerrada. Arezu dio una calada a su cigarrillo y se lo pasó a Shirine. Se demoraron unos instantes mirando los libros expuestos en el escaparate: *El diván* de Hafiz, los *Dichos* del imán Alí y el *Rubaiyat* de Jayam. Había varios libros voluminosos con portadas más o menos parecidas: una silueta de mujer de ojos lacrimosos o de labios entreabiertos en una sonrisa, con la mirada fija en el horizonte; en segundo plano, un hombre bajo un árbol, o al pie de una montaña, o con una flor en la mano.  
–Nunca he sido capaz de leer ni uno solo de esos libros –comentó Arezu.  
–Pues nuestra Tahmineh es una lectora incondicional de esa clase de libros –añadió Shirine, dando una calada al cigarrillo–. A mediodía, cuando se queda en la agencia, se pasa el rato leyendo. Una vez hojeé uno, hace tiempo...  
Le pasó el cigarrillo a Arezu.  
–¿Y qué te pareció?  
–Pues que es Danielle Steel, pero en versión persa: el rico iraní cascarrabias que se enamora de la joven pobre. Aquí todo es aún más hortera que en cualquier otro sitio.  
Tiró la colilla al suelo y la aplastó con la punta del zapato.  
–¡No es de extrañar que haya lectores de estos libros hasta en Manyil!  
Consultó su reloj.  
–En Manyil o en Alaska, a todas las mujeres les gusta lo mismo.  
Dirigió la mirada al otro lado del bulevar.  
–Vamos a comprar los koluchehs antes de irnos.  
–¡Pues yo me conformo con que el hombre rico no sea un gañán! –añadió Arezu.  
Llegaron a la zona central del bulevar, plantada de césped.  
–Y si no es demasiado rico, ¡tampoco me importa! –añadió Arezu riendo.  
–Tú rompes todos los moldes –comentó Shirine.  
Arezu se rio con ganas, y luego recuperó la seriedad para preguntar:  
–¿Y cómo se puede permitir Tahmineh comprarse todos esos libros?

–Tres paquetes de koluchehs de nueces –le pidió Shirine al vendedor–, y otros tres de pistachos. No los compra, los alquila.

–De nueces, de coco y de pistacho –dijo a su vez Arezu–, ¡seis de cada! ¿Cómo que los alquila?

–En una tienda cerca de Baharestán<sup>17</sup>. Me ha dicho que hay que apuntarse en una lista de espera. Luego tienes tres o cuatro días para devolver los libros.

–También tenemos mermelada de kiwi –precisó el vendedor.

–¡Anda ya!

–Permítanme que les diga –prosiguió el vendedor– que mi mujer era muy escéptica cuando llegaron los primeros kiwis. Pero ahora a los clientes les encantan.

Se dirigieron al coche. El cajero del restaurante estaba ahora abriendo la librería.

–¡Aga Sa'id es dueño de los dos negocios! –exclamó Shirine mientras Arezu guardaba los paquetes de koluchehs en el maletero.

Arezu subió al coche. Se echó a reír, imitando la manera de hablar de los golfillos de barrio:

–¡Qué caña, aga Sa'id! ¡Le das a todo, a lo físico y a lo mental! ¡Lo físico está dabuti, pero lo mental...!

Cerró la puerta del coche.

–¡¿Qué mujer ha dicho nunca no al dinero, a los castillos y a los príncipes azules?!

Shirine se instaló al volante:

–¡Por mí, que se vayan al cuerno todos los príncipes y los pordioseros, con o sin castillos!

Naim abrió la puerta de la agencia y exclamó, jovial:

–¡Bienvenida! ¿Ha tenido un buen viaje? ¿Ha descansado mucho? ¿Se ha olvidado bien de todos nosotros durante un par de días?

Un mechón de pelo blanco le caía sobre la frente. Los cristales de sus gafas brillaban.

«¡Al final terminará por parecerse a Robert Redford!», pensó Arezu riendo.

–¡Bienvenida! –exclamaron al unísono los tres empleados de la agencia.

La última mesa estaba vacía.

–¿Dónde se ha metido Tahmineh? –quiso saber Arezu.

–Su madre está otra vez enferma... –dijo Nahid, que, esta vez, ya no sonreía.

–¿Han ido al hospital?

La joven asintió con un gesto. Arezu se dirigió a la puerta del fondo y le entregó a Naim la bolsa de plástico que llevaba en la mano.

–Koluchehs para todos.

Y, volviéndose hacia Nahid, añadió:

–En cuanto llegue Tahmineh, dile que venga a verme a mi despacho.

Adelantándose a Naim, abrió la puerta y entró. Shirine levantó la cabeza desde detrás de su escritorio.

–¡Buenos días, compañera de viaje!

Le señaló un objeto sobre la mesa.

–¡Ha llegado por correo «experto»!

Era un paquete grande envuelto en papel de periódico.

Naim trató de entrar, farfullando: «Un paquete... anteayer... esto...». Arezu le contestó:

–Ya lo he visto, gracias. Tráenos un poco de agua, por favor.

Cerró la puerta y se quitó el abrigo, interrogando a Shirine con la mirada. Esta contestó a su vez con gestos interrogativos, enarcando las cejas y encogiéndose de hombros. Arezu abrió el paquete y descubrió un teléfono negro, uno de esos viejos aparatos que se colgaban de la pared. Las dos mujeres se miraron y se inclinaron sobre la tarjetita que acompañaba al teléfono, donde leyeron: «¿Este modelo sí le gusta?». Firmado: Sohrab Zaryu. Se echaron a reír. Aún seguían riendo cuando Tahmineh llamó a la puerta.

–Discúlpenme –dijo la joven–. Nahid me ha dicho que quería hablarme. Discúlpeme por haber llegado tarde, señora Sarem. Mi madre... Discúlpeme.

La muchacha se echó a llorar. Arezu la invitó a sentarse en el sofá. Shirine se dirigió a la puerta para coger el vaso de agua que traía Naim y la cerró antes de que este tuviera tiempo de entrar. Arezu le dijo a la muchacha:

–¿Has hablado con el médico?

Tahmineh asintió, bebiéndose el vaso de agua.

–El mismo diagnóstico de siempre: los nervios, un gran cansancio... Le ha puesto dos inyecciones contra la migraña y le ha mandado reposo. La he acompañado a casa. Por eso he llegado un poco tarde. Discúlpeme.

Volvió a echarse a llorar.

Shirine le cogió el vaso vacío y le dio un pañuelo de papel. Arezu se sentó sobre el reposabrazos del sillón.

–¿Tiene a alguien que la cuide?

Tahmineh negó con la cabeza.

–Le he pedido a la vecina que fuera un momento a verla.

–¿Y tu hermano?

–Llegó anoche.

Bajó la cabeza.

–Mi hermano primero discutió con ella, y luego se puso a llorar. Le dijo que no era fácil desengancharse. Ya solo nos quedaba rezar para que desapareciera. Mi madre le suplicó por la memoria de mi padre y mis hermanos. Él lloró hasta quedarse sin lágrimas. Decía que la cura era demasiado cara. Mi madre replicó que pediríamos el dinero prestado. Él se puso a llorar otra vez. Al final se marchó, llevándose la cadena de música y una pequeña alfombra.

Tahmineh levantó la cabeza y miró a Shirine y luego a Arezu.

–Mi hermano nunca ha sido mal chico. Ahora tampoco. No fuma... Yo creo que es por lo que les pasó a mis hermanos... Discúlpeme por haber llegado tarde.

Arezu se levantó y volvió a su escritorio.

–Ve a lavarte la cara y ponte a trabajar. Vamos a ver qué podemos hacer.

–¡Pobre! –exclamó una vez que la muchacha se hubo marchado.

Shirine contempló las ramas desnudas de la parra virgen que trepaba por la pared del jardín.

–¿Quién? ¿La madre o la hija?

–¡Las dos, y todas las demás también! –contestó Arezu, alargando la mano hacia el teléfono, que sonaba en ese momento.

Pero Shirine se le adelantó:

–¿Diga? ¡Sí!

Miró fijamente el teléfono negro. Apretó los labios, dejando escapar un profundo suspiro.

–Coge la llamada –le dijo a Arezu, entornando los párpados.

Arezu respiró hondo a la vez que cogía el auricular.

–¡Buenos días, señor Zaryu!

Shirine levantó la cabeza. Arezu giró su silla hacia el jardín y los arbustos desnudos. Escuchó unos segundos antes de soltar de un tirón:

–Ha sido un bonito viaje. ¡Su regalo es fantástico! Pero, por desgracia, en este momento no estoy muy animada.

Se enrolló con firmeza el cable del teléfono alrededor del dedo.

–¿Que por qué? Porque me pregunto qué podría hacer yo por una madre con un hijo que murió en el frente, otro que fue ejecutado y un tercero que se droga. ¿Piensa usted que es mejor comprarle un móvil o encontrarle uno viejo en un anticuario?

Shirine se golpeó la cabeza con ambas manos mientras Arezu proseguía:

–No estoy bromeando. Le hablo de una de mis empleadas, una muchacha que...

Habló mucho rato, de pronto calló, y fue soltando poco a poco el cable del teléfono que tenía enrollado alrededor del dedo. Cerró los ojos para escuchar, volvió a abrirlos y siguió escuchando, haciendo girar su sillón de izquierda a derecha.

–Sí, lo sé, pero va a costar...

Unos gorriones picoteaban algo en los arbustos. Tras un «No hace mucho que se droga», un «Eso espero», un «Es usted muy amable», varios «Sí, desde luego» y otros tantos «Muchas gracias», dejó escapar un largo suspiro, colgó y miró el viejo teléfono. Metió un dedo en el agujero del cero, hizo girar el disco y lo soltó. La placa de los números volvió a su posición inicial con una ligera vibración.

–Cuando era pequeña, me encantaban los teléfonos. Mi padre compró uno igual que este en *Hassan-Abad*. El director del centro de desintoxicación es un amigo de Zaryu. Me ha dicho que no me preocupe por lo que cueste la cura. No sé dónde estará el teléfono que compró mi padre. Mah-Monir se lo habrá regalado a alguien. O a lo mejor está en alguna parte del desván. Por ahora no le vamos a decir nada a Tahmineh, por si al final no sale bien.

Miró el teléfono negro.

–Estamos invitadas al restaurante suizo. Mañana a las ocho.

Los ojitos de Shirine se abrieron como platos.

–¿Y a qué se dedica ese hombre?

Mah-Monir cogió el vasito con ribete dorado de la bandeja que sostenía Nosrat. Arezu le pellizó suavemente la mejilla.

–¡Te he dicho que no quería té, Nosrat yun yun!

Nosrat dejó la taza sobre la mesa junto al sillón.

–No es té, es una infusión de manzanilla y borraja. Bébetela, verás cómo te relaja. Siempre estás corriendo de acá para allá. ¡Y te preocupas mucho! Dios no lo quiera, pero un día de estos al final te vas a caer redonda.

Mah-Monir cruzó las piernas.

–¡Te he preguntado en qué trabaja!

Arezu probó la infusión e hizo una mueca de asco.

–¡Puaj!

Nosrat le tendió un pequeño azucarero.

–Échale azúcar cande.

Mah-Monir le lanzó una mirada asesina.

–¿Nos vas a dejar hablar, sí o no?

Y, volviéndose hacia Arezu, añadió:

–Ese hombre...

–Ese hombre, ese hombre, ¿por qué insistes? –se impacientó Arezu, con el azucarillo en la mano–. Ya te he dicho que es un cliente de la agencia. Cuando se enteró de la historia de Tahmineh, nos dijo que un amigo suyo era director de un centro de desintoxicación. A lo mejor podemos conseguir internar allí gratis al hermano de la muchacha. Quizá hasta podamos hacer algo por las migrañas de su madre. O por las dos cosas a la vez, ¡y ya está, eso es todo!

Se metió el azucarillo en la boca, se tomó la infusión y le hizo una mueca a Nosrat, que, sentada en la alfombra, la observaba con la barbilla apoyada en la mano.

–Sigue estando amarga.

Nosrat frunció el ceño.

–¡Tienes que bebértela toda!

Luego su mirada se entristeció.

–¡Me dan mucha pena Tahmineh y su madre, me dan mucha pena todos esos jóvenes!

Mah-Monir dejó el vaso en su platillo, cruzó las piernas en el otro sentido, se tomó una rodilla entre las manos y se observó las uñas.

–Podríais haber hablado de ello en la agencia, o incluso por teléfono, ¿por qué en un restaurante?

Arezu se levantó.

–¿Y yo qué sé? Estará enamorado de Shirine.

Cogió el teléfono que estaba sobre la mesita, junto a la ventana.

–¿Ayeh sigue conectada a Internet?

–Estaba hablando con Maryane janom –dijo Nosrat.

–Si está enamorado de Shirine –prosiguió Mah-Monir–, ¿por qué es contigo con quien quiere hablar?

Arezu gritó en dirección a las habitaciones:

–¡Ayeh...! ¡Desconéctate! Tengo que llamar por teléfono.

Y volviéndose hacia su madre, añadió:

–¿A lo mejor se siente intimidado?

Y, volviéndose de nuevo hacia el pasillo, gritó:

–¡Ayeh...! Nosrat, ve a decirle que tengo que hacer una llamada urgente.

Mah-Monir cogió un caramelo.

–¿Por qué la molestas? No tienes más que llamar con tu móvil.

«¿Con qué móvil?», iba a replicar Arezu, o bien: «Mi móvil está roto», o... En ese momento, Nosrat se incorporó pesadamente apoyándose sobre las rodillas y dijo:

–*Ya Ali!* Mi niña me ha dicho mil veces que llamar con ese artilugio es más caro que con un teléfono fijo. ¡Eh! ¿Ayeh janom?

Nosrat se dirigió al pasillo.

Arezu se apoyó en la mesa del teléfono.

–Gracias a Dios, todavía hay alguien en esta casa que piensa en ahorrar.

Mah-Monir siguió a Nosrat con la mirada desde la puerta del vestíbulo hasta las habitaciones.

–¿Ya estás otra vez con eso? ¿Tan bajo hemos caído? ¿Tanta importancia tienen ya treinta tomanes más o menos? ¡Ah! Si estuviera aquí tu padre...

Arezu echó un vistazo al jardín. Todos los árboles habían perdido las hojas, salvo el pino que se erguía justo en el centro. El día que su padre trajo el esqueje y lo plantó allí, Arezu lo regó con su pequeña regadera. «¡A tu madre le encantan los pinos!», le dijo su padre. Y después cayó enfermo y quedó postrado en cama; miraba el jardín desde la ventana, diciendo: «¡Cómo ha crecido ese pino! Cuida bien de tu madre».

Arezu tenía los ojos empañados en lágrimas, pero oyó unos sollozos a su espalda. Se volvió. Mah-Monir lloraba, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en los reposabrazos del sillón. «¡Otra vez la he armado buena!», se afligió Arezu, precipitándose hacia su madre.

–Perdóname, no quería decir eso.

La abrazó suplicándole:

–No llores. Por favor, no llores. Por favor...

–¿Qué pasa, abuela? –preguntó Ayeh, que estaba en el umbral del salón, junto a Nosrat–. ¿Por qué lloras? ¿Te ha ocurrido algo?

Mah-Monir negó con la cabeza, tendiendo la mano. Arezu le dio un pañuelo de papel. Ayeh se acercó y le rodeó el cuello con el brazo.

–¡Borraja! –exclamó Nosrat, dirigiéndose a la cocina.

Mah-Monir le acarició la mejilla a su nieta.

–No es nada, cariño. Simplemente le he dicho a tu madre que no fuera al restaurante sin arreglarse, y sobre todo que no se pusiera ese velo negro tan arrugado: ¿acaso he hecho mal?

Ayeh se volvió y miró fijamente a su madre, que estaba marcando un número de teléfono. Se echó a reír, besando a su abuela en la mejilla.

–¡Pues claro que no! Vamos a ponerle uno de tus velos de seda y...

–¡No! –exclamó Arezu al teléfono–, ven a buscarme tú, no tengo ganas de conducir. En casa de mi madre. ¡Adiós!

–¡Oh! –exclamó Arezu tras cubrirse la cabeza con el velo de Mah-Monir y aplicarse el kohl de Ayeh.

Shirine soltó una carcajada.

–Hoy voy de carabina, ¿no?

Encendió la calefacción del coche. Iba vestida con un abrigo negro y uno de los velos blancos de algodón que llevaba todos los días. El Peugeot enfiló una avenida bordeada de árboles y luego tomó la carretera de circunvalación. Esta discurría entre edificios en construcción. Shirine frenó y pasó despacio sobre unas viguetas metálicas abandonadas en mitad de la calzada.

–¡Por Dios, apaga la calefacción!

Arezu se aflojó el nudo del velo.

–¡Tenía que tranquilizar a mi madre! Si Zaryu puede hacer algo por Tahmineh, merece la pena pasar por esto. Pero no tengo muchas esperanzas...

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

–¡Que termine todo pronto!

Abrió los ojos y se volvió hacia Shirine.

–¿Por qué, como diría Ayeh, he aceptado esta invitación sin hacerme de rogar?

Shirine pulsó el botón del radiocasete.

–Como dice Ayeh, ¡pasa de todo! Pero la verdad es que, después de tantos años, volver a ese restaurante suizo...

Arezu se alisó los pliegues que se le habían formado en el sobretodo y se reclinó en el asiento. Hasta que llegaron al restaurante ya no dijo nada más que estas pocas palabras:

–Lo he pensado bien, creo que tienes razón. Voy a enviarla a Francia. Lo peor que puede pasar es que regrese.

Shirine no contestó.

«¡Dios mío, tira al pozo la llave del mañana!», decía la canción.

La sala del restaurante se asemejaba a una mujer vestida a la moda de treinta años atrás. Antes de que a Shirine le diera tiempo a decir «el señor Zaryu...», el maître declaró:

–¡Las está esperando! Por aquí, por favor.

Tras una pequeña reverencia, las adelantó para indicarles el camino. Llevaba un traje demasiado nuevo. Sentado a una mesa junto a la ventana, Sohrab Zaryu se levantó para saludarlas. Su traje gris no era ni viejo ni nuevo. Tardaron unos minutos en elegir dónde acomodarse y en cambiar de sitio los bolsos. Shirine y Arezu se sentaron una al lado de la otra, y Zaryu, frente a ellas. Hubo un silencio, tras el cual las dos mujeres se lanzaron a hablar a la vez:

–¡Cuánto tiempo hace que no veníamos por aquí!

–Tú primero –dijo Shirine.

–No, tú –replicó Arezu.

Zaryu echó la cabeza hacia delante y miró fijamente a Arezu. Esta hizo lo mismo, preguntándose qué estaría a punto de decirle ese hombre. Shirine esperaba asimismo, mirando a Zaryu. En la mesa de al lado, una mujer pidió una bebida:

–Un zumo de granada, por favor.

–Servido en copa –añadió el hombre que la acompañaba.

Ambos, así como el camarero, se echaron a reír.

–Se ha puesto el velo al revés –le dijo Zaryu a Arezu. Esta se llevó la mano al velo de seda con motivos geométricos. Shirine dirigió la mirada a la cabeza de su amiga.

En efecto, el velo estaba al revés.

El camarero trajo la carta. Shirine y Arezu pidieron ambas escalope de pollo, y Zaryu, un solomillo a la pimienta. Arezu miró a su alrededor.

–Veníamos mucho a este restaurante cuando Ayehe era pequeña. Le encantaba la *fondue*.

Shirine le explicó a Zaryu quién era Ayehe, y luego volvió la mirada hacia la terraza, que estaba sumida en la oscuridad.

–Esfandiyar y yo también veníamos a menudo. En verano nos sentábamos en la terraza.

«Es curioso que hable de Esfandiyar», se extrañó Arezu. A su vez, se creyó obligada a explicar:

–El novio de Shirine...

Miró a su amiga de reojo. Esta seguía absorta en la contemplación de la terraza oscura.

–...se encuentra en Estados Unidos.

El camarero trajo la ensalada y les dijo sonriendo:

–*Bon appétit!*, como se decía antiguamente.

–¿Te acuerdas de lo que se decía antiguamente? –le preguntó Zaryu en tono guasón.

–¿Qué quiere, señor Zaryu? –contestó el camarero, exhalando un profundo suspiro y haciendo amago de guardar el salero y el pimentero–. Uno vive gracias a esos recuerdos, ¡y a clientes simpáticos como usted!

–No es mi novio –precisó Shirine cuando el camarero se marchó–. Y usted, ¿también viene a menudo?

–Antes sí –contestó Zaryu, inclinándose hacia ella–. Ahora ya solo una o dos noches al mes. Entonces, si no es su novio, ¿qué es para usted?

«¡Vaya!», se dijo Arezu, «¿será que le gusta Shirine?».

–Estuvimos a punto de casarnos.

«Shirine está muy locuaz esta noche», pensó Arezu. Miró el mantel blanco de algodón, limpio pero viejo. Se sentía un poco celosa, y se preguntaba por qué. «Como para no estarlo... A mí, que según ella soy su amiga íntima, me cuesta un mundo arrancarle alguna confidencia sobre Esfandyar, mientras que a este desconocido...» Levantó la cabeza y le dijo a Zaryu:

–Este amigo suyo, este médico especializado en el tratamiento de toxicómanos...

Zaryu se volvió hacia Shirine.

–¿Un poco de ensalada?

–Sí, gracias.

Le puso en el plato varias hojas de lechuga y unas cuantas rodajas de tomate y pepino antes de volverse hacia Arezu.

–¿Ensalada?

Arezu negó con la cabeza. «¡Idiota! Te he hecho una pregunta.»

Zaryu llenó los tres vasos de cerveza sin alcohol, y a continuación se sacó del bolsillo del traje gris una tarjeta de visita que le tendió a Arezu.

–El doctor y yo éramos compañeros de clase en el instituto Alborz. Hemos hablado hoy por teléfono. Hará todo lo que esté en su mano.

Se sirvió ensalada y, en lugar de ponerle la salsa ya preparada, la aderezó con aceite y vinagre. Cuando empezó a comer, Arezu comentó para sus adentros: «¡Al menos tiene buenos modales en la mesa!».

El camarero trajo los platos y volvió a desearles buen provecho. Y, de nuevo, Zaryu se echó a reír mientras cortaba su filete. «Hamid también tenía buenos modales en la mesa», pensó Arezu. Entonces, preguntándose por qué nadie hablaba, hizo un intento por romper el silencio:

–¡Discúlpeme! No quisiera parecer indiscreta, pero... –se echó a reír sin razón– no sabemos cuál es su profesión.

Observaba las manos de Zaryu.

–Sabemos que no ha estudiado Arquitectura. ¿Medicina, quizá?

«¿Es el filete, que está muy blando, o el cuchillo que está muy afilado?», se preguntó. Zaryu esperó a que levantara la cabeza y sus miradas se cruzaran.

–Soy comerciante –dijo–. Tengo una tienda junto a la plaza Tup-Janeh<sup>18</sup>. Vendo cerraduras y picaportes.

Arezu y Shirine lo miraron fijamente. En cuanto a él, las observó un instante con los ojos chispeantes. Parecía divertirse su propio juego. Luego añadió riendo:

–Mi bisabuelo fue el primer importador de cerraduras del bazar, después mi abuelo y mi padre tomaron el relevo, y así hasta que me tocó a mí.

–Entonces, ¿es usted importador de cerraduras? –preguntó Shirine.

–Las importo y las vendo. ¿Qué quieren tomar de postre? Aquí no es malo el café. ¿Un expreso?

Pronunció la erre a la francesa. Shirine dijo que no, pero Arezu aceptó, preguntando:

–¿Ha estado usted en Francia?

Zaryu pidió los cafés al camarero.

–¡Sí, sí que he estado!

–Si te tomas ahora un café –le dijo Shirine a Arezu–, no vas a pegar ojo en toda la noche, y mañana otra vez tendremos que soportar tu mal humor.

Zaryu se echó azúcar en el café y lo removió, mirando a Arezu.

–La señora Sarem no tiene mal carácter. Simplemente –dijo, volviéndose hacia Shirine–, a veces se muestra impaciente y nerviosa, no sé por qué.

–¿Quién no se mostraría impaciente y nervioso en estos tiempos? –dijo Shirine.

–¡Yo! –replicó Zaryu.

Hubo un silencio, que acabó rompiendo Shirine:

–¿Ha restaurado la casa?

–Sí; bueno, no del todo –contestó el hombre, removiendo su café–. Solo la he pintado. De blanco. El blanco deja más libertad luego para elegir el mobiliario y las cortinas. ¿Sabía usted eso?

Dejó despacio la cucharilla en el plato.

–A decir verdad, aún no he tenido tiempo de comprar los muebles. A propósito, le estoy muy agradecido por sugerirle a la señora Sarem que me enseñara esa casa. Ella no estaba muy animada, y no le faltaba razón. Le dije que estaba buscando un piso, y la señora Sarem...

«Ya van veinte veces lo menos que me llama señora Sarem», pensó Arezu. Sin saber muy bien por qué, se sentía furiosa. «¡Anda, vamos! Dilo, di que te gusta Shirine.» Al oírle sorber el café, masculló para sus adentros: «¡No se hace ruido al beber!». Pero entonces decidió prestar atención a lo que decía, y justo escuchó esta frase:

–También le debo disculpas a la señora Sarem.

Y, sin apartar los ojos de Shirine, añadió:

–El día que fuimos a visitar la casa, le hice un montón de preguntas estúpidas.

Hablaba como si Arezu no estuviera presente.

–La señora Sarem no es decoradora de interiores, si no me equivoco, ¿verdad? Le aseguro que no sabía, y sigo sin saberlo, dónde encontrar mobiliario.

Por fin se volvió hacia Arezu y le preguntó:

–¿Le gusta el expreso que hacen aquí?

Esta vez no pronunció la erre a la francesa.

«¡Será odioso! Parece que hubiera oído todo lo que le conté a Shirine.» Tenía que decir algo. Buscaba desesperadamente el qué, cuando Shirine la miró y le dijo:

–¿Por qué no le presentas a Jaleh?

Y, volviéndose a Zaryu, le explicó:

–Es una amiga nuestra. Restaura y vende muebles antiguos. Bueno, y también nuevos. Tiene muy buen gusto, y sus precios son bastante razonables.

Se volvió de nuevo a Arezu:

–¿No te parece buena idea? ¡Podrías acompañarlo a su tienda!

Arezu se atragantó con el café y se puso a toser. Zaryu le tendió el paquete de

pañuelos de papel.

–Su dirección no es fácil de encontrar –prosiguió Shirine.

Zaryu miró a Arezu, que seguía tosiendo. Apuró su taza y pidió la cuenta. Arezu aullaba en su interior: «En el fondo, ¿qué demonios me importa que tenga buenos modales en la mesa, que sorba el café o tener que acompañarlo a la tienda de Jaleh?».

En la puerta del restaurante, cuando Zaryu le propuso pasar a recogerla en coche, ella se negó, con mucha más firmeza que Shirine. Pero Zaryu se hizo el sordo y dijo que pasaría a recogerla. Se dirigió a su Jaguar blanco, aparcado en una callejuela oscura. Una vez en el Peugeot, Arezu le dijo a Shirine con aire molesto:

–¡Qué descarada eres! ¡Shirine janom, no eres más que una niña malcriada!

Shirine arrancó el motor, pasó delante del Jaguar y saludó a Zaryu riendo.

–Entre nosotras, ¿acaso no es un hombre inteligente? ¿Lo has oído? Todo lo que yo te había dicho, él lo...

–¡Vale ya! No hace falta repetirlo. ¿De qué iba esa historia de acompañarlo a la tienda de Jaleh?

–Te aseguro que no ha sido premeditado. Se me ha ocurrido así, de repente.

Se echó a reír.

–Venga, no seas niña. Merece la pena probar. Además, ha sido muy amable con Tahmineh, ¡le debemos al menos eso!

–¿Cómo que «le debemos», quiénes le debemos?

–¡Pues tú! De parte de todos nosotros.

Arezu se quedó un momento callada, y luego exclamó:

–¡Un vendedor de cerraduras!

Shirine ahogó una carcajada.

–Tiene gracia, ¿verdad?

–¡Imagínate la cara que pondrá Mah-Monir! –dijo Arezu, riéndose a su vez.

Nevaba.

Naim se precipitó hacia la puerta del R5 con un gran paraguas negro. Sosteniéndolo bien alto, le cogió a Arezu el maletín de cuero. El lechero cubría con plástico los cartones de leche, el pan *lavash* y la Coca-Cola. Arezu lo saludó:

–¡Buenos días, aga Jalal! ¡Que Allah lo acompañe!

–¡Igualmente, señora Sarem! –contestó el lechero, todo sonrisas–. Hemos recibido un riquísimo *lighvan*. Le he guardado un poco.

Naim abrió la puerta de la agencia, advirtiendo discretamente:

–¡Las cosas están un poco feas por aquí!

Una mujer vestida con un chador negro y un velo con estampado de leopardo estaba sentada frente al escritorio de Amini:

–¡Pero bueno! ¿Esto qué es? Ha dejado tres birrias de lámparas de araña y unas cortinas hechas jirones.

–Pero si se lo pidió usted misma. El propietario se prestó amablemente. Ya le advirtió desde el principio que el sótano no estaba incluido en el alquiler.

La mujer se soltó el chador. Con un movimiento circular, hizo tintinear la veintena de pulseras de oro que adornaban sus muñecas.

–Pero, bueno, ¿y dónde voy a meter yo los muebles que me sobran? –dijo, volviéndose hacia Nahid, que estaba de pie junto a la mesa de Amini, con una carpeta en la mano–. Querida, dilo tú, di que los hombres no tienen ni idea de lo que soportamos las mujeres. He comprado una nevera *size by size* para el ajuar de mi hija, un televisor panorámico y un *microwine*, viene todo de Dubái. Tenía que haberse casado a principios de mes. Gracias a Dios, el contrato de matrimonio está firmado, pero se ha aplazado la boda. El prometido de mi hija ha tenido que irse cuatro meses a Bielorrusia.

Se ajustó el chador para cubrirse más el rostro y dijo con aire desenvuelto:

–Trabaja en el ministerio de Asuntos exteriores.

Volviéndose hacia Amini, prosiguió en un tono más agresivo:

–¡Ni que fuera culpa mía! Hasta que vuelva, ¿dónde voy a meter yo todo eso? ¡Además, tengo también el *tered mel*<sup>19</sup> de mi marido Hayy aga!

Mientras se dirigía a su despacho, Arezu le dijo a Naim:

–Ve donde Amir y compra ocho truchas, un kilo de filetes de ternera y un pollo, y llévaselo todo enseguida a Nosrat. La señora organiza una cena esta noche. ¿Tienes dinero?

Muy nervioso, Naim le aseguró que sí. La mujer de las pulseras seguía discutiendo con Amini sobre el tema del sótano.

Arezu cogió su maletín de manos de Naim, entró en su despacho, cerró la puerta y le dijo a Shirine:

–¡Buenos días! Mi querida señora, ¿no necesita una nevera *size by size* o un *microwine*?

–Así que otra vez Naim ha...

Arezu colgó su abrigo en el perchero y fue a sentarse a su mesa.

–Esta le gana a Naim –dijo, conteniendo una carcajada.

Shirine cogió un lápiz, lo mordió, miró a Arezu y luego se quitó el lápiz de la boca.

–Esta mañana eres toda sonrisas, ¿a qué se debe? ¿Has dormido bien?

–Como un lirón. ¿Y tú?

–Tan bien como tú. He llamado al amigo de Zaryu. Me ha dicho que, si queremos, el hermano de Tahmineh puede ingresar mañana mismo.

–¿Mañana? ¡Pero si es viernes<sup>20</sup>!

–El doctor ha dicho que estará ahí en persona. También me ha dado la dirección de un colega suyo, para la madre de Tahmineh, y me ha dicho que si nos limitamos a pedir cita por teléfono, nos tocará esperar unos seis meses, pero que si Zaryu interviene, la tendremos como máximo dentro de dos días. Me ha contado que los tres eran amigos en la universidad. No me he enterado bien de cuál.

Encendió su calculadora.

Arezu miró al cielo.

–¡Que Dios dé larga vida a estos tres amigos! ¡Qué más da qué universidad fuera! Lo acompañaré al hospital mañana mismo. ¿Se lo has contado a Tahmineh?

Shirine negó con la cabeza. Arezu pulsó una tecla de su teléfono. Le pidió a Tahmineh que avisara a su madre: tenía que encontrar a su hermano y convencerle de volver a casa. Si no era posible, no tenía más que enviarlo a la agencia; que le dijera lo que había conseguido para él.

Colgó el teléfono, se desató el nudo del velo, abrió una carpeta y leyó el primer documento:

*En el nombre de Dios.*

Contrato.

Cesión de derechos de alquiler.

Parte arrendataria: Don

Parte arrendadora: Don

Cerró ruidosamente la carpeta y la apartó.

–¿Qué estará haciendo Tahmineh?

Shirine abrió la perforadora de papel y la vació en el cenicero.

–Dale un poco de tiempo para hablar con su madre, para encontrar a su hermano...

Arezu observaba los confetis de papel, que caían revoloteando.

–¿Y si no lo encuentra? ¿Y si él no está de acuerdo?

Shirine sopló sobre los dos agujeros de la perforadora.

–¡Respira hondo y no te preocupes tanto!

Llamaron a la puerta. Tahmineh entró, con una expresión a medio camino entre la risa y el llanto.

–Ha contestado mi hermano. Estaba en casa de mi madre. Está de acuerdo.

Arezu cerró los ojos un instante. Luego se levantó y se acercó a Tahmineh, que lloraba. Tomó las manos de la muchacha entre las suyas.

–Dile que esté listo mañana por la mañana temprano. Yo misma lo llevaré al centro de desintoxicación. Y ahora, en lugar de llorar, vuelve al trabajo...

Le soltó las manos.

–¿Has mecanografiado las cartas que te di ayer? ¿Y los formularios de solicitud del mes pasado? –y frunciendo el ceño, aunque con una sonrisa, añadió–: Si no trabajas, te pongo en la calle, ¿entendido?

Entre lágrimas, Tahmineh se echó a reír, dirigiéndose a la puerta. Con la mano en el picaporte, se volvió y miró la fotografía del padre de Arezu colgada en la pared, después a Shirine y, por último, a Arezu.

–Cuando he acabado de hablar con mi hermano le he pedido que me pasara a nuestra madre, pero me ha contestado: «Está rezando en dirección a La Meca por la señora Sarem, la señora Mosavat y el señor...».

Salió, llorando como una magdalena. Las dos mujeres se quedaron mirando la puerta cerrada. Arezu volvió a sentarse ante su escritorio.

–¿Podría haber rezado por Zaryu!

Sonó el teléfono de Shirine. Arezu hizo girar su sillón hacia el jardín. Nevaba con mayor intensidad. «¡Ojalá caiga una buena nevada!» Cada vez que nevaba o llovía, su padre acostumbraba a decir: «¡Ojalá caiga mucha! La nieve y la lluvia siempre me han traído suerte».

El día en que su padre murió, llovió, y el día del final de la cuarentena<sup>21</sup>, cuando fue a la agencia con Naim, también. Esperó bajo la lluvia a que este abriera los dos grandes candados. En las persianas de la agencia los comerciantes del barrio habían puesto una sábana negra. En ella habían escrito sus palabras de pésame. Al principio les había extrañado ver a Arezu decidida a seguir con la profesión de su padre, y se habían burlado: «¿Una mujer dirigiendo una agencia inmobiliaria? ¡Tirá la toalla al cabo de dos meses!». Aga Jalal, el lechero, se lo había repetido a Naim, Naim a Nosrat, y Nosrat a Arezu.

Hizo girar su sillón de un lado a otro. «¡Ojalá nieve mucho!»

–¡Sohrab Zaryu, por la línea 2! –dijo Shirine, antes de levantarse y salir de la habitación.

Sonriendo, Arezu dijo:

–Le debo una disculpa.

Unos segundos más tarde, Shirine volvió a su despacho. Con la mirada perdida en el jardín, Arezu le dijo:

–Mañana me acompañará al hospital a llevar al hermano de Tahmineh.



A las siete de la mañana, Sohrab Zaryu llamó a la puerta de la casa. Arezu se puso al cuello un chal de lana y abrió la puerta de la habitación de Ayeh.

–Me voy. Hoy comemos en casa de la abuela. Ve con la tía Shirine. Nos encontramos allí.

–Hum... –gruñó una silueta bajo las sábanas, las mantas, los libros, los CD y los calcetines amontonados.

Mientras el ascensor bajaba, Arezu se quedó absorta viendo desfilar los números de los pisos, y pensó: «Nunca debería haber dicho que sí, debería haber ido sola, con Shirine. Pero la muy malvada me ha puesto de excusa que tenía sus clases, ¡como si por faltar un día a yoga, a tai-chi o qué sé yo, se fuera a acabar el mundo!». Salió del ascensor, saludó al portero y se dirigió hacia la escalera de entrada, mascullando: «Si cree que me va a engatusar con sus buenas acciones, o que pienso salir con él...».

Zaryu abrió la puerta del Patrol y, antes de que Arezu tuviera tiempo de preguntárselo, contestó:

–Es el coche que uso para el trabajo, los viajes y los días de nieve. ¿Dónde viven?

–En *Sar-Cheshmeh*. Hay que pasar por...

–Sí, ya lo sé.

Comprobó por el retrovisor que no venía nadie, metió marcha atrás y dejó la callejuela para incorporarse a la avenida.

–El Jaguar lo compré nuevo, pero este me lo consiguió un comerciante al que conocían mis vecinos. Era suyo y me lo vendió a plazos. Como se dice en el bazar, yo estaba casi sin blanca por aquel entonces. Se llama Mehdi, pero lo llaman Mehdi-Patrol. Compra cuatro o cinco al año, y luego los revende. Solo compra este modelo y esta marca –se puso a imitarlo–: «¡Aga Sohrab, no! No vengas a la tienda con tu coche de play-boy. Se van a burlar de ti».

Tomó la carretera de circunvalación, desierta y blanqueada por la sal que vertían en la calzada los camiones municipales.

–Tiene razón. En nuestro barrio hay que tener coche grande. Como dice Mehdi, si quieres que se te respete, necesitas un Mercedes o un Patrol. Mi primer coche fue una furgoneta Volkswagen. ¿Y el suyo?

Arezu limpió con las yemas de los dedos el vaho acumulado en el parabrisas. Fuera todo estaba blanco. Las colinas a ambos lados de la autopista, los árboles, y el ancho terraplén central. Un Toyota rojo, su padre lo compró de segunda mano. A Arezu le encantaba. De niña, todos los viernes cogía su pequeña radio, se sentaba en el coche y lo limpiaba a fondo. Cuando se sacó el carné, su padre compró un Cadillac de fabricación

local y le dejó a ella el Toyota, que Arezu siguió limpiando y lustrando todos los viernes, por dentro y por fuera.

Zaryu miró a Arezu varias veces. Parecía esperar que empezara a hablar. Esta pensaba con nostalgia en el Toyota rojo y en su padre.

–¿El hermano de Tahmineh ha estado ingresado ya alguna vez para una cura de desintoxicación? –le preguntó.

–Un Toyota rojo –contestó ella–. Me gustaba mucho. Perdón, ¿cómo dice? No, es la primera vez. No es mal chico, de verdad que no; al contrario, es muy estudioso, siempre ha sido el primero de la clase. Su hermano mayor fue ejecutado. Él mismo fue al frente con su hermano gemelo. Desde entonces, Sohrab...

Arezu se interrumpió. Su mirada se cruzó con la de Zaryu, muy alegre:

–¡De modo que somos tocayos!

En la acera, una pandilla de niños sacudía las ramas de los plátanos y luego echaba a correr para evitar la nieve que caía. Arezu los observó.

–El otro se llamaba Esfandyar.

El Patrol se internó en un dédalo de callejuelas estrechas.

–Cuando construyeron estas casas –comentó Arezu–, no pensaron en los coches...

Zaryu frenó y le indicó una puerta de madera:

–Es la casa de Kashani<sup>22</sup>. Aquí fue donde Mosaddeq<sup>23</sup> conoció a Su Excelencia.

Se veían las copas de los árboles que se erguían por encima de la pared de adobe, así como una hilera de azulejos azul turquesa alrededor de las ventanas. Las sienes de Zaryu empezaban ya a encanecer, y tenía patas de gallo.

Tahmineh esperaba en la puerta de la casa, en uno de los dos bancos de piedra. Sobre el otro había una maletita. Su madre y su hermano estaban al pie de la escalera que bajaba hasta el patio. Tahmineh tenía los ojos enrojecidos. Zaryu se quedó detrás de Arezu, mientras el hermano subía las escaleras y la saludaba con la mirada baja. Arezu encontró al joven más delgado desde la última vez que lo había visto. Tenía que decir algo, pero no se le ocurría nada. Zaryu se quitó el guante de piel y le estrechó la mano al muchacho.

–Hola, Sohrab. Somos tocayos.

El joven lo miró. Le temblaba el párpado izquierdo. Se volvió hacia Arezu, guiñando los ojos varias veces, y abrazó a su hermana, que lloraba.

–¡Piensa en mamá, en mí, en Esfandyar, en Mazyar y en papá!

–¡Así lo haré! ¡Te lo prometo!

Ambos tenían la voz ronca. Arezu estaba a punto de echarse a llorar a su vez cuando sintió que la mano de Zaryu se posaba en su hombro, para retirarse apenas un instante después. Suspirando, se metió dentro del velo un mechón rebelde. Saludó con un gesto a la madre de Tahmineh y le dijo a su hermano, que estaba empujando la nieve hacia la alfombrilla con la punta del zapato:

–¡Vamos, Sohrab, sube al coche!

Zaryu metió el equipaje del joven en el maletero. Arezu recordó entonces la primera vez que había visto al hermano de Tahmineh. Fue a la salida del colegio. Las dos madres

esperaban a sus hijas. Sohrab acompañaba a la suya. No apartaba los ojos del llavero de Arezu, del que colgaba un pequeño reloj de arena. Arezu insistió en regalárselo.

Hasta la plaza Azadi, solo Zaryu y Arezu cambiaron algunas palabras. Hablaron de su infancia en Teherán, de los barrios en los que vivían: ella en Shemiran, él en Baharestán; del instituto Alborz, el colegio Juana de Arco. Zaryu aparcó el Patrol en una gran avenida. Con su larga escoba, el barrendero empujaba la nieve hacia el arroyo. Su uniforme naranja parecía más vivo en contraste con la blancura que lo rodeaba.

Cuando Arezu bajó del coche, vio que Zaryu deslizaba la mano en el bolsillo de su chaqueta, y el barrendero le sonrió. El hermano de Tahmineh miró el cartel que coronaba la gran puerta de entrada, en el que se leía: «Centro de Psicoterapia de Teherán». El joven pareció estremecerse. Arezu le puso la mano en el hombro y le dijo:

–No es fácil, pero tienes que ser valiente, ¿de acuerdo?

El muchacho asintió, murmurando algo que Arezu no oyó.

–¿Cómo? –le preguntó.

Él abrió la boca, pero no dijo nada y bajó la cabeza.

Con la maleta en la mano, Zaryu se dirigió a una pequeña puerta situada junto a la entrada del centro y habló con el guardia. Arezu se disponía a seguirlo cuando el hermano de Tahmineh la agarró del brazo, la miró a los ojos y le dijo:

–El señor Zaryu es una buena persona. Usted también... Siempre ha sido muy buena. ¿Se acuerda del llavero? Se lo di a mi hermano. Le gustaba mucho. A mí también. Nos lo llevamos al frente.

Se mordió la comisura del labio y miró hacia la derecha de la avenida, donde todo estaba blanco. Parecía querer decir algo más, pero calló y miró a la izquierda: por todas partes se veía la misma blancura. Abrió la boca, se dirigió deprisa a la pequeña puerta e insistió en coger su maleta de manos de Zaryu.

En el patio del hospital la gente iba y venía de un lado a otro. Un hombre alto, tocado con un gorro de lana, se precipitó hacia Zaryu.

–¡Buenos días, capitán!

A continuación saludó a Arezu.

–¡Buenos días, doctora!

Esta miró a Zaryu, que contestó al hombre:

–¡Buenos días! ¿Cómo está hoy el mar?

Cogió a Arezu y a Sohrab del brazo y los llevó hacia una puerta que se abría ante ellos, no sin antes ceder el paso a un hombre vestido con una bata blanca. Se tiraba del gorro para que le tapara a medias los ojos.

–El tiempo es bueno. Lo que nos preocupa es el pescado. Dígaselo al comandante.

La consulta del médico estaba en una habitación pequeña y fría con cortinas verdes. Arezu tenía dificultades para rellenar todos los apartados del formulario.

–¡No tiene importancia! –la tranquilizó el médico.

Y, volviéndose al enfermero que seguía de pie junto a la puerta, le dijo:

–Lleve a Sohrab jan a la habitación número 12.

El enfermero observó a Zaryu. El médico le señaló sonriendo al hermano de Tahmineh

y le dijo:

–¡Me refiero a él!

Muy pálido, el hermano de la muchacha miró a Arezu. Esta se levantó y declaró:

–Yo lo acompaño.

Zaryu se levantó a su vez.

–No, ya lo hago yo.

El joven seguía mirando a Arezu. Cuando el enfermero le puso una mano en el hombro, retrocedió con viveza y exclamó casi gritando.

–¡Espere!

El médico se levantó de detrás de su escritorio. Zaryu avanzó un paso. El joven Sohrab se volvió hacia Arezu:

–Lo que voy a decirles no lo saben ni mi madre ni Tahmineh.

Respiró hondo y cerró los ojos.

–Se lo voy a decir solo a ustedes.

Abrió los ojos. Temblaba. El enfermero se acercó, pero el médico le indicó con un gesto que esperara. El hermano de Tahmineh observó el escritorio. ¿Era el calendario lo que llamaba su atención? ¿El bloc de notas? De pronto se calmó, y cuando empezó a hablar parecía dirigirse a sí mismo, como si se estuviera dando explicaciones precisas de algo:

–Mi hermano avanzaba. Unos compañeros del regimiento y yo lo seguíamos. En el camino de tierra solo estábamos nosotros y las palmeras muertas. Esfandyar llevaba la cantimplora. Teníamos sed. «¡No!», dijo mi hermano. «¡Ni una gota hasta que no nos hayamos reunido con los demás, ni una gota!» Se reía. Nosotros también: «¡Te la vamos a quitar a la fuerza!» Echó a correr riendo. Antes de que nos diera tiempo a alcanzarlo, cayó esa asquerosa bomba y todo saltó por los aires. Nos lanzó despedidos al suelo.

Calló un momento, con la mirada fija en el escritorio. Jadeaba. Entornó los párpados como para ver mejor.

–Yo grité: «¡Hermano!», y lo vi correr delante de mí, con la cantimplora en la mano. Sin cabeza. Corría delante de mí, sin cabeza. Con la cantimplora en la mano. Ya no tenía cabeza. Corría, pero sin cabeza. No le quedaba nada. Ya no le quedaba nada de cabeza.

Arezu se sentó sin pensar. El hermano de Tahmineh seguía muy pálido pero ya no temblaba. Respiró hondo, como si acabara de recitar una lección muy difícil.

–No les he dicho nada a mi madre ni a Tahmineh, pero necesitaba contárselo a alguien.

Se volvió y siguió al enfermero. Zaryu llevaba la pequeña maleta.

Arezu miró fijamente la puerta cerrada, el picaporte verde ribeteado de amarillo chillón. Entonces el ribete brillante se puso más opaco, y todo se volvió borroso. Arezu ya no veía bien.

El médico le tendió una caja de pañuelos de papel y le llenó un vaso de agua de una jarra que había en su escritorio. Añadió unos azucarillos que removió para que se deshicieran, y se lo tendió.

–¡Tenga! ¡Beba! En circunstancias como estas, el nivel de azúcar baja. No se preocupe. Ahora que el muchacho ha sacado lo que tenía dentro...

Arezu miró primero el vaso.

–¿Dentro?

Y luego el bolígrafo en la mano del doctor.

–¿No va a ir a verlo?

El doctor dejó el bolígrafo sobre su mesa y se apoyó en el respaldo de la silla.

–Sohrab..., nuestro Sohrab, quizá no sepa más que yo de esto, pero tampoco menos.

Ante la expresión anonadada de Arezu, se acarició el bigote y dijo:

–¿Nunca le ha dicho nada? No, seguramente no.

Miró la puerta de la consulta.

–Un año antes de terminar sus estudios, lo dejó todo para regresar a Irán.

Arezu se puso a mirar por la ventana. Estaba nevando otra vez.

Pasó todo el camino de vuelta observando cómo los limpiaparabrisas hacían revolotear los copos de nieve. Antes de llegar a casa de Mah-Monir, contempló un momento los árboles blancos.

–¿Por qué abandonó sus estudios de Medicina?

El Patrol se adentró en la callejuela, y la nieve crujió bajo los neumáticos. Sohrab hizo una mueca.

–No lo sé exactamente. Creo que me di cuenta de pronto de que no me apetecía ganar dinero a costa de los demás.

–¡Es aquí! –exclamó Arezu.

El Patrol frenó, y Arezu bajó, murmurando:

–No sé cómo...

Zaryu bajó a su vez. Alzó la mano enguantada y se llevó un dedo a los labios.

–¡Shhh...! Tómate un café bien caliente, fúmate un cigarrillo y llora un buen rato para desahogarte. Yo también lloro a veces. Adiós. Mañana te llamo.

Antes de que Arezu tuviera tiempo de encontrar las palabras adecuadas, Zaryu ya había vuelto a su coche. Le dijo adiós con la mano y arrancó el motor suavemente.

En la cocina, Nosrat quitaba la mesa después del almuerzo mientras Naim lavaba los platos. Mah-Monir se había quedado sentada a la mesa, haciendo bolitas de miga de pan que luego apartaba a un lado del plato. Shirine hojeaba una revista, y Arezu se masajeaba la cabeza. Ayeh rebañó el arroz tostado de la fuente de *bagali polo*.

–¡Pobre Tahmineh! ¿Ha llorado mucho?

–¡Bravo! ¡Vaya una demostración de amistad! –estalló Arezu–. ¡Ni siquiera has sido capaz de ir a pasar un rato con ella!

Durante un instante, se oyó crujir en su boca el arroz tostado, y luego el ruido cesó.

–Ya te he dicho mil veces que Tahmineh no es amiga mía –replicó Ayeh–. Es mucho mayor que yo. Íbamos al mismo colegio, sí, ¿y qué? ¿Qué tiene que ver conmigo que, al cabo de una eternidad, tú te encontraras a su madre por la calle por casualidad, ella te contara todas sus desgracias, y tú, por compasión, contrataras a Tahmineh en tu agencia?

¿Eh, abuela, qué pinto yo en toda esa historia?

–¿Has dicho que viven en Sar-Cheshmeh? –intervino Mah-Monir–. Pero, entonces, ¿cómo es que Ayeh iba al mismo colegio que Tahmineh?

–Antes de que su marido muriera, vivían en *Gholhak*.

Se sirvió un vaso de agua. Ayeh se lamió los dedos, uno después de otro.

–Eran los guardas de una inmensa finca que tenía hasta cancha de tenis.

–¡Y tú bien que te aprovechabas! –replicó Arezu secamente.

Ayeh se volvió hacia su abuela.

–¿Y qué pasa? Tahmineh me invitaba, por eso iba. ¿Qué tiene eso de malo? Además, me esforcé un montón por enseñarle a jugar. No es culpa mía que fuera incapaz de aprender. Pero uno de sus hermanos sí que jugaba bien. Ya no recuerdo cuál... ¿El religioso, o el otro, el comunista? Hay uno que murió en el frente. Pobre. Y el drogadicto ¿cuál era?...

–¡Ya basta! –gritó Arezu.

Shirine levantó la cabeza. Mah-Monir liberó la cadena de oro que se le había enganchado en un botón de la blusa.

–No le hagas caso, querida. ¿Es que aún no conoces a tu madre? Ahora se ha hecho médico... Ya sabes, como esa doctora de la serie de televisión, esa que es médico rural, ¿cómo se llamaba, que no me acuerdo...?

–¡Ojalá fueras siquiera la mitad de valiente que Tahmineh! –le espetó Arezu a su hija, furiosa–. La pobre muchacha carga con el peso de toda su familia. ¿Y tú? ¡Tú solo sabes coquetear y gastar dinero!

Ayeh miró a su abuela, ofendida. Mah-Monir apoyó la mano en el brazo de su nieta y, elevando la voz, dijo:

–¡Te he preguntado cómo se llamaba esa doctora!

–¡La doctora Mayker! –gritó Naim desde el fregadero.

–¡La doctora Michael! –le corrigió Nosrat con aire furibundo, recogiendo los platos.

–¡La doctora Mike! –precisó Shirine, cerrando la revista.

–¿Desde cuándo eres una experta en series de televisión? –se extrañó Arezu.

–¡Qué mujer más simpática! –dijo Nosrat, dejando los platos en el fregadero–. ¡Siempre dispuesta a ayudar a la gente!

Arezu cogió su mantelito y el de Shirine para dárselos a Nosrat.

–¡Déjalo todo, querida! –dijo Nosrat–. Ya lo recojo yo. ¿Es que no haces bastante todo el día por los tuyos y por todo el mundo?

Reunió los mantelitos y los guardó en el armario, mascullando:

–¡Ah, ojalá alguien reconociera lo que vales!

–Bueno, ¿qué pasa con el té, viene o no viene? –reclamó Mah-Monir. Y, dirigiéndose a Arezu, añadió–: Cuéntame un poco lo que te ha dicho ese hombre. ¿Has podido averiguar por fin a qué se dedica? ¿Dices que ha venido a buscarte en un Patrol? Entonces, ¿tiene posibles?

Arezu hizo un gesto de exasperación, dejó escapar un largo suspiro y apartó su silla. Shirine se puso a chillar:

–¡Un ratón!

Ayeh y Mah-Monir se levantaron de un salto. La muchacha se subió a una silla, gritando como una loca.

–¡Naim! –llamó Mah-Monir a voces.

Shirine se agachó debajo de la mesa, seguida de Arezu, que le preguntó:

–¿Dónde?

Esta la agarró de la mano, y las dos se metieron a cuatro patas debajo de la mesa.

–¡Cállate y no discutas con tu madre y con Ayeh!, ¿de acuerdo? –le dijo Shirine en voz baja, guiñándole un ojo.

Arezu la miró fijamente y le dijo:

–¿Y por qué no? ¡Pues no faltaba más que eso! Me tienen harta las dos. Y tu bromita no me hace ni pizca de gracia.

–¡Calla! Prométeme que no dirás nada, y te invito a un helado. Pero tienes que prometerme que ya no vas a discutir, ¿vale?

Arezu se echó a reír, tumbándose bajo la mesa. A Nosrat le entró el pánico, y se puso a golpearse la cara.

–¡Oh, Musa, hijo de Ja'far! Mi niña se ha desmayado.

Mientras tanto, Naim corría de un lado a otro, gritando:

–¿Dónde está?

Ayeh seguía encaramada a la silla, cogida de la mano de Mah-Monir y chillando. Arezu salió de debajo de la mesa y les dijo riendo:

–¡No tengáis miedo, no tengáis miedo! Shirine se ha equivocado. Era... Era... ¿Qué era, Shirine? –le preguntó, partiéndose de risa.

Shirine salió a su vez de debajo de la mesa y se puso de pie.

–Perdonadme. He confundido el zapato de Arezu con un ratón.

–¡Oh, Shirine! –exclamó Mah-Monir, llevándose la mano a la frente–. Me has dado un susto de muerte.

Y, volviéndose furiosa hacia Arezu, le dijo:

–¿No te he dicho mil veces que no te quites los zapatos debajo de la mesa?

Ayeh bajó de la silla, recogiendo detrás de la oreja un mechón de pelo.

–¡Pues vaya, tía Shirine! –exclamó riendo.

–Coge esa escoba que has dejado tirada –le gritó Nosrat a Naim–. Ve abajo a barrer. Allí hay polvo para aburrir.

Arezu ya no podía parar de reír, le costaba hablar por la risa, tanto que tartamudeaba.

–El hombre... el hombre... es vendedor de cerraduras y de picaportes... Su tienda... su tienda está en Tup-Janeh...

Mah-Monir abrió la puerta de la cocina.

–¡Arezu, no hagas el tonto! Y tú, Nosrat, sírvenos un té. Yo lo quiero ligero.

Arezu seguía riéndose como una loca.

–¡Te juro que es verdad!

Sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza entre las manos, todavía siguió riendo descontroladamente un buen rato, hasta que, de pronto, la risa se transformó en sollozos.

Shirine y Nosrat la abrazaron. En un rincón de la habitación, Naim asentía con la cabeza. En el vestíbulo resonaban las voces de Ayeh y de Mah-Monir.

La avenida Shariati estaba en calma. De vez en cuando se oían las cadenas crujir sobre la calzada, totalmente blanca, y el ruido sordo de un montón de nieve que caía de la rama de un árbol hasta la acera. Sus botas se hundían en la nieve. Llevaban ambas velos de lana y se protegían la boca y la nariz con un chal. Arezu vigilaba dónde ponía los pies, pero Shirine solo miraba al frente.

–¡No sé por qué me he puesto así!

–No es nada. Estás cansada.

–¿Y tú por qué no estás cansada?

–Para empezar, estoy tan cansada como tú, pero aparte de que dispongo de tiempo para relajarme un poco, no tengo veinte personas a las que rendir cuentas de todo lo que hago. Y ahora trata de olvidar la imagen de la muerte del hermano de Tahmineh.

Con los ojos fijos en la nieve virgen, Arezu no contestó y se dijo: «¡Como si fuera tan fácil!». El olor a pan recién hecho las precedió un buen rato. Cuando llegaron a la panadería, un montón de panes barbari recién salidos del horno aguardaban sobre el mostrador.

–Te había prometido un helado. ¡En su lugar nos vamos a tomar un barbari calentito!

Y dirigiéndose al muchacho que se ocupaba de la caja, le dijo:

–¡Qué gusto cuando nieva! No hay que hacer cola.

El muchacho tenía el pelo engominado. Le sonrió y contestó:

–Han llegado pronto. Esperen un poco y verán cómo se pone esto de clientes. Aunque nieve, la gente no deja de comer pan, ¿no?

Shirine señaló al joven con la mano enguantada y preguntó:

–¿Cuánto es?

–Setenta y cinco.

–¿Tomanes? –preguntó Arezu.

–¡Pues claro! ¿Qué si no? ¿Riales?

Shirine dejó un billete de cien en el mostrador. El joven le dio las vueltas junto con el pan, y le dijo a Arezu bromeando:

–Parece que llevas años sin comprar pan.

–¡Dios mío! –contestó esta.

–Y encima está subvencionado –añadió Shirine–, ¿verdad?

–¿Qué? –preguntó el joven, intrigado.

–¡Nada! –contestó Shirine–. Decía que la gomina se ha puesto cara, ¿eh?

El joven se pasó una mano por el pelo riendo. Mientras andaban, Shirine le dio un trozo de pan a Arezu.

–Eres como una pila a la que se le pide que funcione todo el tiempo sin recargarla. Tienes que pensar un poco en ti.

–¿Y eso cómo se hace?

–Pues encontrando el cargador.

Arezu se detuvo. Mordió un trozo de pan, lo masticó y lo tragó.

–¿Te refieres a Sohrab?... ¿Sohrab Zaryu?

–¡Oh! Poco importa que sea Sohrab u otro –dijo Shirine, deteniéndose a su vez–, Zaryu, Sohrab Zaryu o quien sea, mientras te ayude en lugar de exprimerte. No te hablo de ayuda económica, porque no la necesitas, sino de ayuda moral. Qué sé yo, ayuda, alguien con quien puedas contar, algo que te llene, ¿entiendes?

–Pero ¿y tú? ¡Todo eso ya me lo das tú!

Arezu dio un paso, pero Shirine no se movió del sitio.

–No lo entiendes. Yo solo sé escucharte, consolarte con palabras. Tú necesitas mucho más que eso. ¿Es que no te das cuenta?

Arezu tomó otro trozo de barbari.

–¿Y si, en realidad, no fuera más que un miserable?

Shirine revolvió la nieve con la punta del pie.

–Mientras sea bueno contigo y te ayude, eso que has ganado, y si no, pues nada, qué se le va a hacer, le dices adiós y listo. No he dicho que tuvieras que casarte con él.

Arezu observó a un gorrión que la espiaba desde lo alto de un montículo de nieve. Hizo una bolita de pan y se la lanzó.

–¿Y Ayeh?

Shirine se echó a reír.

–Como dice Ayeh, ¡estás de la olla! Me ha dicho mil veces: «¡Si tuviera a alguien en quien pensar, me dejaría un poco en paz!».

–¡Qué insolente! –exclamó Arezu, ofendida.

Ahora el gorrión observaba a Shirine.

–Ayeh tiene razón.

Lanzó un pedazo de pan al pájaro.

–Cuando estés menos nerviosa, la tomarás menos con ella.

Arezu dijo casi gritando:

–¡Lo que me faltaba por oír!

Se abrió la puerta de una casa y salieron dos niñas. Shirine se precipitó hacia ellas y las saludó.

–¡Buenos días! –contestaron las niñas a coro.

Shirine se acercó.

–¿Os importa que os haga una pregunta?

Las dos niñas vacilaron. Arezu miró la avenida con sus árboles, el arroyo y la acera. «Esta chica está loca», murmuró para sí. Luego miró a las niñas, que contestaron riendo:

–Claro que no.

Shirine les dio la mitad del pan, se despidió de ellas y volvió con Arezu.

–¡Era la segunda tontería del día para hacerte reír!

Miró a Arezu, que llevaba el chal atado al cuello de cualquier manera.

–Esas chicas me han asegurado que por parte de Ayeh no habrá ningún problema. En cuanto a tu madre, vamos a decirle que el bisabuelo de Zaryu era el cerrajero personal de Nasereddin Sha. Seguro que organiza toda una serie de festejos en su honor.

–¡Por tu bisabuelo te lo pido, ni una palabra de esto a Mah-Monir por ahora!

Arezu suspiró, pateando la nieve. Alzó la cabeza para contemplar los árboles. Shirine desmigó el resto del pan y lo esparció por el suelo antes de alcanzar a su amiga. Se marcharon cogidas del brazo.

Desde todas las ramas de los alrededores, una veintena de gorriones se precipitó sobre las migas de pan, arrastrando consigo un montón de nieve que cayó en el arroyo.

Frente al espejo de su tocador, Arezu se aplicaba rímel en los ojos. Ayeh estaba acurrucada en su cama, entre una docena de cojines multicolores. Se entretenía lanzando al aire uno de los cojines para luego atraparlo.

–¡Eres la mejor describiendo las cosas! Cuéntame exactamente lo que os habéis dicho. ¡Venga! Dímelo.

–Qué pesada eres con tantas preguntas. Fue la clase de conversación que tienen los hombres y las mujeres de mi edad: «¿Estás casada? ¡Sí! ¿Tienes hijos? Sí...».

El cepillito entraba y salía del tubo de rímel.

–¿Y él también está casado?

Ayeh lanzó un cojín al aire y lo atrapó.

–¡No!

Arezu se acercó al espejo para quitarse una manchita de rímel que le había quedado debajo del párpado.

–¿Y tiene hijos?

Volvió a lanzar el cojín.

–¡No!

–¡Fantástico!

–¿Cómo que fantástico?

–¡Sin críos, eso mola!

Arezu le lanzó una mirada asesina desde el espejo.

–¡Ayu janom, no seas anticuada!

–¡Y tú no seas tonta!

–¿Adónde te ha invitado esta noche?

Lanzó un cojín al aire.

–Al Mamalek, espero.

Atrapó el cojín.

–El tío Hesam dice que está en una terraza en la décima planta de un edificio.

Lanzó por los aires otro cojín.

–En una de las paredes hay una gran pantalla, como en el cine. Y ahí proyectan películas sin parar, aunque sin sonido, la verdad.

Aplastó el cojín con las manos.

–En realidad, el verano pasado el restaurante estaba en la terraza. Pero ahora no sé si dentro ponen también películas.

–¡Seguro que sí, para que los clientes no vean lo que tienen en el plato!

Arezu cogió el frasco de perfume.

–Eso es verdad, el tío Hesam dijo que la cocina era poco menos que catastrófica, y la cena te sale por no sé cuántos miles de tomanes...

El cojín levantó el vuelo.

–Pero, a cambio, no dejan entrar a los paletos, es un sitio superelegante y...

Sonó el teléfono. Ayeh dejó caer el cojín, alargó la mano por encima de la mesita de noche y cogió el auricular. Con voz impostada, arrastrando las vocales con aire esnob, dijo:

–¡Síiiii! ¡Queríiiiida! Síiii, ha llamaado a caaasa de la señoora Saarem.

El cojín cayó al suelo.

–Abuela, ¿es usted? ¡Hola! –dijo, riendo a carcajadas–. Estaba imitando a quien ya sabe. ¿A que era ella clavadita? ¿A que tengo razón? Júreme que sí. Va todo muy bien –dijo, dejando de reír–. ¿Y usted? ¿Arezu?

Arezu se llevó un dedo a los labios. Agitando las manos, le indicó con un gesto que se callara, que no dijera que... Ayeh se apartó el teléfono y le preguntó en voz baja:

–¿Por qué? ¿Has robado? ¿Has matado a alguien?

Se volvió hacia la pared para proseguir la conversación.

–El señor Zaryu ha invitado a cenar a Ayu janom.

Arezu se llevó las manos a la cabeza, cerró los ojos y masculló:

–¡Maldita Ayeh! Ahora mamá ya no me va a dejar en paz.

Se disponía a coger el teléfono, preguntándose qué podía decirle a Mah-Monir, cuando Ayeh añadió:

–Justo acaba de salir. No se ha llevado el móvil. Y aunque se lo hubiera llevado, mejor no la llamamos, ¿eh? ¡Ahí va, me he dejado la leche en el fuego, se va a salir! Adiós, abuela, ya la volveré a llamar.

Toda sonrisas, Ayeh colgó y se volvió hacia su madre, que estaba de pie al otro lado de la cama, con las manos en jarras:

–¡Eres una mocosa que no sabe guardar un secreto!

Ayeh saltó hacia el lado opuesto y se puso en jarras como su madre.

–¡Pues he hecho bien!

Se encogió de hombros.

–¿Cuándo vas a entender de una vez por todas que no le debes nada a tu madre? Te pasas el día enfrentándote al mundo entero, y cuando se trata de tu madre... –inclinó la cabeza hacia la izquierda y la imitó–: ¡Ojalá no llegue a enterarse Monir yan, se pondría muy triste! –luego inclinó la cabeza hacia la derecha–. ¡Por ahora, ni una palabra a Monir yan, sobre todo no hay que contrariarla!

Arezu se sentó en el taburete frente al tocador.

–La cuestión no es contrariarla o no. Como bien has dicho, es una pesada.

Ayeh se apartó de la cara el largo mechón y dijo con voz estridente, agitando el dedo índice:

–¡Ayuuuuu yuuuun! Para el carro.

Acto seguido recobró la seriedad.

–Reconoce más bien que tienes miedo. Sí, tienes miedo de la abuela.

Se inclinó para recoger el cojín, lo abrazó, miró fijamente a su madre y le guiñó un ojo.  
—¿No irás a ponerte otra vez ese pintalabios color baba de muerto?

Arrojó el cojín a la cama y salió de la habitación. Arezu observó el cojín caído junto al resto de almohadones amontonados sobre la cama. Se volvió y se miró en el espejo. ¿Era simple consideración por su madre, o más bien el hecho de que, a los cuarenta y un años, todavía le costaba decirle que salía a cenar con un hombre? Ayeh estaba en lo cierto, no tenía ánimos para soportar las preguntas de su madre. Mah-Monir era del todo capaz de anunciar a los cuatro vientos algo que aún no había ocurrido.

Acarició el marco de la fotografía de sus padres que estaba sobre el tocador: «¿Cuál es la realidad? Me gusta estar con este hombre, hablar con él. Pero... sin duda Ayeh tiene razón. Quizá sea verdad que tengo miedo. Todavía temo a mi madre». Acarició con el dedo el cristal de la foto. «¿Por qué?» Le quitó el polvo, y la risa de sus padres se hizo más radiante. Era una fotografía muy antigua. Había sido tomada durante un paseo por Chalus con la familia y los amigos. Hesam acababa de comprarse una cámara y no dejaba de retratar a todo el mundo. «A los monos no les hago fotos», le había dicho a Arezu. Ella se había alejado de un salto. Por más que su padre le había suplicado que volviera, asegurándole que solo era una broma de Hesam, ella se había encogido de hombros y se había acurrucado detrás de una roca a la orilla del río. «Déjala», había dicho su madre, «otra vez se está haciendo la interesante». Arezu lloraba escondida tras la roca, mientras sus padres posaban para la foto.

Se observó el dedo cubierto de polvo. Volvió a concentrarse en la fotografía: «Si en lugar de decir “déjala”, simplemente hubiera dicho “ven”, habría ido con ellos y habría salido en la foto». Mah-Monir llevaba una larga falda moteada. Su marido le rodeaba el cuello con el brazo, y reían los dos, con el río al fondo. Miró los pintalabios y eligió uno, el naranja, de un tono que no era ni oscuro ni claro.

Se inclinó sobre el jarrón de flores que adornaba el centro de la mesa e inspiró el perfume de los narcisos.

—¿Por qué no te has casado?

Sohrab hizo una mueca.

—No se ha presentado la ocasión.

Arezu se puso a jugar con el salero.

—Primero pensé que tenía cosas más importantes que hacer, después que tenía que casarme con una mujer con la que pudiera hablar de temas trascendentes. Me ha llevado tiempo comprender que no hay temas más trascendentes que el color de las paredes, la compra del mobiliario, dónde colgar los cuadros, la elección del menú para el almuerzo o la cena... Y poder reírse juntos de todo eso.

Una mujer con gruesos carrillos y los ojos color miel les sirvió sendos platos de bizcocho de nueces y sendas tazas de café; primero a Arezu, y después a Sohrab. Arezu le sonrió.

—¿Este bizcocho lo ha hecho usted, señora Sarmadi?

—¡Claro! —contestó la mujer riendo—. Pero las nueces las ha machacado Saman —

añadió, señalando a un muchacho de pie a su lado que sostenía una bandeja en la mano.

Este sonrió, descubriendo una hilera de dientes atrapada en un aparato dental.

–¿Dónde está Sara? –quiso saber Sohrab.

Con un gesto de cabeza, la señora Sarmadi le indicó a Saman una de las mesas.

–Ve a decirle a Sanaz que prepare la cuenta de la cuatro.

Se volvió hacia Sohrab y se acarició el immaculado delantal blanco.

–Sara está de exámenes. Le he dicho que se quede arriba repasando.

Y, dirigiéndose a una de las mesas, añadió:

–Enseguida estoy con ustedes. Discúlpeme –dijo sonriendo a Sohrab y a Arezu.

Se dirigió a la mesa junto a la ventana. Arezu siguió con la mirada a la madre y al hijo, y luego se acercó a Sohrab para preguntarle en voz muy baja, entornando los párpados:

–¿Cuántos hijos me has dicho que tiene?

Zaryu se le acercó a su vez y le contestó de igual modo, en voz muy baja y entornando los párpados:

–Tres: dos chicas y un chico. ¿Te pongo azúcar en el café?

Sus rostros estaban prácticamente pegados al ramo de narcisos. Arezu se echó hacia atrás riendo y negó con la cabeza para indicarle que no tomaba azúcar. Miró a su alrededor. Si se quitaban las mesas del centro y se sustituían por un par de butacas y un velador, el restaurante volvía a convertirse en lo que era en realidad: el salón de un piso de cuatro habitaciones, de las cuales tres eran dormitorios, en una casa de una sola planta del barrio de *Zafaraniéh*.

Cuando llegaron a la mesa la sopa *tarjineh* de *Boruyerd*, la ensalada de alubias y el pollo *bajtyari*, Sohrab le contó cómo, tras fallecer el señor Sarmadi, su esposa y sus hijos se habían encontrado con que la casa estaba hipotecada por todas las deudas contraídas durante la larga enfermedad del padre. La familia les empujaba a venderla para saldarlas, pero la señora Sarmadi contestaba: «Si vendo la casa, ¿dónde viviré y de qué?». Sus hermanos y hermanas le replicaban: «Pero ¿y nosotros? ¿Acaso no estamos aquí para ayudarte?». Sus cuñados y sus cuñadas murmuraban: «Confía en Dios». Una noche en que la señora Sarmadi, que estaba muy justa de dinero, preparó *taskebab* sin carne con las patatas que uno de los tíos había traído de Damavand, Sanaz, su hija mayor, que estudiaba todo el día para aprobar el examen de ingreso a la universidad, miró la fuente que, pese al hambre que tenían todos, aún no estaba vacía. Con su libro de matemáticas en el regazo, recordó lo que le decía a su madre cuando era niña: «¡Tú no cocinas, mamá, tú haces magia!». Y, de pronto, se levantó de un salto, lanzando despedido el libro de matemáticas bajo la mesa. «¡Al diablo el examen de ingreso! Vamos a transformar el salón en un restaurante.»

Lo que Sohrab no le contó fue que para cenar en ese restaurante familiar había que reservar con meses de antelación. Y lo que también omitió fue la razón por la que él podía saltarse esa formalidad. En lugar de eso, le habló largo rato en clave de humor de la cocina de su madre, tan mala que cada vez que servía un plato tenía que disculparse mil veces ante todos.

–¿Y tus padres...? –quiso saber Arezu.

Sohrab cogió el jarroncito de flores y respiró el perfume de los narcisos.  
–Mis padres eran del mismo mundo que tu padre.  
Devolvió el jarrón al centro de la mesa.  
–¿No te ha gustado el bizcocho de nueces?  
Arezu reparó en la puertecita que comunicaba con la cocina. Era una puerta de madera con un picaporte negro de hierro forjado. «Qué picaporte más bonito», pensó.  
Miró el bizcocho.  
–¡Claro que sí! Está delicioso. ¡Pero es que he comido tanto...! –dijo riendo–. Tenemos que volver otra noche con Shirine. Y veremos si, ante una carta así, todavía se atreve a hacer dieta.  
–Por supuesto que vendremos una noche con Shirine, pero...  
–Pero ¿qué?  
–¿De verdad no quieres ver dónde trabajo?  
Sin esperar la respuesta, añadió:  
–Un día de estos ven a verme a mediodía, te llevaré a almorzar a un lugar que ni te imaginas.  
«Hay tantas cosas que nunca me habría imaginado», pensó Arezu, y añadió en voz alta:  
–Pareces haber olvidado que soy una mujer de negocios. ¿Y la agencia?  
–La dejas en manos de Shirine.  
Calló un momento.  
–¡Bueno! Vamos, que se hace tarde. Eres madre, tu hija te espera.  
–¿Y la cuenta?  
Feliz, Sohrab cogió el bolso de Arezu que estaba sobre una silla y se lo tendió.  
–¡Aquí nunca pago!  
La señora Sarmadi los acompañó hasta la puerta y le estrechó la mano a Arezu.  
–Gracias por su visita. Espero que pronto vuelva a hacernos el honor. Los niños le dan las gracias –le dijo en voz baja a Sohrab.  
Subieron al coche.  
–¿Por qué te dan las gracias? –quiso saber Arezu.  
Sohrab giró la llave de contacto, inclinó la cabeza hacia Arezu y la miró fijamente a los ojos.  
–¡Por haberles traído a una mujer hermosa y encantadora!  
Se echó a reír. En lugar de pensar: «¡Qué idiota!», Arezu se dijo: «¡Qué bien me siento!», y cuando ya se despedía de él, exclamó:  
–¡He comido demasiado, me he reído demasiado y he hablado demasiado!  
–Nos lo hemos pasado demasiado bien –corroboró Sohrab.

Mah-Monir exclamó desde el salón:

–Sobre todo, el té no me lo pongas en vaso grande, ¿eh?

Con la tetera en una mano y el colador en la otra, Arezu adoptó un aire ofendido: su madre le repetía sin cesar las mismas cosas. Recordó la frase típica de Ayeh: «Ayu janom, ¡no me repitas mil veces lo mismo!».

Dejó la tetera y entró en el salón llevando una bandeja con un vasito pequeño de cristal y dos tazas grandes. En un rincón del salón, acurrucada en su butaca, Ayeh toqueteaba las ramas de una palmera.

–Resumiendo, que Maryane está feliz, en el séptimo cielo.

Mah-Monir se agachó para llegar hasta el tobillo y alisarse la media de nailon, que no tenía el más mínimo pliegue.

–¿Dónde se han conocido?

Arezu le ofreció la bandeja a su madre y riñó a su hija:

–Deja esas hojas en paz.

Ayeh quitó enseguida la mano y luego contestó a su abuela:

–En Internet.

–¿Estás de broma? –preguntó Mah-Monir, cogiendo el vasito de té.

Arezu se echó a reír.

–¡En absoluto! ¡Se han conocido en un chat, se lo juro!

Sin soltar el vasito de té, Mah-Monir preguntó:

–En un ¿qué?

–Me estoy cansando –advirtió Arezu–, quieres azúcar ¿sí o no?

Como si ahuyentara una mosca, Mah-Monir sacudió la mano que tenía libre para darle a entender que no quería azúcar, que podía retirarse. Arezu cogió su taza y se sentó en una butaca.

–Nosotros nos casamos nada más conocernos. Ya hemos visto el resultado. Pero ahora, si uno se conoce por ordenador...

Ni Ayeh ni Mah-Monir la escuchaban. La nieta le explicaba a la abuela, que era toda oídos, lo que era un chat –un foro de discusión– y cómo se conocía a alguien por Internet.

–¡Qué interesante! –exclamó la abuela. Y, volviéndose hacia Arezu, añadió–: ¿Dónde está el problema? Hay que vivir la época que te toca vivir.

Soltó una de esas risitas que Arezu odiaba desde que era muy pequeña y que hacían decir a Ayeh: «La abuela se ha puesto en plan seductor otra vez». Un día Arezu le preguntó: «¿A ti esa risa no te saca de quicio?». «No, ¿por qué?», le contestó Ayeh,

extrañada.

Sonó el teléfono. Ayeħ respondió, impostando la voz y hablando despacio:

–Síiii, querida amiiiiiga, síiii, ha llamado a la residencia de la señora Sareeeem.

Arezu le espetó, malhumorada:

–Haz el favor de hablar como todo el mundo.

–¡Marmar yan, espera un momento! –dijo Ayeħ, y volviéndose hacia su madre, añadió:

–¿Qué pasa? ¿Es que en esta casa no se puede hacer ni una broma?

Con el teléfono en la mano, se dirigió a la escalera que llevaba a la planta baja.

–¿Cómo está la novia?

La voz se alejó.

–¿Antes de Nauruz?

Y se alejó aún más.

–Entonces tienes muy poco tiempo.

Se oyó cerrarse la puerta del dormitorio en la planta baja. Mah-Monir se enfadó:

–Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué ha dicho la niña para que la regañes así? Imita a la presentadora de «Canciones dedicadas». Yo la encuentro muy divertida y...

–¡Monir yan! ¡Por favor te lo pido!

Arezu se levantó para enderezar el marco de la fotografía colgada de la pared.

Mah-Monir estaba furiosa.

–¡Haz el favor de no decirme «por favor te lo pido»! ¿Qué tiene de malo ese programa? ¿Acaso los occidentales son de verdad mejores que nosotros? O es que...

En la foto, Ayeħ salía riéndose. La había tomado su padre. La mirada de Arezu se posó a continuación en las cortinas del salón, unas cortinas blancas con un ribete bordado por Nosrat. Calló, hasta que Mah-Monir terminó también por callarse, se echó unos frutos secos en un cuenco y repitió:

–¿Qué novedades hay?

«Empieza el interrogatorio», se dijo Arezu. Y, en voz alta, contestó:

–Todo va bien. Ayer liquidé una orden de pago de Hayyi.

«Cuando haya devuelto todos los préstamos de papá», pensó, «podré enviar a Ayeħ a Francia con toda tranquilidad».

Mah-Monir tosió.

–La cena esa con el señor..., ¿cómo se llamaba?, ¿estuvo bien?

Arezu se quitó las babuchas para acurrucarse en el sofá. «¡Sí, ya, como que se va a haber olvidado de su nombre!» En voz alta contestó:

–Muy bien. Cenamos en un restaurante regentado por una madre y sus hijos, y...

–¿A qué dijiste que se dedicaba?

–Importa cerraduras.

Mah-Monir cruzó las piernas, se llevó la mano a la cadena de oro y, jugueteando con ella, miró las fotografías y los cuadros que rodeaban una foto de Ayeħ.

–Esa pared está muy llena. Yo que tú quitaría todo eso y dejaría solo la foto de Ayeħ. Un piso tan pequeño como este resulta mareante.

Luego observó fijamente la alfombra.

–Entonces, si queremos presentarlo...

Cogió unos frutos secos.

–Se dedica al comercio, ¿verdad? ¿Profesión liberal? O bien...

Se tomaba los frutos secos con cuidado de no borrar un carmín imaginario. Arezu se quedó estupefacta.

–¿A quién hablas de presentar y a quiénes?

–Maryam ha conocido a un radiólogo... Dicen que es pariente de los Rahiolmamalek. Dices que ese tal... ese tal Sohrab..., ¿cómo se llamaba que no me acuerdo? De todas maneras, no conozco a nadie en el bazar.

Arezu se preguntaba qué responder a eso y cómo evitar una discusión. Dijera lo que dijera, y en el tono que fuera, Mah-Monir pondría el grito en el cielo. Arezu se enfadaría, Mah-Monir se echaría a llorar, y a Arezu le remordería la conciencia. La salvó el ruido de los pasos de Ayeh, que subía los escalones de cuatro en cuatro muerta de risa.

–Maryane y su madre están que les va a dar algo, agobiadísimas porque tienen que elegir un sitio para la boda, el número de invitados, el menú, el fotógrafo y el peluquero, por no hablar del ajuar.

Volvió a sentarse donde estaba antes y estiró las piernas sobre el reposabrazos del sillón.

–Pues no tiene ni pizca de gracia –se irritó Mah-Monir–. Organizar una boda no es ninguna broma.

Peló un pistacho.

–¿Has dicho «antes de Nauruz»? ¡Pobre madre de Maryane! Le queda poquísimo tiempo.

Arrojó las cáscaras en un plato.

–Estaremos invitadas, ¿no? –le preguntó a Ayeh, ofreciéndole el pistacho.

–¡Claro que sí! Mi amiga la adora, abuela.

Y, arrellanándose en el sillón, se puso a acariciarse el pelo.

–Maryane no es mala chica. ¡Solo hay unas cuantas cosas en las que no estamos de acuerdo!

Mah-Monir sacó de un bolsito de charol un pequeño espejo.

–¿Cómo qué, por ejemplo?

Se miró, parpadeando varias veces.

–Tengo algo en el ojo.

Ayeh agitó las piernas por encima del reposabrazos. Levantó los ojos al techo, con aire inspirado, y dijo:

–Pues muchas cosas. Por ejemplo, a mí me vuelve loca viajar: me encanta ver gente y lugares nuevos. Pero Maryane, en cambio, solo piensa en tener marido, joyas, ropa y esa clase de cosas.

–Pues hija –intervino Arezu–, tú eres un modelo de coquetería, si quieres que te diga la verdad.

–¿Yo? –se sobresaltó Ayeh, abriendo unos ojos como platos.

–¡No, yo!

Mah-Monir guardó el espejito en el bolso, lanzó una mirada reprobadora a Arezu y se volvió hacia Ayeh, que parecía ofendida.

–No hagas caso de lo que te dicen Arezu y Shirine. Salir, recibir invitados y comprar joyas no es ningún crimen.

Ayeh se encogió de hombros mirando a Arezu:

–La tía Shirine y tú os creéis que vuestra forma de pensar es la más racional, el colmo de la sabiduría, y que todos los demás somos idiotas. ¿Qué tiene de malo que a Maryane y a su madre les encanten todas esas cosas? ¡No han cometido ningún crimen! Pongamos que a algunas personas les gusta ganar dinero, ¿qué nos importa eso a nosotras? ¿Qué le importa eso a nadie?

Mientras se desahogaba, Mah-Monir asentía en señal de aprobación. Cuando Ayeh terminó de hablar, y Mah-Monir de asentir, Arezu replicó:

–Hace algún tiempo vino una pareja a la agencia para vender su piso de ochenta metros cuadrados y alquilar uno de cuarenta. ¿Sabéis por qué?

Miró fijamente a Ayeh, que hacía girar sobre su muñeca una pulsera de cuero.

–Habían pedido la mano de su hija. La muchacha insistía en tener un ajuar fastuoso, pues el novio prometía una boda por todo lo alto. Y como los padres no tenían dinero...

Mah-Monir la interrumpió:

–¡Bah! ¡Ya estás otra vez con lo mismo! ¿Qué nos importa a nosotras lo que haga la gente?

Sacó una caja amarilla del bolso, la abrió y se puso dos gotas de crema en las manos.

–Si queréis saber mi opinión, una boda hay que prepararla bien. Cuanto más suntuosa, mejor. Primero porque lo que está en juego es el honor de la familia. Y segundo, porque cuanto más gasta el marido para su esposa, más la considera.

Se extendió minuciosamente la crema en las manos.

Arezu observó las manos de su madre. Había dado orden a Amini y a Mohsen de no buscar clientes para el piso de ochenta metros cuadrados. Su madre tenía los dedos finos y largos. No necesitaba alargarse las uñas artificialmente. Les había explicado a sus colaboradores por qué no quería ser cómplice de esa venta. Ellos se la habían quedado mirando, estupefactos. Se examinó sus propias manos. Sus dedos no eran largos, y tenía las uñas cortas. En el restaurante de la señora Sarmadi, cuando le contó la historia del piso a Sohrab, este miró sus manos asintiendo con la cabeza. «¡Qué manos más bonitas!», le dijo. Arezu se molestó, recelosa: «¿Te estás burlando de mí?». Temblando, Sohrab contestó: «¿Yo, burlarme? Nunca haría algo así. Tus manos no son delicadas. No me gustan las manos delicadas». «Cuando era niña», prosiguió Arezu, «mi madre me repetía sin cesar: “Tienes manos de criada”». Y Sohrab añadió a su vez: «Pues a mí mi padre no dejó de repetirme hasta que cumplí los treinta: “¿Cuándo vas a madurar de una vez?”. Cuando cumplí los treinta, se limitó a decirme: “¡Francamente, no vas a madurar nunca!”». Miró una vez más las manos de Arezu, asintiendo con la cabeza. «Terminarán por vender ese piso, seguirán adelante con los planes de boda y comprarán el ajuar; ni tú ni yo podemos hacer nada al respecto.»

Arezu observó las manos de su madre: «Si no acabara de encender un cigarrillo,

seguramente me habría cogido la mano».

–Para las manchas oscuras –dijo Mah-Monir–, el médico me ha mandado esta crema, me la tengo que aplicar tres veces al día. Si la quieres, no tienes más que decírmelo y te pasaré una caja.

–¿Quieres té? –propuso Arezu, levantándose.

Mah-Monir dijo que no, pero luego se lo pensó mejor:

–Sí, pero ligero. Si quieres, dímelo, y cojo también para ti.

Hasta donde podía recordar, siempre había visto a su madre comportarse así, hablarle como si tuvieran la misma edad, hasta el punto de ocultarle su menopausia... Cuando Ayeh llegó a la pubertad, Mah-Monir le compró compresas de marca. Repetía a Arezu una y otra vez: «¡Esas cosas ya no son para nosotras!».

La voz de su madre le llegaba desde el salón. Hablaba bajo para que no se la oyera.

–¿Y tú, tú no lo has visto? Tengo que preguntarle a Shirine. He invitado al novio de Maryam para la cena de Nauruz. También voy a invitar a Zaryu. Si se piensa la madre de Maryam que solo su hija...

Con el colador en la mano, Arezu cerró los ojos, volvió a abrirlos y dio un fuerte golpe con el utensilio en la encimera. Las hojas de té húmedas se esparcieron por el suelo de la cocina.

Hacía frío en la calle, pero en el centro comercial el aire era tan caliente que Arezu tuvo que desabrocharse el cuello del abrigo. Se abanicó con un pico del velo.

–Me estoy asfixiando.

–¿No te he dicho que no te pusieras ese abrigo? –le reprochó Ayeh.

–¡Qué tiendas más bonitas! –se extasió Mah-Monir, lanzando una mirada en derredor–. Hacía tiempo que no venía.

–Date prisa en comprar ese maldito mono de esquí –se impacientó Arezu–, y volvamos a casa. Me estoy asando.

–Si piensas estar todo el rato de mal humor –dijo Ayeh–, mejor volvemos ahora mismo. Yo quiero verlo todo. Y también necesito unas zapatillas de deporte.

Mah-Monir la arrastró hacia las joyerías.

–Ven, yo siempre empiezo por aquí.

Le señaló una pulsera en un escaparate.

–Se parece a la mía de Cartier.

–¿Una pulsera Cartier de verdad?

–¿La mía? Claro. Fue un regalo de tu abuelo por mi cumpleaños. Esta seguramente será de fabricación local. ¡Pero bueno, los joyeros iraníes también saben hacer prodigios! Realizan unas copias que...

Pasó a la tienda siguiente.

–¡Qué gafas más bonitas!

Ayeh examinó las marcas de gafas para mujer:

–Dolce & Gabbana, Versace, Chanel. ¡Y mire esas de ahí, Armani! ¡Son lo más!

Arezu miró las gafas para hombre, pensando: «Nunca le he visto con gafas de sol». Recordó las arrugas que tenía Sohrab debajo de los ojos mientras se pasaba la mano por los suyos. Luego observó el perfil de su madre. Cuando su padre hablaba de la piel de Mah-Monir, solía decir: «¡Tersa como un grano de uva!». Y Sohrab, en cambio, decía: «Una mujer sin patas de gallo es como un vino del año, ¡imbebible!». Arezu se lo contó a Shirine, que se rio mucho. «¡Mira qué listo!» A Arezu, sin embargo, no le hizo gracia.

Ayeh la llamó:

–¡Ayu janom! ¿En qué estás pensando? Ven. Maryane me ha dicho que había unos monos de esquí preciosos en la última tienda. También lo he leído en varios blogs.

–¿Dónde has dicho que lo has leído?

–Nada. Olvídalo. Mira, aquí es.

La tienda de deportes estaba abarrotada. Arezu miró a su alrededor.

–¿Quién dice que la gente no tiene dinero? ¡Mira qué multitud hay aquí!

–Pero no todo el mundo compra –objetó Ayeh, acercándose a la caja–. La mayoría de la gente viene solo a mirar.

Mah-Monir fue a palpar un chándal negro.

–¡Qué género más bonito!

Lo cogió para probárselo.

–Si lo tienen en rojo vivo, me lo llevo.

Fue a preguntar. Arezu miró el precio en la etiqueta y rogó al cielo que no tuvieran ese color. Se abrió paso entre la muchedumbre para llegar hasta Ayeh, que se impacientaba junto a un dependiente. Una joven de gruesos labios le estaba preguntando:

–¿Tienen trajes de baño?

Lucía varios vendajes en la nariz por una operación de cirugía estética. Mah-Monir le dio un codazo a Arezu y, señalándole con la mirada los labios de la mujer, susurró:

–¡Colágeno!

Por su parte, Arezu también le dio un ligero codazo a Ayeh señalándole a la joven:

–¿Un traje de baño en pleno invierno?

Ayeh murmuró con aire malhumorado:

–No grites, mamá. ¿Es que nunca has oído hablar de las piscinas cubiertas?

Luego le enseñó unas zapatillas de deporte con cordones plateados.

–Estas son las que te comenté.

Cuando se enteró del precio, Arezu se sobresaltó.

–¿Qué? ¡Ni se te ocurra insistirme! ¡Vamos!

–La gente compra trajes de baño para las piscinas cubiertas –masculló Ayeh–, y yo, como una pordiosera que soy, para poder jugar al baloncesto en un gimnasio cutre de una facultad igual de cutre, ¿se supone que tengo que ponerme unas zapatillas de plástico más cutres todavía?

Con un nudo en la garganta, añadió:

–¡Bueno! ¡Pues entonces no quiero nada!

Se precipitó hacia la salida. Mah-Monir arrojó el chándal sobre el mostrador y exclamó:

–¡Tú y tu maldita tacañería! Al final vas a terminar llevando a tu pobre hija al suicidio. Ni tu padre ni yo hemos sido nunca tacaños. ¡Dios del cielo! ¿De quién lo habrás heredado?

Y, buscando a Ayeh, le dijo:

–Espera, cariño. Yo te las compro.

La mujer de la nariz operada y el vendedor miraban fijamente a Arezu. Los labios de la joven, entreabiertos por una sonrisa y brillantes de carmín marrón realzado por una raya de un tono más oscuro, eran dos veces más gruesos que los del joven dependiente. Arezu le plantó cara y le dijo:

–Fíjate si seré tacaña: el día que vayas a que te quiten los vendajes de la nariz, dile al médico que te reduzca los labios a la mitad en lugar de inflártelos con más colágeno. Así ahorrarás en pintalabios.

Apenas había dado dos pasos fuera de la tienda cuando recordó lo que solía decir Nosrat: «¡Que se vuelva contra ti! Esa pobre mujer no se merece eso». Ayeh y Mah-

Monir estaban admirando el escaparate de una tienda de decoración donde se veían expuestos jarrones de porcelana y de cristal, bandejas de plata o chapadas en oro, flores artificiales... Entre todo ello se erguía la estatua de un joven efebo negro que llevaba una lámpara al hombro y tenía la mirada perdida en la lejanía. Lucía un pendiente en una oreja, y un cinturón naranja le ceñía la cintura. Mah-Monir le estaba sonando la nariz a Ayeh con un pañuelo de papel. Arezu suspiró, dirigiéndose a ellas. Antes de que le diera tiempo a abrir la boca, Mah-Monir se le adelantó:

–Es inútil añadir nada. No hay más que decir. Estamos las tres muy nerviosas. Vamos a tomarnos un café –dijo señalando una cafetería situada en una esquina del centro comercial–, y luego hablaremos.

Cogió a Ayeh del brazo para dirigirse al café. Arezu miró al esclavo negro, murmurando: «Tienes que llevar esa horrible lámpara hasta el final de los tiempos. ¡Te compadezco!».

Las mesas y las sillas del café eran rojas y negras.

Ayeh se tiró nerviosa del jersey.

–¡Mira cómo me haces sudar! No soy más que una esclava a tus órdenes. ¡Ven! ¡Ve! ¡Haz esto! ¡No hagas eso! ¡No pongas esto! ¡No compres eso! ¿Crees que sigo siendo una niña pequeña? A ver si miras un poco cómo tratan los demás a sus hijas.

–Ponte bien el velo.

Con una mano bajo la barbilla, Arezu miraba a Ayeh.

–Las otras hijas tienen padres fuertes y presentes que cuidan de ellas, y tú no.

–Ya estás otra vez echándole la culpa a papá –contestó Ayeh furiosa–. Toda esta discusión por un traje de esquí y un mísero par de zapatillas –dijo Mah-Monir–. Si nos oyeran, podrían pensar, Dios no lo quiera, que somos unas pordioseras. He dicho que los compraba yo. Basta ya de discutir.

Se llevó la taza de café a los labios.

Rezongando, Ayeh se puso a toquetear las hojas de la planta que estaba junto a su mesa.

–¿Qué culpa tengo yo de que no tengamos dinero? Cuando te quedaste embarazada, deberías haber previsto esta clase de detalles. Fuiste tú quien me obligó a ir a la universidad. Yo nunca he querido estudiar. Yo quiero trabajar, ser independiente.

Mah-Monir dejó bruscamente la taza sobre la mesa.

–He dicho que los compro yo. ¡Ya basta!

Ante los ojos enrojecidos de su hija, Arezu se preguntó: «¿Quién tiene razón de las dos? Me sentí tan feliz cuando me quedé embarazada... Debería haber previsto las cosas. ¿De verdad debería haberlo hecho? ¿Y cómo? No podía saber que Hamid era tan necio y tan cabezota. ¿Qué entiende uno de la vida a los veintidós años? ¿Por qué insiste tanto Mah-Monir en pagar ella las dos cosas? ¿Con qué dinero? ¿Y Hamid, por qué todo terminó tan mal con él? ¿Por qué murió mi padre? ¿Por qué estoy tan cansada? Ojalá estuviera aquí Sohrab». ¿Fue por remordimientos o simplemente por ganas de mostrarse amable con Ayeh y con su madre, o las dos cosas a la vez? El caso es que pensó decirle a Ayeh enseguida que había decidido enviarla a Francia. Pero antes de que le diera

tiempo a abrir la boca, se oyó una voz fuerte y grave:

–¡Pónganse el velo! ¡Las mujeres por aquí! ¡Todos los hombres fuera!

Las manos se precipitaron sobre los velos, y las cabezas se volvieron hacia la salida.

–¡La brigada moral! –exclamó Ayeh.

–¿Me toma por tonta? ¿Qué demuestra que de verdad son marido y mujer?

Amini miraba fijamente a Arezu. Esta, con aire ofendido, no paraba de hablar.

–Supongamos que este tipo venga a firmar el contrato de venta, que el comprador adquiera el bien y se instale en la casa. Mañana o pasado mañana, una mujer, propietaria según ese documento de una tercera parte del bien, viene a decirle al comprador: «No podía usted constituirse como parte compradora». O bien viene a decirle al supuesto marido: «No tenías derecho a firmar en mi lugar el contrato de venta». ¿Y qué harás tú entonces?

Cerró la carpeta y se la devolvió a Amini diciendo:

–Quiero ver el poder oficial que le haya hecho la mujer a su marido. Ese poder debe incluir obligatoriamente los elementos siguientes: derecho de venta, derecho de compra y derecho de rescisión. Reclama también la fotocopia de los documentos de identidad de ambos cónyuges y llévalo todo a la notaría de Moradi. Asegúrate también de que tienen derecho de transacción.

Amini repitió varias veces: «¡Entendido!», y varias veces también se subió la cintura del pantalón. Luego salió del despacho con la carpeta bajo el brazo, al tiempo que Naim entraba con la bandeja del café.

Shirine extendió las piernas sobre el escritorio. Llevaba botines marrones y un pantalón color crema. Arezu apartó papeles y carpetas y puso ella también las piernas sobre la mesa. Llevaba zapatos negros de tacón y finas medias de nailon del mismo color. La pálida luz del sol iluminaba la pared entre los dos escritorios, centrándose en la fotografía del padre de Arezu.

–¡Hum! –exclamó Shirine, bebiéndose el café–. ¿Y qué pasó después?

En el jardín, dos palomas y varios gorriones picoteaban una maceta de mijo que Naim había dejado al borde del seto.

–¡Nada! Nos soltaron un sermón de media hora y luego nos dejaron marchar.

Se bebió el café.

–¡Ojalá hubieras visto la cara que pusieron mi madre y Ayeh! Se quedaron lívidas.

–¿Y al final le compraste el mono de esquí?

–¡Pues claro! Y también las zapatillas de deporte. Y mi madre se llevó un chándal rojo vivo. A propósito, ¿sabes tú lo que es un blog?

Shirine dio la vuelta a la taza sobre el platillo, explicándole lo que era: una página que se abría en Internet, a la que se le daba el nombre que uno quería, y en la que se escribía lo que uno quería y cuando uno quería. Cualquiera podía leerla y, si así lo deseaba, añadir un comentario.

Arezu se quedó mirando los gorriones. Habían echado a las palomas y devoraban el mijo a toda velocidad.

–¿Crees que Ayeh ha creado un blog?

Shirine se encogió de hombros:

–¡Te felicito por tus nuevos zapatos, son muy elegantes!

–No son nuevos, querida. Hace años que los tengo.

Se miró los zapatos y movió las piernas.

–Esta noche he quedado con Sohrab.

Una sonrisa nació en sus ojos y floreció en sus labios.

–¿En el restaurante de la señora Sarmadi?

Con la mano en la barbilla, Shirine observaba a Arezu.

–No lo sé. Me ha dicho que era una sorpresa.

Soltó una risita, bajó los pies de la mesa y cogió un bolígrafo para apuntar algo en la agenda. Con una sonrisa imperceptible en los labios, Shirine no apartaba los ojos de su amiga.

–¡Fantástico!

Arezu levantó la cabeza.

–¿Qué es lo que te parece tan fantástico?

–Pues que he acertado. ¡Sohrab ha resultado ser una buena aspirina!

Arezu contemplaba el velo de algodón blanco.

–¿Y tú?

–Yo ¿qué?

Dos grandes ojos marrones lanzaron una mirada muda a dos ojillos verdes. Shirine se volvió hacia el jardín, haciendo girar su silla.

–Por ahora sigo convaleciente. Después puede que yo también me busque una aspirina.

Arezu frunció el ceño.

–Para ya con eso de las aspirinas.

Y, en un tono más tranquilo, le propuso:

–Ven con nosotros esta noche.

Irguió un poco el busto y le lanzó una mirada suplicante.

Shirine parecía absorta en el espectáculo de los gorriones, que habían confiscado la maceta de mijo y obligaban a las palomas a beber del cuenco que había al lado.

–Tengo clase de yoga.

Arezu estuvo a punto de protestar, pero se contuvo a tiempo. Se reclinó en el respaldo de su silla.

–Mi madre y Ayeh no me dejan en paz –se puso a imitarlas–: «¿Cuándo vamos a ver por fin a ese Sohrab jan?». Yo no tengo ninguna gana de que lo conozcan. Pero tú, ven, te lo suplico...

–¿Por qué no quieres que lo conozcan?

Se desató el velo, se quitó la goma con la que se sujetaba el cabello y luego volvió a cubrirse la cabeza.

–No lo sé.

Mientras miraba el jardín, hizo desaparecer la punta del bolígrafo y luego volvió a sacarla.

–Creo que tengo miedo.

Volvió a meter la punta.

–Tengo miedo de que mi madre y Ayeh lo estropeen todo.

Un cuervo se posó en lo alto del muro.

–Es como un presentimiento...

Uno de los gorriones levantó el vuelo.

–No sé bien por qué, pero no quiero que lo conozcan.

Arrojó el bolígrafo sobre la mesa, mordiéndose el labio inferior. Alrededor de la maceta de mijo y del cuenco de agua ya no había ni gorriones ni palomas. El cuervo se había posado sobre la maceta.

Cerró la carpeta y se la entregó a Tahmineh.

–Ya está todo firmado. También te he apuntado las llamadas que debes hacer. Esta tarde tenemos dos asuntos de alquiler. El primero se lo he confiado a Amini. El segundo es de un diplomático, se encargará la señora Mosavat. Me parece que no hay nada más pendiente, ¿no?

Consultó el reloj. Tahmineh abrazó la carpeta contra su pecho. Con un gesto de cabeza, confirmó que no, y vaciló un instante antes de añadir:

–Discúlpeme, sé que tiene prisa, pero...

–Pero ¿qué? ¿Qué ocurre?

La muchacha se mordió el labio y bajó la cabeza.

–Mi madre y yo pensamos que... Parece que mi hermano otra vez...

Arezu apoyó la cabeza en las manos. Shirine consultó su reloj y luego miró a Arezu. Se levantó y se acercó a Tahmineh.

–No te preocupes. Desde el principio sabíamos que podía ocurrir. No es tan fácil desengancharse.

Con la mano en el hombro de la muchacha, la acompañó hasta la puerta del despacho.

–Se lo diremos al médico y al señor Zaryu. Ahora mismo les llamo.

Tras casi echarla del despacho, se dirigió a Arezu y le dijo:

–Tú vete ya. Yo llamo ahora mismo al médico.

–Lo llamas, y luego ¿qué? La última vez, gracias a la intervención de Sohrab, conseguimos que pudiera ingresar de forma gratuita. Aunque, bueno, no estoy del todo segura de que no hubiera que pagar nada... Lo mismo Sohrab abonó algo sin decírnoslo...

Shirine cogió el abrigo negro y se lo tendió.

–Póntelo.

–Debió de costar muy caro –dijo Arezu, poniéndose el abrigo–. Al menos quinientos mil tomanes, ¿no te parece? ¿O quizá más incluso?

Shirine le abrochaba el abrigo mientras Arezu hablaba.

–Pongamos que la primera vez no haya cobrado sus honorarios. Una vez, vale; pero otra... ¡Y Dios sabe cuántas veces más...!

Shirine le apretó el nudo del velo, le puso el bolso en bandolera y la empujó hacia la puerta.

–¡Bueno! ¡Está bien! Pero ahora vete. Ya encontraremos una solución. ¡Saluda de mi parte a Hatam Tai-Casanova<sup>24</sup>!

Sujetando la puerta, Arezu añadió:

–Para el diplomático, nada de descuentos. Si llaman de la notaría, diles que las superficies de los tres pisos de la torre Mas’udi son todas falsas. Le he dicho a Mohsen que haga una fotocopia de la escritura para el solar de la calle Razi...

–A-diós, ve-te ya –dijo Shirine, marcando bien las sílabas.

Apenas había cerrado la puerta cuando volvió a asomarse Arezu para añadir:

–Si llama Ayehe, dile que le he comprado vitamina C. Se la he dejado encima de la mesa. Está moqueando desde ayer...

Sohrab le aconsejó que tomara el autobús, sería más sencillo. Debía subirse en Tayrish y apearse en la plaza Tup-Janeh. Al principio de la avenida Sepah<sup>25</sup>, un poco más arriba de la entrada del Bagh-e melli<sup>26</sup>, vería el rótulo «Cerraduras Zaryu».

Arezu no le dijo a Sohrab que hacía mucho tiempo que no cogía el autobús. Tampoco le dijo nada a Shirine de esa escapada. Cuando llegó a Tayrish, preguntó aquí y allá dónde estaba el autobús que llevaba a Tup-Janeh. Pero cuando al fin lo encontró, estaba a punto de salir.

–¡Tup-Janeh! –gritó al conductor.

–Tu billete –le contestó este–. Date prisa y sube por la puerta de atrás.

–No tengo billete –contestó Arezu, subiendo por la de delante–. ¿Qué tengo que hacer?

–Señores –dijo el conductor a todos los ocupantes, alejándose de la parada–, ¿alguno de ustedes tiene un billete de sobra?

Llevándose la mano al bolsillo, algunos hombres negaron con la cabeza. Otros adoptaron una expresión dubitativa, y el resto permaneció impasible. Con la mano en la barra, Arezu le dijo al conductor:

–¿Qué podemos hacer?

Este, que tenía una gran barba, contestó riendo.

–¿No tienes dólares? Dame dólares. Los riales ya no valen nada.

Se echó a reír a carcajadas, y Arezu lo imitó instintivamente antes de decirle de pronto:

–Bueno, pues el dinero del billete se lo daré a los pobres.

El conductor volvió a echarse a reír y dijo:

–¡Ya era hora!

Se detuvo en la parada siguiente.

–Corre a la sección de mujeres antes de que me recriminen<sup>27</sup>.

Y soltó otra carcajada.

Arezu subió por la puerta trasera y se instaló junto a la ventanilla. Durante unos minutos miró fijamente al exterior, tratando de no prestar atención a las demás pasajeras. Estaba convencida de que todo el mundo había notado que hacía años que no tomaba el autobús, pensaba que la observaban. Esa mañana se había puesto a propósito un abrigo que no se ponía desde hacía años.

Pasaron por delante de Pol-e Rumi. Arezu lanzó una ojeada. De niña, cuando iba al colegio, tomaba el autobús justo ahí. Por aquel entonces, la parada se encontraba al lado de un solar en el que se elevaba ahora un edificio de diez plantas con la fachada de piedra amarilla rematada por una cúpula de cristal. Cuando iba en autobús al colegio, un

hombre anunciaba las paradas con voz fuerte: «Yajchal, Dorahi, Mina...». Llegó hasta ella un tenue aroma que le recordó el de los calicantos. Miró a su alrededor. Nadie le prestaba atención. Una joven con gafas leía el periódico. Dos mujeres, sentadas una al lado de la otra, desgranaban las cuentas de un rosario, musitando su oración. Una niña vestida con una blusa y un velo verdes leía con atención un folleto que tenía en el regazo. «Debe de ser el perfume de la joven de gafas o de esa niña de ahí», pensó Arezu.

Todas las mañanas cuando iba al colegio, y por las tardes, cuando volvía, coincidía en el autobús con las mismas personas. Las chicas y los chicos se conocían de vista. Algunos trababan amistad, se intercambiaban números de teléfono o notitas, pero era raro que entablaran conversación. Arezu nunca había hecho amistad con nadie camino del colegio. Sin embargo, sabía quién era amigo de quién. Había puesto mote a la mayoría de los chicos y las chicas con los que coincidía cada día: *la ligona* era la que se reía todo el tiempo en el autobús o en la cola, en la parada. Era obvio que se depilaba las cejas y se ponía rímel. Las otras chicas hablaban mal de ella a sus espaldas. *Sus ojos*<sup>28</sup> era el chico de los ojos bonitos del instituto Alborz. Había tratado de darle su número de teléfono, pero Arezu no lo había aceptado. Por ello, él se había burlado una vez de su gorro de lana, gritando a todo el que quería oírle en la fila mientras esperaban: «¡Lleva un gorro de obrera!». Había también dos armenias que subían y bajaban del autobús en Pol-e Rumi. Cada vez que le contaba sus recuerdos del colegio a Ayeh, esta lloraba de risa: «¡Mira que erais anticuadas!».

«¿Tan atrasadas éramos de verdad?», se preguntaba Arezu. «O bien... ¿o bien qué? Ahora es todo tan diferente... ¿Qué habrá sido de esas jóvenes armenias? Seguramente se habrán casado. ¡Seguramente, como todas las armenias, habrán engordado! ¡Yo, en cambio, puedo felicitar me de no haber engordado nada!», se rio, jurándose a sí misma que se pondría a dieta.

Percibió de nuevo el aroma de los calicantos. La joven de gafas y la colegiala ya se habían apeado. «Mucha gente lleva ese perfume últimamente», pensó. El autobús se incorporó a la autopista. Arezu recordó que, en sus tiempos, ese carril no existía. Por la ventana polvorienta vio casas de una o dos plantas junto a altos edificios: flacos gatitos abandonados junto a cocodrilos de labios rojos, negros y marrones, cabello amarillo, verde o malva, y crestas de cristal o de cobre que enseñaban riendo sus brillantes colmillos. Cuanto más avanzaba el autobús, más disminuía el número de cocodrilos, y más aumentaba el de gatitos. Algunos eran de verdad bonitos. ¡Pero no estaban muy limpios, por desgracia! Como si acabaran de salir de un montón de carbón. Habrían necesitado que alguien se afanara en llevarlos al hammán para peinarles el polvoriento pelaje y lavarles esas sucias cabezas de leones salvajes.

El autobús se detuvo. Subió una joven que mordía un extremo de su chador, con un niño en un brazo y el otro cargado de paquetes y bolsas de nailon. No encontró ningún asiento libre y tropezó cuando el autobús volvió a ponerse en marcha. Arezu alargó la mano para sujetarla, o para ayudarla con los paquetes, o para... La mujer le dio las gracias efusivamente, sentándole al niño en el regazo. Arezu lo miró un instante,

extrañada. Apenas tenía seis o siete meses. Llevaba un gorro de punto amarillo que le tapaba los ojos. Arezu pensó que no estaría cómodo así y se lo subió un poco. El niño la miró con sus grandes ojos. ¿Se pondría a llorar? Al contrario, le sonrió. La madre, agarrándose con una mano a la barra, se divertía del asombro de Arezu.

–No extraña porque siempre anda de brazo en brazo –le explicó.

El autobús se detuvo en la parada siguiente. La sección de las mujeres se vació casi por completo: las que se apearon eran en su mayoría muchachas muy jóvenes que vestían velo, blusa y pantalón. El asiento al lado de Arezu se quedó libre. La madre del bebé se sentó.

–Hasta la parada de la Escuela de Enfermería –le dijo–, el autobús suele estar lleno. Cuando se bajen todas las enfermeras, estaremos tranquilas.

No hizo ademán alguno de coger al niño, que seguía mirando fijamente a Arezu. Tenía largas pestañas y las mejillas agrietadas por el frío. Su madre colocó debajo del asiento toda su impedimenta y se ajustó el chador, dejando escapar un profundo suspiro.

–¡Gracias, Dios mío! –exclamó, volviéndose hacia Arezu–. Normalmente me subo en la parada de la Escuela de Enfermería, pero hoy es que he ido a comprar azúcar a la cooperativa. ¿Usted también?

Arezu se quedó un momento desconcertada. De los cupones de racionamiento solo sabía lo que contaban Naim y Nosrat cuando se peleaban por el alimento anunciado, la fecha o la cantidad indicada. Una mujer con el velo bordado de perlas le preguntó a la madre del bebé:

–¿Por qué número van?

–Por el 642 o el 643 –contestó una gruesa mujer agarrada a la barra.

El bebé se puso a lloriquear. Su madre lo cogió de brazos de Arezu. Para hablar de algo, esta le preguntó:

–¿Es su primer hijo?

La mujer soltó una risita:

–¡Huy, qué va! Es el cuarto.

Y, sin el más mínimo reparo, añadió:

–Por más que le digo al idiota de mi marido que se esterilice, no me hace ni caso. ¡Supongo que teme perder la virilidad!

–¿Por qué no te operas tú? –le dijo Arezu en voz baja–. Hay muchos sitios donde lo hacen gratis, ¿no?

La mujer volvió a ponerle al bebé el chupete que llevaba prendido de la camisita.

–La operación es gratis, hermana, pero después hay que pasarse ocho o diez días en el hospital. ¿Quién va a trabajar para pagar los zapatos, la ropa, los libros y los cuadernos de los niños? Sin ánimo de ofender, ¿el macarra de su padre?

La mujer gruesa intervino en la conversación:

–¿Cómo que diez días? A mi cuñada la operaron, y en menos de una semana estaba fuera del hospital.

Muy interesada, la mujer del velo bordado se volvió hacia ella y le preguntó:

–Y dígame, ¿no tuvo secuelas?

–He oído decir que esa operación provoca cáncer de útero –intervino la mujer que se sentaba detrás.

–¿Quién te ha dicho eso? –quiso saber Arezu.

La mujer era flaca y padecía de leismaniasis en el rostro.

–¿Y yo qué sé? Lo habré oído por ahí.

Una muchacha, probablemente su hija pues se le parecía mucho, pero sin la leismaniasis, preguntó qué era eso que había que operar. Su madre la regañó.

–No es asunto tuyo.

–¿Y por qué no? –protestó Arezu–. Hay que abrirle los ojos cuanto antes.

La madre del bebé se inclinó hacia ella.

–Claro que tiene que saberlo, si no, en menos que canta un gallo se va a encontrar como yo, con cuatro críos berreando todo el día.

–¿En qué hospital se operó tu cuñada? –le preguntó la del velo bordado a la mujer gruesa.

–¡Dios nos guarde! –protestó su vecina, una mujer mayor con un velo gris–. ¡Esto es el fin! ¿Qué hacéis, vosotras y vuestros maridos? Nosotros, en nuestra época...

–Primero –la interrumpió la madre del bebé–, ese no es el problema, segundo, en tu época, tu marido iba a trabajar y ganaba dinero. Tú te contentabas con darle hijos, cocinar y hacer las tareas de la casa. No tenías, como nosotras, que trabajar de sol a sol para volver a casa molida y luego tener que ponerte a limpiar. Y cuando lo único que te apetece es dormir a pierna suelta..., sin ánimo de ofender, pues hete aquí que tu marido lo que quiere es...

Y, volviéndose hacia Arezu, le dijo:

–¿Tengo o no tengo razón?

La mujer gruesa, la madre con la leismaniasis y su hija –sin ella–, así como dos o tres mujeres más sentadas detrás que se habían metido en la conversación, lo corroboraron todas, riendo a carcajadas.

–¡Bien dicho! ¡A ver si todos los hombres revientan de una vez!

La mujer gruesa estaba describiendo con pelos y señales la operación de su cuñada, cuando la madre del niño le preguntó a Arezu:

–¿Dónde has dicho que te bajabas tú?

–En Sepah..., bueno, en Tup-Janeh.

–Pues ya estamos. Levántate deprisa antes de que arranque otra vez.

Encasquetándole el bebé en los brazos a la mujer del velo gris, se puso en pie para gritarle al conductor:

–¡Espera! ¡No arranques, que hay una que se quiere bajar!

–¡Para, para! –gritaron las demás mujeres.

Los hombres refunfuñaron. La madre del bebé replicó:

–¿Qué pasa? ¿Qué problema tenéis? ¿Llegáis tarde a una cita con un muerto?

Arezu bajó, la puerta se cerró, y el autobús arrancó. Se quedó un momento en la acera, respondiendo a los gestos de despedida de las otras pasajeras, asomadas a las ventanillas.

–¿Cuántos años hacía que no tomabas el autobús? –oyó que le murmuraban al oído. Se volvió y vio a Sohrab, que se reía con ganas. Arezu contuvo el aliento y luego dijo: –¿Me has hecho tomar el autobús aposta? Mira que eres malvado, de verdad. Sohrab inclinó la cabeza hacia atrás, riendo. Tenía vuelto el cuello de su chaqueta marrón de cuero. Mientras echaba a andar, le contestó, imitando no se sabe a quién: –Pero gracias a eso has podido conocer mejor a las clases desfavorecidas, ¿no? Miró a Arezu de pies a cabeza. –¡Te felicito! ¡Veo que hasta has sacado del armario el abrigo «especial autobús»! Esta vez Arezu apartó la cabeza, mordiéndose los labios para no reír. –Perdóname si he sido cruel. ¿No te ha importunado nadie? –¿Importunado? Esta vez Arezu ya no se contuvo. –Como dice Ayeh, me he divertido mogollón. Pero al momento se le heló la risa en los labios. Prosiguió con voz seria. –El hermano de Tahmineh ha recaído. Se lo contó todo. Llegaron ante un edificio, al pie de una ancha escalinata. Sohrab se detuvo. –El banco Sepah. Construido en 1925. ¡Mira qué columnata! –Va a haber que ingresarlo de nuevo. Otra vez un dineral... Al final no me dijiste cuánto te costó la última vez. Llegaron a la oficina central de correos. –1928 –indicó Sohrab–. Mira todas esas ventanas de ladrillo. Junto al edificio de correos se encontraba la verja de Bagh-e melli. Arezu se detuvo. –¿Me estás escuchando o no? Te decía que... Sohrab se le acercó y le dijo en voz baja: –Te estoy escuchando. He oído lo que me has dicho. Me lo esperaba. No tengas miedo. No te preocupes. No pienses en los gastos. Hablaremos con el médico. Lo solucionaremos. Miró la gran verja de hierro. –¿Habías estado aquí alguna vez? Arezu observó a su vez la verja. –Una vez, de niña... El médico no hará nada solo por nuestra cara bonita. Sohrab echó a andar de nuevo. –Tenemos que volver alguna vez. Para verlo bien. ¿Por tu cara bonita? ¡Solo faltaría! ¡Pero por la mía claro que sí! Ven. Se internaron por una avenida animada. Sohrab se detuvo delante de la doble puerta de entrada de una tienda. Antes incluso de que empujara la puerta acristalada, esta se abrió. Un hombre de baja estatura se precipitó a su encuentro. –¡Buenos días, bienvenidos! ¡Qué honor! ¡Qué alegría! Pasen, por favor. Tenía los ojos azules y el cabello pajizo. Sohrab se lo presentó a Arezu. –Te presento al señor Farhangui. Todo el mundo en el bazar lo llama señor Farangui<sup>29</sup>. Entraron en la tienda. El señor Farhangui seguía deshaciéndose en cortesías y

cumplidos: que cómo estaba la familia, el padre, la madre... «¡Solo le falta preguntar por las tías paternas y maternas!», pensó Arezu. Pero Sohrab lo interrumpió para decirle:

–Señor Farhangui, ¿qué hay de ese té?

–A sus órdenes, sí, ahora mismo se lo traigo.

El obsequioso hombrecito se precipitó hacia una de las dos puertas que había al fondo de la habitación.

Arezu miró a su alrededor. Era una tienda de cerraduras como todas las tiendas de esa índole. En las vitrinas se alineaban cerraduras de todas clases. Hileras de picaportes adornaban las paredes hasta el techo: enormes pomos para las puertas de garaje, otros más pequeños para las de apartamento, y otros aún menores para las puertas interiores o las de los armarios. En el centro de la sala había también dos taburetes. Arezu sintió que debía decir algo.

–¡Qué curioso!

Y pensó: «¿De verdad voy a tener que sentarme en uno de esos artilugios?».

–¿Qué es lo que te parece curioso?

–Lo... aquí... en fin, o sea... –farfulló Arezu.

–¿Por qué no te sientas?

Arezu se veía en esa tienda de cerraduras de la avenida Sepah, instalada en un taburete que seguramente sería muy incómodo. Ya iba a sentarse cuando Sohrab se dirigió al fondo de la tienda. Abrió la segunda puerta y se apartó para cederle el paso. Fuera sonaba la alarma de un coche. Apoyado en el marco de la puerta, Sohrab la miraba con una sonrisita. La alarma seguía sonando, era un ruido estridente. Arezu se volvió tranquilamente hacia Sohrab.

–¡Qué hombre más malvado! ¡Pero qué hombre más malvado eres!

La alarma cesó.

Era una habitación rectangular, con el suelo de baldosas de barro. Del techo colgaba un viejo ventilador. Una de las paredes estaba cubierta de armarios con puertas de cristal. Había estanterías llenas de libros y de objetos difíciles de distinguir desde lejos. Detrás del escritorio, la pared estaba cubierta casi por completo, desde el suelo hasta el techo, de óleos de todos los tamaños, con gruesos marcos de madera. La tercera pared era una inmensa cristalera que daba a un pequeño patio de muros de adobe. Allí había una monumental calesa negra y brillante con las ruedas doradas. Arezu no había visto algo así más que en el cine.

–Es un recuerdo del primer viaje que realizó mi bisabuelo a Europa.

Arezu miró a Sohrab. Parte del cuello de su chaqueta de cuero seguía vuelto del revés. Se sentía como alguien que ha buscado durante mucho tiempo la dirección de una casa y, cuando la encuentra por fin, se ve incapaz de llamar a la puerta. «Ni que siguiera siendo una chiquilla de quince años», se dijo. Alargó la mano y le colocó bien el cuello de la chaqueta.

En el patio, un rayo de luz hizo resplandecer una rueda dorada.



–¿Por qué? –repitió Arezu por tercera vez.

Mohsen bajó la cabeza. Un mechón liso y negro resbaló sobre la punta de su nariz.

–He actuado mal, perdóneme, señora Sarem.

Arezu vio a Shirine enarcar las cejas y encogerse de hombros, con una goma en la mano. Volvió a mirar a Mohsen.

–Levanta la cabeza. Mírame a los ojos y dime por qué. ¿Por qué necesitabas dinero? ¿Tienes deudas? ¿Estás enfermo?

Mohsen levantó la cabeza y se apartó el mechón de la cara. Pugnaba por no pestañear. Se mordió el labio, vaciló y miró hacia el jardín. Por fin pestañeó, y dos lágrimas brillaron en sus mejillas.

–He actuado mal, perdóneme, señora Sarem.

–Mientras no entienda el porqué, tus errores y tus disculpas no me interesan. Dime por qué querías dinero. ¿Lo necesitabas de verdad? ¿O te has querido pasar de listo?

Arezu apartó la mirada y la posó en el calendario que estaba sobre su mesa. Mohsen se llevó las manos a la cabeza y farfulló:

–Para mi madre, quería... Quería comprarle... una lavadora.

Arezu lo miró con intensidad, se volvió luego hacia Shirine, después hacia la fotografía de su padre en la pared y por fin hacia uno de los cajones de su escritorio, que estaba entreabierto. De pronto exclamó:

–¡Largo de aquí, fuera! No solo eres un imbécil, sino además un embustero. ¡Fuera he dicho!

Mohsen se echó a llorar.

–Perdóneme, he actuado mal. Mi prometida me dijo que si no le compraba una pulsera de oro podía ir olvidándome de nuestro compromiso.

Shirine se acarició la frente, asintiendo con la cabeza. Arezu se apoyó en el respaldo de la silla y miró hacia el jardín. En el seto florido, dos gorriones se bebían el agua de los platillos de las macetas. Se preguntó si Naim les habría arrojado migas de pan o mijo. De niña, las noches de invierno al calor de la estufa, preparaba migas de pan con Naim y Nosrat. Al día siguiente por la mañana, antes de irse al colegio, las esparcía por el jardín para los gorriones y las palomas.

–Ellos también son criaturas de Dios –decía Nosrat–, solo que no tienen lengua para hablar.

La mañana era brumosa y fría.

–A lo mejor somos nosotros los que no los entendemos.

Nosrat asentía.

–¡Puede ser! Hoy en día los hombres ya no se entienden ni siquiera unos a otros.

Arezu se volvió hacia Mohsen, que seguía sollozando sin apartar los ojos de las baldosas marrones.

–¿Tu prometida? –le preguntó bajito–. ¿Quieres decir que tienes intención de casarte con ella?

Le acercó una silla.

–¿Te das cuenta de la tontería que estás haciendo? Una chica que quiere romper su compromiso por una pulsera probablemente te pida el divorcio por un collar de oro. ¿No lo habías pensado? Dime una cosa, ¿cuánto pide esta señorita si enviuda? ¡Seguramente habrá exigido también una *shirbaha*<sup>30</sup>! ¿Dónde celebraréis la boda? ¿Adónde iréis de luna de miel? ¡Tu *Peykan* no te será muy útil! Necesitarás un *Pride*, o puede que incluso un Xantia, ¿no crees?

Mohsen se secó las lágrimas.

«¿Habrá entendido de verdad mi estúpido razonamiento?», se preguntó Arezu. «No lo creo. Pero bueno, tenía que intentarlo y lo he hecho.» Empujó la silla debajo de la mesa y guardó distraídamente todo lo que había encima: carpetas, papeles, lápices y bolígrafos.

–La última vez que te concedí un aumento te dije que estaba contenta con tu trabajo. Te dije incluso que, si seguías así, seguramente tendrías una prima. Estabas contento, ¿verdad?

Dejó de toquetear los objetos para mirarlo.

–Escúchame bien. Por esta vez no te voy a echar, pero si te vuelvo a sorprender en tus juegucitos, puedes despedirte de tu carrera. No te quepa duda de que me daré cuenta. Cada mes te quitaré de tu sueldo parte del dinero que le has sustraído a ese propietario. Este año puedes olvidarte de la paga extra de Nauruz. Si te conviene, quédate y pórtate como es debido. Si no, vete y no vuelvas.

Buscó algo en el cajón entreabierto, aunque no sabía exactamente qué. Mohsen avanzó un paso.

–Señora Sarem, le beso las manos, palabra de honor, palabra de hombre. Es la primera y la última vez. Se lo agradezco. ¡Gracias!

Arezu cerró el cajón.

–¡Bien! ¡Ahora vete! Nunca he visto a nadie cumplir una palabra de hombre. Si de verdad eres un hombre, ¡dame tu palabra de mujer!

–De acuerdo –contestó Mohsen entre risas y lágrimas–. ¡Palabra de mujer! ¡Gracias, gracias!

Se alejó caminando de espaldas en dirección a la puerta, que se abrió sola y se cerró tras él.

Las dos mujeres miraron un momento la puerta, intercambiaron una mirada y por fin se echaron a reír.

–Naim se ha convertido en el hombre invisible –dijo Arezu.

–¿Cómo has sabido que la historia de la lavadora era mentira?

–¡No estaba segura! ¿Tienes un cigarrillo?

Shirine le lanzó la cajetilla, gritando:

–¡Naim aga! ¡Son las once! ¿Qué hay de ese café?

La puerta se abrió, y Naim entró con una bandeja en la mano. Antes de que pudiera empezar a decir «ya sabía yo desde el principio que ese Mohsen...», Arezu levantó la mano.

–Olvida todo esto. He hablado tanto que estoy muy nerviosa. Diles a los demás que no me pasen ninguna llamada durante media hora. Y cierra bien la puerta cuando salgas.

Naim salió con su bandeja bajo el brazo, sin decir palabra. Shirine puso los pies sobre la mesa, y Arezu la imitó. Se bebieron el café contemplando los setos floridos. Ya solo quedaba un gorrión bebiendo de los platillos.

–Tenías razón tú –dijo Arezu.

Shirine se volvió hacia ella. La miró en silencio, pero la expresión de su rostro decía: «¿Sobre qué?».

–Sobre lo que estábamos diciendo antes de que empezara todo este jaleo.

Shirine se volvió de nuevo hacia los setos floridos, bebiéndose su café. Arezu miraba la pared del jardín.

–Me repito una y otra vez que no hay que juzgar precipitadamente, que es mejor esperar. Pero ¿me creerás si te digo que nunca he visto un hombre tan parecido a mí?

Contuvo una carcajada.

–Exceptuando el mal carácter, las angustias, los miedos incontrolados y los ataques de rabia, claro.

La risa se convirtió en una sonrisa imperceptible.

–No se parece a ninguno de los hombres que he conocido hasta ahora. A ninguno, y sin embargo...

Su mirada fue mucho más allá de la pared del jardín, y añadió:

–Hasta ahora, no ha hecho nada desagradable.

–¡Una persona a la que se conoce solo desde hace dos semanas nunca hace nada desagradable!

Hizo girar la taza en su mano y luego la dejó sobre la mesa.

–Dos semanas no, más de dos meses. No sé qué te pasa. Al principio, cuando decía que no, cuando decía que no tenía valor, me dabas la vara: «Conócelo, siéntelo, tengo la impresión de que...». Y ahora, ¿por qué cambias de opinión?

–Yo te dije: «Queda con él, sal, habla con él, riéte», pero no te dije: «Enamórate de él».

Volvió su taza sobre la servilleta de papel. Arezu se quedó mirando el plumier sobre el escritorio.

–¿Quién ha hablado de enamorarse?

Cogió un lápiz.

–Y, aunque así fuera, ¿qué tendría de malo?

Mordió un extremo del lápiz. Shirine volvió a coger la taza con las dos manos, apoyando ambos codos sobre la mesa para estudiar los dibujos de los posos.

–Para combatir el dolor de cabeza te tomas una aspirina, ibuprofeno, paracetamol o cualquier pastilla que te vendan en la farmacia. Pero no pones la cabeza en la guillotina.

Arezu iba a replicar cuando se abrió la puerta y entró Ayeh con un paquete de dulces.  
–*Salamalec!* ¿Cómo estáis? ¿Cómo estoy yo?  
Dejó los dulces sobre la mesa baja, delante de los sillones, tiró la mochila al suelo y fue a darle un beso a Shirine.  
–¡Buf! ¡Cómo está el tráfico! Qué velo más bonito, tía Shirine, pero ¿cómo es que has dejado el color blanco?  
Fue a besar también a Arezu.  
–¿Cómo está Ayu janom? ¿Mohsen nos la ha vuelto a jugar?  
Señaló los dulces con la barbilla.  
–Cuando he llegado, se ha precipitado hacia mí para darme estos dulces y me ha dicho: «Llévelos a la señora Sarem y a la señora Mosavat». Le he preguntado que por qué no os los llevaba él mismo, y se ha puesto en plan remilgado, diciéndome cosas incoherentes. ¿Qué es lo que ha hecho?  
–Tonterías –contestó Shirine.  
Arezu tendió la mano hacia el teléfono, que se había puesto a sonar en ese momento.  
–¿Qué noticias traes de la universidad? ¿Dígame? –contestó–, ¡Buenos días!  
Sonrió, volviéndose hacia el jardín. Shirine entornó los párpados aún más que de costumbre al contarle a Ayeh lo que había ocurrido con Mohsen. Cuando Arezu colgó el teléfono, Ayeh, con un dulce en la mano, le dijo:  
–No hay noticias.  
–¿Qué? –contestó Arezu.  
Su hija se echó a reír.  
–¡Nada! ¿Era vuestro querido señor Sohrab?  
No esperó la respuesta.  
–¿Cuándo conoceremos por fin a vuestro querido señor Sohrab?  
Tampoco esta vez esperó respuesta; se volvió hacia Shirine.  
–Estoy empezando a creer que nos estáis tomando el pelo las dos. Por cierto, ¿es que no vais a probar los dulces?  
Arezu se levantó y se dirigió al paquete de dulces.  
–¿De qué son?  
Ayeh miró el interior de la caja.  
–Los larguitos de kiwi, los redonditos de kiwi y los tréboles también de kiwi.  
Arezu se estiró.  
–Al principio nadie sabía ni lo que era el kiwi. ¡Y ahora terminarán por servirnos *polo* de kiwi! Shirine, ¿está ya preparada la lista?  
Shirine le tendió una gran hoja de papel.  
–Mañana a primera hora la llevo al Fisco.  
–No cambies de tema, Ayu janom, te he preguntado que por qué no nos presentas a Sohrab. Anteayer, sin ir más lejos, la abuela me decía...  
–¿Qué te decía? –preguntó Arezu, dejando la hoja sobre su mesa.  
–Pues me decía que lo haces aposta, esto de ocultarnos a Sohrab –dijo Ayeh, cogiendo otro pastel–, y estoy de acuerdo con ella.

–¿Aposta? Pero ¿por qué?

Arezu se echó a reír. Ayeh se apoyó en el respaldo del sofá.

–¿Y yo qué sé? Dímelo tú. Babak está constantemente de viaje o cenando con su padre y la nueva amiga de su padre. Y lo mismo ocurre con el novio de su madre. Me ha dicho incluso que una noche pensaban salir a cenar todos juntos.

Miró a Shirine, que estaba apuntando algo.

–¿Oyes eso, tía Shirine? Babak me ha dicho que el novio de su madre y sus dos hijas, su madre, su padre y su novia..., ¿cuántos suman?... –preguntó, contando con los dedos–, siete personas. Pues eso, que habían decidido ir los siete a cenar juntos. ¿No te parece genial?

Shirine miró a Arezu.

–¡Sí, de verdad!

Con la punta del dedo, Ayeh volvió a meter en la caja el pastelito de kiwi.

–¡Bueno! Entonces, ¿por qué no podemos ver a tu querido Sohrab jan?

Arezu se acercó a Ayeh y se plantó delante de ella. Se inclinó hasta quedar cara a cara con su hija.

–Porque, por primera vez en mi vida, he decidido quedarme algo para mí sola. ¿Está claro?

Ayeh abrió unos ojos como platos, riendo.

–¡Entonces es tu novio!

Arezu se irguió y miró hacia el jardín. Soplaba un viento violento que hacía temblar la hiedra en la pared.

–¡Tengo que ser yo, Sohrab jan!

–¡Te he dicho que no, Arezu janom!

–¿Por qué?

–Porque ni siquiera sabes de qué clase de gente se trata.

–¿Qué quieres decir con eso de «qué clase de gente»? Bueno, vale, son drogadictos, ¿y qué? ¡Tampoco van a comerme! Tengo que ver cómo funciona.

–Te he dicho que es una especie de psicoterapia y...

–Quiero verlo por mí misma.

–¿Me llamas por teléfono al amanecer para discutir conmigo?

–¡Eres muy cruel! Menos mal que me he enterado por Tahmineh. Si no, habrías ido sin mí. Ve primero a casa de su hermano y luego ven a recogerme.

–¡No!

–¡Que sí!

–¡Que no!

–En realidad, no es necesario que vengas. Desde aquí llego a pie en cinco minutos como mucho.

–Estás tan gruñona que me he tragado un buen pegote de pasta de dientes.

–¿Qué?

–Me estaba lavando los dientes cuando me has llamado.

Arezu se echó a reír. Cuando se hubo calmado, dijo:

–¿Qué prefieres? ¿Pasta de dientes o carmín?

Sohrab respondió sin pensarlo:

–Las tres cosas.

Arezu soltó una carcajada. Colgó el teléfono, hizo la cama, se vistió y recorrió el pasillo. Apartó de una patada las zapatillas de casa que estaban tiradas por el suelo delante de la puerta de la habitación de Ayeh. Iba a cerrarla cuando algo en el escritorio llamó su atención. «Otra vez se ha dejado encendido ese artilugio.» Se acercó al ordenador. En la pantalla, las cuatro letras de su nombre, A. Y. E. H., parecían bailar al son de una música muda. Arezu se inclinó sobre la mesa y movió el ratón. La pantalla se iluminó. Estaba a punto de apagar el ordenador cuando su mano se detuvo. A la izquierda se veía un icono amarillo, con forma de carpeta, en el que se leía: «Blog». Se dijo: «Será el blog de esa mujer que... ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Yeyran y sus pollitos». Consultó su reloj. Tenía tiempo de sobra. Movié el ratón, deslizó el cursor hacia el icono y pulsó dos veces el botón. El archivo se abrió. En lo alto de la pantalla se leía: «Blog de la hija del divorcio».

En un primer momento se quedó un poco desconcertada. Sintió un escalofrío seguido de sudores fríos, se mordió el labio, respiró hondo y leyó las primeras líneas.

¡Hola! Me llamo Yalda. Pero en realidad ese no es mi verdadero nombre. ¿Por qué? Porque mi mamaíta se mete en todos mis asuntos y, como lo calcula todo, tengo miedo de que se dé cuenta de que este blog es mío y me descubra cualquier día. Aquí quiero hablar de cosas de las que no puedo hablar con ella sin que nos peleemos. Y si no las digo, se me quedan atravesadas en la garganta y siento que me asfixio. Como el divorcio de mis padres. O el hecho de que quiera ir a París con mi padre pero mi madre no me deje. Resumiendo, que quiero desahogarme con vosotros. Por favor, que todas las chicas y chicos cuyos padres estén divorciados compartan su experiencia con una pobre hija del divorcio. Por favor, conectaos; si no, me voy a dar de cabezazos contra la pared.

Arezu apoyó ambos codos sobre la mesa y se llevó las manos a la cabeza. «¿De verdad ha escrito todo esto sinceramente?», se preguntó, «o, como dice Nosrat, ¿ha exagerado a más no poder? ¿Tan mala soy que prefiere hablar con un puñado de desconocidos antes que conmigo...?».

Le costó tragar. «¿Llamo o no llamo a Sohrab?» De pronto se sintió furiosa. Cuando no estaba Sohrab, ¿con quién hablaba? ¿Con quién se desahogaba? ¿Con su madre? ¡Jamás! ¿Con Shirine? Sí. Pero cuando hablaba con Sohrab era distinto. ¿En qué sentido? No habría sabido explicarlo. Desde que había conocido a Sohrab, ¿cuántas veces había charlado con Shirine como antes? ¿Cuándo habían ido de compras juntas? ¿Cuándo habían ido a pasear, a almorzar, a cenar o algo así? Hasta que un hombre había entrado en su vida... Tendría que invitar a Shirine un día de estos... Sin embargo, cuando hablaba con Sohrab era distinto. Con él podía hablar de Shirine. Pero a la inversa era imposible. Con él podía hablar de Ayeh, de Mah-Monir, de su trabajo y de que había engordado. Sobre todos esos temas, para animarla, Shirine se contentaba con asentir con la cabeza diciendo: «Lo haría todo por ti». O bien se irritaba: «Mimas demasiado a Ayeh. Dejas que tu madre se salga con la suya. Piensa más en ti. Deja de preocuparte tanto».

Sohrab la escuchaba atentamente cuando hablaba de los problemas más insignificantes, y le proponía soluciones. Solo cuando le hablaba de su peso, se reía diciendo: «¡Bravo! Tenemos unos cuantos kilos más de Arezu». Entre las cortinas veía un trocito de cielo gris. Pasó a la siguiente entrada del blog.

Para que mi madre me deje navegar a mis anchas por la red y no se enfade por las facturas de teléfono ni de Internet, le he enseñado el blog de Yeyran y sus pollitos. Sabía que Yeyran, una mujer divorciada que cría ella sola a sus dos hijos mayores, enternecería a mi madre. Se leyó todas las entradas, desde la primera hasta la última. Asintió con la cabeza y luego miró fijamente la foto en la que salimos ella, mi padre y yo, que tengo al lado del ordenador. Me remordía la

conciencia por haber dejado ahí esa foto. Me dijo: «Escribe a Yeyran y dile que tu madre la entiende muy bien y que tiene un consejo que darle: que no se amilane nunca ante frases como esta: “Te quitaré la custodia de nuestros hijos”. Los hombres no saben siquiera abrocharse el pantalón, mucho menos educar a sus hijos». Y luego, como si la incapacidad de los hombres o la situación catastrófica de Yeyran fueran culpa mía, se puso a refunfuñar: «¡Venga! Date prisa, vamos a casa de la Princesa». La Princesa es mi abuela. Cuando digo mi abuela no vayáis a pensar que es vieja. En realidad es una mujer genial: alta, esbelta e increíblemente guapa. A veces, en nuestras cenas familiares, se pone a bailar con nosotras la música más marchosa. Pero, cuidado, ¡no os vayáis a creer que soy de una familia aristocrática, eh! Por supuesto, si le preguntáis a mi abuela, os dirá que su abuela era esposa de un rey qayar. En cuanto a mi madre, os dirá que la abuela de mi abuela era una de las trescientas o cuatrocientas concubinas de uno de los trescientos o cuatrocientos príncipes de la octava rama, una especie de sub-qayar, cuya función principal era la de parir como una coneja. Pero, sea como fuere, mi madre siempre la llama Princesa, de broma, lo cual halaga a mi abuela, aunque no lo dice. A propósito, mi madre me preguntó ayer si tenía un blog, a lo que le contesté sin vacilar que no, y no insistió.

Arezu se echó a reír. «¡Será mala! Se lo tengo que contar a Sohrab.» Y, de inmediato, pensó también: «Y a Shirine». Consultó su reloj. Aún tenía tiempo. Pasó a la entrada siguiente.

Hoy, después de haberme pasado el día bostezando y riéndome del acento del profe de francés, que jamás ha puesto un pie en París –¿qué digo en París?, ni en Dubái siquiera–, he ido a ver a mi madre a su trabajo. Mi madre dirige una agencia inmobiliaria. ¿Os imagináis? (Mi abuela me ha pedido que diga «agencia» porque es más elegante que *bongah*<sup>31</sup>.) Como de costumbre, mi madre estaba lidiando a la vez con diez personas y veinte llamadas telefónicas. Mientras le enseñaba una casa a un cliente, la tía Shirine y yo hemos hablado mucho. Digo la «tía» Shirine, pero no es mi tía en realidad. Es una amiga y colaboradora de mi madre; una mujer muy simpática, pero la pobre no ha tenido nada de suerte en la vida. Algún día quizá os cuente lo que le pasó. Por ahora me limitaré a deciros que la tía Shirine odia a los hombres. Lo curioso es que cuando me quejo con ella de la vara que me da mi madre, me dice: «Tenemos que encontrarle novio a tu madre». En su opinión, mi madre está cansada (lo cual es verdad). Carga con grandes responsabilidades (lo cual también es verdad). «Tu abuela y tú», dice, «en lugar de ayudarla, la agotáis» (eso no es verdad). En efecto, mi abuela es muy exigente. Mi madre, no sé por qué, le tolera todos los caprichos. Pero yo..., ¿qué puedo hacer yo al respecto? No lo sé... Seguramente a veces me meto un poco con ella, pero la quiero mucho. Yo

creo que si se pone tan nerviosa es sobre todo por culpa de mi padre. Mi padre es su primo hermano por parte de madre. Es muy simpático. Viene a Irán una vez cada dos años. Nos lo pasamos muy bien, nos vamos de viaje... ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! La tía Shirine me ha dicho: «Si tu madre se echara novio, se calmaría y dejaría de fastidiarte». Hoy la ha obligado a enseñarle una casa a un señor que, según ella, está colado por mi madre. Espero que no le dé la barrila. Es su especialidad: ¡reírse de los hombres!

No hacía calor en la habitación, y, sin embargo, Arezu se sentía acalorada. Se levantó para abrir la ventana. Observó los edificios de todos los tamaños y el gran cruce de calles, que aún estaba tranquilo. En el alféizar de la ventana de la vecina había dos tarros de verduras marinadas. Consultó su reloj, se volvió y se sentó a la mesa. Pasó a la entrada siguiente.

Miércoles. Respuesta al e-mail de Maryam yun, a quien le doy las gracias y tal y tal. ¿No es fantástico que aquí (es decir, en Bloguestán), entre personas de todas las edades, de categorías tan variadas (iba a escribir *range*, pero me he acordado de mi madre y de la tía Shirine, que odian que se mezclen palabras extranjeras en la conversación, y entonces me he dado cuenta de que no sabía cómo decir *range* en mi lengua, así que lo he mirado en el diccionario y he añadido el adjetivo «variadas» para que quedara más elegante. Resumiendo, que quería decir que chateamos y nos divertimos con Yalda-19 años, Maryam-25, y Shadi-15 (que estos días está de exámenes y ha dejado tirados a sus amigos de la red). A veces me pregunto cómo sería la vida sin ordenador, sin Internet y sin blog. Sería como la vida de mi madre y de la tía Shirine y la de la generación anterior, supongo, o sea... ¡más bien penosa, diría yo! Maryam pregunta que por qué se divorciaron mis padres. En lugar de en un e-mail personal prefiero escribirlo aquí para que todo el mundo lo lea y dé su opinión. ¡Madre mía, qué pesadez escribir en nuestra lengua! ¡Cuando quiero escribir <sup>32</sup> es como *begand* (revienta)! Cuando quiero escribir *bedan* (dan) es como *badan* (el cuerpo)<sup>33</sup>. Mi madre y la tía Shirine no paran de despotricar de los jóvenes que escriben en lenguaje coloquial. A veces me pregunto por qué lo hacemos. ¿Porque es más íntimo? ¿Más fácil? O quizá porque la generación anterior escribía de una manera tan complicada que no entendíamos nada de lo que querían decir (así revientes) y nos matábamos para descifrar dos líneas, y por eso ahora les fastidiamos. Mi madre suele decir: «La juventud actual es totalmente inculta». Y la tía Shirine le contesta: «¿Cómo habrían podido adquirir la más mínima cultura?». ¿Qué pensáis vosotros? ¡Pero yo iba a hablaros del divorcio de mis padres! Maldito sea el parloteo continuo de Yalda janom en el blog. Mi madre suele decirme de broma: «Esa caradura y esa labia que tienes las has heredado de tu padre». Dice que ella, de niña, era tímida y discreta. Cuando le digo que

no la creo, se echa a reír y añade que cuando comprendió que no podía seguir en ese plan, se dejó la modestia y la discreción en casa y le enseñó los dientes a la vida para que la vida no se la comiera a ella.

Arezu consultó su reloj. Se estaba haciendo tarde, pero no se movió y siguió leyendo.

Perdonad que no haya actualizado el blog desde hace tiempo. ¡Estaba muuuuuuy ocupada! A veces, cuando mi madre no está de los nervios y fastidiosa... (Por cierto, últimamente está fantástica. ¡Si supierais por qué...! ¿Os acordáis del hombre al que llevó a visitar la casa el otro día? ¡Que sí, hombre! Resumiendo, que si te digo que sí, que si vamos a cenar, que si vamos a pasear, que si mi amorcito por aquí y mi amorcito por allá, el resultado es una madre de muy buen humor y una Yalda encantada de la vida.) ¿Qué os estaba diciendo? ¡Ah, sí! En esos casos, mi madre y yo hablamos la una con la otra. La mayor parte del tiempo con la honorífica participación de la tía Shirine en el papel de árbitro para evitar peleas. Y algunas veces, cuando eso ocurre, mi madre me cuenta que se casó con mi padre porque, para empezar, era su primo, y después, porque a mi abuela le apetecía mucho que mi madre fuera la esposa de su sobrino, y también porque ese primo materno acababa de volver de Francia y tenía clase. Mi madre pensó que mi padre, después de casarse, seguiría siendo el caballero que era antes (¡ah, esta lengua nuestra, en lugar de eso he puesto «el mono que era antes»<sup>34</sup>), ese hombre galante que abre la puerta del coche a las señoras, les ayuda a ponerse el abrigo, en fin, todos esos gestos que a las mujeres les gustan. Mi padre no paraba de hablar del tema de... (Mi querida Maryam, me vas a perdonar, ¿eh? Hay que escribir *râje'be* y no *râjeb be*<sup>35</sup>. Todo lo que he dicho sobre escribir en nuestra lengua es cierto, ¡pero una pizca de cultura no le hace mal a nadie! ¡Ja, ja, ja!) ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Que mi padre no paraba de hablar del tema de la libertad de las mujeres, el respeto de sus derechos y esas cosas. Era rico (aunque luego se descubrió que había exagerado un poco las cifras). Era guapo. Resumiendo, que, como dice la tía Shirine, mi madre pensó que era un cruce entre Alain Delon, Onassis y Marx (estos tres nombres la tía Shirine los dice porque son de cuando ellas eran jóvenes, así que para que la gente de nuestra generación lo entienda, habría que decir Brad Pitt, Bill Gates y... en lugar de Marx, elegid al tipo que queráis). Pero, entre nosotros, os diré que el verdadero motivo de que mis padres se casaran fue que se suponía que mi padre iba a volver a Francia para afincarse allí, y eso también le apetecía a mi madre. Sobre todo, no penséis que mi padre cambió tanto después de casarse. ¡No! Solo un poco. Solo con mi madre. Porque a las demás mujeres les sigue abriendo las puertas, las ayuda a ponerse el abrigo y sigue hablando igual de bien de la histórica dominación de los hombres sobre las mujeres. ¡Sé perfectamente que todo eso es pura fachada, es patético!

Cuando Arezu vio la hora que era se levantó de un salto. Apagó el ordenador y subió la escalera a todo correr. Descolgó el teléfono, marcó un número y abrió la puerta del congelador, con el auricular encajado entre el hombro y la barbilla.

–¡Hola! ¿Qué tal, cómo estás? Escucha.

Sacó un paquete de gormeh sabzi.

–Llama a Granito y aplaza la cita a esta tarde. Si llama la pareja alemana, ponlos con la señora Mosavat. Dile a Naim que no se olvide de pagar la factura del albañil. Si llama Ayeh, dile que he sacado la comida del congelador. Le he dejado una nota. Volveré antes del mediodía.

Colgó y le dejó a Ayeh una nota en la que le decía que el arroz estaba en la nevera, que no tenía más que calentarlo junto con el gormeh sabzi, y que no se le olvidara apagar el gas. Se puso el abrigo y el velo, y consultó su reloj. «Todavía tengo tiempo», se dijo. «No está lejos. No voy a ir en coche.»

Dentro y fuera de la floristería había jacintos por todas partes. Habían hecho germinar semillas<sup>36</sup> en platos dorados o plateados. Arezu daba vueltas y más vueltas en la cabeza a la misma idea: «En lugar de hablar conmigo, Ayeh... Otra vez me estoy comportando como una idiota. La gente tiene millones de problemas. Mi hija ha creado un blog, ¿y qué?». El florista estaba fregando la acera, y sacaba el agua del arroyo con la ayuda de un cubo de plástico. Arezu se detuvo y le dijo:

–Aga Davud, ¿qué hay que hacer para llegar al fondo de tu tienda sin empaparse?

El florista se incorporó. Al hacerlo, el jersey de cuadros que llevaba se le levantó, dejando al descubierto una gran barriga.

–Buenos días, señora –dijo, riendo–. Discúlpeme, se lo ruego. Supongo que tendrá sus propias semillas germinadas. Pero ¿no quiere un jacinto?

–Si me lo llevo ahora, para cuando llegue Nauruz ya se habrá marchitado.

Señaló los platos dorados.

–Dime una cosa, ¿no tenías de esos platos antiguos tan bonitos, y no esos que brillan tanto?

–¿Qué se le va a hacer, señora Sarem? Los gustos cambian. Estos también son muy bonitos, ¿verdad?

Había largas colas en las paradas de autobús y taxi. En el escaparate de la tienda de electrodomésticos, habían instalado el mantel de las *haft sin*<sup>37</sup>. La televisión emitía un programa infantil: unas ratitas y unas gallinas que llevaban velo charlaban asintiendo vivamente con la cabeza. El ajo y las azufaixas del mantel estaban espolvoreados de purpurina dorada.

Arezu pasó por delante de un gran edificio. En la verja del aparcamiento había un cartel en el que habían escrito con letras irregulares: «Bazar benéfico». «Podrían haberse aplicado un poco más con la caligrafía», se dijo Arezu, «y el cartel está torcido. Ayeh se desahoga con desconocidos. ¿Y si el hermano de Tahmineh no se cura? ¿Y si alguien se tropieza con este cable?». Había un grueso cable tirado en el suelo. Uno de los extremos estaba enchufado a un micrófono que sostenía en la mano una mujer vestida con una blusa y un velo negros.

–Por favor –gritaba–, entren en el aparcamiento para ver el bazar. También pueden tomar algo, una taza de *cappuccino* o de *halim*.

Arezu vio la placa del centro de desintoxicación. Cruzó la avenida llena de coches. Los viandantes se abrían paso tranquilamente entre los coches. «¡Toda esta gente ocupada en hacer las compras de Nauruz!», pensó. «Puede que algunos sean drogadictos que van a...» Observó a los jóvenes, hombres y mujeres, ¿quiénes eran drogadictos? ¿Quiénes tenían un blog? ¿Esa chica que llevaba un velo azul y un chaleco de cuero encima de una blusa corta y ceñida? ¿O ese chico flaco con coleta? La mujer de tez oscura y ojos cansados, que llevaba un gran bolso en la mano, seguramente sabía tan poco como ella lo que era un blog, pero sin duda sí sabría lo que era la drogadicción. Ese hombre agachado junto a la puerta, que miraba fijamente un charco en mitad de la acera, ¿era o no era un drogadicto?

Se acercó a la garita del vigilante.

–Disculpe, ¿la ceremonia de...? –le preguntó.

El vigilante estaba desayunando. Hizo un gesto con la mano para indicarle que se dirigiera a la izquierda. Arezu no le entendió, y repitió en voz baja:

–La ceremonia de los drogadictos...

El vigilante tragó el bocado.

–La otra puerta, por ahí a la izquierda.

Arezu encontró el lugar que le había indicado el vigilante. «No le ha dado ninguna importancia, como si me explicara cómo llegar hasta el colmado.» Se quedó clavada en el sitio. La mitad del espacio estaba ocupada por una densa multitud: mujeres, hombres, niños, jóvenes, ancianos; unos llevaban ramos de flores, otros, paquetes de dulces, y otros, ambas cosas. «A una hora tan temprana», se dijo Arezu, «solo puede ser una boda. ¿Qué ocurre?». Se abrió paso entre la gente, las flores y los dulces y se dirigió a una puerta señalada por una placa más pequeña en la que se leía: «Dispensario». Dos mujeres esperaban en la puerta, una joven y otra algo mayor. Miraron sonriendo a Arezu, que les devolvió la sonrisa.

–Discúlpenme, ¿es aquí...? ¿Todas estas flores, estos dulces...?

–Es el aniversario de nuestros amigos.

Arezu no entendía.

–¿El aniversario de toda esta gente?

La mujer de más edad se echó a reír.

–¿Eres nueva? –quiso saber.

–¡Bienvenida! –añadió la más joven.

En la chapa que llevaba prendida en el pecho podía leerse: «Personal de acogida». «¿Tendré yo pinta de...?», pensó Arezu. «Ellas no tienen pinta de...» Miró a su alrededor. «La verdad es que nadie tiene pinta de...»

La mujer tenía el rostro redondo, la nariz pequeña y los ojos brillantes. Parecía un gato.

–Celebramos el aniversario de la curación de nuestros amigos.

La muchacha tenía el mismo rostro redondo y las mismas facciones que su madre, y

ella también parecía un gatito. Madre e hija saludaron a un hombre que vestía un traje color crema. Arezu se quedó mirando con la misma expresión de asombro a todas aquellas personas, con sus flores y sus dulces, hasta que sintió que alguien la agarraba del brazo.

–Te has empeñado en venir, ¿eh?

Dos pasos detrás de Sohrab estaba el hermano de Tahmineh. El hombre del traje claro declaró:

–¡Vamos!

Echó a andar el primero. Arezu lo siguió, rodeada por la multitud y los dos Sohrabs, a lo largo de un pasillo oscuro que desembocaba en un pequeño anfiteatro.

–Las mujeres se sientan en las gradas de la izquierda –le indicó Sohrab.

Acomodó a Arezu en uno de los asientos de la izquierda. Él mismo y el hermano de Tahmineh fueron a sentarse en primera fila. El anfiteatro se iba llenando, hasta que ya no quedó sitio. Los últimos en llegar tuvieron que sentarse en los escalones o se quedaron de pie junto a la puerta. Arezu miró en derredor. Vio a su lado a la mujer mayor con cara de gato, que le sonreía. Colocaron las flores y los dulces en el escenario, detrás de la larga mesa. El hombre del traje claro se sentó a esa misma mesa, cara al público, de espaldas a los ramos de flores y a los paquetes de dulces. La multitud calló.

–¡Buenos días! –saludó el hombre–. Me llamo Behzad y soy drogadicto.

Arezu creyó haber oído mal.

–¡Buenos días, Behzad! –contestó la multitud.

«¿Y lo dice así, como si nada?» Behzad habló del instituto, de su evolución, de los meses y años de lucha para dejar la droga, de todos los aniversarios de desintoxicación y de todos los renaceres que lo aguardaban. Arezu se inclinó hacia la mujer y le dijo en voz baja:

–¿Usted también...?

–No sientas vergüenza –le contestó ella–. Pregúntame. Sí –añadió riendo–, mi hija y yo.

Se la señaló, parecía propiamente un gatito. Estaba en la puerta, tratando de encontrar asientos libres para la gente que seguía llegando.

–Lo mío era el opio. Mi hija, todo lo que encontraba, hasta que se pasó a la heroína. Al principio era el paraíso. Después fue el infierno. Ahora estamos curadas. En mi caso, hace poco menos de dos años, y en el de mi hija, justo dos.

Era como si hablara del final de un resfriado.

–No te preocupes –le dijo riendo–. ¿Y tú?

Arezu le indicó la primera fila. El hermano de Tahmineh agachaba la cabeza como si tratara de verse el botón del cuello de la camisa.

–Aquellos que han aguantado hasta treinta días –dijo Behzad.

Se alzaron varias manos en la sala. Behzad dio la palabra a la primera persona que había levantado la mano.

–Me llamo Mayid y soy drogadicto.

–Buenos días, Mayid –contestó la multitud congregada.

–Lo dejé hace veintiséis días.

–¡Bravo! –aplaudió la multitud.

–Me llamo Naghmeh –dijo la dueña de la segunda mano– y soy drogadicta. He aguantado tres meses.

Y, uno detrás de otro, fueron hablando todos. Alí, Chahram, Sudabeh, seis meses, un año, tres años, nueve años. La multitud saludaba y aplaudía. «Ayeh quiere irse a París», pensó Arezu, «ha creado un blog, no habla conmigo...». Miró a Sohrab, que escuchaba los testimonios. El hermano de Tahmineh miraba las flores. Parecía un gatito asustado que no sabe si lo llaman para darle de comer o para propinarle un puntapié. «Y si un día Ayeh...», pensó Arezu. Los aplausos, los silbidos, los hurras y los bravos le hicieron saltar de su asiento. Un muchacho de unos quince o dieciséis años soplabá dos velas plantadas en un pastelito. La mujer mayor le dijo en voz baja:

–Es el más joven de todos nosotros. Se chutaba heroína desde que tenía diez años.

Arezu sintió frío. Tenía ganas de llorar y estaba mareada. Miró hacia Sohrab, que se volvió como si alguien lo hubiera llamado. Arezu tomó un dulce del paquete que le tendían. No podía recordar si había dado las gracias.

Con la mano en el picaporte, Ayeh declaró:

–No sé cuándo volveré. Ya conoces a Maryane, hasta que no hojee cien revistas de moda y agote a la modista, no es capaz de elegir un vestido. Sobre todo un vestido de novia. Ha hecho lo imposible para conseguir una cita este viernes –imitó a Maryane–: «¡Tengo que estar yo sola con la modista!». No te preocupes, volveremos con su madre.

Arezu se quedó mirando un instante la puerta cerrada y luego fue a la cocina a descorrer las cortinas. Las montañas seguían blancas de nieve. «Gracias a Dios», dijo sonriendo, «todavía no han construido nada en vuestras laderas». Después dirigió la mirada a las casas, las torres, los inmensos edificios de fachadas verdes y dinteles escarlatas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. «¡Parece enteramente una construcción de Lego!» Y luego su mirada se detuvo sobre el teléfono. «¡Ojalá estuviera aquí!» Sohrab había insistido en que lo acompañara:

–No se tardan más de cuarenta minutos hasta Isfahán. Desde allí alquilamos un coche hasta... –le dijo el nombre del pueblo, pero ella no lo oyó o no lo recordaba–. El viejo se ha decidido por fin a vender la herencia de tres generaciones. Estoy seguro de que encontraremos cosas interesantes. Aunque no compremos nada, ya solo la casa en sí merece una visita. Ven conmigo.

–Pero estoy hasta arriba de trabajo en la agencia. He pedido cita con el dentista para Ayeh. Tengo que acompañar a mi madre al médico.

Sohrab le dedicó una de sus sonrisitas, apartándose con las yemas de los dedos el mechón que le caía en la frente.

–Pronto me las apañaré para que no tengas nada que hacer. Viajaremos, recorreremos Irán de un extremo a otro, daremos la vuelta al mundo, ¿de acuerdo?

Arezu se contentó con echarse a reír.

Con la mirada perdida en las montañas, pensó en lo agradable que habría sido acompañar a Sohrab a Isfahán, o adonde fuera, incluso a ninguna parte. Nunca había sentido tantas ganas de estar con alguien.

Mah-Monir estaba invitada en casa de Sarvar janom.

–No me apetece nada –refunfuñaba.

–¡Pues entonces no vayas! –le dijo Arezu.

Mah-Monir entornó los párpados.

–¡Sí, claro, para que mañana se ponga a despotricar contra mí! No va a parar de repetir que no he ido porque estaba enferma. Puedes estar segura de que ya sabe que tengo cita con el médico. Además, también estarán los señores Moti'Abadi. Quería invitarlos un día de estos. Lo voy a hacer hoy mismo. Su nieto acaba de regresar de

Estados Unidos. Vive por todo lo alto. Darvar me ha dicho que le estaban buscando esposa. Quién sabe si...

Arezu se esforzó por no oír lo que su madre dijo a continuación.

Shirine estaba en su clase de los viernes: ¿yoga?, ¿meditación?, ¿autoconocimiento? Ya no se acordaba. Cogió el teléfono, «por si llamara», y bajó la escalera con la mano en la barandilla. «Tengo que pintarme las uñas», se dijo, observándose la mano. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo había hecho? ¡Años! De niña se mordía las uñas. Mah-Monir solía pegarle en los dedos. ¡De nada servía! ¡Le había ordenado a Nosrat que le metiera las uñas en el pimentero, que se las untara de arsénico! ¡Lo que fuera, pero que hiciera algo! Los avergonzaba a todos mordiendo las uñas en público. Hasta el día en que Nosrat, al encontrar a Arezu llorando, la llevó al cuarto de baño, le lavó las manos y el rostro, y la condujo a la despensa. Cogió un gran tarro de mermelada de moras y sirvió un poco en un platillo. Le mojó los dedos en la mermelada y, uno detrás de otro, los llevó a la boca de la niña, así hasta que el platillo quedó vacío. A continuación le dio un beso en cada dedo, haciéndole carantoñas. Desde ese día, Arezu dejó de morderse las uñas. Nunca se las dejó largas. Ahora, cada vez que Ayehe se las mordía, ella a su vez la regañaba, pero su hija se contentaba con encogerse de hombros.

—¡Tú también te las mordías!

Si estaba por allí, Mah-Monir añadía:

—¡Oh, sí! Nos costó mucho que dejara de hacerlo. Querida, tú no te las muerdas, ¿de acuerdo?

En el tocador de Ayehe encontró un frasco de esmalte incoloro perdido entre paquetes de galletas abiertos, dos o tres pares de pendientes y una lata de Coca-Cola vacía. Entonces sonó el teléfono. Contestó y enseguida reconoció la voz al otro lado del hilo. Se echó a reír.

—¿Cómo has encontrado un teléfono en ese pueblucho perdido?

Se sentó en la cama de Ayehe, hablando, escuchando y riendo. Las uñas de su mano izquierda iban adquiriendo el color de la cáscara de la cebolla. Se encajó el auricular entre el hombro izquierdo y la barbilla. El meñique de la mano derecha se tornó del mismo color.

—Apuesto a que has comprado un camión entero de cerraduras, picaportes y antiguallas, ¿eh?

Se rio a carcajadas.

—La madre de Tahmineh nos ha invitado a cenar el martes. Es mañana cuando vuelves, ¿no?

Se pintó la uña del dedo corazón.

—¿Cómo que no puedes venir? Para la pobre mujer es muy importante. Tahmineh me ha repetido lo menos veinte veces que su madre ha insistido mucho en que el señor Zaryu fuera también. ¡No puedes faltar!

Metió el pincelito en el frasco de esmalte.

—¿Que por qué insiste para que vengas? Pero, hombre, está claro: a ver, ¿quién ha conseguido que ingresaran a su hijo? ¿Quién ha encontrado ese centro (como diablos se

llame) para drogadictos? ¿Qué? ¡No! Descuida. Se lo pregunté a Tahmineh. Me dijo que lo acompañó a la reunión de anteaer. A la de mañana irá otra vez ella, o yo, o quizá Shirine. No te preocupes.

Se pintó la uña del dedo índice.

–Tienes que venir. Shirine y yo no nos animamos a conducir hasta Sar-Cheshmeh.

Escuchó un momento y luego se echó a reír.

–¡Sí! Necesitamos a toda costa un chófer, ¿qué me dices?

Pasó a la uña del pulgar.

–Ha acompañado a su amiga a elegir el vestido de novia.

Cerró el frasco de esmalte y sonrió, contemplando el cielo por la ventana.

–La nuestra puede que sea pronto también. Tengo que encontrar la ocasión de hablarles del tema.

Levantó la mano izquierda, examinándose el color de las uñas.

–Sohrab jan, no me des la tabarra con eso, por favor. Te he dicho que «cuando encuentre una buena ocasión para ello». ¡No me pega nada el esmalte de uñas! En lugar de manos, parece que tengo pezuñas de cabra.

Recogió un calcetín del suelo.

–No, no estoy cambiando de tema. A lo mejor es que... No sé... Sí, a lo mejor es que tengo miedo.

Miró la pantalla apagada del ordenador.

–No sé por qué, pero me cuesta hablar de ello.

Dejó el frasco de esmalte en la mesilla de noche y se dirigió al escritorio.

–¡No! ¡No hace falta hablarlo con Mah-Monir!

Tropezó con un montón de pantalones vaqueros, blusas, zapatillas de deporte y libros fotocopiados.

–¿Shirine? No dirá nada, me echará un sermón o se burlará de mí.

Se agachó para recoger un pantalón y lo dejó sobre el brazo del sillón.

–A decir verdad, me dan un poco de miedo las reacciones de las tres.

Cogió una foto enmarcada que había sobre la mesa, en la que salía ella con Hamid y Ayeh, unos años antes en un café parisino; Hamid tenía entradas y el pelo largo en la nuca.

–No se opondrán, pero... ¡Bueno! Podríamos empezar por anunciárselo primero a Shirine el martes por la noche, ¿no?

Dejó la foto sobre la mesa.

–¡Otra vez te estás haciendo de rogar! Ven a recogerme a la agencia hacia las seis. Serán las siete cuando lleguemos a Sar-Cheshmeh. Estamos allí media hora o tres cuartos como mucho, y luego nos llevas a cenar al restaurante de la señora Sarmadi. Cuando lleguemos a los postres y al café, se lo anunciamos a Shirine, ¿te parece bien? Entonces, ¿vienes a casa de la madre de Tahmineh?

Recogió los bolígrafos repartidos por toda la mesa y los guardó en el plumier.

–Sí, me he tomado las pastillas. Mañana llámame en cuanto vuelvas, ¿vale?

Luego se quedó mirando la pantalla apagada del ordenador, sonriendo.

–Yo también... ¡mucho, mucho, mucho!

Sin dejar de sonreír, apagó el teléfono pulsando una tecla: «¡Vamos a ver lo que ha escrito esta vez la muy brujilla!». Y luego pensó: «¿La estoy espiando? Después de todo, los blogs se escriben para que los lea todo el mundo. Soy una lectora como las demás». Encendió el ordenador. Se abrió una ventanita que le pedía una contraseña. Reflexionó un instante y tecleó AYEH. El ordenador le denegó el acceso. Tecleó AREZU, sin éxito. Probó con HAMID. Entonces apareció en la pantalla la página principal, y pudo abrir el blog.

Ahora que os he hablado tanto de mi madre, tengo que deciros algo que me angustia cada vez que me pongo a pensar en ello. Hace mucho tiempo mi madre le contó a la tía Shirine (creían que yo estaba dormida) que cuando murió mi abuelo (lo recuerdo muy bien) mi abuela solo pensó en los detalles del funeral, que, según ella, debía dejar bien alto el honor de la familia. Las velas debían ser negras por completo, los dátiles tenían que estar rellenos de pistacho, para dar un toque de color a la bandeja, etc. Tras las ceremonias de la cuarentena, aparecieron los acreedores. Entonces descubrimos que mi abuelo había contraído muchísimas deudas. Mi madre se quedó anonadada. Se golpeaba la cabeza, diciendo que se iba a morir. ¡Que Dios la proteja! Mientras tanto, a mi abuela (yo no estaba, me habían mandado a casa de un familiar) no se le ocurrió otra cosa que ponerse su abrigo de astracán y arrimarse al radiador, temblando. Al final (perdonadme si os doy la lata con esto), mi madre dimitió de su puesto en la empresa donde trabajaba para dirigir la agencia de mi abuelo. Negoció con los acreedores el plazo de vencimiento de las deudas. Yo creo que todavía no ha terminado de pagarlas, aunque nunca habla de ello.

Arezu cerró los ojos, se levantó y se puso a recorrer la habitación de un extremo a otro, nerviosa. Se detuvo ante la ventana, frente a la autopista desierta. «¡Y nosotros que creemos que los niños no se enteran de nada!» Volvió junto al escritorio.

Cuando releo lo que acabo de escribir, me digo: ¿por qué cuentas todas estas cosas sobre tu madre?, ¿qué es lo que te pasa? Lo que me pasa, creo, es que quiero ser libre, sin que haya siempre alguien que me diga: «¿Has comido? ¿Te vas? ¿Vienes? ¡Haz esto! ¡No hagas eso!». Como dice Forugh<sup>38</sup>, quiero poder darme un batacazo, o no dármele. Quiero sufrir, o no. Vamos, que si las madres no fueran tan pesadas... ¡Bueno! Ahora tengo que irme. Mi madre está llamando a la puerta de mi habitación. Esa es *otra* de sus virtudes: nunca entra sin llamar. ¡¡¡Vamos, Yalda janom, ahora puedes despotricar sin motivo contra tu madre!!!

Arezu tendió la mano hacia la caja de pañuelos de papel. «¿He tomado la decisión

correcta?»), se preguntó.

Escribo desde casa de mi abuela porque gracias a mí le ha dado la lata a mi madre para que le compre un ordenador: «Cuando Yalda yan viene a mi casa necesita un ordenador». No es por nada, pero Yalda yan no tiene nada que ver en esto. Si alguien posee algo y mi abuela no, se deprime horrores.

Por la radio de los vecinos se oía la sintonía de las noticias. «¡Ya son las dos!» Arezu prosiguió su lectura.

Estaba diciéndoos lo que me contó mi madre: «Justo después de casarme con Hamid (mi padre), me hablaba de cosas de las que no entendía nada. Y como no las entendía, pensaba que eran importantes. Hasta que leí los libros que él había leído y me di cuenta de que tampoco lo eran tanto. Y que, a fin de cuentas, la cultura no estaba solo en los libros». Yo no tengo opinión sobre la cultura de mi padre. Hasta cierto punto, soy más bien inculta. Lo único que sé es que, cuando mi padre viene a Teherán y vamos a casa de unos y de otros (mi padre tiene muchos amigos intelectuales), cuando se pone a hablar (tiene una labia tremenda), las mujeres se quedan extasiadas y parpadean, con sus largas pestañas cargadas de rímel. Sus labios, exageradamente pintados, le mandan besos. Los hombres asienten todo el rato con aire aprobador. «¡El doctor es una verdadera eminencia!» (Mi padre tiene un doctorado en Filosofía; le habré preguntado veinte veces por lo menos lo que significa «eminencia», pero el caso es que nunca me acuerdo.) Un día oí a mi madre contarle a la tía Shirine que cuando yo nací mi padre dejó de dormir con mi madre para que no le despertaran mis berridos. Todas las mañanas se quejaba de no haber podido dormir. Un día se lo recordé, con mucha delicadeza para no ofenderlo (pobre papaíto, ¡es tan sensible!). Y él me contestó, con una mirada tan ingenua que se me ablandó por completo el corazón: «¡Sí! Tenía que madrugar para ir a la universidad». Yo le dije: «¡Ya, bueno, mamá también tenía que levantarse temprano para ir a la universidad! Y además tenía que llevarme al colegio». Mi padre me miró como si le hubiera dicho algo totalmente incongruente: «¡Pero no es lo mismo!». Un montón de gente reacciona igual que él. Cuando critican a alguien, o cuentan chismes sobre esa persona, si les dices: «¡Sí!, pero tú también...», te contestan, mirándote estupefactos: «¡Ya, pero no es lo mismo!». ¿Nunca os habéis fijado?

Llamaron a la puerta. Como una niña a la que hubieran sorprendido robando dulces en la despensa, Arezu pulsó precipitadamente el icono que aparecía en una esquina de la

pantalla. Se levantó, salió de la habitación y subió la escalera a todo correr. Cuando abrió la puerta, Ayeh no le dio tiempo a hablar.

–Perdóname, perdóname, se me ha vuelto a olvidar la llave.

Arezu evitó la mirada de su hija. Le dio la espalda y se dirigió a la cocina.

–¿Cómo es que has vuelto tan pronto? ¿Ha podido escoger Maryane su vestido?

–¿Escoger su vestido? –Ayeh soltó una carcajada–. No me hagas reír. Me parece que después de irnos nosotras ¡habrán tenido que llamar a una ambulancia para la modista!

Arezu era la única mujer del bar-restaurant. Las mesas eran de metal, y los clientes estaban sentados en banquetas de madera o en sillas plegables. Solo quedaba libre una banqueta situada en el centro de la sala, junto a un barreño. En el borde, puestas en fila unas al lado de otras, se alternaban botellas de *dugh* y de Coca-Cola, así como macetas de jacintos y fuentes con semillas germinadas. Arezu vaciló un instante.

Le había llamado para preguntarle:

–¿Dónde almorzamos?

–En algún sitio cerca de la tienda –le había contestado él antes de añadir–. Elige un pantalón, y unos zapatos que te puedas quitar y poner fácilmente.

Arezu se vio plantada ahí, en mitad de ese restaurante próximo a la plaza Tup-Janeh, sola entre unos cincuenta hombres que seguramente trabajaban en el barrio. Incómoda, se quitó los zapatos, se sentó con las piernas cruzadas en un rincón del banco de madera y se enfrascó en la contemplación del estampado rojo y verde del kilim. Se esforzó por no mirar a su alrededor, ni siquiera al camarero, que había venido a tomarle nota. Este se retiró y volvió al cabo de unos minutos. Con un tono neutro, como si estuviera diciendo «estamos a martes o a miércoles», se dirigió a Arezu:

–Hassan aga dice que el banco es muy incómodo.

Le dio dos cojines de gomaespuma forrados con una tela de flores y luego se retiró. Arezu miró los cojines con aire sorprendido.

–¿Hassan aga?

–Es el dueño del restaurante –dijo Sohrab–. El hombre al que he saludado al entrar –añadió con el mismo tono indiferente.

Ella miró disimuladamente a Hassan aga, que daba cabezadas detrás del mostrador. Nadie prestaba atención a Arezu. El camarero trajo el potaje en una bandeja redonda con toda clase de guarniciones. Sohrab vertió el caldo en dos cuencos de zinc.

–Moja pan mientras yo machaco la carne.

Al ver a Sohrab con el mortero, Arezu recordó el restaurante suizo, el filete, los cuchillos y los tenedores. El pan *sangak* estaba caliente y crujiente. Cuando sintió el olor de los condimentos, se le abrió el apetito. Mientras comía, le habló del blog de Ayehe. La actividad de la agencia había aumentado, iba a tener que contratar a un nuevo empleado. Había una gotera en uno de los cuartos de baño de casa de su madre. Había que reparar el tejado, para que fuera estanco. El dentista había decidido arrancarle a Ayehe una de las muelas del juicio, y su hija estaba nerviosísima. También tenía que cambiar las cortinas del dormitorio...

Sohrab cogió un poco de carne, un puñadito de finas hierbas y lo puso todo sobre un

pedazo de pan.

–Nunca entenderé cómo pueden las mujeres pensar y hacer diez cosas a la vez...

–Hola, querido Sohrab –dijo una voz.

Arezu levantó la cabeza y vio a un hombre joven y algo grueso que la saludaba con la mirada baja y luego le ponía a Sohrab una mano en el hombro para impedir que se levantara.

–¡Por favor, no te levantes! Solo he venido a saludarte antes de irme. ¿Cómo estás? ¿Todo bien? ¿Y tu salud?

Se volvió hacia Arezu sin levantar los ojos y se inclinó ligeramente.

–Oh –exclamó Sohrab riendo–. ¡Mi querido Mehdi! –se levantó enseguida para estrecharle la mano–. ¡Qué alegría! ¿Por dónde andas? No se te ve mucho últimamente, Farangui me dijo que te habías ido al Caspio. ¿Estabas harto de vernos, o es que buscabas nuevos Patrol?

Mehdi dijo algunas palabras riendo y, de nuevo, se volvió hacia Arezu con la mirada baja y le dijo:

–Con su permiso.

Acto seguido, volviendo a concentrarse en Sohrab, añadió:

–Pásate un día de estos. ¡Viva Alí! –exclamó al marcharse.

Arezu observó un momento a Mehdi, que pagaba la cuenta en la caja.

–¿Este es ese tal Mehdi que...?

–¡Mehdi-Patrol! –contestó Sohrab asintiendo.

Arezu partió pedacitos de pan sangak mientras Sohrab se servía guarniciones en el cuenco. Se echó a reír.

–¿De qué te ríes? –quiso saber él.

–Acabo de darme cuenta de que hablas con cada cual según hable cada uno.

Mojó un pedazo de sangak en el cuenco de salsa de yogur y pepino. Sohrab la miró atentamente.

–¡Por fin has visto cómo hablo con cada persona!

Le cayó sobre la frente un mechón entrecano, y sus ojos castaños brillaron.

–Déjame que hable con tu madre y con Ayeh.

Arezu sintió que había comido demasiado. Mojó otro pedazo de sangak en el mismo cuenco de antes y se incorporó un poco.

–No, por ahora no.

–¿Por qué?

Arezu se encogió de hombros y asintió, observando el mortero manchado de la grasa del guiso. En la caja, cuando Sohrab hizo ademán de pagar, Hassan aga le dijo:

–Te ha invitado aga Mehdi.

Ni uno ni otro pronunciaron palabra hasta que llegaron a la verja de Bagh-e melli. Arezu se preguntaba por qué aplazaba siempre lo que debía y quería hacer. Si les contaba a Ayeh y a Mah-Monir su decisión, ¿qué ocurriría? Mah-Monir seguramente le montaría su clásico numerito, y puede que incluso refunfuñara. Y Ayeh le soltaría

algunas pullas, o quizá no. Al final Sohrab terminaría por hablar con ellas, ese hombre sabía muy bien lo que hacía. Era muy capaz de hablar con ellas... ¿Por qué no se lo permitía? ¿Por qué no se decidía? ¿Por qué? Dudaba, pero ¿de qué? ¿Acaso tenía miedo? Sohrab se detuvo ante la gran puerta de hierro forjado, levantó la vista y miró hacia el parque.

—¿Recuerdas que te dije que alguna vez tendríamos que volver por aquí?

Arezu levantó la cabeza. Admiró la disposición de los ladrillos por encima de la puerta, los azulejos y las columnas.

—La primera vez que vine tenía siete u ocho años.

Entonces la verja le había parecido inmensa. Y su impresión no había cambiado.

—¿Estás preparada? —le preguntó Sohrab.

—Sí, lo estoy —contestó Arezu, y mientras andaba empezó a contarle.

Su padre trabajaba cerca. No recordaba bien aquella visita, solo la verja, el enorme algodón de azúcar que su padre le había comprado en una tienda cercana y que le había durado todo el camino de vuelta a casa.

—Yo también he comido aquí multitud de algodones de azúcar —comentó Sohrab—. Todavía recuerdo dónde estaba la tienda. Y ahí sigue. En invierno vendían también remolachas calientes. Y en verano, helados y *faludeh*. Ahora es una pizzería.

Cruzaron la verja y se adentraron por una zona peatonal. Arezu abarcó con la mirada la inmensa avenida, los grandes edificios de ladrillo del Ministerio de Asuntos Exteriores y la puerta central, con sus capiteles en forma de cabeza de león o de caballo. No terminó de contarle la historia del algodón de azúcar, no le contó que Nosrat le lavaba las manos y la boca pegajosas. La voz de Mah-Monir llegaba hasta el cuarto de baño: «¡Véndelas! ¿De qué sirve un puñado de tiendas destartadas en la otra punta de la ciudad? Hay que comprar alfombras, plata, cristal fino. Con las cuatro perras que tienes, ¿cómo quieres que conserve mi rango?». Nosrat le había secado las manos con una toalla, diciéndole: «Lo que el hombre se afana en reunir, poco tarda la mujer en gastar». «¿Qué dices?», le había preguntado ella. «Nada, querida. Ven, que no te he limpiado la boca.»

Su padre vendió las tiendas. Mah-Monir compró las alfombras, la plata y el cristal fino. Y viajaron por Europa.

Sohrab se detuvo al borde del paseo central de la avenida.

—Si quieres saber mi opinión, esta es la parte más bonita de la ciudad. Mira los árboles, están todos en flor. Esto ya no parece Teherán. Y, sin embargo, sí que lo es, o más bien lo era. Ya no se sabe bien lo que es el lugar donde vivimos hoy.

Recorrieron toda la avenida. Cuanto más avanzaban, menos intenso era el ruido de la calle y del tráfico. Desde el jardín del museo Malek les llegaba el murmullo de una fuente. Un hombre salió del Ministerio de Asuntos Exteriores con una carpeta bajo el brazo. Tosió y escupió en la cuneta, al borde de la cual había plantados unos claveles de Indias. Volvieron hacia la tienda.

—Hablaré con Mah-Monir y con Ayeh —declaró Arezu.

Antes de retirarse, el señor Farhangui sirvió el té deshaciéndose en cortesías.

–Háblame de Isfahán –dijo Arezu–, bueno, de ese sitio cuyo nombre no recuerdo.

Sohrab dejó la taza en el platillo riendo.

–Yo tampoco lo recuerdo. En tiempos era un lugar soberbio, con casas muy antiguas de paredes de adobe. Cuando las mirabas por fuera, parecían decirte: «Por dentro no tienen el menor interés». Sin embargo, cuando entrabas te quedabas extasiado, como dices tú, ante tanta belleza.

Se levantó y se dirigió a la estantería de libros.

–Los nombres eran deliciosos: el «Jardín de los membrillos»; la «Plaza de los nogales»; la «Fuente de las margaritas». Hoy en día en el pueblo ya solo quedan unas pocas familias. Se han marchado todos a la ciudad, como dicen ellos, es decir a Nain, Isfahán o Teherán. El anciano era amigo de mi padre.

Se detuvo ante la librería, volvió la cabeza y dirigió la mirada al patio interior. Farhangui estaba limpiando las ruedas de la calesa con un pañuelo de cuadros.

–Me ha hablado de las cacerías en las que participaba con mi padre, en los tiempos en que, como él dice, el pueblo aún tenía vida. Me ha enseñado objetos que los museos de Europa se pelearían por tener. «Estaría bien que los compraras tú», me ha dicho. «Mis hijos no los aprecian en su justo valor. A ellos solo les interesa el dinero.» Le he comprado varios, me los enviarán en los próximos días.

Abrió una de las vitrinas.

–Ahora ven a admirar esto. La última vez que viniste no te dio tiempo.

Había una serie de objetos dispuestos en cuatro estantes. Arezu se acercó para verlos. Uno de los estantes estaba lleno de picaportes, y otro, de cerraduras, todas antiguas.

–Los juguetes de cuatro generaciones –dijo Sohrab.

Cogió un candado dorado muy pequeño.

–Es de oro puro. Procede de un cofre de joyas francés del siglo XVIII.

Le enseñó otro con forma de dragón.

–Este es chino, de hace tres o cuatro siglos.

Había también un picaporte con su propia cerradura que se cerraba girando el pomo de una manera determinada. Otro picaporte estaba diseñado de tal forma que después de haber cerrado la puerta, si alguien volvía a abrirla, el dueño del lugar podía saber que habían entrado en su ausencia. Había también candados en forma de cabra montesa, de cangrejo, de tiburón, y picaportes que parecían el fruto de toda una vida de trabajo.

Arezu era como una niña a la que hubieran puesto delante un centenar de juguetes. Los contemplaba riendo con ganas.

–Nunca habría pensado que algún día sería sensible a la belleza de las cerraduras y los picaportes.

Sohrab le enseñó un candado rectangular con tres llaves.

–Esta fue la primera pieza que compró mi bisabuelo. Después mi abuelo prosiguió la colección, luego mi padre, y ahora yo.

Cogió un picaporte en forma de cisne: el cuerpo del ave iba pegado a la puerta, el cuello se adaptaba perfectamente a la palma de la mano, y los ojos estaban hechos de

pedras esarlata.

Sohrab acarició con el dedo el cuello del cisne. Arezu lo imitó. Un rayo oblicuo de luz iluminó los ojos del ave desde el patio interior. Durante unos instantes, el mundo se redujo a esa estancia de techos altos donde la sombra y la luz jugaban sobre cerraduras y pomos inventados por desconocidos.

En el estante más bajo estaban dispuestos todos los picaportes nuevos. Arezu cogió uno color verde jade, con un ribete de oro.

—¡Qué color más bonito! Me parece que ya he visto uno como este en algún sitio. ¿De qué material está hecho?

—Es plástico prensado. Estos he decidido ponerlos aquí. ¿Quieres un helado?

Arezu se inclinó para admirar el resto de los picaportes. Sohrab cerró la puerta de la vitrina.

—Hay una heladería en la esquina...

—¡No, por favor! He comido tanto que voy a reventar...

«¿Por qué no me habrá dejado mirar los otros picaportes?», se preguntó Arezu. «Estoy segura de haber visto en alguna parte ese redondo y blanco.»

El picaporte tenía un girasol grabado.

El Patrol se adentró por una calle estrecha. Tahmineh y su hermano esperaban en la puerta. Arezu les saludó con la mano desde el coche.

–Parece que el hermano ha engordado un poco, ¿no?

–La hermana también tiene mejor aspecto.

–¿Has hablado con el médico?

Arezu cogió del asiento de atrás el ramo de flores y el paquete de dulces.

–Largo y tendido. El centro ha ayudado a muchos adictos.

El hermano de Tahmineh retiró dos bidones que había entre los coches. Les mostró el hueco que les había reservado, y Sohrab aparcó.

–Sí, pero tenemos que apoyarle. Mejor bájate, porque me voy a tener que pegar mucho a la pared.

El hermano de Tahmineh saludó primero a Arezu, luego fue hasta Sohrab, le tomó las manos en silencio y se contentó con mirarlo.

–Bienvenidos –dijo su hermana casi sin voz.

Sohrab le pasó un brazo alrededor del cuello al muchacho.

–¿Cómo está mi amigo? Parece que todo va viento en popa, ¿eh?

Se dirigieron los cuatro a la casa. La madre de Tahmineh los esperaba junto al estanque, con su chador blanco de flores. Arezu bajó la escalera. Vio de reojo a Sohrab coger al joven del brazo y decirle:

–¡Espera un momento!

La madre de Tahmineh abrazó a Arezu sin pronunciar palabra. Esta le dio las flores y los dulces a su hija.

–Rezo al cielo –dijo la mujer, besándola en las dos mejillas–. Es todo cuanto puedo hacer.

Luego la besó también en la frente.

–Dios me ha quitado a mis dos hijos. Sin duda era su voluntad.

Pasó su mano huesuda por la mejilla de Arezu y luego por sus propios ojos.

–Pero ha enviado a un ángel para salvar a este.

Arezu puso las manos en los hombros de la mujer, diciéndose en su fuero interno: «¡No es momento de lloriquear!».

–¿Por qué llorar? –dijo en voz alta–, sobre todo ahora que Sohrab empieza a estar mejor y...

Miró a su alrededor, buscando algo que añadir.

–¡Qué patio más bonito!

Era un patio con el suelo de ladrillos, un estanque hexagonal en el centro. Una hilera de

columnas entorchadas sostenía el tejado de la galería. Las ventanas de la planta baja estaban enmarcadas de azulejos. Parecía una acuarela. En la pálida luz del crepúsculo, las puertas que daban a la galería se habían tornado de un color crema. Tenían vidrieras de colores y pequeñas aldabas en forma de puño cerrado. Esta vez, Arezu exclamó de corazón:

–¡Qué casa más hermosa!

Los dos hombres bajaron a su vez la escalinata. Zaryu saludó a la mujer. Esta, escondiendo un ojo tras el chador, contestó a su saludo. Vaciló. Miró por turnos a su hija, a su hijo, a Arezu, y luego se concentró en las baldosas del suelo. A continuación, con aire temeroso, indicó una puerta abierta a una habitación iluminada, repitiendo:

–¡Por favor!

Entraron en la estancia. Inclinandose para quitarse los zapatos, Arezu lanzó una mirada al pomo de la puerta de doble hoja. No se equivocaba. Había visto el mismo puño cerrado en uno de los estantes de la librería de la tienda de Sohrab. Se sentaron en la alfombra y se reclinaron sobre cojines turcomanos. Uno después de otro, Tahmineh, su madre y su hermano salieron de la habitación, disculpándose.

–Pobres –dijo Arezu–, se han tomado muchas molestias.

–¿Te has fijado en esas molduras de escayola? –le preguntó Sohrab, admirando el techo.

Arezu miró el techo y las molduras de la chimenea.

–¡A saber de cuándo será esta casa!

–Del final de la época de Nasereddin Sha.

Arezu acercó la cabeza y preguntó en voz baja:

–¿Hay algo que no sepas?

Sohrab acercó la cabeza a su vez y contestó:

–¡Sí! No sé poner rulos.

Arezu se echó a reír.

–¡Anda ya!

–Mi madre se ponía rulos todas las noches. Siempre le faltaba alguno porque yo se los quitaba para jugar.

Miró el manto de la chimenea.

–Al final, mi madre acabó por comprender. Me compró dos paquetes de rulos de todos los tamaños para que dejara de quitarle los suyos. Esos seguro que son los hermanos de Tahmineh, y ese de ahí, su padre.

Señaló tres fotografías enmarcadas y colgadas encima de la chimenea en las que se veía a un joven con uniforme militar, otro con un poblado bigote y un hombre con un traje de rayas, con el codo apoyado en un gran taburete sobre el que había un tiesto con un helecho muy frondoso. Tahmineh entró con la bandeja del té, y su madre, con una fuente de dulces. Su hijo les ofreció una cesta de fruta.

Arezu cogió un vaso de té y le preguntó a la madre:

–¿Cuánto hace que viven aquí?

Sonrió a Tahmineh, que le ofrecía azúcar, declinando con un gesto. La madre de la

muchacha se sentó en cuclillas y se ajustó el chador en la cabeza.

–Desde que falleció mi pobre marido.

Miró la foto sobre la chimenea.

–Esta casa es de su familia. Ahí donde están ustedes sentados se encontraban en otros tiempos los apartamentos privados.

Con la mano, señaló la parte izquierda del salón.

–A este lado, y hasta la calle más o menos, estaban los apartamentos para las recepciones. La casa se fue vendiendo por partes. Le he contado toda la historia al señor Zaryu.

Tahmineh y su hermano le lanzaron una mirada de reprobación. Asustada, la madre les ofreció unos dulces.

–Por favor, sírvanse. Son los dulces que han tenido la amabilidad de traernos. Seguramente estarán deliciosos. Pero estos *nun-e nojodchis* tampoco están mal. Son caseros.

–Los ha hecho mi madre en su honor –intervino Tahmineh–. Hacía años que no los preparaba. Y prueben también estos *ghottabs*. Mi madre no los preparaba desde que murieron mis hermanos –le dijo la muchacha a Arezu al oído.

Esta admiró las paredes.

–Se diría que acaban de pintar. Está todo precioso.

La madre se volvió de nuevo hacia Zaryu y le ofreció el plato de *ghottabs*:

–Por favor, sírvase.

Sohrab hablaba con el hermano de Tahmineh, que colocaba la fruta en unos platos. Arezu se bebió su té, observando el pomo de la puerta. «Aquí ha ocurrido algo.»

–Vamos a ver el cuadro eléctrico –le dijo Sohrab al hermano de Tahmineh–. A lo mejor podemos arreglar la avería.

«¡Ahora resulta que también sabe de electricidad!», se dijo Arezu.

La madre siguió con la mirada a los dos Sohrab y luego se volvió hacia Arezu:

–Que Dios le conserve al señor Zaryu su naturaleza generosa. Es experto en todo. El calentador...

–¡Mamá! –gritó Tahmineh.

–¡Dios me castigue! –exclamó su madre.

Madre e hija bajaron la cabeza.

–¡Tahmineh! –exclamó Arezu en un tono que asustó a la muchacha.

–Le juro que no me he enterado hasta esta mañana. El señor Zaryu le pidió a mi madre que no se lo dijera a nadie.

–Que no le dijera a nadie ¿el qué?

La madre de Tahmineh dejó escapar un largo suspiro.

–Yo no sé mentir, Arezu janom. No entiendo por qué el señor Zaryu insiste en que no digamos nada.

Se llevó la mano a la frente, bajó la cabeza, y estaba a punto de decir algo cuando la puerta se abrió.

–Ya hemos encontrado la avería –informó el hermano–. Bueno, yo no, ha sido el señor

Zaryu. Mañana compraré un fusible.

Arezu miró a Sohrab con insistencia.

–¿Por qué no ha venido la señora Mosavat? –quiso saber la madre de Tahmineh.

–No se encontraba bien –contestó Arezu sin dejar de mirar a Sohrab.

Como un niño que hubiera hecho una travesura y temiera una regañina, Sohrab evitó su mirada. Tomó un nun-e nojodchi y se volvió hacia la madre de Tahmineh.

–Esta casa también tiene sótano, ¿verdad?

Arezu se esforzó por contener la risa, mientras preguntaba a la madre y a la hija, que los miraban a ambos con una expresión un poco inquieta:

–¿Le importa que visitemos el sótano?

«Parece muy importante para él que vaya al sótano», se dijo Arezu.

Bajaron unos escalones, y Tahmineh abrió la puerta. Arezu se quedó con la boca abierta: el suelo, las paredes y la bóveda de plena cimbra eran de ladrillos de color claro combinados con otros más oscuros, cuadrados, rectangulares o triangulares. El aljibe estaba revestido de azulejos turquesa en forma de flor de cinco pétalos. Sohrab iba y venía, girando sobre sí mismo.

–Mira el techo abovedado, ¿te das cuenta de que tiene por lo menos un siglo? Mira los marcos de las ventanas. ¿Y te has fijado en el suelo de ladrillo?

La mirada de Arezu se entrelazaba con la de Sohrab. ¿Cuántos ladrillos distintos componían los dibujos de ese mosaico?

Arezu dejó las cajas de nun-e nojodchis y de ghottabs en el asiento trasero. En el momento de despedirse, la madre de Tahmineh le dijo:

–Para el mantel de las haft sin. No es nada comparado con lo que les debemos.

Colocó su bolso entre las cajas.

–¡Bueno! ¿Me vas a contar ya lo que llevas todo el rato ocultándome?

Sohrab dio un volantazo a la derecha para dejar pasar a un Pride blanco que le daba las largas. Se pasó la mano por el cabello ralo.

–No lo sé. Pensé que... No lo sé. Este tipo de conversación me incomoda.

Arezu apoyó la espalda en la puerta del coche y le dijo, imitándolo:

–¿Y comportarte como te has comportado no te incomoda?

–¡Desde luego que no! –contestó él, riendo.

Arezu observó las orejas de Sohrab. «Parecen de bebé enteramente», pensó.

–Entonces cuéntamelo todo desde el principio.

–No hay ni principio ni final.

Se detuvo en un semáforo, puso el motor en punto muerto y apoyó la mano en el volante.

–Iban a vender la casa por cuatro perras.

–Pues este barrio no es nada barato.

–Los precios son altos, pero no en las calles pequeñas. De todas maneras, era una tontería, una casa de más de cien años...

–¡Ahora va a resultar que eres arqueólogo!

–Según tú, ¿cuántas casas como esa quedan en Teherán?

Arrancó el motor. El Pride blanco pasó a toda velocidad hacia la autopista y giró en dirección a Shemiran, haciendo chirriar sus enormes neumáticos.

–He hablado con algunos responsables de la Organización del Patrimonio Cultural. Han venido a visitar la casa.

Él también se incorporó a la autopista.

–Se han mostrado de acuerdo en dejar que la madre de Tahmineh y su familia vivan allí el tiempo que quieran. Y a lo mejor conseguimos que la Organización financie las obras de restauración.

Arezu se echó a reír. Sohrab le preguntó el motivo de su risa, sin apartar los ojos de la fila de coches que se extendía delante de ellos.

–¡Oh, por nada! ¿Qué sabes del padre de Tahmineh?

Llegaron a un semáforo en rojo. Sohrab se detuvo a la altura del Pride blanco, asomó la cabeza por la ventanilla y le dijo al muchacho sentado en el asiento del copiloto:

–¿Qué os pasa a tu amigo y a ti, estáis cansados de vivir o qué?

El joven, que llevaba la cabeza rapada al cero, se echó a reír.

–¿A esto le llamas tú vivir?

Sohrab se volvió hacia Arezu.

–¿Qué me has preguntado?

–El padre de Tahmineh, en la foto, él y su mujer... –buscó las palabras adecuadas– no pegan mucho juntos.

–Era un aristócrata, un hombre culto, un poeta. La madre era la hija del capataz. El niño bien se enamoró de la hija del capataz. Movié cielo y tierra para casarse con ella.

Puso el intermitente para girar hacia Zafaranieh.

–¿No fueron los guardeses de una finca en Gholhak durante años?

–Después de la boda, la familia desheredó al hijo. No sabía hacer más que caligrafía y escribir poemas. Estaba enfermo desde niño. La madre de Tahmineh consiguió que el dueño de la finca le confiase su cuidado y su mantenimiento. Aparte también era costurera. Esa situación duró hasta el fallecimiento de los dos tíos y del padre. Luego Tahmineh y sus hermanos tomaron el relevo.

Aparcó en la puerta del restaurante de la señora Sarmadi.

–¿Y Shirine? ¿Por qué no ha venido?

–No tengo ni idea.

Arezu bajó del coche.

–Bueno, en realidad sí que lo sé. Primero pretextó que tenía trabajo pendiente. Cuando insistí, me dijo de sopetón que no tenía paciencia para soportar nuestros arrumacos.

Sohrab no hizo ningún comentario y llamó al timbre. Arezu se fijó en el pomo de la puerta. Era redondo y blanco, con un girasol grabado.

–¡No! Un poco más a la izquierda. Más abajo. ¡Ahí, sí, ahí!

Sohrab hizo una marca en la pared, le dio el cuadro a Arezu y clavó el clavo. Luego recogió el cuadro, lo colgó encima de la chimenea y bajó del taburete. Retrocedieron juntos para ver cómo había quedado. El fondo del cuadro era marrón, blanco y naranja claro, y en primer plano había varios tonos de verde entre los cuales destacaba una mancha azul. De lejos se discernía una galería con algunas puertas cerradas o entornadas que daban a un vasto jardín lleno de árboles, con un estanque redondo.

–Es la casa solariega de todas las abuelas –comentó Arezu.

–Es la casa de Kamran, allí es donde nació, como su padre y su abuelo.

–¿Qué Kamran? –quiso saber Arezu, sentándose en el sofá de dos plazas.

–Todo el mundo creía, y sigue creyendo, que estaba loco. Pero yo siempre he pensado, y lo sigo pensando, que era un genio.

Miró a Arezu.

–¿Has hablado con tu madre y con Ayeh?

–No.

Miró el cuadro.

Sohrab no le preguntó por qué, pero ella pensó: «Debería preguntármelo, debería insistir».

–No he tenido tiempo.

Sohrab no contestó nada. Arezu se dijo que si hubiera fruncido el ceño, si hubiera refunfuñado, si hubiera dicho algo, al menos habrían podido tener un remedo de conversación, ella habría podido parapetarse tras unas pocas frases absurdas para no confesarle que todavía no estaba segura, que le daba miedo tomar una decisión equivocada, que...

–He estado ocupada –dijo con una voz apenas audible.

Sohrab miró el cuadro.

–Ya he pensado quiénes serán los testigos: Kamran y Yusof.

–¿Yusof?

–El médico.

Arezu apoyó las piernas en la mesa baja. Sohrab se levantó para enderezar el cuadro, que estaba un poco torcido, y luego volvió a sentarse y puso él también las piernas sobre la mesa.

–Yusof está volcadísimo en el centro de desintoxicación de drogadictos. No solo va regularmente a las reuniones con Tahmineh, sino que además se ha puesto a investigar y a colaborar con el centro...

–¿Por qué cambias de tema? –le preguntó Arezu, dándole un toquecito en el pie con la punta del zapato.

–¡No! Lo entiendo. Todavía estás indecisa.

Le devolvió la patadita. Absorta en la contemplación del cuadro, Arezu no dijo nada. Se quedó inmóvil, no se extrañó de que él la hubiera entendido.

–¿Tomamos un café? –propuso Sohrab levantándose.

Arezu se volvió hacia la ventana sin cortinas.

–¿Acaso no es una lástima ocultar estos hermosos marcos de ventana y las persianas? –dijo Sohrab.

Arezu le preguntó en voz alta, para que la oyera desde la cocina:

–¿Expreso o *espresso*?

Desde la cocina llegó el sonido de una carcajada. Arezu volvió a mirar el cuadro. Junto al estanque azul había una mancha roja y verde que, de lejos, parecía un arbusto florido. Si uno se acercaba mucho al cuadro ya no veía más que esas manchas rojas y verdes. «Quizá haya que mirar la vida desde lejos», se dijo. «Desde muy cerca solo se ven manchas.» Se levantó. Las cortinas de la cocina eran amarillas con flores color jade. Las habían comprado juntos. En el momento de cortar la tela, el vendedor les había dicho: «¡La felicito! La señora tiene buen gusto». Sohrab había fruncido el ceño con una mueca de descontento. Arezu se había reído. La tela la había elegido Sohrab. Después de media hora de discusión, Arezu había cedido por fin, diciendo: «Tienes razón, es la más bonita».

Sohrab echaba el café molido en la cafetera mientras Arezu admiraba las cortinas.

–¿Por qué el día que me rompiste el teléfono...?

Sohrab dirigió hacia ella el cacito del café, y replicó:

–Pero si el teléfono se te cayó a ti.

–¡Bueno, lo que sea, qué más da! ¿Por qué te comportabas como si fueras un campesino recién llegado del campo que no sabe lo que es una mesa, unas sillas y unas cortinas?

Sohrab inclinó la cabeza hacia atrás, riendo.

–Buscaba un pretexto para volver a verte.

Se apoyó en el mostrador.

–A lo mejor fue por tu mal humor. Me puse nervioso y empecé a decir tonterías.

–¿Por qué dijiste que no sabías cuántos dormitorios necesitabas? –le preguntó ella riendo.

Sohrab, en cambio, no reía.

–Eso lo supe desde el día en que te conocí. Había decidido casarme contigo. No sabía cuántos dormitorios querías tú exactamente.

Arezu miró su calvicie incipiente, sus ojos castaño claro y su boca siempre dispuesta a sonreír. Luego dirigió la mirada hacia las cortinas. «¿De verdad existen flores de este color?»

–¿Yusof y Kamran estarán en Teherán para Nauruz? –le preguntó.

Sohrab miró la cafetera.

–Todo el mundo estará aquí cuando tú quieras.

Quitó la cafetera del fuego.

–Pero tú piénsalo bien, no te precipites.

Arezu cogió dos tazas de café del estante, eran blancas con florecitas grises. «No, en realidad tengo que darme prisa», pensó.

–No, en realidad tengo que darme prisa.

Al marcharse admiró desde el pie de la escalera la ventanita del rellano, situada encima del velador que habían comprado juntos en el anticuario de su amiga Jaleh. Sobre el velador había un jarrón que habían encontrado en el Bazar Jomeh<sup>39</sup> y que contenía algunas ramas de calicantos que habían cogido juntos en el jardín. Cuando Sohrab le trajo su abrigo, Arezu pensó: «Sí, sí que existen flores color jade».

Llovía. Nosrat estaba quitando los trapos húmedos que cubrían las semillas germinadas. Uno a uno le pasaba los platos a Arezu, que los iba colocando en la mesa de la cocina.

–¿Para qué tanta historia? Ha repetido lo menos veinte veces que había que invitarlo. Sus mejillas carnosas estaban muy coloradas.

–Es tan curiosa que insiste en que lo invite.

Acarició las lentejas germinadas.

–Además, hoy en día tener novio está de moda. Le apetece presumir delante de sus amigas, quiere que vean que su hija también tiene un novio. Cuando se entere de que me voy a casar...

Nosrat sonrió de oreja a oreja.

–¡Gracias, Dios mío, qué buena noticia!

Se secó las manos empapadas en la falda plisada.

–Es lo que necesitabas. Vas a tener una vida bien organizada, un compañero. Es muy buena cosa.

Arezu miró por la ventana. Las ramas de los árboles se balanceaban suavemente bajo la lluvia. Nosrat recogió los trapos húmedos de la mesa y los escurrió. La lluvia resbalaba sobre los cristales.

–¿Y Ayeh? ¿Has hablado con ella?

Unas cuantas gotas cayeron en su falda de flores.

–No, todavía no.

Arezu fue hasta el fregadero, llenó de agua un bote de plástico y volvió a la mesa para regar las semillas germinadas. Nosrat examinó los jóvenes brotes.

–No les echés demasiada agua, querida, que se van a pudrir.

Arezu dejó el bote en la mesa.

–¿Estas dónde las vas a poner?

–En la despensa. Allí hay menos luz. El año pasado germinaron demasiado pronto. Una semana después de Nauruz ya estaban amarillas. ¿Se lo has dicho a Shirine?

Con un plato en cada mano, se dirigieron a la amplia despensa. Arezu empujó la puertecita con la punta del pie.

–¡No!

Las paredes estaban cubiertas hasta el techo de estantes llenos de frascos con condimentos, tarros de mermelada, botellas de agraz, de vinagre y de agua de rosas. También había cajas de todos los tamaños que contenían conservas y sacos de arroz. Nosrat le señaló un hueco libre en un estante.

–Ponlos ahí. ¿Por qué no le has dicho nada a Shirine janom?

–Ya la conoces –contestó Arezu riendo–. Es una feroz enemiga del matrimonio y de los hombres.

Nosrat empujó hacia el fondo dos platos que Arezu había dejado en el estante.

–Vamos a hacer sitio para los demás. Sí, pero la pobre, después de lo que le ocurrió...

Se dirigió a la puerta.

–Ya, pero Sohrab no es como los demás –replicó Arezu encogiéndose de hombros.

Se puso a pensar en qué podía decirle a Nosrat para describirle a Sohrab. No se le ocurrió nada y bajó los hombros, asintiendo con la cabeza. Nosrat cogió el último plato de semillas germinadas.

–Ya lo sé. Naim dice que es todo un caballero.

–¿Cuándo lo ha visto?

–Las pocas veces que ha ido a la agencia. Una vez Naim estaba descargando una caja de papeles o no sé qué de la camioneta, él se detuvo para ayudarlo y charlaron un momento.

Dejó el plato junto a los demás.

–Pero y ¿cómo supo Naim que...?

Se apoyó contra la puerta de la despensa. Nosrat se incorporó, riendo.

–¿Todavía no lo conoces? ¡Tiene olfato, y una curiosidad malsana! ¿Quieres una taza de té?

Con la mirada perdida entre los estantes, Arezu asintió con la cabeza, mientras Nosrat se dirigía a la cocina. Pensó: «¡Seguro que lo ayudó!».

Detrás de unos paquetes de pasta y de dos tarros de ajos en vinagre había una caja con una etiqueta en la que ponía, con la caligrafía un poco torpe de Nosrat: «Segundo de primaria». Arezu se acercó al estante, apartó los paquetes, cogió la caja, la dejó en el suelo y se sentó para examinarla. Nosrat la llamó desde la cocina:

–Ya está listo el té.

–Nosrat, ven –le dijo Arezu.

Sacó de la caja un cuaderno forrado de verde. El plástico estaba un poco arrugado. Cuando lo abrió, el celofán que mantenía unida la cubierta se despegó. Hojeó el cuaderno.

Cada año, a principio de curso, tenía la costumbre de sentarse con Nosrat y Naim a la mesa de la cocina para forrar los libros de texto. Arezu pegaba una etiqueta en los libros y los cuadernos con su apellido, su nombre y su clase. Luego Naim dibujaba al lado una flor, un pájaro, lo que Arezu quisiera, un dibujito del tamaño de la etiqueta.

Vació la caja: redacciones, deberes de matemáticas y dictados. Buscó sus dibujos y los encontró. En la primera página, una niña con trenzas y raya en medio. Cuando Naim terminó el dibujo, Arezu saltó de alegría: «¡Me has dibujado a mí!».

En la página siguiente había un narciso al lado de las zapatillas de casa de Arezu. Volvió la página y recordó que esas zapatillas eran un regalo que le había traído Nosrat de *Mashhad*. En la página siguiente se veía una mesa de comedor que parecía recién abandonada por sus comensales. Encima estaba la muñeca de Arezu. En la última página aparecía un

papagayo de plumaje verde claro, más oscuro en las alas, con el pico rojo y los ojos amarillos. Era un regalo de Naim y Nosrat por su cumpleaños. Le habían enseñado a decir «Arezu». Durante años había gritado «Ayu», y un día en que la puerta de la jaula se quedó abierta, escapó volando para no volver jamás. Por cada dibujo, Ayu había obtenido un sobresaliente.

Oyó una risita. Nosrat estaba en el umbral, con su bandeja del té en la mano.

—¿Dónde has encontrado eso?

Arezu se volvió hacia ella.

—¿Los has conservado durante todos estos años?

–Lo de Maryane y su madre es muy fuerte. ¡Han contratado a un *wedding coordinator*! –exclamó Ayeh.

–¿Un qué? –preguntó Mah-Monir.

–Es decir...

Ayeh miró a Arezu y a Shirine. Se levantó de la mesa del comedor.

–¡Un organizador de bodas! Un tal señor..., no recuerdo cómo se llama, pero organiza todo tipo de *ceremonias*<sup>40</sup>: bodas, aniversarios y funerales.

–Ceremonias –corrigió Shirine.

–Ceremonias, actividades –añadió Arezu.

Shirine se echó a reír, y Mah-Monir se enfadó.

–¡Qué pesadas estas dos, a ver cuándo nos dejan en paz! –y, volviéndose hacia Ayeh, le dijo–: Sigue contándonos, cariño.

Shirine y Arezu empezaron a quitar la mesa.

–El plato que nos has preparado estaba delicioso, ¿cómo has dicho que se llamaba?

Fueron juntas a la cocina.

–*Vindaloo*. La receta me la ha enseñado Sohrab.

Llevaron los platos al fregadero.

–¡Mira tú por dónde! –dijo Shirine, dejando los vasos sobre los platos–. ¿Y qué tal está el señor?

–¿Así es como me preguntas por él?

Shirine se quedó callada mirando el fregadero.

–Han decidido poner una carpa en la parcela del tío de Maryane –contaba Ayeh–. Al principio a Maryane no le gustó la idea –se puso a imitarla–: «¡La parcela del tío, no! Desde niña sueño con casarme en un lugar desconocido». Pero al final la han convencido porque el señor este que no recuerdo cómo se llama ha prometido que... –alzó la voz– el sitio que conoce desde niña quedará irreconocible.

–¡Pero bueno! –exclamó Mah-Monir–. Una boda al aire libre, ¿con este frío?

Arezu quitó de la mesa la ensaladera y el cuenco con las salsas.

–¡Me imagino que le darán una bolsa de agua caliente a cada invitado!

Se fue a la cocina.

–Van a instalar una carpa –dijo Ayeh riendo–. El señor como-se-llame les ha enseñado un montón de revistas europeas de decoración sobre bodas. Ha encargado en Turquía unos fuegos artificiales para el momento en que entren los novios. Se me ha olvidado la mitad de lo que me ha contado Maryane. Me ha dicho que el salón en el que firmarán el contrato matrimonial estará decorado como una iglesia. Todos los invitados estarán

sentados en sillas, enfrente de los novios.

Arezu y Shirine se miraron riendo.

–Y probablemente el mulá irá vestido como el papa para la bendición nupcial –dijo Shirine.

Mah-Monir se levantó y fue a sentarse en una de las butacas.

–No os burléis, es una idea excelente. De este modo, durante la ceremonia los invitados no estarán todo el rato molestando a los novios.

Se arrellanó en la butaca.

–Bueno, ¿y la cena qué?

Ayeh se instaló frente a su abuela, apoyando las piernas en el brazo de la butaca. Estaba a punto de ponerse a toquetear las hojas de la palmera cuando su mirada se cruzó con la de Arezu.

–¡Huy, perdón!

Bajó enseguida la mano. Arezu se apartó el mechón que le caía sobre la frente.

–Puedes quitar las puntas amarillas de las hojas.

Ayeh se quedó un instante sorprendida, y luego se lanzó sobre las hojas de la palmera.

–Maryane me ha dicho el nombre de todos los platos, pero se me ha olvidado. Los mismos que de costumbre, me imagino: *araña*, como dice Naim, o sea lasaña, *shirine polo*, *baghali polo*, cordero asado con perejil. Habrá dos categorías de camareros: para la ceremonia, un grupo de muchachas con traje de chaqueta azul marino, camisa y velo azul; para la cena, chicos y chicas con traje azul marino y corbata azul. Todos los manteles serán del mismo color, porque a nuestra querida Marmar y a su novio –puso boquita de piñón– les gusta el azul.

–¿Café o té? –gritó Arezu desde la cocina.

Shirine recogió el resto de los cacharros del almuerzo y se reunió con ella.

–Café para mí –y en voz alta, preguntó–: Monir yan, ¿café para usted también? ¿Y tú, Ayeh?

Como todo el mundo quería café, Arezu cogió del estante la cafetera y se la tendió a Shirine.

–Hazlo tú, que se te da mejor que a mí.

Shirine se hizo la sorprendida.

–¿Qué pasa, que tu querido Sohrab no te ha enseñado a hacer café?

Blandiendo la cafetera, Arezu hizo ademán de golpear a Shirine. La voz fuerte de Mah-Monir las llamaba desde el salón.

–Shirine, Arezu, ¿lo estáis oyendo? Han encargado los vestidos de la boda a las hermanas Farzaneh. ¡Dios sabe lo que les habrá costado!

Shirine vigilaba la cafetera en el fuego mientras Arezu, vuelta de espaldas, miraba por la ventana.

–Lo más importante que me ha enseñado Sohrab ha sido que...

Shirine apartó la vista de la cafetera y se volvió hacia su amiga.

–¿Qué ha sido?

Arezu se volvió despacio hacia Shirine.

–No ha sido, es.

Se observaron un instante. Shirine volvió a concentrarse en la cafetera, y Arezu, en las montañas. Levantó la barbilla, diciendo:

–Lo que me ha enseñado Sohrab es a quererme un poco más a mí misma en lugar de andar siempre ocupándome de unos y otros.

En las cumbres ya solo quedaba un poco de nieve. El café empezaba a hacer espuma en la cafetera. Shirine lo sirvió en las tazas.

–Esta boda no nos la podemos perder –comentaba Mah-Monir–. Maryane nos ha enviado una invitación a cada una.

–Como he leído en un blog –dijo Ayeh–, «¡ir a la boda del amigo es una obligación de la *sharia!*».

Se echó a reír.

Shirine y Arezu volvieron al salón, una con la bandeja del café y la otra con un plato de pasteles de crema.

–¿Has oído, Shirine janom? ¡Asistir a la boda del amigo es una obligación de la *sharia!*

Arezu miró fijamente los ojillos verdes de su amiga.

Fuera estaba oscuro. Las luces de la ciudad se iban encendiendo aquí y allá.

Arezu salió de la cocina, bajó los escalones, recorrió el pasillo y entró en el dormitorio. Encendió la lámpara y se detuvo a escuchar. Cuando Ayeah no estaba, la casa quedaba sumida en el silencio, un silencio relajante las primeras horas, pero que después se volvía opresivo.

«¿Acaso no es precisamente para estar sola por lo que vivo aquí?», pensaba. A su regreso de Francia había vivido un tiempo en casa de sus padres, antes de anunciarles que iba a buscar un piso para su hija y para ella. Mah-Monir le montó un numerito: «¿Tienes intención de que mi nieta viva en un apartamento minúsculo?». Se desgañitó, gritó enfurecida todo lo que quiso y más, se desmayó y, por último, estuvo mucho tiempo de morros. Arezu pretextó entonces que la casa estaba lejos de la empresa, a lo que Mah-Monir contestó enfadada: «Pero ¿quién te ha pedido que trabajes? ¡Como si para vivir necesitáramos las cuatro perras que ganas en esa empresa!». Arezu replicó que la casa estaba demasiado lejos del colegio de Ayeah. Pero Mah-Monir volvió a protestar: «Contrataré a un chófer para mi nieta».

Cuando se producían esas discusiones, su padre le decía a Nosrat: «Ve a preparar una infusión de borraja para la señora», o alejaba a Arezu de su madre, diciéndole en voz baja: «No te preocupes. Ya lo solucionaremos».

Por fin un día Arezu declaró: «Todo esto son meros pretextos. La verdadera razón es que quiero ser independiente». Mah-Monir la miró estupefacta. Nosrat corrió a la cocina. Al día siguiente, Arezu visitó varios pisos con su padre. Cada vez que entraban en uno, su padre murmuraba: «¡Por ahora, ni una palabra a tu madre!». Unas semanas más tarde fueron al notario a firmar. Al salir, en el momento de subir al coche, su padre le dijo: «¡Por ahora, ni una palabra a tu madre!». Arezu se rio mucho, y después, recuperando la seriedad, contestó: «¿Por qué le tienes tanto miedo a Mah-Monir?». Su padre se concentró un momento en el volante. «¿Miedo? No, yo la amo.» Giró la llave de contacto. «No lo sé, quizá también le tenga miedo.» Luego se rio y añadió: «¿Qué diferencia hay entre una cosa y otra?».

Arezu se tendió en la cama. Con las manos detrás de la nuca contempló el techo, preguntándose por enésima vez: «¿He tomado la decisión correcta?». Lamentaba que su padre ya no estuviera ahí para aconsejarla. Pero ¿en qué habrían cambiado las cosas? Su padre siempre estaba de acuerdo con lo que decía o con lo que quería. Y con Mah-Monir, igual. Poco importaba que madre e hija no estuvieran nunca de acuerdo entre sí. «¿Cómo hacía para contentarnos a las dos?», se preguntaba Arezu. Se volvió sobre la cama y contempló el tocador, los frascos de perfume, los tarros de crema, los tubos de

pintalabios, la foto de sus padres a la orilla del río, aquella otra foto, más grande, de Ayeh de niña que sonreía mostrando los huecos dejados por dos dientes que se le acababan de caer. Arezu había tomado esa fotografía de su hija en su casa de París. Ayeh estaba repantingada en un sillón de mimbre, de espaldas a la ventana, arrugando algo en la mano. Por la ventana se veía una tienda. Pero la fotografía estaba tan borrosa que nadie habría podido reconocer la panadería de enfrente. Ella era la única que lo sabía. ¿Cuántas veces había cruzado la calle corriendo, lloviera, nevara o hiciera sol, para comprar la baguette del desayuno o de la cena? Los dueños de la panadería eran una pareja joven oriunda del sur de Francia. Acababan de tener un bebé. El marido se pasaba la noche despierto para hacer el pan y los pasteles. Dormía durante el día, mientras su mujer atendía a los clientes. A veces, cuando no había nadie en la tienda, esta se sinceraba con Arezu:

–El bebé no ha pegado ojo en toda la noche. No me ha dejado descansar ni un momento.

–Ve a echarte una siesta después de comer, al menos –le aconsejaba Arezu.

–¿Y quién se ocupa de la tienda?

–Pues... ¡tu marido!

–¿Mi marido? Pero si no ha dormido en toda la noche, ha estado trabajando.

–¡Tú tampoco has dormido! ¿Acaso ocuparte de tu hijo no es también trabajar?

Miró la fotografía. «El niño ya será mayor. ¿Cómo se llamaba?» Ya no se acordaba. «¿Era un niño o una niña?» Solo recordaba la baguette y de que se comía un trozo antes de volver a casa, pensando: «¡Qué tonta esta panadera!».

Miró el escritorio que aparecía en la foto. Solo se veía una parte. Pero se acordaba muy bien de los libros, las libretas, el papel y la taza llena de lápices y bolígrafos. El día que tomó esa foto, llovía. Apoyó la cámara en la mesa. Se acercó a Ayeh y le preguntó: «¿Qué tienes en la mano?». Su hija abrió el puño: «Un calcetín de papá, estaba ahí». Le señaló la mesa con el dedo meñique. «¡Aaah!», exclamó Arezu, cogiendo con la punta de los dedos el grueso calcetín blanco y sucio para arrojarlo al suelo. Tomó a Ayeh en brazos y le dijo: «Ayeh va a llegar tarde al colegio, y mamá, a la universidad. ¡A ver si tu padre se entera de una vez de que la mesa no es sitio para un calcetín!».

Hamid se cambiaba de calcetines dos o tres veces al día. Una vez al mes llamaba a Arezu para decirle: «No laves los calcetines a máquina, ¿eh? Son de lino cien por cien. Hay que lavarlos a mano». Y Arezu lavaba cada semana más de veinte pares de calcetines, a mano, con jabón Le Chat, un jabón francés que se parecía al iraní Ashtyani, solo que olía mejor.

Examinó un rincón de la mesa. ¿Cuántos años habían pasado desde esa foto, desde el día en que había alargado la mano hacia la mesa para coger un bolígrafo de la taza y escribir en un trozo de papel: «¡Nos vamos!»? Se había quitado la alianza, la había dejado sobre la nota, y había abandonado esa casa con Ayeh de una mano y, en la otra, su maleta. Durante todo el vuelo de vuelta a Irán, no había dejado de pensar, con una mueca, en el cesto de ropa sucia lleno de calcetines de lino cien por cien. Se miraba el dedo sin alianza, pensando: «¡Qué tonta he sido!».

Se tapó las piernas con la colcha y miró la otra foto, en la que salía ella al pie del pino que su padre había plantado. La foto la había sacado su padre, unos días después de que Arezu volviera de Francia. Habían paseado juntos por el jardín. ¿Eso había sido antes o después de sacar la foto? Habían examinado las flores y arrancado las hojas secas y las malas hierbas. «No te preocupes por lo que dice tu madre», le había dicho su padre. «Si quieres saber mi opinión, has hecho bien en divorciarte. Hamid es un mediocre y un vago. A un hombre que no piensa más que en sí mismo, que no se ocupa de su mujer ni de su hija, más vale olvidarlo.»

Sin duda eso había sido antes de la foto, pues Arezu posaba con una sonrisa. La vez que le habló a Sohrab de Hamid, este asintió con la cabeza: «Los hombres somos todos unos idiotas». Y cuando le habló de su padre y le preguntó: «Y tú, ¿me tienes miedo?», Sohrab, muy serio, reflexionó un momento antes de decirle: «Tu padre era una buena persona».

Apartó la colcha, se sentó en la cama y exclamó en voz alta: «¡He tomado la decisión correcta!».

El Peugeot recorrió el camino de grava, atravesando la parcela.

–¿En tu Renault renqueante? –había protestado Mah-Monir–. ¡Jamás! Pediremos un taxi.

Al final accedió a ir a la boda de Maryane en el Peugeot de Shirine. El camino estaba lleno de coches. Dos o tres jóvenes vestidos con idénticos trajes de chaqueta grises dirigían a los invitados hacia los huecos para aparcar. Shirine bajó la ventanilla y le dijo a uno de ellos que ya se acercaba:

–¿Y si nuestro salvavidas se pierde entre todos estos barcos...?

–Buenos días, señora –contestó el joven riendo–. Venga por aquí, por favor, que hay sitio. Ahora mismo le aparco el coche.

Alargó la mano y añadió:

–Si tiene a bien entregarme las llaves.

–Me parece que tú ves demasiado la tele –le dijo Arezu.

Shirine se echó a reír. El joven, un poco desconcertado, contestó:

–Perdón, ¿cómo dice?

Arezu le sonrió de oreja a oreja y, en voz baja, le dijo a Shirine:

–Corre, dale las llaves, he bebido demasiada infusión.

Mah-Monir se colocó en los hombros las puntas de su velo de seda y bajó del coche.

–A ver si dejas ya de tragarte todo lo que te da Nosrat.

Se desabrochó los dos botones de arriba del abrigo de piel y miró a su alrededor.

–¡Cuántos coches del cuerpo diplomático! Seguro que hay muchísimos invitados extranjeros. Ven al menos a saludar antes de ir al cuarto de baño.

–¡Vale! ¡Lo primero es lo primero: un besito a todos los excelentísimos embajadores! ¡Lo demás puede esperar! –dijo Arezu antes de salir del coche.

Habían dispuesto las mesas y las sillas bajo una gran carpa levantada en medio del jardín. Las mesas estaban vestidas con manteles azul marino, y en el centro tenían una vela azul en una palmatoria en forma de corazón. Las sillas también estaban tapizadas de azul marino, con un gran lazo del mismo color atado detrás. Por toda la carpa había estufas encendidas.

Entre los que recibían a los invitados en la entrada, Arezu solo reconoció a la madre de Maryane, ataviada con un largo vestido de lamé dorado. Llevaba el cabello casi del mismo color. Cuando hubieron saludado, felicitado y presentado a todo el mundo, Arezu le preguntó al oído a la madre de la novia:

–¿Dónde está el baño, por favor?

–Al lado del guardarropa.

Le dio una orden a una muchacha vestida con un traje de chaqueta azul marino.

–Acompaña a las señoras al guardarropa.

Tomaron la escalera que llevaba a la casa.

–¡Qué maravilla de organización! –exclamó Mah-Monir–. Tengo que pedirle a Maryane el teléfono de este señor. Ayeh me ha dicho... Por cierto, ¿dónde está Ayeh?

Arezu le preguntó a la joven del velo azul:

–¿Las amigas de la novia no han llegado todavía?

La joven de ojos azules y labios sonrosados contestó:

–La han acompañado a la peluquería. ¿Ayeh es su hija?

–Sí, ¿la conoces?

–Sí –contestó la muchacha, abriéndole la puerta–, la he visto cuando ensayábamos la ceremonia.

–¿Ha habido un ensayo de la ceremonia? –se extrañó Shirine.

–¡Un ensayo de la ceremonia! –se extasió Mah-Monir.

La muchacha se llevó la mano al bolsillo.

–Esta es la tarjeta de nuestra empresa. ¡Estamos a su disposición para la boda de Ayeh janom! Pueden entregarle sus abrigos y sus velos a mi compañera.

Mah-Monir cogió la tarjeta y la guardó en su bolso de lamé. En el centro de la habitación que hacía las veces de guardarropa había largas hileras de percheros, como en los grandes almacenes. Una mujer tomó el abrigo de Shirine, lo colocó en una percha y lo colgó. Junto al radiador habían extendido una gran sábana sobre la que descansaba un niño de cinco años, con la cabeza apoyada en una almohada. Tenía el cabello rizado y agitaba las piernas en el aire mientras miraba a las señoras. Shirine recibió un tique con un número. Señalando al niño, le preguntó a la joven:

–¿Es tu hijo?

–Sí –contestó–. No puede dormirse. ¡Duérmete! –le riñó, cogiendo el abrigo de Mah-Monir–. Las noches que trabajo no tengo más remedio que llevármelo conmigo.

–¿Su padre no puede cuidarlo? –quiso saber Shirine.

–Es taxista –contestó la joven tomando el abrigo de Arezu–, por la noche hace el servicio del aeropuerto.

–¡Voy a hacer pipí! –les dijo Arezu a Mah-Monir y a Shirine–. Nos vemos en el jardín. Se volvió hacia la joven de ojos azules.

–Es por aquí, ¿verdad?

La muchacha asintió. Abrió una puerta mientras Mah-Monir se enderezaba la larga falda ante el espejo. Recorrieron un largo pasillo.

–Tengo entendido que también organizáis funerales, ¿verdad?

–*Ceremoniass* de todas clases.

–Ceremonias –corrigió Arezu.

La muchacha la miró un instante, sorprendida.

–Organizamos desde bodas hasta funerales, pasando por distintos tipos de *sofreh*<sup>41</sup>, fiestas de santos y de expatriados.

–¿Qué has dicho que celebráis?

–Cumpleaños, bodas y ceremonias de entrega de diplomas en honor de personas que viven en el extranjero.

–Y esa gente rica, ¿por qué no compra billetes de avión para reunirse con sus allegados que están en el extranjero?

La muchacha se encogió de hombros.

–Quizá tengan problemas con el visado, o no les esté permitido salir del país...

Volvió a encogerse de hombros.

–No lo sé. Pero bueno, la gente tiene que divertirse de alguna manera, ¿no?

–¿Divertirse o gastar su dinero?

La joven se echó a reír y le abrió la puerta del cuarto de baño.

–¿Necesita alguna cosa más?

Se dirigía ya a una puerta que daba a la escalinata del jardín cuando Arezu la llamó.

–Dime una cosa, ¿llevas lentillas?

La muchacha se volvió.

–¡Qué observadora es usted! Hasta ahora nadie se había dado cuenta, ni siquiera las cotillas de mis amigas de clase.

–¿Tus amigas de clase?

–Sí, mis amigas de la universidad –dijo abriendo la puerta.

–¿Y qué estudias? –le gritó Arezu desde el cuarto de baño.

–Estudio para ser consultora, en la universidad Azad.

Arezu entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. «¡Me he dado cuenta de lo de las lentillas, pese a lo tonta que soy!», pensó. El cuarto de baño era más grande que el salón de su casa. Había un bidé, un váter a la europea, otro turco, y dos lavabos con grifos en forma de pavo real. Arezu giró una de las cabezas, puso las manos bajo el pico dorado y se secó con una toalla rosa Geust. La marca estaba bordada con hilo de oro. El orden de las letras estaba invertido. Se miró en el espejo. ¿Era tan solo una impresión, o tenía los ojos brillantes? Nosrat le había dicho: «Toco madera, pero parece que tienes mejor cara». Quizá fuera por esos pocos kilos que había perdido.

–¿Después de Nauruz? –le había preguntado Sohrab.

–Después de Nauruz –le había contestado ella.

Se sentó en la tapa rosa del váter a la europea. Parecía hecha de lana de oveja, pero era fibra sintética. Examinó el suelo de cerámica rosa con ribetes dorados. Desde el jardín llegaba hasta allí el sonido de la música y el jaleo de voces de la multitud de invitados. Cómo y cuándo debía anunciar a su madre y a Ayeh: «He decidido casarme». O más bien: «Sohrab y yo tenemos intención de casarnos». O... Llamaron a la puerta. Una voz preguntó:

–¿Arezu?

Se enjuagó las manos y se dirigió a la puerta, pensando: «¡Basta de dudas y de chiquilladas! Tengo que zanjar esto ya mismo».

Le abrió la puerta a Shirine.

–¿Por qué te has encerrado aquí?

Arezu la tomó de la mano y la atrajo al interior antes de cerrar con llave.

–Me vienes de perlas. Tienes que ayudarme a decidir cómo y cuándo anunciárselo a mi madre y a Ayeh.

Shirine lanzó una mirada en torno.

–¡Pero si es *Las mil y una noches*!

Se volvió hacia el espejo, que cubría toda la pared detrás del lavabo de dos senos. Se llevó la mano a la oreja para ajustarse el cierre del pendiente.

–Anunciarles ¿el qué?

Arezu cogió uno de los frascos de perfume que había junto al lavabo y lo destapó:

–Mira, este también es el perfume de *Las mil y una noches* –comentó riendo. Luego, recuperando la seriedad, respiró hondo y dijo–: Mi boda con Sohrab.>

Arezu se apoyó en la encimera de mármol que rodeaba ambos lavabos. La mano de Shirine se quedó paralizada sobre el cierre del pendiente. Luego la mujer fue acercando la cabeza hasta hallarse frente a frente con Arezu.

–¿Te has vuelto loca?

–¿Qué? –replicó Arezu, retrocediendo.

Los ojos verdes de Shirine habían empequeñecido tanto que parecían dos guisantes.

–¡No pensaba que fueras tan tonta! –exclamó, dirigiéndose a la puerta.

Arezu corrió tras ella y la agarró de los hombros.

–Espera un momento.

Shirine se zafó y abrió la puerta del cuarto de baño, chocando contra dos señoras que esperaban al otro lado. Se dirigió a la puerta del jardín. Arezu la persiguió corriendo. En lo alto de la escalinata tuvieron que detenerse: los novios hacían su entrada justo en ese momento. A ambos lados de la larga alfombra roja desplegada desde la verja del jardín hasta la puerta de la carpa, una veintena de damas y pajes de honor vestidos de azul y de rosa arrojaban flores al paso de los jóvenes novios, mientras la orquesta tocaba una marcha nupcial. De pronto, una explosión hizo que todas las cabezas se giraran hacia la terraza de la casa: unos fuegos artificiales multicolores iluminaban el cielo.

Shirine y Arezu los estaban contemplando cuando apareció Ayeh. La muchacha subió los escalones de cuatro en cuatro, riendo a gritos.

–¡Uf! Por poco me muerdo de la risa. Qué pena que os lo hayáis perdido. Cuando estábamos en el coche, a Maryane se le ha metido una enorme mosca en el vestido. Por más que intentábamos ahuyentarla, no había manera.

Bajaron las tres. Arezu retuvo a Ayeh del brazo.

–Ven por aquí, deja pasar a la gente.

Ayeh se apartó riendo.

–Yo no paraba de decir: «¿Dónde te has metido, mosquita? ¿Entre los pliegues de satén? Ahí no está. ¿Bajo el tul? Tampoco. ¿Bajo la organza? Ahí tampoco». Me moría de risa. Pero vosotras, ¿por qué tenéis esa cara?

Shirine estaba absorta en la contemplación del jardín.

–¿Dónde está Monir yan?

Llegaron hasta ella abriéndose paso entre las mesas y los invitados. Con una gran sonrisa, Mah-Monir se volvió hacia la pareja sentada a su lado y dijo:

–¡Ah! Aquí están mis hermosas flores: AyeH, a la que quiero más que a mi corazón; Arezu, y Shirine, que es como una hija para mí.

Mah-Monir les presentó a la pareja.

–¿Te acuerdas del señor y la señora Metanati, Arezu?

Y, para AyeH y Shirine, añadió:

–Son viejos vecinos nuestros. De verdad que el mundo es un pañuelo.

Arezu, Shirine y AyeH se sentaron en las sillas de grandes lazos azules. «Shirine está muy enfadada», pensó Arezu.

Un camarero de corbata azul tomó de la bandeja que sostenía una mujer ataviada con un velo del mismo tono una serie de bebidas de distintos colores, y las dejó sobre la mesa diciendo:

–A lo largo de la carpa encontrarán distintos bufés con aperitivos de kebabs, *ash-e reshteh* y sushi. Les invito a que se sirvan.

Arezu cogió una limonada con su luquete de limón en el borde del vaso.

–Sopa de fideos. ¡Pues vaya un banquete de boda!

–¡Qué graciosa es mi hija, qué cosas se le ocurren! –exclamó Mah-Monir con una mirada que significaba: «¡Cierra la boca!»–. Querida –le dijo a Arezu–, hemos comido mil veces sushi en el restaurante japonés. ¿Es que no te acuerdas?

Arezu miró a Shirine, esperando el momento en que ambas se echarían a reír. Pero su amiga no estaba de humor para risas. Le dijo al camarero:

–¿Podría traerme un vaso de agua?

–Me voy a bailar –anunció AyeH.

A Arezu le parecía que hacía demasiado calor. Se sintió indispuesta. Comprendió que debía pensar en otra cosa. Volviéndose hacia la señora Metanati, le preguntó:

–¿Qué noticias hay de nuestra querida Faezeh?

La señora Metanati sonrió sin despegar los labios. Su marido tosió, y Mah-Monir dijo precipitadamente:

–Faezeh yan vive en Estados Unidos. Es médico.

El señor Metanati tosió un poco más fuerte y se enredó en complicadas explicaciones sobre la especialidad médica de su hija. Arezu, que seguía sintiéndose muy acalorada, pensó: «¡La tonta de Faezeh, si yo le hacía los problemas de matemáticas!» Recordó las palabras de Sohrab: «La gente nunca dice la verdad sobre dos cosas: el dinero y el éxito profesional o social de sus hijos». Miró a Shirine, sentada de tal manera que casi le daba la espalda a todo el mundo. Bebió un sorbo de su limonada tibia. «¿Por qué se comporta así Shirine? ¿Por qué mueve la cabeza la señora Metanati de un lado para otro, como una cabra? ¡Qué gente! Tengo que hablar con Shirine.» Mah-Monir interrumpió al señor Metanati.

–Ya sería extraño que no fuera así. Con una madre como la que tiene...

Le hizo un gesto con la mano a la señora Metanati, que por primera vez abrió la boca riendo y dijo:

–¡Oh! Qué buena es usted.

Arezu se fijó en que le faltaban varios dientes. «¡No es de extrañar que nunca hable!»

Con sus ojillos del tamaño de un guisante, Shirine observaba atentamente a los invitados que bailaban. El señor Metanati volvió a acaparar la conversación:

–En cuanto a nuestro yerno, es jurista...

Mah-Monir se levantó.

–Me muero de hambre. ¡Arezu, Shirine! ¿Vamos a dar una vuelta por el bufé de entremeses?

Shirine indicó con un gesto que no quería tomar nada. Mah-Monir cogió a Arezu del brazo y la obligó a levantarse. Mientras caminaban, le murmuró:

–¡Qué harta estaba ya de oírle hablar de su Faezeh querida!

Abriéndose paso entre las mesas, los camareros y los niños que se perseguían correteando, consiguieron llegar por fin a un bufé atendido por una señora oriunda de Ghassem-Abad, ataviada con el traje típico del Caspio. Estaba al cargo de una gran olla. Llevaba las uñas largas y pintadas y las cejas tatuadas. Iba sirviendo sopa de fideos a los invitados en vasitos de plástico. Mah-Monir cogió uno.

–¿Se cree que no lo sé? Faezeh no es médico. El tipo al que elogiaba Metanati es su segundo marido.

Arezu cogió a su vez un vasito de manos de la mujer de Ghassem-Abad.

–¡Bueno! ¿Y qué tiene eso de malo?

Mah-Monir observó un instante el collar de la mujer que estaba a su lado y dijo bajito:

–¡Son *diyamantes* falsos!

–Diamantes –le corrigió Arezu.

Mah-Monir se volvió.

–¿Y yo qué he dicho?

–Has dicho *diyamantes*.

–Qué más dará. ¿Qué me has preguntado antes?

Arezu se dirigió a un bufé atendido por un hombre ataviado con el traje típico del Lorestán. Este avivaba el fuego de un gran brasero en el que se asaban unos kebabs pequeñitos.

–Que qué tiene de malo que Faezeh se haya vuelto a casar.

Mah-Monir miró el gran cesto de albahaca.

–¿Dónde han encontrado albahaca en esta época del año?

–Si han podido levantar una carpa tan grande en este jardín, calentada por estufas...

Arezu miró fijamente a Mah-Monir:

–Yo también, como Faezeh, he tomado la decisión de...

Mah-Monir metió la cuchara en el vasito de plástico y probó la sopa.

–Los guisantes están duros. ¿Qué has decidido hacer como Faezeh?

Arezu le preguntó al hombre del Lorestán:

–¿Dónde han encontrado la albahaca?

Y, mirando a Mah-Monir, exclamó:

–¡Volver a casarme!

–Es albahaca cultivada en invernadero.

–¿Has oído? –dijo Arezu–. Albahaca de invernadero.

–Que has decidido hacer ¿qué? –preguntó Mah-Monir, mirando a su vez fijamente a Arezu.

–Volver a casarme. Con Sohrab.

Los fideos salieron despedidos y aterrizaron en el césped. Mah-Monir se alejó. Arezu la retuvo, agarrándola del brazo.

–¡Espera! ¿Se puede saber qué te pasa?

Pero Mah-Monir se zafó de ella, rugiendo:

–¡Lo que nos faltaba!

Sin embargo, no tuvo más remedio que detenerse. La novia se acercaba, bailando con Ayeh y algunas personas más. Cuando estaban muy cerca, Ayeh gritó: «¡Ayu, tienes que bailar! ¡Abuela, baile usted también!». Y, antes de que su madre pudiera reaccionar, la agarró del brazo y tiró de ella. Arezu no sabía dónde se había metido Mah-Monir. Todo era confusión, aplausos y empujones, y, como telón de fondo, la voz del cantante, que repetía: «¡Qué hermosa estás esta noche!». Ayeh le sacudió las manos a Arezu.

–¿Qué te pasa? Estás como alelada. Otra vez has discutido con la abuela, ¿eh?

A su alrededor, la gente les gritaba que bailaran. El cantante insistía: «¡Qué hermosa estás esta noche!».

Arezu agitó los brazos, bailando, y gritó:

–Sohrab y yo...

Un hombre de buena estatura, con el cabello largo hasta los hombros, surgió bailando y se interpuso entre ellas cantando: «¡Qué hermosa estás esta noche!».

Ayeh retrocedió unos pasos y luego volvió a acercarse, sin dejar de bailar.

–Sohrab y tú ¿qué?

–Nos vamos a casar –gritó Arezu.

Ayeh se quedó paralizada, con los brazos levantados en el aire.

Una niña vestida de rosa la empujó. Ayeh tropezó, diciendo:

–¿Qué?

Y cayó al suelo.

Solo quedaba un poco de nieve en las cumbres.

La taza de Ayeh, vacía, estaba sobre la mesa. Escrito encima se leía en inglés: «¡Me amo!». Pero en el lugar del verbo había un corazón rojo dibujado.

Sentada a la mesa de la cocina, Arezu contemplaba la montaña: «Soy la única que no tiene derecho a amarse a sí misma». Ayeh había escrito en su blog:

Llevo varias noches durmiendo en casa de mi abuela. Habéis dejado mensajes para saber qué había ocurrido, por qué mi blog no estaba actualizado, por qué ya no escribía, qué tal había estado la boda de Maryane. No añadáis más a la tristeza que ya siento, de por lo menos 100 megas. La boda de Maryane me dejó hecha polvo. Estos días todo me asquea. ¿Por qué? Me da vergüenza confesároslo incluso a vosotros. Mi madre quiere volver a casarse. Como si tuviera veinte años. ¡Esto acaba conmigo! No puedo más. Estoy depre. Estoy furiosa, llena de odio por dentro. ¡No tiene derecho a hacerme esto! ¿Es que no bastaba con que se divorciara de mi padre? En el colegio me daba vergüenza decirles a mis amigos que mis padres estaban divorciados. Ellos se iban todos de paseo con sus padres. Yo iba con mi madre o con mis abuelos. Cada vez que había algo importante, un cumpleaños, una fiesta, una cena, mi padre no estaba ahí. Mi madre me robó mi infancia. ¿Es que no bastaba con eso? ¿Ahora un desconocido tiene que ocupar el lugar de mi padre? No quiero. ¿Y a mí qué me importa que mi madre no se llevara bien con mi padre? Pues que hubiera hecho un esfuerzo. Cuando tienes hijos, no tienes derecho a decir «mi marido ha hecho esto, mi marido no ha hecho esto otro...». Tiene razón mi abuela. El feminismo nos ha arruinado la vida. Pues que no tengan hijos las mujeres, pero si los tienen, deben..., ¿qué es lo que deben? ¡Ya no lo sé! Siento ganas de llorar. Ya no puedo más. No tengo fuerzas para seguir escribiendo.

Con la mirada perdida en las montañas, Arezu se dijo que quizá Ayeh tuviera razón. Casarse, sin duda era una buena idea cuando era joven, cuando tenía derecho a hacer todo lo que le apeteciera, cuando no era responsable de nadie y... ¡Ah, ojalá aún viviera su padre! Estaba prorrumpiendo en sollozos cuando sonó el teléfono. Con una mano cogió un pañuelo de papel y con la otra descolgó el auricular.

—¿Diga? ¡Hola!

Escuchó un momento.

—No hace falta que te disculpes. Sé que estás preocupada, pero...

Mientras escuchaba se secó los ojos.

–Sí, ven, vamos a hablar.

Miró la montaña.

–Yo también tengo que teñirme el pelo. La peluquería de la esquina abre los viernes. Más o menos claro, más o menos oscuro. Como dice Nosrat, ¡tengo tanto que hacer que no doy abasto!

Abrió el grifo del fregadero y enjuagó su plato y su taza de té, aunque no se lo había terminado. Se quedó mirando correr el agua. Sohrab le había dicho:

–No le supliques a Ayehe que vuelva. No es malo que abuela y nieta estén juntas unos días. Se habían acostumbrado a la idea de verte sola. Se acostumbrarán también a la de verte conmigo. ¿Almorzamos juntos?

–No –le había contestado ella–. A mediodía iré a casa de mi madre. Tengo que hablar con las dos.

Se estaba poniendo el abrigo cuando Shirine llamó a la puerta.

La avenida estaba tranquila. Caminaron por la acera. Shirine hablaba sin parar. Llegaron a un tramo de la acera que no tenía baldosas, parecía que las hubieran arrancado. Shirine saltó a la calzada por encima del arroyo, sin mojarse.

–Las cosas empiezan a irte bien. Eres independiente. ¿Por qué quieres volver a todo eso otra vez? «¿Adónde has ido? ¿Con quién estabas? ¿Por qué has ido? ¿Qué hay de comer? Tienes que coserme este botón, tienes que plancharme este pantalón.» ¿Tendrás ánimo para soportar todo eso? ¡Y no digas «Sohrab no es así»! Los hombres son todos iguales. Todo está muy bien mientras te necesitan...

–¡Cuidado! –gritó Arezu, reteniéndola por la manga.

Una moto frenó unos metros más lejos. El conductor se volvió y le espetó:

–¿Estás cegata o qué te pasa?

–Vete a la mierda –replicó Shirine.

–¿Qué has dicho?

Arezu calibró la estatura del motorista, el doble que la de ambas. Cogió a Shirine del brazo y dijo en voz alta:

–¡Ve a dar una limosna en agradecimiento por este viernes que nos ha salvado de una desgracia a ti y a mí!

El hombre aceleró rezongando y se alejó. Siguieron caminando. Shirine murmuró:

–¡Que se vayan todos al infierno!

–Olvídalo –dijo Arezu.

La puerta de la peluquería estaba cerrada, y la cortina, corrida. Bajaron seis o siete escalones hasta un pequeño patio al que daban varias puertas coronadas por pequeños letreros: «Cortar, lavar y marcar, tinte, cuidados faciales, depilación, tatuajes, maquillaje para bodas, etc.». Abrieron la señalada por el cartel que decía «Cortar, lavar y marcar, tinte». Los sillones, dispuestos en hilera ante el espejo, estaban todos ocupados. Los secadores hacían tanto ruido que las clientas y las peluqueras tenían que gritar para entenderse. En las paredes había grandes fotos de jóvenes novios, con los ojos negros, castaños, verdes o azules, y los labios rojo vivo. Miraban fijamente a la cámara o a un

punto lejano en el horizonte. Arezu pensó, observando las fotos: «Parece que todas esperan algo».

–¡Cuánta cola para ser viernes! –comentó, y pensó «Y yo, ¿qué espero yo?».

Shirine se dirigió a la mujer sentada ante la caja registradora:

–Queríamos teñirnos.

–¿Cortar y peinar también?

–No, solo teñirnos.

La mujer relleno una ficha gritando: «¿Quién está libre para un tinte?». Al no obtener respuesta, les dijo:

–Esperen un momento, por favor, ya las llamaré.

Se sentaron frente a ella.

–Pongamos que Sohrab no es de esa clase de hombres que exigen que la mujer les prepare la cena o el almuerzo, les cosa los botones y les planche los pantalones, aun así lo que haces es atarte. Vas a ser su criada. De aquí a dos años Sohrab se habrá acostumbrado, y tú ya no podrás más.

Se desabrochó el abrigo.

–Dámelo –le dijo Arezu–. Voy a colgarlo.

No sin dificultad, colgó los abrigos junto a la puerta. Ya había por lo menos veinte, la mayoría de color beis, azul marino, marrón o negro. Volvió a sentarse y se puso a mirar una foto de novias mientras escuchaba a su amiga.

–Párate a mirar un momento a todas estas mujeres casadas. ¿Acaso ves a una sola que esté feliz y satisfecha? No tienen dinero o valor para divorciarse, vivir solas y enfrentarse a la familia y a los amigos. Si lo tuvieran, no lo dudarían ni un segundo.

Se oyó una carcajada en una de las mesas de maquillaje. Una de las clientas estaba contando algo que hizo reír a las demás.

–¿Por qué todas las mujeres que trabajan en una peluquería se tiñen de rubio? –quiso saber Arezu.

Shirine examinó a todas aquellas mujeres y muchachas vestidas de blanco. Tan solo una no tenía el cabello rubio sino caoba: era la que estaba embarazada y caminaba con las piernas separadas.

–Hay muchas parejas que viven felices –dijo Arezu.

–¿Como cuáles, por ejemplo?

Arezu no contestó. Shirine soltó una risita de suficiencia. Arezu insistió.

–¡Sohrab no es como los demás!

Shirine rio con más ganas.

Una mujer gruesa entró en la peluquería, seguida de una muchacha tan gruesa como ella. Llevaba en la mano dos grandes cajas de dulces. La cajera se levantó para recibirla.

–¡Qué bonita sorpresa!

Se acercó para besarlas.

–Bienvenidas. ¿Cuándo han llegado? ¡No hacía falta! –dijo cogiendo las dos cajas.

Mientras las dos gruesas mujeres se quitaban el abrigo y el velo, Arezu, Shirine y dos o tres clientas más que esperaban su turno se las quedaron mirando, hipnotizadas. La

cajera dejó los dulces en la mesa. «¿La madre y la hija se visten como si fueran gemelas?», pensó Arezu. En efecto, madre e hija vestían ambas mallas de leopardo, camisa amarilla y zapatillas de deporte blancas. Ambas eran rubias y llevaban el pelo peinado hacia atrás, sujeto con una ancha cinta de leopardo, a juego con las mallas.

–¡Oh, santo Dios! –exclamó la vecina de Shirine–. ¿De qué zoo se han escapado estas dos hipopótamas?

La mujer gruesa contestó a la cajera:

–Llegamos anoche, después de un vuelo infernal. Y eso que teníamos la suerte de viajar en *ferst kalas*<sup>42</sup>.

Abrió su bolso de charol dorado, sacó un teléfono y se lo dio a su hija.

–*Honey* yun, ve a enchufarlo para cargarlo, *we must* llamar a *daddy* –y dirigiéndose a la cajera, que le pedía noticias de alguien, añadió–: Acaba de comprarse un *penthouse* en un *building* a dos o tres *blocks* de nuestra casa, aunque más pequeño que el nuestro, la verdad sea dicha. Dos veces por semana vamos juntas a la sauna, a los masajes y a la *gym*.

–¿Adónde? –preguntó la cajera sin entender.

–Al gimnasio.

«¿Su hija se llama Honey?», se preguntó Arezu. «¿No se habrá quedado demasiado tiempo en el extranjero? ¿No se les habrá olvidado que se dice “cariño”?»

–Cuando te casaste con Hamid –argumentó Shirine–, también pensaste que no era como los otros hombres.

Arezu notó que el teléfono vibraba en su bolsillo.

–¿Qué otros hombres? No había ningún otro hombre. Tenía veinte años. ¿Qué podía yo entender de la vida? Solo quería huir de Mah-Monir e irme a Francia. ¡Era una tonta!

Pulsó la tecla del móvil.

–¿Diga?

–Pues ahora no lo eres menos –susurró Shirine.

Volviéndose hacia la cajera, que le ofrecía un dulce, declinó con un gesto.

–¿Falta mucho todavía?

Con un pastel en la boca, la cajera levantó la cabeza para decir que ya casi era su turno. La mujer que había hablado de las «hipopótamas» cogió un dulce, señalando a las dos gruesas clientas. La cajera se tragó el pastel y se inclinó hacia ella.

–Su marido era empresario, aquí en el barrio. Emigraron hace unos años. Según cuenta, allí ha fundado una empresa de ingeniería. Pero una de mis clientas me ha asegurado que, en realidad, trabaja en un colmado.

Cuando Arezu terminó su conversación se quedó mirando el suelo de baldosas blancas y negras, con el móvil en la mano.

–Era Sohrab, está preocupado por mí. Hasta ahora, salvo mi padre, ningún hombre se ha preocupado por mí. Entonces, ¿no soy más que una tonta?

La joven embarazada cruzó la peluquería moviéndose pesadamente con unas toallas en la mano y, de pronto, se paró, se llevó la mano a la tripa y exclamó: «¡Ay!». La peluquería entera se paralizó. Desde la cajera hasta la muchacha que mezclaba en un

cuenco un tinte para cejas, todas las mujeres se quedaron inmóviles. Acto seguido, cerca de veinte batas blancas se precipitaron hacia la embarazada. La cajera acudió también.

–¡Dios santo, ten compasión! ¡Otra vez se encuentra mal!

La muchacha que estaba preparando el tinte en un cuenco se puso a deshacer nerviosa un poco de azúcar en un vaso de agua, mientras la cajera le daba un masaje en los hombros a la embarazada, y una mujer rubia que llevaba una larga cuerdecita de algodón al cuello la abanicaba. Las clientas hablaban entre ellas, con la mirada fija en su reloj o en su reflejo en el espejo. La embarazada, que ya se encontraba mejor, se incorporó sonriendo.

–Muchas gracias. No es nada. He tenido un mareo.

La cajera volvió a su puesto.

–¡Y ese cerdo que ha sumido a su padre enfermo y a la cascarrabias de su madre en la pobreza! Todos los días exige sus buenos arroces y sus buenos guisos de carne, y tiene a su padre a base de sopa y kebab.

Se dirigió a una muchacha de cabello rizado que esperaba de pie:

–Querida, te depilaremos dos días antes de la ceremonia, porque si no te saldrán granos, se te hinchará la cara, y la víspera de la boda, como se suele decir, «¡espantas al novio!».

La rubia del cordoncito al cuello miró a la muchacha riendo:

–Antes de la boda no conviene espantar al novio. ¡Después ya no hay problema!

–Pero ¿para qué casarte? –le preguntó Shirine–. ¿Qué tiene de malo seguir así?

–Es su turno –le anunció la cajera a Arezu.

Esta se levantó.

–¿Dónde te crees que estamos? ¿En Suiza?

Shirine se levantó a su vez.

–Haz lo que quieras. Pero luego no vengas a quejarte.

La embarazada cruzó la peluquería llevando un montón de toallas.

De pie delante de la nevera, Arezu bebía agua.

–¿No podías fijarte mejor? –le recriminó Nosrat–. ¿Qué es esto que has comprado? ¿Por qué no has pedido zanahorias pequeñas?

Naim dejó en el suelo la caja de Coca-Cola.

–¿Qué quieres que haga? Los viernes no hay mucho donde elegir, además se las he comprado a tu amiga.

Nosrat puso las zanahorias en una bandeja.

–¡La pobre! ¿Cómo está Sabzeh Bayi?

Dejó la bandeja en la mesa.

–Tirando. Te manda recuerdos. Me ha dicho que te diga que su yerno es su vergüenza y su ruina, así como la de su hija y los hijos de esta.

–¡Pobre Sabzeh Bayi! Toda la vida sufriendo la tiranía de un marido drogadicto. ¡Y ahora también la de su hija, su yerno y sus nietos! Guarda la Coca-Cola en la despensa.

Naim cogió la caja.

–No había Coca-Cola, he traído Pepsi.

–¿No te dije que trajeras Coca-Cola? –exclamó Nosrat, furiosa–. ¡Se la encargué a Mustafá! La señora nos ha dicho mil veces que solo quiere Coca-Cola.

Naim se dirigió a la despensa con su caja.

–Aga Mustafá había cerrado. Le debe de ir muy bien el negocio si tiene tiempo de ir a pasear.

–Cálmate –protestó Nosrat–. Se me había olvidado. Hoy era el entierro de su hermano.

Sacudió las zanahorias y otra vez se puso a refunfuñar: «¡Sin los Lors, el bazar no funciona!»<sup>43</sup>. ¡Quería preparar *haviyi polo*!

Con la espalda apoyada en la nevera, Arezu observaba las gruesas zanahorias.

–Bueno, no importa, en lugar de eso haz zumo de zanahoria.

–¡Cuando eras pequeña, te encantaba el *haviyi polo*!

Nosrat cogió un cuchillo.

–Hay un montón de cosas que me gustaban cuando era pequeña y que ya no me gustan –contestó Arezu.

Besó a Nosrat en la cabeza a través del velo azul de muselina. Antes de marcharse, añadió:

–Dime una cosa, ¿se han despertado ya la Princesa y su nieta?

–Ayeh ha salido temprano esta mañana.

Se puso a pelar una zanahoria.

–¿Cómo que ha salido?

–Ha ido a caminar un rato. Estaba deprimida.

Arrojó la zanahoria dentro del escurridor.

Arezu se dirigió al dormitorio de Mah-Monir y pegó el oído a la puerta. No se oía un solo ruido. Fue a su habitación de soltera, alargó la mano, vaciló un momento y miró el pomo. ¿Qué clase de pomo habría elegido Sohrab? El padre de Sohrab, su abuelo o quizá su bisabuelo habrían dicho: «El pomo tiene que ir a juego con la puerta; la puerta, con la casa; y la casa, con su dueño». Abrió la puerta. Lo único que no había cambiado era la vista desde la ventana. Apenas unos meses después de la boda de Arezu, Mah-Monir le había pedido a una decoradora de interiores que le hiciera una habitación de invitados a la inglesa. Arezu examinó el tocador con cajones y espejo ovalado, los cuadritos al óleo que representaban a hombres y mujeres vestidos a la antigua moda europea. Nadie sabía quiénes eran o habían sido, si habían existido de verdad o si solo eran fruto de la imaginación de un pintor del que nada se sabía tampoco. Los cuadros de la tienda de cerraduras, en cambio, estaban todos firmados y fechados. Pese a no ser una experta en pintura, Arezu había reconocido algunos. Nada en esa habitación le suscitaba el más mínimo recuerdo. Se acercó a la ventana, con su ancho alféizar, sobre el que había varios cojines tapizados con la misma tela de flores que las cortinas y la colcha. En la época en que esa habitación era la suya, cuando era niña, el alféizar estaba desnudo. Tiempo después Nosrat cosió un pequeño colchón, con el pretexto de que no era bueno para una niña sentarse en la piedra fría.

Arezu se acomodó en uno de los cojines de flores, se colocó otro en el regazo y miró al

exterior. Contempló el seto florido, la pequeña morera y las yemas en las ramas. Cada primavera y cada verano, el árbol se volvía muy frondoso. Durante toda su infancia, la morera había dado sus frutos. Cuando llegaba la temporada, Arezu se situaba debajo del árbol, cogía las moras y se las comía, lo cual divertía a su padre: «Desde lejos parece que el árbol tuviera piernas, ¡a lo mejor es nuestro enano de jardín, un enano de cabeza grande y pelo verde!». Cuando emergía de debajo del árbol, Mah-Monir gritaba: «¡No te me acerques! ¡Como me manches de mora, adiós vestido! ¡Nosrat! Ve a lavarle las manos y la cara». Su padre le besaba riendo las manos y la cara, escarlatas. La abrazaba exclamando: «¡Al diablo la ropa!».

Arezu se levantó y se agachó para recoger el camisón de Ayeh. Lo arrojó sobre la cama y volvió al pasillo. Seguía sin oírse el más mínimo ruido en la habitación de Mah-Monir. La puerta de la biblioteca estaba entornada. Habían corrido los muebles contra la pared y enrollado la alfombra hasta el gran escritorio, sobre el que había un ordenador. Junto a este, Arezu vio una bolsa de patatas abierta y medio empezada. El cable de la aspiradora andaba por el suelo. Naim y Nosrat habían interrumpido la limpieza hasta que se despertara Mah-Monir.

Arezu se sentó en una de las butacas, frente a los estantes de libros. Antes de que se casara su hija, Mah-Monir había dispuesto en ellos figuritas, jarrones y algunas fotos enmarcadas. Tras su boda, se trajo todos sus libros. Luego midió los estantes que aún quedaban vacíos y encargó en las librerías que estaban enfrente del campus universitario tomos encuadernados en azul, con hojas de pan de oro, para ocupar los metros requeridos. Por aquel entonces, a esa habitación se la llamaba «el despacho». Si alguna vez su padre se la enseñaba a alguien, Mah-Monir decía: «Y aquí... hum... hemos puesto los libros de Arezu», y se apresuraba a cerrar la puerta.

Arezu recordó entonces el verano en que regresaron a Teherán. Ayeh debía de tener unos tres años. Una mañana la niña se perdió. Buscaron en toda la casa, hasta que la encontraron en esa habitación, debajo de la mesa, comiendo con los dedos de un tarro de mermelada de moras. Su padre se echó a reír.

–¡Ay, qué traviesa! A ti también te gustan las moras, como a tu madre cuando tenía tu edad, ¿verdad?

Mah-Monir se precipitó a abrazar a Ayeh.

–¡Dios mío! Creía que me habían robado a mi niña.

Ayeh acercó su rostro sonriente al hombro de su abuela, manchándole de mermelada el vestido blanco. Mah-Monir la besó.

–Cariño, vamos a ir a lavarnos las manos y la cara y a cambiarnos de ropa, y luego saldremos a dar un bonito paseo.

–¡Paseo! –repitió Ayeh riendo.

Abuela y nieta salieron de la habitación. Su padre le rodeó los hombros con el brazo.

Arezu se acercó a la biblioteca. En el estante de abajo, a ras de suelo, estaban sus libros de secundaria: *Las moscas*, *Destellos sobre la Historia del mundo*, *Los miserables*. Al guardar todos aquellos libros, Mah-Monir le había dicho a Naim: «Estos no tienen encuadernaciones bonitas. Ponlos abajo para que no se vean».

En los estantes de arriba había otros libros, los de sus últimos años de colegio, cuando compraba todo lo que veía, sin importar lo que fuera: las *Memorias de Etemadossaltaneh*, *Rebeca*, *Historia de Irán*, *Orgullo y prejuicio*, *Los comerciantes bajo la dinastía qayar*, *Diario de viaje de Hayyi Pirzadeh*, diccionarios de inglés, de francés y de persa. «Esos no están mal encuadernados», había dicho Mah-Monir, «puedes ponerlos en los estantes de arriba». En los de arriba del todo se colocaron los libros que Mah-Monir había comprado por metros.

Arezu estaba a punto de salir de la habitación cuando el libro *Los comerciantes bajo la dinastía qayar* atrajo su atención. En el patio de la tienda de Sohrab, la primera vez que había subido a la antigua calesa, Arezu había exclamado: «¡Mira qué maravilla de tapicería! ¡Qué madera más bonita! ¡Y qué escalón!». Sohrab le había contado la historia del carruaje: «Cuando mi bisabuelo acompañó al sha qayar a Europa, sin este saberlo, mandó construir esta calesa. Su Majestad el rey se enteró y sintió tal envidia que mi bisabuelo tuvo que regalársela. Y como las arcas del tesoro imperial estaban vacías, tuvo que prestarle al gobierno, es decir al sha, importantes cantidades de dinero. Entonces, magnánimo como era, el sha le devolvió la calesa junto con diez caballos y le otorgó el título de Mercader del Imperio, o algo así».

Arezu abrió el libro, buscó la letra «m» en el índice y encontró «Mercader del Imperio». En ese momento oyó la voz de Mah-Monir en el pasillo: «¡Nosrat!». Salió con el libro en la mano, marcando la página con el dedo. Se dirigió a la habitación de Mah-Monir, llamó a la puerta y entró.

Mah-Monir estaba sentada en su cama, apoyada en una almohada. Tenía el cabello despeinado y no llevaba maquillaje. Arezu recordó esta frase de su padre: «¡Mi mujer, maquillada o no, eclipsa a la Luna!». Arezu se dijo que su padre tenía razón.

—¿Eres tú? —dijo Mah-Monir—. ¡Pensaba que, después de mil años, Nosrat había aprendido por fin a llamar antes de entrar!

Arezu se sentó en el borde de la cama.

—¿Has descansado bien?

Mah-Monir se cerró la bata. Asintió con la cabeza, pero Arezu no supo si era una respuesta a su pregunta. A continuación, quizá para evitar tener que mirar a su hija, miró el libro. Esta lo abrió:

—Este libro menciona el nombre del bisabuelo de Sohrab. Era un mercader de la época qayar. Hasta tenía un título imperial.

Mah-Monir soltó una risita despectiva.

—Uno de esos supuestos títulos que la gente se inventa. Pero entonces, ¿de dónde viene ese apellido, Zaryu?

Con la cabeza vuelta hacia la ventana, Arezu repitió la versión de Sohrab: «Hacia el final de su vida, mi abuelo se apasionó por Zartosht<sup>44</sup>. Se concentró en el estudio del zoroastrismo. Entonces, cuando fue obligatorio el uso del documento de identidad, él eligió el apellido Zartosht yu<sup>45</sup>. Pero el secretario del registro civil omitió la sílaba *tosht*, lo que explica que ahora nos apellidemos Zaryu».

En mitad de esas explicaciones, Mah-Monir apartó la mirada de la ventana.

–Pero ¿dónde se ha metido Nosrat? ¡Tengo un dolor de cabeza espantoso!

Arezu acababa de decir: «Está pelando las zanahorias» cuando Nosrat abrió la puerta. Mah-Monir estalló:

–¿Cuándo aprenderás a llamar a la puerta antes de entrar?

–¿La señora tomará un té, o prefiere que le haga una infusión de borraja? Ayeh janom acaba de llegar.

Antes de que Arezu pudiera decir «Llámalas», Ayeh entró en la habitación como un vendaval y corrió a besar a su abuela. Se desplomó sobre la butaca delante de la ventana, sin dignarse mirar a Arezu, que se sentó frente a ella, la miró y luego se volvió hacia Mah-Monir.

–¡Las dos me vais a explicar ahora como personas razonables, sin hacer un escándalo ni desmayaros, por qué no estáis de acuerdo con mi decisión!

Se reclinó en el respaldo de la butaca. Ayeh miraba por la ventana, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Mah-Monir, con un chal de lana en los hombros y un pañuelo de papel en la mano, fingía hablar sola.

–Siempre me he opuesto –«No perdamos la calma», se dijo Arezu–. Mejor sería que te preocuparas de la boda de tu hija –«No perdamos la calma», se repitió Arezu–. Pero, como bien dicen, por mucho que te opongamos a algo, es inútil –Arezu se mordió el labio–. ¿Y con quién quieres casarte? Si al menos fuera alguien como es debido, no me quejaría, ¡pero un vendedor de picaportes de la plaza Tup-Janeh! ¡Me imagino que él también se habrá inventado un título!

Arezu ya no oía sus propias llamadas a la calma. Le dolía el labio y le costaba respirar. Mah-Monir no callaba:

–Después de Hamid, que era todo un señor, con estudios, un hombre completo, este... Por culpa nuestra, mía y de mi pobre hermana, ese muchacho maravilloso arruinó su vida. ¡Alabado sea Dios!, mi hermana murió antes de ser testigo de la desgracia de su hijo. Pero yo, para vergüenza mía, he sobrevivido. Y ahora, ¿qué más tengo que aguantar? ¿Algo peor todavía? ¡No! No soportaré otro golpe como ese. ¡De ninguna manera!

Arezu estalló.

–¿Cómo te atreves a insinuar que Sohrab no tiene estudios, que no es de buena familia, como dices tú? Vale mil veces más que Hamid...

Ayeh estalló a su vez, gritando:

–¡Ya estás otra vez hablando mal de mi padre!

Salió corriendo de la habitación.

Como si ese comentario le hubiera dado alas, Mah-Monir exclamó:

–¿Lo ves? ¿Ves lo que has hecho? Mi nieta lleva días enteros llorando de angustia.

Bajó de la cama.

–Con tu divorcio le arruinaste la vida a esa niña inocente. Y no contenta con eso, ¿ahora quieres imponerle un padrastro? ¡Maldita sea la leche que te amamantó!

El chal resbaló de sus hombros y cayó al suelo.

–¡Gracias a Dios, mi querido marido no ha tenido que ver nada de esto!

Miró fijamente a Arezu.

–El pobre ya tuvo bastante con tu divorcio.

Con ambas manos sobre el corazón, levantó los ojos al cielo.

–¿Dónde estás, querido? ¿Dónde estás? ¡Mira qué bajo hemos caído que ahora nos relacionamos con un vendedor de cerrojos de la plaza Tup-Janeh!

Recogió su chal.

–¡Que tenga que aguantar algo así, a mi edad!

Arezu recorría nerviosa la habitación de una punta a otra.

–Dime una cosa, ¿qué es lo que te molesta, mi boda o la familia de Sohrab?

Mah-Monir le lanzó una mirada furibunda mientras se precipitaba hacia la puerta.

–¡Un vendedor de cerrojos, puaf!

–Su bisabuelo, su abuelo y su padre eran importadores de cerraduras. ¿Y a qué se dedicaba mi padre?

En el umbral, Mah-Monir se quedó petrificada.

–¡Cállate! ¡No insultes a mi querido esposo! Tu padre... –se daba tirones, nerviosa, de la cadena de oro que le adornaba el cuello–. ¡Tu padre se alió conmigo y con mi familia! Si dirigía una agencia... –se tiraba de la cadena–. Yo... –seguía tirándose de la cadena–. Yo... –la cadena se rompió.

Del jardín llegaba el ruido del riego y el graznido de unos cuervos. Arezu tenía la mirada perdida en el ramo de primulas que había sobre la mesa. Algunos pétalos amarillos y rojos estaban marchitos. Cogió su bolso y se dispuso a salir. Al pasar delante de Mah-Monir, declaró:

–Por primera vez, he decidido decidir yo misma mi propio destino.

Recorrió el pasillo. Mah-Monir la siguió, con la cadena rota en la mano. Abrió la puerta del jardín.

–Por vosotras dos me mato a...

Mah-Monir gritó:

–¿De verdad crees que está enamorado de ti?

La puerta había quedado entornada. Arezu se volvió. Mah-Monir se encogió de hombros, con una risita maliciosa. Luego añadió en un tono tranquilo:

–¿Estás segura de que no es por Ayeh...?

Arezu no parecía entender, se sentía como si le hubieran hablado en una lengua extranjera. Los cuervos seguían graznando. Volviendo hacia la casa, Mah-Monir añadió:

–¡A esa edad, a todos los hombres les gustan las jovencitas!

El ruido del riego cesó. Los cuervos hicieron una pausa. El grito que profirió Arezu no parecía surgir de su garganta sino de mucho más hondo.

–¿Cómo te atreves? ¿Cómo te permites...?

Mah-Monir retrocedió dos pasos. Arezu entró en el pasillo. Hablaba en un tono que solo ella y Mah-Monir alcanzaban a oír.

–¿Te acuerdas de ese criado que hiciste venir de tu pueblo?

Avanzó unos pasos más y alzó un poco la voz.

–Yo todavía no iba al colegio. Nosrat y Naim aún no estaban con nosotros.

Dio otro paso más.

—¿Recuerdas aquella vez que fuiste a almorzar a ese restaurante elegante al que siempre te invitaban y donde no aceptaban niños?

Con cada paso, el sonido de su voz se amplificaba.

—¿Recuerdas que cuando volviste me encontraste llorando, encerrada con llave en mi cuarto?

Mah-Monir retrocedía despacio hacia su habitación, perseguida por Arezu.

—¿Recuerdas lo que te dije: «Me quedaré en mi cuarto hasta que despedáis al criado»?

Mah-Monir se sentó en el borde de la cama. Arezu gritó:

—¿Y ahora te preocupas por una chica de diecinueve años, que sabe más de la vida que tú y yo juntas?

Estaba en mitad de la habitación, temblando de furia.

No sabía cómo había logrado salir de la casa, subir al coche y volver a su piso.

Lo último que recordaba era el rostro redondo de Nosrat, que bajaba la escalinata suplicándole: «No te vayas así. ¡Que Dios me ampare, vas a tener un accidente! Ven, te he preparado un zumo de zanahoria».

Mohsen dejó la solicitud de alquiler sobre la mesa.

–Están esperando fuera. Tenían cita, pero con lo de Tayrish...

Arezu leyó la solicitud. Número de dormitorios: uno. Precio...

Mohsen le explicó:

–Se trata de una pareja con un niño. Su situación económica es, al parecer, catastrófica. No tienen dinero para la fianza. Si me he atrevido a molestarla es porque, si me lo permite, quiero dejar este asunto para ocuparme del de Tayrish, que acaba de llegarnos. Es una tienda con doble puerta. El dueño está decidido a venderla. Tengo un comprador muy interesado.

Arezu miró a Shirine, enfrascada en sus papeles. Esa mañana, al relatarle la discusión con su madre y Ayeh, se había limitado a encogerse de hombros, sin intervenir en la conversación. Luego había llamado a su prima para quedar a almorzar con ella.

«Tengo que salir», se dijo. Miró a Mohsen y contestó:

–Ocúpate de la tienda, yo me encargo de este tema.

El señor Granito había construido un edificio de diez apartamentos para alquilar en una calle de *Gheyтарыeh*. Según Amini: «Diez apartamentos en una parcela enana, es decir, diez cuchitriles. Cabe preguntarse por qué Granito no los ha puesto más caros».

Hojeó los documentos y encontró la dirección del edificio: calle de las Amapolas, número 4. Cogió su bolso, los documentos y el móvil. Al pasar delante de Mohsen, que le había abierto la puerta, pensó: «¿Cómo contentar a un tiempo a Mah-Monir y a Ayeh? ¿Qué voy a decirle a Sohrab? ¿Qué puedo hacer con Shirine, que me evita?».

En medio de la oficina encontró a la joven pareja, y Mohsen hizo las presentaciones. Una niña de unos cuatro o cinco años jugaba en el suelo con una muñeca, a la que hablaba sin parar. La mujer parecía cansada. El hombre, muy flaco, flotaba dentro de una cazadora de cuero de imitación. La niña tenía largas pestañas y unas cejas negras muy pobladas. La gran cabeza de la muñeca, en cambio, estaba calva y sin cejas.

Arezu le tendió la mano a la madre.

–Mi colaborador me ha dicho que buscaban un apartamento en alquiler. Da la casualidad de que tengo uno por la zona de *Gheyтарыeh*.

–¿No es demasiado grande? –preguntó el hombre–. Es que nuestro presupuesto no es muy...

–No, no es grande –contestó Arezu, sonriendo–; y el precio del alquiler tampoco es elevado.

Abrió la puerta de la agencia para dejar salir a la familia.

–Yo no lo he visitado todavía, pero ¿quién sabe? A lo mejor es una buena

oportunidad...

Se disponían a subir al R5 de Arezu. El hombre le dijo a su esposa:

–Sube delante.

–No, sube tú. Nosotras nos sentamos detrás.

El hombre hizo lo que le decía su esposa. Arezu miró por el retrovisor; la niña seguía hablando con la muñeca.

–¿Cómo se llama tu muñeca?

La niña se acurrucó contra el hombro de su madre.

–¡Cabezona!

Todo el mundo se echó a reír. Arezu le preguntó:

–Y tú, ¿cómo te llamas tú?

–Arezu –contestó la niña.

Esta vez la que se rio con ganas fue Arezu.

Encontraron la dirección, aparcaron y bajaron del coche. Arezu miró la calle de las Amapolas pensando en los juguetes de Ayeh cuando era niña: unos muñequitos de metal rectangulares sin ojos ni boca. En la callejuela, por la que los vehículos transitaban con dificultad, se erguían a ambos lados edificios de seis, ocho o diez plantas, como dos ejércitos de soldados de plomo preparados para enfrentarse. Aún no era mediodía, y la luz en la callejuela era tan tenue como a última hora de la tarde.

La portera, una gruesa mujer de tez sonrosada y ojos azules, les abrió la puerta. Sonriendo, les dio la bienvenida. Hablaba con un fuerte acento. El portal del edificio era tan oscuro que Arezu no sabía que podían ser unas pequeñas cosas largas y cilíndricas que había en el suelo. La portera encendió la luz. Por más que miraba y miraba, Arezu seguía sin saber de qué se trataba. La portera se lo explicó: «Los vecinos del segundo tienen un perro». La joven madre tiró nerviosa de la mano de su hija, diciéndole:

–¡No te acerques!

Como si la culpa fuera suya, evitaba mirar a su marido, que se había quedado boquiabierto ante la portera.

–¡Sí, bueno, tienen un perro! –intervino Arezu–. Pero ¿por qué no lo sacan a la calle? El portal de un edificio no está hecho para...

La mujer de la tez sonrosada se enderezó el chador y se llevó la mano a la mejilla, asintiendo con la cabeza.

–¡Un perro, qué cosas!, ¿para qué tendrá perro la gente?

Subió delante para enseñarles el apartamento, mientras les explicaba que los vecinos habían pedido al presidente de la comunidad que le hiciera una advertencia al dueño del perro. Entró la primera en el apartamento, tan oscuro, que no se podía visitar sin encender la luz. El dormitorio no tenía bombilla. La mujer cogió a su hija de la mano, pues seguía queriendo escaparse, y le preguntó a Arezu:

–Perdone, ¿cuánto es el alquiler?

Todavía no había visto nada. Arezu se acercó a la ventana del salón, que daba a un patio de luces... sin luces. Se acordó del sótano de la casa de Tahmineh, con sus ladrillos, su aljibe turquesa, su gran bóveda y sus ventanas, que, incluso en el crepúsculo, dejaban

pasar una luz difusa. Oyó a los esposos hablar en voz baja en la penumbra de la habitación. Adivinaba su conversación. «¿Cómo vamos a pagar?» «Ahorraremos...» «Un sitio menos caro...» «A lo mejor nos hacen un descuento.»

Ante la pared de cemento del patio de luces, Arezu se imaginó a la niña y a su muñeca. ¿No se asfixiaría en esa casa tan pequeña? «Está muy cerca de donde yo trabajo», había dicho la madre. En cuanto al padre, seguro que trabajaba en dos sitios distintos. Probablemente solo tendrían el viernes para llevar a la niña al parque con su muñeca. Y luego la niña crecería. Ir al parque con papá y mamá acabaría por aburrirla. En lugar de Cabezona, que ni oía ni hablaba, se haría amigos que sí sabrían hablar y escuchar. La muchacha necesitaría una ventana con una vista más bonita, una casa más grande, un lugar que durante el día no estuviera tan oscuro; una casa en la que entrara la luz, no ese lúgubre portal lleno de cacas de perro... ¿Acaso no tenía derecho a todo eso? Arezu sacó el móvil y marcó un número. Sohrab contestó al primer timbrado.

Bajaron del coche en un lugar cercano a la agencia.

–¿Estará listo dentro de dos semanas?

Arezu estaba de excelente humor y sonreía de oreja a oreja.

–¡Desde luego! No llevará más de dos semanas pintar el apartamento y cambiar la moqueta.

El marido carraspeó.

–Para la firma del contrato, ¿nos avisará usted o el señor Zaryu?

–Les avisaré yo. Quizá a mediados de la semana que viene. ¿Tienen alguna preferencia con respecto al día y la hora?

Con una gran sonrisa y un gesto de cabeza, los esposos le dieron a entender que no.

Arezu se volvió hacia la niña y le dijo:

–Adiós, y cuida bien de Cabezona, ¿eh?

La niña le dio la mano a su madre, riendo. Se dirigieron a un Peykan que parecía un viejo perro blanco con manchas marrones. La mujer había tomado al marido del brazo y le hablaba en voz baja, riendo. El perro blanco con manchas se puso en movimiento. La niña se despidió de Arezu agitando su rama de calicantos por la ventanilla trasera. Esta le respondió con un gesto de la mano. Mientras volvía a la agencia, cayó en la cuenta de que en la calle de las Amapolas no había un solo árbol.

Shirine consultó su reloj. Apagó la calculadora, cogió su bolso y se levantó.  
 –A lo mejor vuelvo un poco tarde. ¡Hasta luego!  
 Arezu le contestó sin apartar los ojos de la foto de AyeH que había sobre su mesa.  
 –¡Hasta luego! Pásalo bien.  
 Shirine asintió con la cabeza y salió. Arezu se dio la vuelta. En el jardín, Naim podaba los rosales. Descolgó el teléfono y marcó un número.  
 –Se han helado dos rosales, mi madre y AyeH siguen sin dirigirme la palabra. Shirine está de morros conmigo. No tengo nada para almorzar, ni ánimo para hacer nada.  
 Desde el otro lado del cristal, Naim le enseñó un tercer rosal helado.  
 –No, cuando tú llegues será a última hora de la tarde. Picaré del almuerzo de Naim. Seguro que Nosrat le ha preparado algo.  
 Mientras lo escuchaba, cogió un clip de una caja.  
 –No lo sé, anoche apenas dormí dos horas. ¿Crees que merece la pena tanta historia...?  
 Calló y desplegó el clip.  
 –No, no he querido decir eso, pero, por ahora, ¿no sería mejor...?  
 Con una punta del clip, arañó una página del calendario.  
 –Hoy también come con su prima. Ni siquiera ha hecho amago de invitarme.  
 Tras meter en una bolsa negra de plástico las raíces y las ramas secas, Naim abandonó el jardín. Arezu arrojó el clip retorcido al cenicero.  
 –No lo sé, tengo que pensarlo. ¿Y tú, qué vas a almorzar?  
 Llamaron a la puerta. Naim entró, murmurando algo.  
 –¿Qué? –dijo Arezu, pestañeando–. Nuestro Naim se ha convertido en un mimo.  
 ¡Adiós, hasta luego!  
 Colgó el teléfono.  
 –¿Qué ocurre?  
 Naim avanzó hacia ella.  
 –¿Se queda a almorzar?  
 Arezu cogió una cajetilla de tabaco de su mesa.  
 –Me quedo, sí. Tengo mucho trabajo.  
 ¿Por qué tenía que justificarse ante Naim? Este se ajustó las gafas sobre la nariz y cogió un pañuelo de papel de la mesa baja.  
 –Cuando se ha ido Shirine janom, le he preguntado por qué no la acompañaba Arezu janom. Me ha contestado que el tiempo en que eran amigas ha pasado.  
 Muy erguido, limpió con el pañuelo los reposabrazos de los sillones.

–No me he *enterrado*<sup>46</sup> bien de lo que quería decir.

En el jardín, la enredadera, llena de yemas, trepaba por la pared. Aquí y allá se veían ya algunos brotes. Los arbustos podados, cortos y cuidados, parecían niños de primaria el primer día de colegio: con el cabello recién cortado, en fila, esperando que el vigilante diera la orden de entrar en clase, para florecer a su vez. Arezu murmuró en voz muy baja: «Las palabras de Shirine no significaban nada. Lo ha dicho por decir».

–¿Qué ha preparado Nosrat para almorzar?

–Carne guisada con judías verdes.

–Ponla a calentar, hoy compartes tu almuerzo conmigo.

Se levantó al mismo tiempo que Naim y salió del despacho. Las tres primeras mesas de la otra habitación estaban vacías. Solo la cuarta estaba ocupada por Tahmineh, enfrascada en algo que estaba escribiendo. Al ver a Arezu, se levantó.

–¿No has salido a almorzar?

Arezu recordó que Tahmineh nunca salía a comer. Se acercó a su mesa y se inclinó sobre lo que estaba escribiendo. La muchacha le explicó:

–Apunto el significado de los términos que no conozco.

Arezu leyó: «Terreno y zonas comunes, valor, derecho de embargo, mandatario, alquiler directo, renta que figura en el contrato».

–¿Dónde has encontrado todo eso?

–En nuestros contratos, en el código civil. He pensado que debía aprender estos términos –dijo ajustándose el velo gris.

Sus ojos eran del mismo color que el velo.

Arezu asintió con la cabeza:

–¡Muy buena idea!

Pensó: «¡Qué bien, ha dejado a un lado sus lecturas de la Danielle Steel local!».

–¿Has almorzado ya? –preguntó de pronto. Y, sin esperar respuesta, añadió–: ¿Te apetece un chelu kebab? Naim aga –gritó en dirección a la cocina–, tráeme mi bolso, está en mi despacho.

Cogiendo su bolso, empujó a Tahmineh hacia la puerta. Naim le preguntó: «¿Y la carne guisada?». Ella le contestó: «¡Toda para ti!».

–¿No está la señora Mosavat? –preguntó el maître.

–¡No! –contestó Arezu–. ¡No está!

Lanzó una mirada al maître, que apuntaba en su libreta:

–¿Como de costumbre? ¿Pollo asado, ensalada y cerveza sin alcohol?

–¡No! Yo tomaré un chelu kebab.

Se volvió hacia Tahmineh.

–¿Y tú?

–¡Lo mismo!

El maître se alejó. Arezu se dirigió a la muchacha:

–¿Qué me estabas diciendo?

Tahmineh dejó el bolso sobre el alféizar junto al tiesto de azaleas.

–No sé gran cosa sobre la boda de mis padres, ni sobre las discusiones que suscitó en el seno de mi familia paterna. La verdad es que mi madre nunca nos ha hablado mucho de eso. Cada vez que le preguntaba a mis hermanos, me decían: «La familia de papá tenía su propia forma de ver las cosas, pero nos llevábamos bien».

Rozó con los dedos las azaleas.

–¡Qué flores más bonitas! Nunca oí a mis padres levantar la voz cuando hablaban entre ellos.

Con la mano en la barbilla, Arezu la escuchaba muy atenta.

–¿Querías mucho a tu padre?

«Otra pregunta estúpida», pensó enseguida. Tahmineh asintió con la cabeza, sin apartar los ojos del salero.

–Por las noches, cuando estábamos todos juntos, mi madre cosía. Mi padre nos leía *El libro de los reyes*<sup>47</sup>. Mis hermanos nunca se peleaban.

El camarero era un joven oriundo de *Kerman*. Según tenía entendido Arezu, asistía a clases nocturnas. Dejó en la mesa dos cuencos de salsa de yogur con cebolla y un poco de pan, y se alejó. «Tiene la edad de Ayeh», pensó. Alargó la mano, partió un trozo de pan y lo mojó en uno de los cuencos.

–¿Qué ocurrió al morir tu padre? ¿No te gusta la salsa de yogur con cebolla?

Tahmineh cogió el otro cuenco.

–Al final, mi abuela paterna se reconcilió con nosotros. Mi madre nos llevó a su casa, a Sohrab, a Esfandiyar y a mí. Por más que lo intentamos, Mazyar no quiso saber nada. No la recuerdo bien. Era una anciana. Lloró mucho. Después nos mudamos a Sar-Cheshmeh.

El maître dejó los platos de kebab en la mesa y se retiró.

–Háblame de Mazyar –le pidió Arezu.

Tahmineh quitó la bolita de mantequilla que adornaba el cordero y la dejó en el platillo.

–No me gusta la mantequilla. Era miembro de uno de esos grupos izquierdistas. Cuando nos fuimos de Gholhak, desapareció.

Cortó su kebab.

–Durante uno o dos años nos llamaba por teléfono.

Cogió un tomate de la fuente y se lo sirvió en el plato.

–Un día vino a ver a mi madre, pero discutió con Sohrab y con Esfandiyar.

Arezu se sirvió un trozo de kebab en su plato de arroz. Se lo comió, mirando a la muchacha. «¡Qué ojos más bonitos tiene!», pensó. «Son los de su madre.»

Tahmineh se espolvoreó *sumak* en el kebab.

–El día que nos llamaron para decirnos que lo habían ejecutado, mi madre se desmayó.

El arroz blanco se tornó púrpura. Arezu se dio cuenta de que la muchacha no tenía mucha hambre.

–¿Fue en esa época cuando empezó a sufrir migrañas?

Con la cuchara en la boca, Tahmineh asintió. Las dos se volvieron hacia el parque. Había alguien sentado en uno de los bancos rojos. Tahmineh fingía comer.

–Cuando Sohrab y Esfandiyar se fueron al frente, la salud de mi madre se deterioró.

Arezu comió un poco de pan con salsa de yogur.  
–Y después, cuando Esfandyar murió en el frente, y Sohrab...  
La muchacha amontonó un poco de arroz en el borde del plato.  
–Fue en esa época cuando me encontré con tu madre por la calle, ¿verdad?  
Tahmineh asintió con la cabeza.  
Arezu pensó: «¡Pobre madre!». Los ojos de la joven parecían haberse ensombrecido.  
«¡Y yo aquí, torturándola con mis preguntas!» Apartó el plato.  
–Sohrab no habrá dejado de ir a las reuniones del centro, espero.  
Una suerte de destello brilló en los ojos de Tahmineh, que negó enérgicamente con la cabeza.  
–En absoluto. Se ha hecho un montón de amigos.  
Se mordió los labios.  
–Hay uno incluso que perdió a su hermano en el frente, como Sohrab.  
Dirigió la mirada hacia el parque.  
–Otro perdió a toda su familia en los bombardeos.  
Apartó los ojos de la ventana y miró a Arezu.  
–El hecho de saber que otros son tan desgraciados como uno mismo, de alguna manera..., no sé..., como dice mi hermano, le devuelve a uno el ánimo, ¿verdad?  
Arezu asintió con la cabeza en silencio. Luego miró las azaleas y exclamó de pronto:  
–¿Te gusta el helado de vainilla con tutti-frutti?  
Tahmineh pestañeó varias veces.  
–Nunca lo he probado.  
–Pues ha llegado el momento de hacerlo –declaró Arezu muy contenta.  
Buscó al camarero con la mirada. Tahmineh apartó su plato.  
–¿Señora Sarem?  
Arezu miró a la muchacha.  
–Quería pedirle consejo.  
Arezu la interrogó con la mirada.  
–¿Sobre qué?  
–He decidido ir a la universidad.  
Arezu pestañeó varias veces.  
–¡Bravo!  
–¿No estaba bueno el almuerzo? ¡No han comido nada! –se extrañó el maître.  
–¡Al contrario! –protestó Arezu–. Estaba succulento, pero no teníamos mucha hambre.  
El camarero acudió a llevarse los platos.  
–¿Has decidido qué vas a estudiar?  
–¿Tomarán postre? –preguntó el camarero.  
–¡Sí, Derecho!  
Arezu le dijo riendo al camarero:  
–Dos helados de vainilla con tutti-frutti.  
Al salir del restaurante, Arezu dijo:  
–Por cierto, ¡ni siquiera sé cómo se llama tu madre!

–Mi padre la llamaba *Rudabeh*.

Ayeh se quitó el velo y el abrigo al entrar, arrojó la mochila sobre el sillón y corrió a besar a Shirine.

–¡Hola, tía Shirine!

Se volvió hacia Arezu, enseñándole la carpeta naranja que tenía en la mano.

–He recogido mis documentos traducidos. Me falta el sello del Ministerio de Asuntos Exteriores. Manda a Naim o a Mohsen, o a quien quieras.

Arezu, que jugueteaba distraídamente con un bolígrafo, lanzó una mirada al jardín. Después se levantó, cogió su bolso y su móvil, y se puso el abrigo. Tomó la carpeta naranja de manos de su hija.

–Iré yo misma.

Se dirigió a la puerta. Estaba a punto de cerrarla cuando oyó:

–¿El ministerio no está cerrado a estas horas?

El autobús estaba vacío.

Se sentó en uno de los asientos con ventanilla, junto a los cristales polvorientos. No estaba enfadada, ni deprimida, solo cansada. Tenía ganas de que ese autobús la llevara no a la avenida Sepah, sino a un lugar en el que no conociera a nadie, en el que no viera a nadie ni tuviera que hablar con nadie. ¿Por qué le había dado por ir a la avenida Sepah? ¿Qué podía hacer Sohrab por ella? Aunque se casaran, ¿qué podría hacer él por ella? Nada más que escucharla, tomarle las manos, mirarla a los ojos y decirle: «¡Tienes razón!». ¿No era eso lo importante? Hasta entonces, aparte de su padre, ¿quién había hablado con ella? ¿Quién le había dado la razón? Sohrab le decía muchas cosas más. Cosas que los hombres no suelen decir a las mujeres. O, al menos, cosas que Arezu nunca les había oído decir, como: «No, las patas de gallo no son feas, son más bien bonitas» (lo mismo con respecto a las canas o la cuperosis). O: «Yo preparo el té» (o el café, o la cena, o el almuerzo). «Yo fregaré los platos» (o: «Yo lavaré el suelo de la cocina», o «el R5 azul marino»). Cuando Shirine oía eso, soltaba una risita despectiva. Un día Arezu le dijo:

–¿No crees que te pasas de pesimista?

Sus ojos verdes se tornaron del color del jade.

–¿Pesimista? No, lo que soy es realista.

El autobús tomó por el paso elevado. En el balcón de una casa, una mujer tendía la ropa.

Shirine no tenía derecho a meter a todos los hombres en el mismo saco con el pretexto de que Esfandyar había desaparecido tras años de amor apasionado, y no se había vuelto

a saber de él. A lo mejor sí tenía derecho, pero... seguramente habría excepciones, ¿no? Un día, Arezu se lo había dicho, y Shirine le había contestado:

–Yo no conozco ninguna.

–¡Pues yo sí! Mi padre –le replicó Arezu.

Mah-Monir siempre decía: «Tu padre era un hombre excepcional, porque yo era una mujer excepcional. Yo construí esta vida. De haber sido solo por tu padre, todavía estaríamos en ese apartamento pequeño y cutre del barrio de Amin-Hozur».

Su padre no preparaba nunca el té, ni fregaba los platos. Tampoco permitía que Mah-Monir trabajara. «Sería una lástima, con unas manos tan bonitas», decía. ¿Veía su padre las patas de gallo de Mah-Monir? Al parecer, él la veía como el primer día, como cuando se habían conocido, hacía más de cuarenta años, en una de las callejuelas de Amin-Hozur. Se lo contaba a todo el que quisiera (o no) escucharle:

–Era en pleno verano. El sol estaba en su cenit. El chador se le había caído sobre los hombros...

Mah-Monir lo interrumpía entonces:

–¡No llevaba chador!

Su padre parecía haberse quedado en ese verano, de pie en mitad de la calle, bajo el sol abrasador, con la mirada perdida:

–Exclamé: “¡Alabado sea Dios!””, y enseguida hice mis averiguaciones. Menos de una semana después, mamá fue a pedir su mano.

–Tu «madre» –le corregía Mah-Monir–, tu madre pidió mi mano.

–Como usted quiera, Princesa –decía mi padre riendo.

Sohrab le había dicho: «Se acostumbrarán».

«Sí», pensó ella, «pero hasta que eso ocurra, ¡cuántas peleas, cuánta acritud, cuánta hiel habré de soportar! ¿Cuántas zalamerías serán necesarias para llegar a la reconciliación? ¿Cuántas veces tendré que retroceder ante Ayeh y Mah-Monir? ¿Cuántos remordimientos sufriré? Y todo eso, ¿para qué? ¿Para vivir con Sohrab? Si es para estar nerviosa todo el día, ¿de qué sirve el placer de una vida con él? Al final seguro que acabaré por tirarle los trastos a la cabeza. Pongamos que sea el más coherente, el mejor, el más delicioso de los hombres, ¿cuánto tiempo aguantará así? ¿Hasta cuándo me soportará? Y luego ¿qué?». Cerró los ojos y pensó: «¿A lo mejor también yo me acostumbraré? ¡No tendré más remedio!».

El autobús se detuvo en la parada de la Escuela de Enfermería. Algunas personas subieron, y otras bajaron. Arezu recordó a la joven madre con sus bolsas, sus paquetes y el bebé de grandes ojos que llevaba un gorrito amarillo. ¿Al final su marido habría accedido a operarse? ¿Estaría otra vez embarazada?

Había dos jóvenes de pie, agarradas a la barra. Vestían blusa, pantalones y velo azul marino. Una le decía a la otra:

–Murió antes incluso de que la ingresaran para administrarle suero. ¡Pobre chica! Teníamos la misma edad: veintidós, veintitrés años. Cuando su madre se enteró, se desmayó. ¿Tú qué edad tienes? ¿Diecinueve? ¡Todavía eres una niña!

Se echaron a reír. Ayeh tenía diecinueve años, pero no se consideraba una niña. Nunca

había cogido un autobús. Era terca, voluble e irascible. A veces se rebelaba contra su madre, y sin embargo... El autobús dio un violento frenazo. El bolso de Arezu cayó al suelo. Esta se inclinó para recogerlo. «Gracias a Dios, Ayeh está viva y goza de buena salud.» Si le ocurriera algo, ¿qué haría ella? ¿Se desmayaría como esa madre cuya hija había muerto? De niña, Arezu se había preguntado muchas veces si Mah-Monir lloraría su muerte.

Aunque no hacía frío en el autobús, Arezu se estremeció. Al fondo lloriqueaba un niño. «Me agotas», solía decirle su madre. «¿Cuántos juguetes tengo que comprarte? ¿Con qué dinero?»

Era la primera vez que Arezu le había gritado a su madre. «No debería haberlo hecho. No debería haberle recordado esa historia del criado. No lo he hecho nunca durante todos estos años, de modo que ¿por qué ahora?»

El autobús llegaba ya a la plaza de Tup-Janeh. Arezu se levantó.  
—¡He tomado la decisión correcta!

Mah-Monir se levantó de la mesa, dispuesta con el mantel de las haft sin.

–Un año más. El buen año...

De reojo vigilaba a Arezu, absorta en los movimientos del pececito en su pecera de cristal.

–Voy a cambiarme. ¡Nosrat! Ve a vigilar el sabzi polo. ¡Sobre todo que no se pegue! Naim, saca los jacintos al patio. Que no se marchiten antes de que lleguen los invitados.

Se dirigió a la puerta del salón. Ayeh se levantó, apartando su silla.

–Voy a llamar a papá.

Nosrat y Naim miraron a Arezu y luego intercambiaron una mirada entre ellos antes de levantarse a su vez. Nosrat se había puesto un velo de flores. Llevaba un vestido gris con finas rayas de color violeta. Naim estaba radiante con su camisa azul claro con cuadritos rosa.

La puerta del salón se cerró sin hacer ruido.

Su mirada fue de la pecera al plato de azufaifas, de ahí al tarro de *samanu*, y por último se detuvo en la fotografía de su padre con su marco de plata. «Nadie sabe tan bien como mi mujer adornar los manteles de las haft sin», solía repetir. Tenía razón. Mah-Monir hacía gala del gusto más exquisito en la disposición de las haft sin. Con la barbilla apoyada en la mano, Arezu preguntó al hombre que sonreía en la foto: «¿He hecho bien? ¿He hecho mal? Si hubieras estado aquí, ¿qué habrías dicho? ¿A quién le habrías dado la razón? ¿A mí? ¿A Mah-Monir? Seguramente habrías encontrado una solución, ¿verdad?».

Miró por la ventana. El cielo estaba cubierto: «¡Tú seguramente habrías encontrado la solución!». Se levantó por fin, se dirigió a la butaca de brazos dorados, cogió su bolso y lo abrió para sacar un cigarrillo. Su mano tocó algo en el fondo: era el candadito de plata con incrustaciones de nácar. Sonaba cuando se giraba la llave en la cerradura. En el momento de despedirse, Sohrab le había puesto en la mano un paquetito. Arezu lo había abierto en el autobús, en el camino de vuelta. Había girado la llave en la cerradura. El sonido había divertido mucho a la mujer embarazada sentada a su lado.

–¡Suenan como la risa de un niño!

Oyó el timbre de su móvil. Volvió a guardar el candado en el bolso, se acercó a la ventana, pulsó la tecla y dijo: «¿Diga?».

Fuera nevaba, o tal vez llovía. Al otro lado del hilo, la voz de Shirine no sonaba como siempre.

–¡Ha llamado!

–¿Quién?

–Ha llamado.

–¿Estás llorando?

–Ha llamado justo cuando empezaba el nuevo año<sup>48</sup>.

Arezu miró por la ventana. Nevaba.

–¡Feliz año! –exclamó Shirine–. Te volveré a llamar en otro momento.

Arezu dejó caer la mano a la vez que el teléfono. Llovía.

## Glosario

*Ach-e rechteh*: sopa espesa de fideos, verdura y carne, que suele prepararse en ocasiones rituales o festivas, tales como un cumpleaños.

*Baghali* (o *baghala*) *polo*: arroz pilaf con habas.

*Bahmani*: un tipo de pequeño ladrillo rojo.

*Bajtyari*: nombre de una gran tribu nómada de Irán que se desplaza por las montañas del Zagros.

*Barbari*: pan en forma de torta alargada con hendiduras por arriba.

*Boruyerd*: ciudad del oeste de Irán.

*Chelow kebab*: arroz blanco y cordero a la brasa.

*Chenyeh*: un tipo de brocheta de cordero.

*Dugh*: suero lácteo del yogur, a menudo preparado con finas hierbas.

*Elahieh*: Viejo barrio elegante del norte de Teherán, situado al sur de Shemiran y de Tayrish.

*Esfandiyar*: personaje de *El libro de los reyes (Shahnameh)*, gran rival de Rostam.

*Faludeh*: helado de almidón regado con zumo de limón.

*Farmanieh*: barrio del norte de Teherán, cerca de Tayrish.

*Gheytarieh*: barrio del norte de Teherán, al sur de Farmanieh.

*Gholhak*: barrio del noroeste de Teherán. Allí se encuentra la residencia de verano del embajador de Gran Bretaña.

*Ghormeh sabzi*: guiso de cordero con judías y finas hierbas de distintos tipos.

*Ghottab*: pastelito relleno de almendras.

*Halim*: papilla de trigo y carne. Es un plato dulce.

*Hassan-Abad*: plaza situada al sur de Tup-Janeh, cerca del gran bazar.

*Haviy polo*: arroz pilaf con zanahorias.

*Kandahar*: ciudad de Afganistán.

*Kerman*: ciudad del sudeste de Irán, entre Fars y Baluchistán.

*Kolucheh*: galletita redonda, blanda y rellena, típica del norte de Irán.

*Kuku sabzi*: especie de tortilla a las finas hierbas, que suele prepararse al horno.

*Lavash*: una de las distintas clases de pan iraní; torta muy fina que se seca muy rápido.

*Lighvan*: localidad de la región de Tabriz (Azerbaiyán iraní), célebre por su queso fresco; el queso en sí (de tipo feta).

*Manyil*: ciudad del noroeste de Irán, en la carretera de Teherán-Rasht.

*Mashhad*: ciudad santa del Jorasán, provincia oriental de Irán, donde se encuentra el sepulcro del santo imán Reza.

*Nun-e nojodchi*: pastelitos de harina de guisantes.

*Peykan*: nombre del modelo de coche más corriente en Irán; producto de montaje de la marca Hillmann.

*Polo*: arroz pilaf.

*Pride*: modelo de coche de gama media de la marca Kia.

*Rudabeh*: personaje de *El libro de los reyes (Shahnameh)*, madre de Rostam, esposa de Zal.

*Sabzi polo*: arroz pilaf a las finas hierbas, que suele servirse con pescado en la festividad de Nauruz.

*Samanu*: plato dulce típico de Nauruz y de otras ceremonias, hecho a base de germen de trigo confitado. Forma parte de las *haft sin*, las «Siete eses».

*Sangak*: tipo de torta de pan cocida al horno sobre piedras encaladas.

*Sar-Cheshmeh*: barrio del centro de Teherán, cercano al gran bazar.

*Shirine polo*: arroz pilaf con cáscara de naranja y frutos secos.

*Shishlik*: un tipo de brocheta de cordero.

*Sohrab*: personaje de *El libro de los reyes (Shahnameh)*, hijo de Rostam.

*Sumak*: sumak de los tintoreros; da grandes racimos de flores. Machacadas hasta obtener un fino polvo, los iraníes las usan como condimento en sus parrilladas, lo que les da un sabor ligeramente ácido y un bonito color púrpura.

*Tarjineh*: sopa de tortas de bulgur y de yogur, o de zumo de granada.

*Taskebab*: tipo de guiso con o sin carne, verduras y uvas pasas.

*Tojm-e charbati*: pequeñas semillas utilizadas en la preparación de un sirope.

*Usta, Ostad*: maître.

*Vindaloo*: plato indio muy picante.

*Zafaraniéh*: barrio del noroeste de Teherán.

## Notas

<sup>1</sup> En el bazar, la superficie de las tiendas se calcula en función del número de puertas de entrada que dan a la calle. Una puerta = una tienda. Una tienda con doble puerta de entrada es, pues, una tienda grande y prestigiosa con distintas posibilidades, tales como dos contadores eléctricos, ventajas fiscales, etcétera.

<sup>2</sup> Modalidad de alquiler habitual en Irán que consiste en entregar como anticipo al propietario el importe de una hipoteca como depósito de garantía, a cambio de un alquiler mensual bajo. Al dejar el inquilino la propiedad, se le restituye dicho importe.

<sup>3</sup> Naim siempre confunde unas palabras con otras. Aquí, por «ventanas bipartitas».

<sup>4</sup> El duelo chiita se celebra al cabo de cuarenta días desde el fallecimiento. En esta ocasión, se preparan y se comparten ciertos platos concretos.

<sup>5</sup> Naim confunde la palabra *tavâzo* ('«humildad») con la palabra *tavâzon* («equilibrio»). Aquí, *Tavâzo* es un nombre propio.

<sup>6</sup> Nauruz es el año nuevo iraní, celebrado el 21 de marzo. En Irán, el cambio de año se produce todos los años a una hora diferente, en función de un cálculo astrológico del equinoccio de primavera. El cambio de año se anuncia con total exactitud (hora, minutos y segundos) por la radio y la televisión, de manera oficial y con antelación, para que todos puedan prepararse.

<sup>7</sup> Es el título que se da a aquellos que han realizado la peregrinación a La Meca, pero, de manera más general, también a los comerciantes del bazar; en el contexto burgués occidentalizado de la novela, puede ser ligeramente condescendiente. En ese caso, *hayyi* pasa a ser *hayy*.

<sup>8</sup> «Alegoría del imperio», es un ejemplo de los numerosos títulos concedidos a la aristocracia qayar.

<sup>9</sup> Barrio del norte de Teherán, donde se instala un mercado muy popular.

<sup>10</sup> En Irán es corriente el uso de guantes de crin (*lif*) para exfoliarse durante el baño.

<sup>11</sup> Lugar santo para la representación de los misterios chiíes. En tiempo ordinario puede tener otros usos; aquí sirve de plaza para un mercado cubierto.

<sup>12</sup> Nombre del caballero protagonista de *El libro de los reyes* (*Shahnameh*), empleado aquí con intención irónica.

<sup>13</sup> Puede ser una alusión a la costumbre iraní según la cual cuando una mujer lleva el chador al revés, en particular en la mezquita, es una señal de que está libre para contraer matrimonio.

<sup>14</sup> El color de las azufaiñas (*senyed*).

<sup>15</sup> «Señoras sol»: en la mitología iraní, el sol se representa mediante un rostro de mujer. Es un motivo frecuente en la decoración.

<sup>16</sup> Cuello romano o cuello Mao. Es el que llevan los religiosos chiíes y, desde la revolución, los miembros de las autoridades iraníes.

<sup>17</sup> Viejo barrio del centro de Teherán situado alrededor de la antigua Asamblea nacional; la avenida epónima es famosa por sus librerías, convertidas hoy en puestos de libros de lance, habiéndose desplazado las librerías un poco más al norte, enfrente de la universidad.

<sup>18</sup> Antigua plaza de la Artillería, bajo la dinastía qayar, que bordeaba al norte el palacio real del Golestán, en el centro de Teherán. Actualmente está situada al norte del gran bazar.

<sup>19</sup> *Trade mail*: correspondencia comercial, igual que *microwine* es la deformación de *microwave* (microondas).

<sup>20</sup> Día festivo en Irán.

<sup>21</sup> Cuarentena: en el duelo chií los cuarenta días tras un fallecimiento. Véase también la nota 4.

<sup>22</sup> Clérigo chií famoso por el papel que desempeñó durante la crisis del gobierno de Mosaddeq.

<sup>23</sup> Fue primer ministro al principio del reinado de Mohammed-Reza Pahlevi. Nacionalizó el petróleo, y su gobierno sufrió un golpe de Estado en 1953.

<sup>24</sup> Personaje histórico conocido por su generosidad.

<sup>25</sup> La avenida Sepah («del Ejército»), hoy en día avenida Imán Jomeini une la plaza Tup-Janeh con la avenida Pahlevi (hoy en día Vali-Asr).

- <sup>26</sup> Parque nacional, situado en pleno centro del casco antiguo de Teherán, al oeste del gran bazar.
- <sup>27</sup> Hoy en día en Irán los autobuses están divididos en dos secciones: la delantera está reservada a los hombres, y la trasera, a las mujeres.
- <sup>28</sup> Tal vez se trate de una alusión a la novela de Bozorg Alavi titulada así, en la que el narrador parte en busca de unos hermosos ojos que había admirado en un cuadro en una exposición de pintura.
- <sup>29</sup> Se trata de un juego de palabras: *Farhangui* es un apellido y *Farangui* significa «el europeo».
- <sup>30</sup> *Shirbaha* («precio de la leche»): dote que la familia del novio entrega a la de la novia.
- <sup>31</sup> En el texto original, la palabra *agence* aparece en francés; *bongah* significa lo mismo en persa.
- <sup>32</sup> En un registro culto del persa, *beguyand* significa «que digan», y *begand*, «podridos». En un registro coloquial de esta misma lengua, *begand* significa «que digan».
- <sup>33</sup> En un registro culto del persa, *badan* significa «el cuerpo». En un registro coloquial, *bedan* quiere decir «que den». *Badan* y *bedan* se escriben de idéntica manera.
- <sup>34</sup> En la lengua escrita, *mimune* significa «seguiría siendo», y *meymune* «es un mono». Ambas palabras se escriben de idéntica manera.
- <sup>35</sup> *Râje'be*: del tema.
- <sup>36</sup> Para la festividad de Nauruz (véase la nota 6), es costumbre hacer germinar lentejas o granos de trigo en un plato.
- <sup>37</sup> El mantel de las «Siete eses», dispuesto para Nauruz con siete objetos cuyos nombres empiezan por la letra ese. Por ejemplo, azufaifa: *senyed*; ajo: *sir*, etc.
- <sup>38</sup> Forugh Farrojjad (1935-1967). Célebre poetisa iraní de los años 1950, modelo de la mujer emancipada.
- <sup>39</sup> «Bazar del viernes», mercadillo organizado en un aparcamiento del centro de Teherán, junto a la plaza de Tup-Janeh.
- <sup>40</sup> Ayeh pone en plural en persa una palabra de origen árabe que de por sí ya está en plural.
- <sup>41</sup> Literalmente, «mantel»; por metonimia, se refiere a ceremonias votivas celebradas en el ámbito privado y que consisten en un almuerzo o una cena.
- <sup>42</sup> *First class*. La burguesa recién llegada de Estados Unidos intercala en su conversación palabras inglesas más o menos integradas en su lengua materna.
- <sup>43</sup> Refrán que significa: cuando no hay ingenuos a los que engañar (los oriundos de la tribu de los Lors), los negocios no marchan bien.
- <sup>44</sup> Zaratustra.
- <sup>45</sup> «El que busca a Zartosht.»
- <sup>46</sup> Juego de palabras en persa entre *mafhum* (entendido) y *madfun* (enterrado).
- <sup>47</sup> *El libro de los reyes (Shahnameh)*, de Ferdusi (siglo XI).
- <sup>48</sup> Véase la nota 6.

## Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2014

Título original: *On s'y fera / Adat Mikonim*

En cubierta: fotografía de © Can Stock Photo Inc./Feferoni

© Zoyâ Pirzâd, all rights reserved

Avec l'autorisation des Éditions Zulma et de l'agence ACER pour la présente traduction espagnole

© De la traducción, Isabel González-Gallarza, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-16-1

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
Advertencia	4
NOS ACOSTUMBRAREMOS	5
1	6
2	21
3	27
4	38
5	40
6	45
7	52
8	55
9	62
10	65
11	68
12	75
13	79
14	89
15	94
16	99
17	103
18	106
19	114
20	119
21	128
22	134
23	139
24	144
25	147
26	150
27	153
28	156
29	163
30	174

31	177
32	182
33	185
Glosario	187
Notas	189
Créditos	191